

IZQUIERDA LATINOAMERICANA GOBIERNO ALTERNATIVO O RECICLAJE

LA IZQUIERDA
LATINOAMERICANA
EN EL GOBIERNO
¿ALTERNATIVA O RECICLAJE?



ROBERTO REGALADO

ROBERTO REGALADO. Politólogo y diplomático cubano. Profesor del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos de la Universidad de La Habana (CEHSEU), editor de la revista *Contexto Latinoamericano* y coordinador de varias colecciones de Ocean Sur. Es autor de *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda* (2006), *Encuentros y desencuentros de la izquierda latinoamericana: una mirada desde el Foro de Sao Paulo* (2008), *FMLN: un gran tsunami de votos rojos* (2011) y de numerosos ensayos y artículos en revistas especializadas.

La izquierda latinoamericana en el gobierno: ¿alternativa o reciclaje?

Roberto Regalado



una editorial latinoamericana

Derechos © 2012 Roberto Regalado
Derechos © 2012 Ocean Press y Ocean Sur

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, conservada en un sistema reproductor o transmitirse en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin previa autorización del editor.

ISBN: 978-1-921700-45-3
Library of Congress Control Number: 2011943150

Primera edición 2012
Impreso en México por Quad/Graphics Querétaro, S.A. de C.V.

PUBLICADO POR OCEAN SUR
OCEAN SUR ES UN PROYECTO DE OCEAN PRESS

México: Orión 145-PB, Prado Churubusco Coyoacán, 04200, México D.F.
E-mail: mexico@oceansur.com • Tel: 52 (55) 5421 4165

EE.UU.: E-mail: info@oceansur.com

Cuba: E-mail: lahabana@oceansur.com

El Salvador: E-mail: elsalvador@oceansur.com

Venezuela: E-mail: venezuela@oceansur.com

DISTRIBUIDORES DE OCEAN SUR

Argentina: Distal Libros • Tel: (54-11) 5235-1555 • E-mail: info@distalnet.com

Australia: Ocean Press • E-mail: info@oceanbooks.com.au

Bolivia: Ocean Sur Bolivia • E-mail: bolivia@oceansur.com

Canadá: Publisher Group Canada • Tel: 1-800-663-5714 • E-mail: customerservice@raincoast.com

Chile: Editorial La Vida es Hoy • Tel: 2221612 • E-mail: lavidaeshoy.chile@gmail.com

Colombia: Ediciones Izquierda Viva • Tel/Fax: 2855586 • E-mail: edicionesizquierdavivacol@gmail.com

Cuba: Ocean Sur • E-mail: lahabana@oceansur.com

EE.UU.: CBSD • Tel: 1-800-283-3572 • www.cbsd.com

El Salvador: Editorial Morazán • E-mail: editorialmorazan@hotmail.com • Tel: 2235-7897

Gran Bretaña y Europa: Turnaround Publisher Services • E-mail: orders@turnaround-uk.com

Guatemala: ANGUADE • Tel: (502) 2254 0880 • Fax: (502) 2254 0097
• E-mail: sandino.asturias@ceg.org.gt, ceg@ceg.org.gt

México: Ocean Sur • Tel: 52 (55) 5421 4165 • E-mail: mexico@oceansur.com

Paraguay: Editorial Arandura • E-mail: arandura@hotmail.com

Puerto Rico: Libros El Navegante • Tel: 7873427468 • E-mail: libnavegante@yahoo.com

Uruguay: Orbe Libros • E-mail: orbelibr@adinet.com.uy

Venezuela: Ocean Sur Venezuela • E-mail: venezuela@oceansur.com

ocean
sur



www.oceansur.com
www.oceanbooks.com.au

Índice

Palabras del autor	1
Precisiones conceptuales	7

Primera parte

Factores determinantes del «cambio de época»

La concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político	22
La avalancha universal del neoliberalismo	39
El derrumbe de la URSS y el bloque socialista europeo	60
La neoliberalización de la socialdemocracia europea	91

Segunda parte

La izquierda en el gobierno: ¿alternativa o reciclaje?

Las luchas populares en América Latina en las primeras cinco décadas del siglo XX	123
La etapa histórica abierta por el triunfo de la Revolución Cubana	133
El «cambio de época»	148
La sujeción a un nuevo sistema de dominación mundial y continental	148
La agudización de la crisis sociopolítica provocada por la reestructuración neoliberal	154

El auge de la lucha de los movimientos sociales	157
La influencia de Europa	159
La trayectoria latinoamericana	165
La elección de gobiernos de izquierda y progresistas	176
El Foro de São Paulo y su papel en el debate ideológico	177
La izquierda latinoamericana en el gobierno	190
La contraofensiva del imperialismo norteamericano y la derecha local	204
El desfase entre teoría y praxis	210
Consideraciones finales	225
Notas	241

A Ivón

NOS PUEDES ENCONTRAR EN DIFERENTES LIBRERÍAS EN LA HABANA

Prado N° 553, e/ Teniente Rey
y Dragones, Habana Vieja.

f **LibreríaAbrilCuba**



LIBRERÍA CUBA VA

Calle 23 esq. a J,
Vedado.

Palabras del autor

Este libro es un replanteamiento conceptual y una reelaboración de un texto anterior, titulado *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda*, del cual se hicieron dos ediciones en español, ambas en 2006, una en inglés, en 2007, y otra en danés, también en 2007.¹ En aquella obra se analizaban las transformaciones políticas ocurridas en el subcontinente entre finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, en momentos en que se encontraban en pleno desarrollo, tal como queda plasmado en el prefacio a la segunda edición en español y la primera en inglés, fechado en mayo de 2006:

Es un reto escribir un libro que aborda temas de actualidad. La primera versión del presente ensayo fue entregada a Ocean Press en febrero de 2005, cuando recién concluía el primer mandato de George W. Bush en la presidencia de los Estados Unidos, fecha de cierre que parecía razonable. Mientras se hacía el trabajo de corrección y edición, se produjeron los movimientos de protesta que provocaron la renuncia de los presidentes Lucio Gutiérrez en Ecuador y Carlos Mesa en Bolivia. El autor y la editorial coincidimos en que esos acontecimientos justificaban posponer la publicación para incluirlos en esta valoración, por lo que el cierre de la primera edición se extendió hasta junio de 2005.

Aunque el protagonismo de Evo Morales en las luchas sociales y políticas bolivianas es bien conocido, y a pesar de que en junio de 2005 su campaña para las elecciones presidenciales de diciembre de ese año ya estaba en pleno desarrollo, en aquel momento resultaba imposible prever si él podría o no sortear

los obstáculos que el imperialismo norteamericano y la derecha boliviana interpondrían en su camino hacia la primera magistratura de su país. Afortunadamente, Evo sorteó todos los obstáculos y su elección como presidente de Bolivia planteó la necesidad de rehacer, por segunda vez, los dos capítulos finales de *América Latina entre siglos*, no solo por la trascendencia del hecho en sí mismo, sino también porque aportó nuevos elementos para el análisis general.

Hasta la victoria de Evo, la Revolución Bolivariana parecía una especie de accidente histórico, atribuible al grado excepcional de agudización de la crisis política y social venezolana [...].²

Era evidente que más temprano que tarde habría que revisar, corregir y actualizar, de nuevo, el análisis de los procesos políticos externos e internos que determinan las condiciones y las características de las luchas populares de América Latina. El fruto de ese trabajo es lo que ofrecemos aquí a los lectores de Ocean Sur. La idea inicial era producir una tercera edición de *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda*, pero en el proceso de reelaboración se evidenció que los cambios eran de tal magnitud que, difícilmente, podrían considerarse una mera actualización, sino que el resultado sería una nueva obra que, como hacen muchos autores, retoma elementos de trabajos anteriores que consideran necesario reproducir o replantear. Por demás, en 2012, cuando se publica este libro, ya no parece tener actualidad la expresión *entre siglos*, en tanto nos adentramos de lleno en la segunda década del siglo XXI. Ubicados en esa perspectiva y en que los procesos que en 2006 estaban en ciernes, han tenido un desarrollo y, en algunos casos, han tenido incluso un desenlace, aquí variamos la concepción, el ordenamiento y el contenido de aquella obra.

Como lo refleja el título, en *La izquierda latinoamericana en el gobierno: ¿alternativa o reciclaje?*, los procesos que en la obra matriz se analizaban «en tiempo real», a saber, la dominación, la crisis,

la lucha popular y las alternativas políticas de la izquierda, aquí pasan a ser condiciones preexistentes a partir de las cuales se examina el presente y se otea hacia el futuro. Transcurridos trece años de la primera elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela —que fue la primera elección de un candidato presidencial de izquierda ocurrida en América Latina en la actual etapa histórica— y con más de una docena de gobiernos en Centro y Sudamérica considerados de izquierda o progresistas, ya no basta con hablar, por ejemplo, de «nuevos» movimientos sociales y de la «búsqueda» de alternativas de izquierda.

Hoy tenemos que preguntarnos en qué medida esos movimientos sociales, cuyos antecedentes datan de la década de 1960 —hace ya 50 años— y asumieron papeles protagónicos en la década de 1980 —hace ya 30 años—, se convirtieron en movimientos social-políticos, es decir, rebasaron la protesta social y desarrollaron la capacidad de luchar por una transformación social revolucionaria. También tenemos que preguntarnos cuáles son las probabilidades de que los gobiernos integrados por fuerzas políticas y social-políticas de izquierda y progresistas —algunos de los cuales se encuentran en su tercer período consecutivo y otros en su segundo— están enrumbados hacia la edificación de sociedades «alternativas», y cuáles son las probabilidades de que se conviertan en un paréntesis que, en definitiva, contribuya al reciclaje de la dominación del capital. En este texto se parte de la premisa que ambas posibilidades están abiertas, y que la balanza se inclinará, en una u otra dirección, en la medida en que las fuerzas políticas y social-políticas de izquierda sean capaces de actualizar, adecuar y desarrollar la teoría de la revolución social de fundamento marxista y leninista, y de derivar de ella los objetivos, estrategias y tácticas de lucha, librese esta lucha en la oposición o en el gobierno. El objetivo no es «calificar» o «descalificar» a una u otra fuerza política o social-política, o a uno u otro gobierno de izquierda o progresista, sino alertar que

es tiempo de recordar una sentencia del siglo XX, que no pierde vigencia en el XXI: *sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario*.

Para abordar la problemática planteada, este libro se divide en dos partes:

- En la primera parte, titulada «Factores determinantes del “cambio de época”», se analizan: el salto de la concentración nacional de la concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político, ocurrido en los años setenta, que modifica la ubicación de América Latina en la división internacional del trabajo; la avalancha universal del neoliberalismo, de los años ochenta, que guía y legitima la reestructuración del sistema imperialista de dominación mundial y continental al que el subcontinente está sujeto; el derrumbe de la URSS y el bloque socialista europeo, entre finales de los años ochenta e inicios de los noventa, que deja el camino libre a la ofensiva re-neocolonizadora del imperialismo y daña la credibilidad de los conceptos revolución y socialismo; y, la neoliberalización de la socialdemocracia europea occidental, que asume la función de reproducir y reciclar la hegemonía neoliberal, a mediados de los años noventa, cuando la omnipotencia del imperialismo fue mellada por la agudización de la crisis económica y social.
- En la segunda parte, titulada «La izquierda en el gobierno: ¿alternativa o reciclaje?», se incluyen apuntes sobre las luchas populares latinoamericanas en las primeras cinco décadas del siglo XX; se hace un balance de la etapa abierta por la Revolución Cubana; y se esbozan los procesos que determinan las condiciones y las características de esas luchas en la primera década del siglo XXI, a saber, la sujeción a un nuevo sistema de dominación mundial y conti-

mental; la agudización de la crisis sociopolítica provocada por la reestructuración neoliberal; el auge de la lucha de los movimientos sociales, una parte importante de los cuales se transforman en movimientos social-políticos; la elección de gobiernos de izquierda y progresistas; la contraofensiva del imperialismo norteamericano y la derecha local, que intentan recuperar el espacio perdido; y, por último, se plantean algunas coordenadas para estudiar el desfase existente entre teoría y praxis, y se realizan consideraciones finales.

Además de los cambios y los reordenamientos temáticos realizados, se incorporan nuevos contenidos, se reelaboran los que se consideró necesario mantener, y se eliminó o se redujo la narración fáctica, en aras de la brevedad y de reservarle el protagonismo absoluto al enfoque lógico y conceptual. No obstante, en las notas y referencias se indica en qué páginas de *América Latina entre siglos* u otras fuentes bibliográficas se encuentra la información omitida.

Roberto Regalado
La Habana, diciembre de 2011

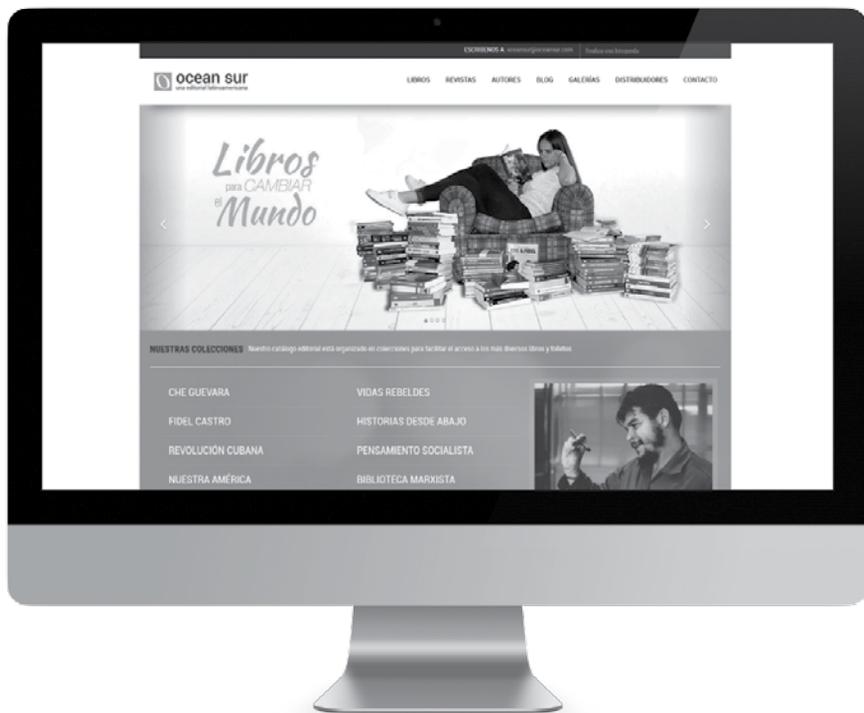
OCEAN SUR EN LA WEB

UNA EDITORIAL
LATINOAMERICANA

www.oceansur.com
www.facebook.com/OceanSur

Un amplio e interactivo catálogo de publicaciones que abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.



Precisiones conceptuales

Para abordar el problema central planteado, a saber, qué probabilidades hay de que los gobiernos de izquierda electos en América Latina a partir de finales de la década de 1990 desemboquen en transformaciones sociales revolucionarias y qué probabilidades hay de que desemboquen en un reciclaje de la dominación capitalista, se utiliza un conjunto de conceptos y categorías comunes a la Filosofía Política y la Ciencia Política, que este autor considera saludable que sean incorporados a los debates ideológicos y políticos, y al proceso de formulación de objetivos, estrategias y tácticas que se desarrollan —quizás es mejor decir deberían desarrollarse— en la izquierda latinoamericana. Se trata de *teoría de la revolución social de fundamento marxista y leninista, filosofía de la praxis, poder, clase social, Estado, nación, democracia, democracia burguesa, hegemonía, revolución social y reforma social*. Por su importancia, en este capítulo se explica con qué acepción se utiliza aquí cada uno de esos términos.

Por *teoría de la revolución de fundamento marxista y leninista*, entendemos los resultados científicos obtenidos, en el pasado, el presente y el futuro, mediante la utilización del aparato categorial y conceptual construido por Carlos Marx, Federico Engels y Vladimir Ilich Lenin para: 1) descubrir y analizar las características y contradicciones de la sociedad capitalista; 2) percibir regularidades sociales; y, 3) formular leyes de tendencia a partir de las cuales elaborar los objetivos, estrategias y tácticas destinados a realizar la

revolución social. En su obra, *Nuestro Marx*, Néstor Kohan afirma que:

La científicidad de la teoría social marxista reside en su capacidad de crítica. Su científicidad no reposa en la postulación de todo un catálogo de sentencias (o «leyes de hierro») universales, absolutas y ahistóricas —supuestamente válidas para todo tiempo y lugar, al margen de la historia, las subjetividades y los conflictos sociales— sino en su enorme capacidad para desarmar, desmontar y demoler los dogmas que legitiman el orden social capitalista como natural, inmodificable, absoluto y eterno. Dicha científicidad crítica permite establecer regularidades en los fenómenos sociales (leyes de tendencia que abren un amplio abanico de posibilidades con mayor o menor grado de probabilidad) para, a partir de su conocimiento, poder intervenir y transformar la sociedad en un sentido praxiológico políticamente radical.

En el seno de la tradición marxista, ese ejercicio crítico no se realiza solo sobre los relatos metafísicos del pensamiento social burgués que legitima, de diversos modos y con no pocos matices, el orden establecido. La crítica marxista también se aplica a su propia tradición.¹

De este último punto se deriva la capacidad de la teoría social marxista de autocorregirse y desarrollarse, lo cual hace mediante: 1) el análisis de los resultados positivos y negativos de su aplicación práctica; 2) el estudio de los cambios sociales; y, 3) la incorporación de los nuevos descubrimientos de otras ciencias.

En su obra *Introducción al pensamiento socialista. El socialismo como ética revolucionaria y teoría de la rebelión*, Néstor explica que:

En el socialismo marxista, las dimensiones utópica y científica se articulan junto con la crítica sistemática del *statu quo* y con una filosofía de la acción transformadora y revolucionaria: «la filosofía de la praxis». Una concepción general del mundo, de la

vida, de los seres humanos, de sus relaciones sociales, de su historia donde la categoría central —la praxis— hace referencia a la unidad del pensar, el decir, el sentir y el hacer; en otras palabras, a la unidad de práctica y conciencia. Para la filosofía de la praxis la actividad humana transformadora (que modifica la realidad externa al ser humano —el objeto— como al propio ser humano —el sujeto—) constituye lo fundamental.²

Esto es, precisamente, lo que hacen Marx y Engels cuando establecen los pilares de su teoría de la revolución social en la Europa Occidental de mediados del siglo XIX. El *Manifiesto del Partido Comunista*,³ elaborado por ellos como llamamiento y guía para la participación del proletariado en la Revolución de 1848, y el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* de 1850,⁴ redactado cuando aún esperaban que se produjera en breve un nuevo estallido revolucionario, son los textos fundacionales del elemento medular del pensamiento de los clásicos, la filosofía de la praxis. En ellos: 1) parten del análisis crítico de la sociedad capitalista; 2) hacen una valoración de las condiciones y las características concretas de la lucha revolucionaria en la Europa de mediados del siglo XIX; 3) identifican y estudian al sujeto social de la revolución (en ese caso, el proletariado industrial); y 4) basados en la ponderación de esos factores, formulan los objetivos, estrategias y tácticas de la revolución, y organizan, educan y moldean al sujeto social revolucionario. Sin embargo, el fracaso de la Revolución de 1848 permitió que el viejo topo de la historia continuara abriéndose camino dentro de la sociedad capitalista, y que prosiguiera la indetenible modificación de las condiciones y las características de las luchas emancipatorias. Esta modificación dicta la necesidad de adecuar, actualizar y desarrollar, de manera sistemática, la teoría revolucionaria.

La obra de Marx, corregida y desarrollada en la medida en que profundiza sus estudios, analiza nuevos acontecimientos y proce-

sos, y aumenta su madurez científica, es la base del instrumental teórico marxista y leninista. Fundida con ese núcleo está la obra de Engels, enlazada con la de Marx por una misma consagración a la lucha emancipatoria, y por una perspectiva epistemológica y praxiológica común. De los continuadores de la obra de Marx y Engels, solo Lenin realizó aportes de tal envergadura al desarrollo del pensamiento de fundamento marxista, que lo ubican como co-constructor del núcleo orgánico de la teoría revolucionaria, la cual él, igual que Marx y Engels, corrigió y desarrolló de manera constante. Toda la obra de Marx, Engels y Lenin encaja en la definición de teoría de la revolución porque la revolución era el objetivo que esa obra perseguía, y es en función de ella que incursionan en varios campos de las ciencias sociales, en especial, en la Filosofía, la Historia, la Economía y la Ciencia Política.

Vladimir Ilich Lenin adecuó, actualizó y desarrolló la teoría marxista de la revolución en las condiciones imperantes en la Rusia de inicios del siglo XX. Mediante la aplicación del método de Marx, Lenin se percató de que en su país se había creado una situación revolucionaria,⁵ al margen de que las condiciones políticas, económicas y sociales fuesen distintas a aquellas en que Marx y Engels elaboraron el *Manifiesto* y el *Mensaje*. Por la senda de la adecuación, actualización y desarrollo del pensamiento sociofilosófico de fundamento marxista y leninista, en las condiciones en que a cada uno de ellos le correspondió emprender la revolución, transitaron Mao Zedong en China, Ho Chi Minh en Vietnam, y Fidel Castro y Ernesto Che Guevara en Cuba y para toda América Latina.

El *poder*, entendido como la capacidad de una persona o un grupo de personas de imponer su voluntad y sus intereses a otras personas y grupos de personas, de disponer de ellas, de ejercer la coacción y la violencia sobre ellas, de dictar las normas que rigen su conducta, de dominarlas, de reprimirlas, de apropiarse del fruto de su trabajo, incluso de convertirlas en objetos sexuales y

reproductivos, es la más antigua de las categorías centrales aquí abordadas, porque constituye la contraparte del surgimiento de la propiedad privada sobre los medios de producción y de apropiación individual de los excedentes producidos por el trabajo social.

Toda sociedad ha sido, es y será diversa; y toda sociedad hasta hoy conocida, además de diversa, ha sido y es jerarquizada. De las manadas de sus ancestros, las primeras tribus humanas heredan un orden jerárquico establecido sobre la base del sexo, la fortaleza física, la habilidad para la caza, y la capacidad de imponer y mantener la supremacía individual. La primitiva división social se complejiza con el descubrimiento de la ganadería y la agricultura, actividades que por primera vez permiten acumular excedentes. Los excedentes empiezan siendo propiedad colectiva de la familia o la tribu, pero su aparición es el inicio de un proceso conducente a que los jefes de familia o de tribu se apropien de ellos. Así surgen la propiedad privada y el poder. Engels analiza cómo el poder se empieza a ejercer sobre la mujer y los hijos, después se extiende sobre los esclavos, y más adelante sobre otras personas y grupos de personas que no son esclavos, pero no poseen — o poseen menos — propiedad privada.⁶ En virtud de este proceso histórico, nacen la primera sociedad clasista y el primer modo de producción sustentado en la dominación y la explotación de unos seres humanos por otros: la sociedad y el modo de producción esclavista.

El desarrollo social y económico, el comercio y las migraciones — tanto las espontáneas como las forzadas por guerras de conquista y capturas de esclavos —, diversifican y complejizan la composición social, con sus polos opuestos, el mestizaje y la segregación étnica, cultural, religiosa, lingüística y otras, que se entrecruzan con las diferencias inherentes a todo grupo humano que pertenezca a la misma etnia y que tenga en común la misma cultura, como las de género, preferencia sexual y franja de edad. De todas las divisiones, diferenciaciones, estratificaciones y contra-

dicciones que surgen y se agudizan con el desarrollo económico y social, la principal es la división en *clases sociales*.

Las clases sociales son grandes grupos de seres humanos formados a partir de la posición de sus miembros con relación a los medios de producción. Una clase surge cuando las personas que mantienen la misma posición con respecto a los medios de producción, se ven obligadas a librar una lucha común contra las personas que se encuentran en una posición diferente.⁷ Las principales clases sociales antagónicas — aunque no las únicas — han sido esclavistas y esclavos, feudales y siervos, y burgueses y proletarios. Con palabras de Marx y Engels:

La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases.

Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, velada unas veces y otras franca y abierta; una lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna.⁸

Las contradicciones de clase cruzan de manera transversal a todas las demás contradicciones sociales, las permean, las condicionan, las determinan. Baste señalar que el patriarcalismo y la discriminación de género no afectan de igual forma, ni con igual intensidad, a una mujer de la burguesía que a una mujer obrera o campesina. La multiplicidad de contradicciones sociales es más nítida si la mujer burguesa es blanca y la obrera o campesina es negra o indígena, y es aún mayor si la preferencia sexual de una de ellas es por sus congéneres. Resulta obvio que la cadena de multiplicidades se puede ampliar mucho más.

Para imponer, preservar y ampliar la dominación y explotación de clase etnia, cultura, religión, lengua, género, franja de edad u

otras —por lo general, varias de ellas combinadas entre sí—, los grupos humanos que las ejercen se organizan y construyen instrumentos de coerción y represión. El principal de estos instrumentos es el *Estado*, una forma superior, mucho más compleja, que las formas primitivas de institucionalizar el poder. Se trata de una máquina de violencia, coerción y represión construida con el objetivo de ejercer y defender el poder, la cual surge como resultado de la división de la sociedad en clases: cuando la relación de dominación y subordinación rebasa el ámbito primitivo de las personas y los grupos de personas, y comienza a desarrollarse entre clases poseedoras y clases no poseedoras de propiedad. Según Engels, «el Estado se caracteriza en primer lugar por la agrupación de sus súbditos según divisiones territoriales», por «la institución de la fuerza pública, que ya no es el pueblo armado» y porque para poder sostener esa fuerza pública «se necesitan contribuciones [...] de los ciudadanos del Estado: los impuestos».⁹

Un concepto indisolublemente ligado al de Estado es el de *política*. La política es la actividad humana en la cual se decide qué intereses sociales —es decir, los intereses de qué clases y qué sectores sociales— serán satisfechos por el Estado y qué otros intereses sociales —es decir, los intereses de qué clases y qué sectores sociales— serán sacrificados, preteridos, reprimidos, en función de los primeros. No olvidemos que «lo social» no es patrimonio exclusivo de los oprimidos y los explotados. Las clases dominantes también forman parte de la sociedad y sus movimientos son también movimientos sociales. Ellas son la parte de la sociedad que controla al Estado, y sus movimientos sociales son los que, mediante la política, más presiones ejercen y más se benefician de la acción de esta maquinaria de coerción y violencia. Es evidente que la lucha política es una lucha social, que es una forma de lucha social, que es la forma superior de lucha social, porque es la que determina qué intereses sociales favorecerá y qué intereses sociales rechazará el

Estado. También es evidente que son absurdas la separación de «lo político» y «lo social», la contraposición de la lucha política y la lucha social, y la negación de la lucha política que hacen los movimientos sociales influidos por los ideogramas de las clases dominantes, interesadas en que ellos no practiquen esa forma de lucha.

En las sociedades esclavista y feudal, la participación en la política tenía un carácter estamental: estaba restringida a grupos políticos estamentales, formados por individuos con una misma situación jurídica, que expresaban los intereses de diferentes capas y sectores de las clases dominantes. Esto implica que las mujeres, las clases dominadas y los grupos étnico-culturales-religiosos subalternos, estaban excluidos de la política. La única manera en la que podían luchar para cambiar su situación era mediante insurrecciones y rebeliones que, por lo general, tenían carácter local, eran desorganizadas y carecían de una concepción estratégica y táctica. Esto comienza a cambiar en el siglo XVIII, en la medida en que la burguesía —la clase social en ascenso, con creciente poder económico—, inicia la lucha para despojar del poder político a la empobrecida y debilitada nobleza feudal. Con otras palabras, los compartimentos que garantizaban el monopolio absoluto de la participación política de la nobleza patriarcal se quiebran en virtud del desarrollo económico y el auge de la lucha social ocurridos en el siglo XVIII.

Como parte del proceso de concentración de la propiedad y la producción que condujo a la acumulación originaria del capital, la sociedad burguesa concentra también la población y el poder político.¹⁰ Desde su etapa de despliegue y afianzamiento, el sistema de producción capitalista necesita un territorio dentro del cual crear condiciones uniformes y estables para valorizar el capital, y un poder político capaz de defender esa valorización. Este territorio es la *nación*, unificada y centralizada, y ese poder político lo ejerce el Estado burgués, un Estado que es nacional por su forma y capitalista por su contenido.

Según la definición marxista clásica, la nación moderna es un producto de la sociedad capitalista. Sin desconocer o desmeritar el papel desempeñado por la formación del mercado capitalista en su construcción, en la actualidad se parte de que las definiciones de nación elaboradas solo desde la perspectiva de la economía política, subestiman los factores étnicos, culturales, religiosos, lingüísticos y otros que, si bien no se pueden obviar ni siquiera en las naciones capitalistas «clásicas» —porque un francés no solo se diferencia de un británico porque uno está insertado en el mercado nacional de Francia y el otro en el de Gran Bretaña—, mucho menos se pueden ignorar en Asia, África y América Latina, donde las fronteras nacionales, heredadas del colonialismo y de los contradictorios procesos de descolonización, aplastan, cercenan, dominan y excluyen a las culturas, religiones, tradiciones y formas de organización social de los pueblos originarios. Al hablar del surgimiento, en la década de 1960, de una corriente de antropólogos marxista —el etnomarxismo—, Gilberto López y Rivas, afirma:

El etnomarxismo logra superar las ideas que se desprenden de la matriz teórica marxista en el sentido de considerar a la nación como un residuo de la época democrático burguesa, como un monopolio de las clases dominantes, y, en consecuencia, dueñas de la simbología nacional, administradoras únicas del ritual patriótico y de la historia nacional. Estas ideas provocaron en muchos de nuestros países, que los marxistas abandonaran la lucha por la hegemonía nacional, al enfatizar ese reduccionismo clasista y generar dos fenómenos igualmente perniciosos para los fines nacionales: el obrerismo y el economicismo.

En otras palabras, la abigarrada y multifacética realidad socio-étnica y cultural de la nación fue observada a través del lente uniformador de las clases sociales, e, incluso, desde una perspectiva euro-céntrica. Esto trajo como consecuencia el relego político y teórico de grupos diferenciados en el interior de la nación, como *las etnias* o *los pueblos*, y la idea de un tránsito

inevitable a la uniformidad, a la proletarización y al fin de los fenómenos étnicos y nacionales.

En el terreno de la política, *el obrerismo* se expresó en atribuirle a la clase obrera misiones históricas que sobrepasaban sus posibilidades reales. Una lucha contra hegemónica es una tarea nacional popular que desborda a la clase obrera y no puede ser depositada en un destino histórico exclusivo de esa clase. Esta lucha, necesariamente, tendrá que ser el resultado de un movimiento democrático y socialmente heterogéneo de masas.

De esto se desprende que en el desarrollo de la nación moderna los sujetos actuantes no son solo los constituidos por las clases sociales, sino también, dentro de las mismas, los agrupados en torno a las identidades de diversa naturaleza, como las etnias, los grupos de edad, el género y otros.¹¹

Sobre este tema, Ana María Rivadeo afirma que:

El factor decisivo en la formación de la nación reside en el modo en que se constituye el bloque histórico burgués, a través de las luchas de la burguesía por construir un sistema hegemónico como fundamento del poder del Estado [...]. La tarea y la obra del proceso de formación nacional consiste justamente, en hacer converger elementos múltiples y dispares —individuos, grupos, fracciones y clases sociales; deseos, historias y mitos colectivos, herencias étnicas, culturales, religiosas; espacios, tiempos y propósitos comunitarios, etc. — en un solo haz o subjetividad colectiva.¹²

La *democracia* es una forma de dominación y subordinación de clase. Es democracia para la clase dominante, y dominación y subordinación para el resto de la sociedad. La democracia se basa en la participación presuntamente igualitaria de todos los miembros de la clase dominante en la adopción de las decisiones que rigen el funcionamiento del Estado, pero cuando, en virtud del desarrollo

y la posterior decadencia de toda formación económico-social, la clase dominante se estratifica, pasa a ser democracia solo para los miembros de la clase dominante que tienen más poder.

La *democracia burguesa* es una forma de dominación del capital que se va entretejiendo en la medida en que el desarrollo económico, político y social, y la lucha de los movimientos obrero, socialista y feminista, impulsan a las burguesías de las naciones capitalistas más industrializadas a disminuir la coerción y la violencia, y a recurrir a otros mecanismos de control social,¹³ entre ellos la sustitución de la dominación violenta por la hegemonía burguesa y el establecimiento del parlamentarismo democrático burgués. Este proceso se inicia en la década de 1860, tras el despeque de la gran industria, y alcanza su máximo desarrollo, primero, en virtud del triunfo de la Revolución Rusa de Octubre de 1917 y, luego, a raíz del nacimiento del campo socialista, ocurrido tras la II Guerra Mundial, acontecimientos que compulsan al sistema capitalista a realizar reformas progresistas, en sus puntos más neurálgicos y vulnerables, para conjurar el peligro de la revolución.

La *hegemonía* es un proceso político y cultural por medio del cual la clase dominante inculca su ideología a las clases dominadas, y estas últimas la asumen como propia. En la sociedad capitalista, la hegemonía se basa en que la sociedad haga suyos la moral, los valores, las costumbres, las leyes y el respeto a las instituciones burguesas, inoculados por la cultura de masas, la educación, los medios de comunicación y otras vías. La hegemonía, por lo general, incluye la participación y la representación de las clases dominadas en el sistema político democrático burgués, por medio de las elecciones, los partidos políticos, los sindicatos, el gobierno, el parlamento, el sistema de justicia, las administraciones locales y otros de sus componentes. Si bien esa participación y representación es formal en lo que a la esencia clasista de la dominación se refiere, sí constituye un espacio de confrontación social y lucha política en el

que las clases dominadas pueden conquistar «posiciones». Antonio Gramsci atribuye importancia primordial al análisis de cómo la clase dominante logra imponer el consenso a las clases dominadas, no solo en términos generales del sistema capitalista, sino en el caso concreto de cada país y cada momento histórico. Su propósito es extraer las conclusiones para formar el consenso y construir una hegemonía popular, que conduzcan a la conquista del poder por parte de las clases dominadas.

Al emplear el término *revolución*, establecemos una diferencia de contenido entre *revolución social* y *revolución política*. La primera es la que sustituye unas relaciones de propiedad por otras (por ejemplo, las relaciones capitalistas por relaciones socialistas). La segunda es la que reemplaza a un sistema institucional por otro dentro del mismo sistema social (por ejemplo, una dictadura burguesa por una democracia burguesa). Con relación a los métodos y características de las revoluciones, utilizamos el término con dos acepciones, tal como hace Claudio Katz. Una es la ruptura tajante del *statu quo*, que incluye el ejercicio de la violencia revolucionaria y la creación de órganos de poder popular. La otra es la totalidad de un proceso de rupturas parciales sucesivas con el sistema social imperante, que desemboca en un nuevo sistema social.¹⁴

La palabra *reforma* también se utiliza en este texto con dos acepciones. La *reforma como táctica* destinada a acumular cuotas de poder político, es un componente del concepto de revolución como proceso de rupturas parciales sucesivas con el orden vigente, mientras que la *reforma como estrategia* —es decir, como un fin en sí mismo— es una meta distinta a la revolución. También hay una diferencia entre la *reforma política* y la *reforma social*. La primera se circunscribe a aspectos del orden político e institucional vigente. La segunda procura transformar uno u otro aspecto del orden social, o incluso a ese orden en su totalidad, sin destruir o revolucionar sus fundamentos, ni atentar contra las relaciones de propiedad y poder

existentes. Por último, precisemos que tanto la reforma política, como la reforma social pueden ser progresistas o reaccionarias. La *reforma progresista* es la que busca una mayor redistribución de riqueza y asimilación de demandas sociales, como ocurrió con la socialdemocracia europea desde su incorporación a la lucha parlamentaria hasta su conversión al neoliberalismo, como se verá más adelante en este ensayo. Por el contrario, la *reforma reaccionaria* es la que busca una mayor concentración de la riqueza y menor asimilación de demandas sociales, como ocurre desde finales de la década de 1970 con el neoliberalismo, tema que también será abordado en capítulos posteriores.

Con respecto a la reforma social progresista como táctica, Rosa Luxemburgo afirma que:

La reforma legal y la revolución no son [...] diversos métodos del progreso histórico que a placer podemos elegir en la despena de la Historia, sino *momentos* distintos del desenvolvimiento de la sociedad de clases, los cuales mutuamente se condicionan o complementan, pero al mismo tiempo se excluyen.¹⁵

Y, con relación a la estrategia, la propia Rosa alerta que:

[...] quien para transformar la sociedad se decide por el camino de la reforma legal, *en lugar y en oposición* a la conquista del Poder, no emprende, realmente, un camino más descansado, más seguro, aunque más largo, que conduce al *mismo fin*, sino que, al propio tiempo, elige distinta meta: es decir, quiere, en lugar de la creación de un nuevo orden social, simples cambios no esenciales, en la sociedad ya existente.¹⁶

REVISTA CONTEXTO LATINOAMERICANO



Publicación de la Editorial Ocean Sur que pretende analizar los procesos políticos y la coyuntura actual en América Latina y el Caribe desde un posicionamiento crítico y revolucionario, rescatar la memoria histórica del continente, traer la filosofía y el marxismo, actualizados, a nuestras luchas por la emancipación y promover el debate.

PRIMERA PARTE
FACTORES DETERMINANTES
DEL «CAMBIO DE ÉPOCA»

La concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político

La matriz de los procesos políticos, económicos y sociales que determinan la mutación ocurrida en las condiciones y las características de las luchas populares en América Latina en las postrimerías del siglo XX, es el salto de la concentración nacional a la concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político. Este cambio cualitativo en la formación económico-social capitalista modifica el lugar que el subcontinente ocupó en la división internacional del trabajo entre las décadas de 1910 y 1950, provoca una reforma del sistema imperialista de dominación erigido durante la posguerra, e impacta en sus estructuras y en sus relaciones sociales.

La historia del capitalismo es la historia de la concentración y el desarrollo de la propiedad, la producción y el poder político. El capitalismo nace en el siglo XVI a partir de un proceso denominado *acumulación originaria del capital*, que disocia a los pequeños productores — a los campesinos y a los artesanos — de los medios de producción que poseían en el feudalismo y los convierte en obreros asalariados. Por *acumulación originaria del capital* entendemos la acumulación de riqueza realizada fuera del sistema producción capitalista que se invierte en su despliegue, es decir, la riqueza acumulada en la agricultura, los oficios, el comercio, la usura y la explotación de las colonias que se invierte en el despliegue del sistema de producción capitalista.

Aunque los primeros indicios de producción capitalista — dice Marx — se presentan ya, esporádicamente, en algunas ciudades del Mediterráneo durante los siglos XIV y XV, la era capitalista solo data, en realidad, del siglo XVI. Allí donde surge el capitalismo hace ya mucho tiempo que se ha abolido la servidumbre y el punto de esplendor de la Edad Media, la existencia de ciudades soberanas, ha declinado y palidecido.¹

Cuando la masa fundamental de los campesinos y los artesanos se convierte en proletariado, la concentración de la propiedad y la producción prosigue mediante la absorción de los capitales más débiles por los más fuertes.² El sistema de producción capitalista comienza con la *cooperación simple*, continúa con la *manufactura* y alcanza la madurez con la *gran industria*. La cooperación simple es un cambio en la organización del trabajo, consistente en establecer una cadena de producción en la cual cada obrero o grupo de obreros se especializa en un paso del proceso productivo, lo que repercute en un aumento de la productividad. La manufactura es resultado del desarrollo de las ciencias, y de su incipiente aplicación a la producción y los servicios mediante la creación de máquinas que realizan el trabajo de un creciente número de obreros. Por último, la gran industria emerge del salto cualitativo en la producción maquinizada provocado por la Revolución Industrial del siglo XIX, de la cual surgen grandes conglomerados fabriles que emplean a cientos y cientos de obreros. Junto a la concentración de la propiedad y la producción, que se materializa en los conglomerados fabriles, se concentran también la población y el poder político. La concentración de la población garantiza, tanto el suministro de la mano de obra, como el tamaño del mercado, necesarios para el desarrollo del sistema de producción capitalista. Al mismo tiempo, la concentración del poder político, uno de los factores fundamentales que lleva a constituir la nación moderna, crea las condiciones, uniformes y estables, necesarias para valorizar el capital.

En virtud del movimiento del sistema de producción capitalista en pos de la siempre creciente concentración, la gran industria avanza hacia una etapa superior en la cual surgen los *monopolios*: empresas que afianzan su control sobre ramas enteras de la economía. Se trata del paso de la primera a la segunda fase del desarrollo del capitalismo: del *capitalismo de libre competencia*, de *libre concurrencia* o *premonopolista*, al *capitalismo monopolista* o *imperialismo*. A su vez, el imperialismo ha transitado por tres estadios. El primero abarca desde las últimas tres décadas del siglo XIX hasta la primera del siglo XX, momento durante el cual los monopolios niegan la libre concurrencia en un número creciente de ramas de la economía nacional, pero no se han fundido con el Estado. En ese estadio, el imperialismo es capitalismo monopolista «sin apellidos».³ El segundo es conceptualizado por Lenin a finales de la I Guerra Mundial (1914-1918), que provoca la interconexión entre el poder económico de los monopolios y el poder político de los Estados, en virtud de la cual el capitalismo monopolista se convierte en *capitalismo monopolista de Estado*.

En el lapso de un año —entre 1916 y 1917—, Lenin, siempre atento a la historia viva y nunca aferrado a fórmulas muertas, fue capaz de constatar que la I Guerra Mundial había servido de catalizador de una metamorfosis integral del desarrollo del capitalismo monopolista, en virtud de la cual éste, impulsado por las propias contradicciones de su desarrollo se había metamorfoseado en capitalismo monopolista de Estado. Baste llamar la atención sobre el hecho de que este último término, que a partir de 1917 no abandonaría el léxico de Lenin, no es utilizado en su obra clásica *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. No se trata de que aún no había aparecido el término adecuado para designar una realidad ya conceptualizada, sino que el capitalismo monopolista específicamente de Estado, en proceso de formación durante la primera década del siglo, no había alcanzado la madurez necesaria para ser conceptualizado.⁴

En lo adelante, el Estado deja de responder a los intereses de toda la clase burguesa y responde, en primera y última instancia, a los de la élite monopolista que manipula el poder económico y político estatal para evadir los efectos de las crisis y las guerras, y para imponer condiciones favorables a la valorización del capital monopolista, lo cual se refuerza como resultado de la Gran Depresión (1929-1933) y la II Guerra Mundial (1939-1945).

El tercer estadio del imperialismo se caracteriza por la concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político. A partir de una acumulación de premisas que se desarrolla durante la segunda posguerra, su despliegue es identificable en la década de 1970. Desde ese momento, se puede conceptualizar la metamorfosis del capitalismo monopolista de Estado en *capitalismo monopolista transnacional*.⁵

¿Cómo prosigue el desarrollo del imperialismo después que Lenin publicara *El imperialismo, fase superior del capitalismo* y que identificara la metamorfosis del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado?

A la devastación causada por la I Guerra Mundial le sigue un breve período de relativa estabilización económica comprendido entre 1924 y 1929. La amenaza que la mayor crisis económica del capitalismo representa para la existencia misma de este sistema social, obliga a los partidos liberal y laborista británicos a adoptar, a regañadientes, la doctrina del economista y político liberal inglés John Maynard Keynes (1883-1946), que llama a estimular la valorización del capital mediante el incremento del empleo y la ejecución de programas estatales de desarrollo social, ideas fundadas, a su vez, en la teoría del subconsumo del economista y sociólogo John Atkinson Hobson (1858-1940).⁶ El keynesianismo muy pronto se erigiría en el gran paradigma capitalista del siglo XX, hasta que el neoliberalismo logró desplazarlo de ese papel protagónico, pero

sin poder evitar «contaminarse» y entremezclarse con él, en una u otra medida, en su aplicación práctica.

Keynes razonaba que el más intenso desarrollo económico del capitalismo había ocurrido en la época de las grandes obras de la Revolución Industrial, entre las que incluye la expansión del ferrocarril por Europa y los principales territorios coloniales, pero nota que en aquella época se construían obras duraderas, que no requerían reposición a corto o mediano plazo, por lo que, una vez concluidas, descendía la actividad económica y la demanda de fuerza de trabajo. De acuerdo con ese análisis, la llegada de la era del automóvil abre nuevos horizontes para el desarrollo capitalista, porque irrumpe en el mercado una nueva generación de productos, cuyo consumo puede masificarse y renovarse de manera constante.

El resurgimiento de los capitalismos metropolitanos, luego de la crisis y de la II Guerra Mundial —explica Halperin—, se da gracias a la expansión del mercado consumidor interno; ahora incluso la industria metalúrgica encuentra en los productos de consumo duradero —pero cada vez menos duradero— un equivalente de las pirámides de Egipto en cuya ausencia Keynes había señalado una de las causas de la flaqueza económica de la era del ferrocarril: si, como había señalado Keynes, una vez construida la línea ferroviaria Londres-Liverpool, no era ya posible construir otra con la misma ruta, ahora de nuevo la demanda era capaz —por acumulación y rápido reemplazo— de adecuarse en las metrópolis mismas al ritmo de una producción en expansión constante.⁷

Sobre esta base es posible asentar el estímulo a la producción mediante el incremento de la demanda. Como lo señala Halperin, en «auxilio» del keynesianismo acude la II Guerra Mundial, a partir de la cual la concentración de la propiedad, la producción y el poder político, rebasaría las fronteras nacionales.

La participación de los Estados Unidos en la reconstrucción posbélica de Europa Occidental acelera la fusión de las economías de las potencias imperialistas y la interpenetración de sus respectivos capitales. Nace un espacio de rotación transnacional del capital, y un nuevo sujeto que ejerce la dominación económica mundial: el monopolio transnacional. Otro factor que desempeña una función fundamental en ese proceso, es la alianza política y militar establecida con motivo de la guerra fría contra la URSS y el entonces recién surgido campo socialista, la cual fomenta una nueva relación, de competencia y cooperación pacífica, entre las naciones imperialistas que se enfrentaron en numerosas conflagraciones, incluidas las dos guerras mundiales.

La posguerra es el período de mayor auge económico del capitalismo en el siglo XX. Sin embargo, a finales de los años cincuenta, en la medida en que Europa Occidental y Japón restablecen su capacidad productiva, y los Estados Unidos siguen produciendo como si la industria de sus aliados aún estuviese destruida, se satura el mercado mundial y vuelven a producirse las crisis económicas,⁸ desde entonces agravadas por la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas ocurrido en el Norte y el limitado crecimiento de los mercados del Sur.

La crisis económica de 1974, la primera crisis capitalista que afectó en forma simultánea a los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, fue también la primera manifestación perceptible de que había surgido una economía transnacional, que interconecta las economías de las potencias capitalistas y priva de su carácter nacional a las del resto del mundo. Las fronteras que durante siglos acunaron a la propiedad y la producción capitalista, se habían convertido en obstáculos para su ulterior concentración y desarrollo.

Bajo la hegemonía del imperialismo norteamericano, que aglutina y subordina al resto de los centros de poder imperialista, el Estado y el monopolio conducen el proceso de concentración trans-

nacional de la propiedad, la producción y el poder político. Este proceso tiene como contrapartida la desnacionalización de los Estados imperialistas más débiles y, más aún, de los Estados subdesarrollados y dependientes. Es una devaluación de esos Estados y sus instituciones, de atrofia de sus funciones nacionales y de adquisición de funciones transnacionales subordinadas. Esto implica que las grandes potencias imperialistas se atribuyen la facultad de adoptar decisiones que surten efecto sobre, e incluso dentro, del resto de las naciones, mientras estas últimas se ven imposibilitadas de adoptar las suyas propias.⁹ Esta dominación transnacional se complementa con la reestructuración y refuncionalización de las instituciones del sistema internacional, entre ellas, el Consejo de Seguridad de la ONU, el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial (BM) y la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN).¹⁰ De la metamorfosis sufrida por la formación económico-social capitalista en la segunda mitad del siglo XX, se deriva la modificación del lugar que ocupa América Latina en la división internacional del trabajo.

¿En qué consiste esa modificación con respecto a las ubicaciones anteriores de los territorios que hoy forman América Latina en la división internacional del trabajo?

La invasión europea a América,¹¹ ocurrida a finales del siglo XV, incorpora a este continente a la entonces naciente formación económico-social capitalista, en calidad de apéndice colonial. En los siglos XVI y XVII, la función de las colonias hispanoamericanas es la exportación de oro y plata. Con palabras de Halperin:

Ese sistema colonial tan capaz de sobrevivir a sus debilidades tenía [...] el fin principal de obtener la mayor cantidad posible de metálico con el menor desembolso de recursos metropolitanos [...]. Dejando de lado la porción —nada desdeñable— extraída por la Corona por vía de impuesto, era necesario enviar hacia la metrópoli, mediante el intercambio comercial, la mayor parte

de ese tesoro metálico. Ello se hacía posible manteniendo altos no solo los costes del aporte de la economía metropolitana, sino también los de comercialización, sea entre España y sus Indias, sea entre los puertos y los centros mineros de éstas.¹²

Por diversas mediaciones, esa riqueza abona la acumulación originaria del capital en las naciones avanzadas de Europa, en particular, en Inglaterra. Menos intensos que en Hispanoamérica son los primeros años de la colonización en Brasil, cuyo nombre proviene de la producción de la madera preciosa *palo brasil*, que adquiere importancia ya adentrado el siglo XVI.

En virtud del desarrollo del sistema de producción capitalista, durante el siglo XVIII ocurre una diversificación productiva y comercial que cambia la ubicación de Hispanoamérica en la división internacional del trabajo. Esos territorios devienen importadores de productos manufacturados y exportadores de productos de la agricultura y la ganadería, que se suman a la ya tradicional exportación de metales preciosos. En Brasil, el descubrimiento de oro y diamantes en Minas Gerais en las postrimerías del siglo XVIII, provoca el desplazamiento de su centro económico de las plantaciones del nordeste al centro sur, y estimula las actividades económicas de apoyo al sector de la minería. Por estar España y Portugal entre las metrópolis más atrasadas de Europa, el monopolio comercial agudiza su condición de intermediarias onerosas entre sus respectivas colonias y las naciones industrializadas, en primer lugar Inglaterra, factor que se convierte en caldo de cultivo para la independencia de Iberoamérica.

La desaparición de los imperios coloniales de España y Portugal abre paso a la implantación de una nueva forma de dominación y explotación de América Latina,¹³ el neocolonialismo, que responde al desarrollo alcanzado hasta ese momento por el sistema de producción capitalista. Si en los siglos XVI, XVII y XVIII el colonialismo

había sido el puntal del proceso de acumulación originaria del capital, de la manufactura y del despegue de la industria capitalista, en el siglo XIX el neocolonialismo emerge en América Latina como la nueva forma de dominación y explotación en la etapa de la Revolución Industrial, y se consolida en paralelo a la transformación del capitalismo premonopolista en capitalismo monopolista. No fue igual en Asia ni en África, continentes donde la descolonización se produce durante la segunda posguerra del siglo XX.

Aunque el proceso de independencia de Iberoamérica —con las excepciones de Cuba y Puerto Rico—, termina en 1825, el afianzamiento de la relación neocolonial tarda alrededor de un cuarto de siglo. En el caso de Gran Bretaña, la principal potencia capitalista de la época, la cual se erige en metrópoli neocolonial de América del Sur, ello obedece a que la Revolución Industrial acapara toda su atención y todos sus capitales hasta la década de 1860, y también a que las repúblicas latinoamericanas carecen de la capacidad solvente para comprar los volúmenes de mercancías que esta potencia necesita vender. En el caso de los Estados Unidos, que se impone como metrópoli neocolonial de México y Centroamérica, el retraso se debe a que ese país estuvo inmerso en su propia expansión territorial en la masa continental de América del Norte hasta 1853. La nueva ubicación de América Latina en la división internacional del trabajo, consolidada a partir de 1880, se basa en un intercambio desigual consistente en que la región exporta materias primas y alimentos, importa productos industriales y capitales, y cubre la siempre creciente brecha entre importaciones y exportaciones con una también siempre creciente deuda externa estatal, cuya acreedora principal es la banca británica.

Dos acontecimientos del primer cuarto del siglo XX interrumpen esa relación. La masiva destrucción de fuerzas productivas ocasionada por la I Guerra Mundial y, mucho aún, por la crisis capitalista de 1929-1933, extinguen los flujos de mercancías y capitales hacia

América Latina y, por consiguiente, repercuten en su desconexión de Europa y los Estados Unidos. En especial, la Gran Depresión destruye la supremacía económica y financiera de Gran Bretaña en Latinoamérica, en momentos en que los Estados Unidos eran incapaces de establecer la suya más allá de la Cuenca del Caribe. En respuesta a esa desconexión, los países latinoamericanos que están en condiciones de hacerlo —entre ellos, México, Brasil, Argentina y Chile—, dirigen sus esfuerzos a la construcción de economías y sociedades centradas en el desarrollo del mercado interno, un camino ya emprendido en períodos anteriores en que flaquea la relación con Europa, en cuyo recorrido se había avanzado cierto trecho desde la I Guerra Mundial. Mientras tanto, los países más débiles, en particular los de América Central y el Caribe, sufren inermes los embates de la crisis. Un caso aparte es el de Venezuela, que campea el temporal gracias a la exportación petrolera.

El esquema de acumulación abrazado por las naciones relativamente más fuertes de América Latina para hacerle frente a su desconexión económica de las potencias imperialistas, es el «desarrollismo», asentado en la Industrialización por Sustitución de Importaciones (ISI).¹⁴ El desarrollismo es una modalidad de capitalismo de Estado destinada a movilizar los recursos económicos y naturales de la nación, estatales y privados, para crear una industria nacional y un mercado interno. El Estado desarrollista asume el papel principal en la dirección y control de la economía, incluida la utilización de la política fiscal como elemento de protección del mercado interno, regulación y captación de recursos, junto al establecimiento de una política monetaria y cambiaria destinada a subvencionar el sector primario.

El desarrollismo modifica la estructura y ubicación jerárquica de las clases sociales en América Latina. Surge una burguesía nacional desarrollista que se adueña del poder político mediante la fusión de su poder económico emergente con el poder coercitivo

del Estado. Junto a ella se forma una clase media urbana compuesta por empleados públicos, pequeños y medianos empresarios, profesionales e intelectuales, que desarrolla una gran actividad política y social. La base de esa pirámide es el proletariado que, en naciones como Argentina, Chile y México, alcanza un tamaño considerable de acuerdo los estándares regionales. Entre estas tres clases se establecen las principales alianzas sociales y políticas del período, alianzas que, por supuesto, son jerarquizadas y asignan desiguales cuotas de poder y beneficios para cada uno de sus participantes.

Desplazados de su antiguo estatus político, económico y social resultan los sectores rurales, terratenientes y mineros, que habían prosperado en la etapa del neocolonialismo primario exportador. Los principales marginados de ese esquema son los habitantes del campo, la gran masa de campesinos pobres y los trabajadores rurales sin tierra dependientes de empleos estacionales poco remunerados o, incluso, marginados del mercado nacional. De estas áreas provienen los pobladores de las «villas miserias» que brotan en la periferia de las ciudades. La superpoblación y la sobreexplotación de la infraestructura de las ciudades afectan a todas las clases urbanas, incluida la burguesía, pero con mayor rigor a la clase media y el proletariado, que sufren la insuficiencia de la vivienda, el transporte público, los servicios hospitalarios, la distribución de energía eléctrica, el agua potable y otros. El exceso de población agrava los problemas socioeconómicos de la clase media y el proletariado, cuyas luchas a favor de la democratización de la enseñanza, el acceso al empleo, el aumento salarial, la mejora en las condiciones de trabajo, una mayor participación política y otras reivindicaciones alcanzan un momento culminante a raíz de la Gran Depresión.

Durante la II Guerra Mundial y los primeros años de la posguerra, se mantienen altos la demanda y los precios de los productos primarios que América Latina vuelve a exportar en grandes cantidades, pero no de la disponibilidad de los productos industriales

que necesita importar, lo que repercute en el engrosamiento de las cuentas latinoamericanas en los bancos de los Estados Unidos. Con ese dinero, las burguesías desarrollistas compran el parque industrial estadounidense convertido en obsoleto por la necesidad de intensificar la producción para satisfacer, primero, los requerimientos del conflicto bélico y, después, las necesidades de la reconstrucción europea occidental y la carrera armamentista contra la URSS. En virtud de este proceso, la industrialización sustitutiva es relegada a un segundo plano por la exportación de productos primarios.

La carencia de un mercado externo donde adquirir bienes de consumo y la renovación tecnológica —renovación de acuerdo con los parámetros latinoamericanos—, profundizan las consecuencias negativas que la ISI había provocado, entre ellas, la dependencia tecnológica y la proliferación de las poblaciones marginales en los cordones urbanos que la industria no puede asimilar. Adicionalmente, mucho antes de lo anticipado concluye el *boom* exportador.

Castrado por su naturaleza dependiente de un sistema económico internacional incapaz de asimilar la homogenización de los niveles mundiales de desarrollo político y económico, la acumulación desarrollista se agota a mediados de los años cincuenta, tan pronto como la caída de la demanda internacional de productos primarios hace que la balanza comercial y de pagos de América Latina vuelva a ser deficitaria, con el agravante de que a las importaciones de la región se suman las maquinarias, los repuestos, los combustibles y otros insumos que la industrialización sustitutiva ha convertido en imprescindibles para el funcionamiento de la economía.

Del período terminal de la acumulación desarrollista data la formulación más completa de esa doctrina, hecha de manera tardía por la Comisión Económica para América Latina de la ONU (CEPAL). Sin percatarse aún de las crecientes señales de desaparición de las condiciones que provocaron y posibilitaron el surgimiento del desarrollismo, la CEPAL realiza un análisis retros-

pectivo de las transformaciones ocurridas en las economías y las sociedades latinoamericanas durante las décadas de 1930 y 1940, a partir del cual coloca la problemática del desarrollo en una perspectiva global (relación centro-periferia) y formula un conjunto de propuestas para fomentar el desarrollo equilibrado y complementario de los sectores industrial y agrícola. Sin embargo, la CEPAL no solo pasa por alto la relación de dominación y subordinación existente entre los centros de poder imperialista y América Latina —incluido el efecto de la ley del desarrollo económico y político desigual—, sino que lo hace en el momento en que sus consecuencias comienzan a ser más drásticas. En este período cobran auge las teorías burguesas de la «modernización» —que enfatizan los elementos culturales y suponen que en esta región se repetirá la evolución ocurrida durante el siglo XIX en Europa y los Estados Unidos— y el renacimiento de los análisis marxistas sobre el tránsito entre el feudalismo y el capitalismo en América Latina.

La crisis del desarrollismo obedece al avance, entonces incipiente, del sistema capitalista hacia la concentración transnacional de la riqueza, la propiedad y la producción basada en la expropiación de los capitales más débiles a escala global, incluidos los capitales de los Estados nacionales y las burguesías latinoamericanas. Esa crisis es resultado de causas objetivas —derivadas de la metamorfosis del sistema capitalista de producción— y no del simple «fracaso» o «agotamiento» de una «política de desarrollo». Es importante esclarecer la relación de causa-efecto existente entre el impacto en América Latina de la metamorfosis del sistema capitalista y la caducidad del desarrollismo como esquema de acumulación de capital, porque esta última es la que sería utilizada para justificar el proceso de apertura y desregulación neoliberal.

Halperin afirma que América del Sur es la región donde se realiza el primer intento frustrado de aplicar una política económica neoliberal. Ante la caída de la demanda de sus productos prima-

rios de exportación, entre 1955 y 1960 varios países sudamericanos implantan un esquema neoliberal consistente en ampliar y diversificar sus productos exportables a expensas de sacrificar el mercado interno, pero su aplicación se detiene debido a que se hace necesario calzar la reducción del nivel de vida de la población con grados de coerción y represión para los cuales las condiciones aún no estaban creadas.¹⁵ Ese es el papel que desempeñarían las dictaduras militares que afloraron en la región en los años sesenta, setenta y ochenta. Si asumimos el criterio de Halperin de que lo ocurrido en América del Sur en la segunda mitad de los años cincuenta fue un intento prematuro de implantar el neoliberalismo, hoy podríamos concluir que ese intento demostró que el neoliberalismo no podía ser solo una política económica, sino que tendría imponerse como un credo totalitario rector de la economía, la política y la sociedad.

El triunfo de la Revolución Cubana se erige en un formidable obstáculo al afianzamiento de la dominación continental del imperialismo norteamericano, en momentos en que éste creía contar con condiciones ideales para ello. El desenlace de la II Guerra Mundial, en virtud del cual deviene la principal potencia imperialista del planeta, y el inicio de la guerra fría, utilizada de pretexto para imponer dictaduras militares y gobiernos autoritarios civiles dóciles a sus dictados, le permiten a los Estados Unidos afianzar su hegemonía en el continente. Símbolo de ese afianzamiento es la creación del Sistema Interamericano, cuya función es servir de complemento a sus acciones unilaterales de fuerza. Una de esas acciones, el derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz, fue utilizada por los Estados Unidos para establecer en la OEA el derecho de injerencia y suprimir el principio de no intervención. Esa era la culminación de un largo proceso de construcción de un sistema de dominación continental, iniciado con la organización y celebración de la Primera Conferencia Internacional de las Repúblicas Americanas.¹⁶

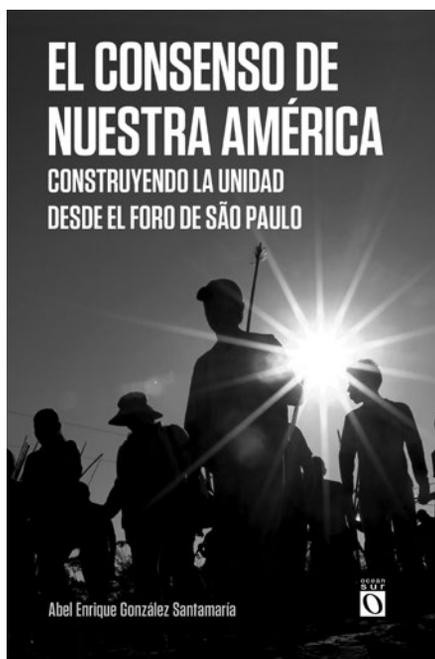
La guerra fría fue el principal instrumento empleado por el imperialismo norteamericano para ampliar y profundizar su dominación sobre América Latina, proceso que avanza más rápido en los ámbitos político y militar que en el económico. Ello obedece a que su prioridad al terminar la conflagración era la reconstrucción de sus aliados en el viejo continente. Hacia ellos focaliza su exportación de capitales y mercancías. De manera que, si bien aprovecha la nueva supremacía para expandir su dominación continental, los recursos disponibles para esta empresa eran limitados. Dos factores amplían la penetración económica del imperialismo norteamericano en América Latina a finales de la década de 1950. Uno es el completamiento de la etapa más intensa de la reconstrucción europea occidental, que los obliga a reorientar los flujos de capitales y mercancías que dirigía hacia allí. El otro es el cese de la demanda de productos primarios registrada durante la II Guerra Mundial y el inicio de la posguerra, que asesta el golpe definitivo a los proyectos desarrollistas en América Latina. De ello se deriva que los Estados Unidos ya están en condiciones de asumir la función de metrópoli neocolonial de Latinoamérica dejada vacante por Gran Bretaña en 1929, y que las frustradas élites criollas son proclives a aceptar la penetración foránea.

Cuando el imperialismo norteamericano cree haber vencido todos los obstáculos que se interponían a la materialización del sueño de sus «padres fundadores», de expandir su dominación a todos los confines del continente, la Revolución Cubana emerge como un formidable escollo a sus ambiciones. La demostración de que un pueblo latinoamericano podía escribir su propia historia, fue el catalizador de un renovado auge de las luchas populares en la región. Desde ese momento, las prioridades de la política imperialista hacia América Latina serían destruir al proceso revolucionario cubano, y aniquilar a las fuerzas políticas y sociales que en otros países inician una nueva etapa de luchas populares.

Una mirada al pasado evidencia que el imperialismo norteamericano primero tendría que: 1) aniquilar a la generación revolucionaria forjada al calor de la Revolución Cubana; 2) desarticular las alianzas sociales y políticas construidas durante el período «desarrollista»; y, 3) sentar las bases de la reestructuración de la sociedad y la refuncionalización del Estado basada en la doctrina neoliberal. Esas fueron las funciones de las dictaduras militares de «seguridad nacional» que afloraron en América Latina en los años sesenta.

En resumen, cuando en la década de 1970 la formación económico-social capitalista da el salto cualitativo de la concentración nacional a la concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político, ya la acumulación de premisas de ese proceso se venía manifestando en América Latina desde mediados de la década de 1950, momento cuando comienza a variar la ubicación que el subcontinente había ocupado en la división internacional del trabajo desde la I Guerra Mundial, pero ese proceso lo entorpece, lo retrasa y lo distorsiona un factor político de primer orden: el triunfo de la Revolución Cubana y el auge de las luchas populares que su ejemplo estimula en toda la región.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



EL CONSENSO DE NUESTRA AMÉRICA.

Construyendo la unidad desde el Foro de São Paulo

Abel Enrique González Santamaría

Cada país latinoamericano y caribeño avanza por senderos propios. Algunos procesos deben construir, consolidar o defender su consenso ideológico; en otros, es necesario, ante todo, un consenso político. Pero en todos los casos la izquierda continental tiene dos enemigos fundamentales: la desunión y el imperialismo. Ese debe ser el programa mínimo: unirnos en el combate contra el imperialismo y el neoliberalismo.

152 páginas, 2018, ISBN 978-1-925756-18-0

La avalancha universal del neoliberalismo

La avalancha neoliberal de la década de 1980 institucionalizó y legitimó el proceso de concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político, mediante el cual la oligarquía financiera transnacional descarga sobre la humanidad las consecuencias del paso de la formación económico-social capitalista de su etapa evolutiva más intensa a una etapa involutiva irreversible, es decir, del clímax de su vitalidad a la autofagia que marca el inicio de su agotamiento histórico.

Después de veinte años de intenso e ininterrumpido crecimiento económico —estimulado por la destrucción masiva de fuerzas productivas ocasionada por la II Guerra Mundial—, a partir de la década de 1960 la saturación del mercado mundial desata una crisis endémica del sistema de producción capitalista que, en lo adelante, se ve obligado a valorizar el capital mediante la intensificación en espiral de los procesos productivos, la depredación planetaria y la especulación financiera. Esta tendencia al agotamiento histórico de la formación económico-social capitalista golpea con fuerza al imperialismo norteamericano, que desde los albores de la posguerra había aprovechado su recién adquirido estatus de primera gran potencia mundial para derrochar mucha más riqueza de la que producía.

En la década de 1970, el imperialismo norteamericano se enfrenta a la disyuntiva de resignarse a aceptar la erosión de su hegemonía mundial o tratar de restablecerla. La segunda opción implicaba cumplir cuatro requerimientos básicos: primero, «disciplinar» a las

capas bajas y medias de la sociedad estadounidense, y limitar las expectativas de redistribución de riqueza adquiridas por ellas durante la posguerra; segundo, reafirmar la subordinación de los aliados de Europa Occidental y Japón; tercero, inclinar la correlación mundial de fuerzas a favor del capitalismo y en contra del socialismo; y cuarto, reforzar la dominación del Sur, amenazada por la descolonización del Medio Oriente y Asia, las luchas de liberación nacional en África y la insurgencia revolucionaria en América Latina. En virtud de estos desafíos, durante los períodos presidenciales de Richard Nixon (1969-1974), Gerald Ford (1974-1977) y James Carter (1977-1981) se exacerbaban las pugnas en los círculos de poder de los Estados Unidos.

Desde el lanzamiento del Sputnik (1957) y el vuelo del primer cosmonauta del mundo (1961), el soviético Yuri Gagarin, la sociedad estadounidense arrastraba el sentimiento de vulnerabilidad provocado por los avances de la Unión Soviética en la industria aeroespacial, que demostraban la capacidad de construir vehículos intercontinentales portadores de armas nucleares. Se iniciaba una nueva fase de la guerra fría, caracterizada por la histeria belicista que servía de telón de fondo al auge de los movimientos de los derechos civiles, de la contracultura, estudiantil y antibélico, cuya masividad y combatividad revelaban las contradicciones sociales acumuladas durante el período macartista. Aunque el principal factor de movilización de los cientos de miles de jóvenes blancos, de clase media, participantes en las protestas que estremecieron a las grandes ciudades y las universidades élite de los Estados Unidos fue la alienación provocada por la llamada sociedad afluyente, su activismo social incluyó la denuncia de que existían alrededor de treinta millones de pobres dentro de la nación más rica y poderosa del mundo, en su gran mayoría negros, hispanos y de otras minorías nacionales.

En una coyuntura histórica en que las grandes potencias imperialistas necesitan ampliar sus fuentes de acumulación, el clamor por el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional encarna la demanda de los países del Sur de obtener mayores beneficios por la venta de sus productos primarios en el mercado mundial, aspiración que refleja la formación de un nuevo escenario internacional al que durante los años cincuenta y sesenta se habían sumado como actores independientes las repúblicas surgidas de la descolonización del Medio Oriente y Asia, seguidas por el auge de las luchas de liberación nacional en África en los años setenta. Hitos de esta rebelión tercermundista son el papel alcanzado por el Movimiento de Países No Alineados y la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), cuya decisión de regular la producción e incrementar los precios de los hidrocarburos estremece al Norte y repercute en el surgimiento de otras (menos afortunadas) asociaciones de exportadores de productos primarios.

La erosión del poderío del imperialismo norteamericano alcanza la máxima expresión a raíz de su derrota en la Guerra de Vietnam (1975), que no solo proyecta una imagen externa de debilidad, sino también genera una fuerte oposición social interna al uso de soldados estadounidenses fuera de las fronteras nacionales, conocida como *síndrome de Vietnam*. Esta derrota se combina con tres acontecimientos previos que dañan la credibilidad del gobierno estadounidense y limitan su capacidad de maniobra en política exterior: la publicación de *Los Papeles del Pentágono* (1971) revela que los «incidentes del Golfo de Tonkín» (2 al 4 de agosto de 1964), utilizados por el presidente Johnson para justificar la escalada de la participación de los Estados Unidos en la guerra del sudeste asiático (Vietnam, Laos y Camboya) habían sido autoprovocaciones fraguadas por los servicios especiales de los propios Estados Unidos;¹⁷ el Escándalo de Watergate (1972), ocasionado por la captura de un grupo de espionaje que, con el conocimiento

y la aprobación del presidente Richard Nixon, penetró en las oficinas del Comité de Campaña del candidato presidencial del Partido Demócrata, descubre la podredumbre del sistema político y electoral estadounidense; y la revelación de la participación de la administración Nixon en el golpe de Estado del 11 de setiembre de 1973 contra el presidente constitucional de Chile, Salvador Allende, aporta una prueba de la complicidad del gobierno de los Estados Unidos con las atrocidades cometidas por la dictadura de Augusto Pinochet,¹⁸ botón de muestra de su complicidad con las atrocidades cometidas por todas las dictaduras militares de «seguridad nacional».

La necesidad de definir el rumbo estratégico que debería seguir el imperialismo norteamericano para hacer frente a las contradicciones planteadas, desencadena una intensa lucha ideológica acerca de si se debía adoptar una política supuestamente conciliadora o una política visiblemente agresiva para reafirmar la hegemonía mundial y neutralizar las demandas de los grupos sociales subordinados dentro de los propios Estados Unidos. Ante esta disyuntiva, la corriente conservadora tradicional imperante en el gobierno de Richard Nixon abraza el proteccionismo frente a los aliados y la opción supuestamente conciliadora con la Unión Soviética y China.

Mediante los llamados *shocks* de Nixon —que incluyen la cancelación unilateral de la paridad dólar-oro acordada en Bretton Woods, el aumento del 10% de los impuestos a las importaciones, las presiones ejercidas contra los productores de textiles asiáticos para que limitaran sus exportaciones a los Estados Unidos y las devaluaciones del dólar realizadas en 1971 y 1973—, esta administración se «atrinchera» en la defensa del mercado interno y acepta como inevitable el deterioro de la supremacía del imperialismo norteamericano, la cual intenta paliar mediante el establecimiento de un nuevo balance de poder mundial que le permitiera mante-

ner una hegemonía erosionada, en un contexto internacional más equilibrado. El artífice de esta concepción es Henry Kissinger, asesor de Seguridad Nacional del presidente Nixon y luego secretario de Estado del propio Nixon y de su sucesor, Gerald Ford.

Con Europa Occidental y Japón, Kissinger propone pactar una nueva repartición de los costos y los beneficios de la dominación imperialista mundial; con la Unión Soviética, aboga por acordar el reconocimiento de sus respectivas esferas de influencia, y establecer un sistema de «incentivos» y «desincentivos» destinado a «moderar» la política exterior soviética y, con respecto a China, plantea exacerbar las contradicciones entre esa nación y la URSS. Finalmente, preconiza una relación privilegiada con los subimperialismos regionales, como Irán en el Golfo Pérsico —entonces gobernado por el Sha Mohamed Reza Palevi— y Brasil en Sudamérica —entonces gobernado por una dictadura militar—, para que asumieran el rol protagónico en la solución de los llamados conflictos regionales. En las relaciones con la URSS, los «incentivos» eran facilitar aspectos de interés de la parte soviética —y secundarios para los Estados Unidos (*bargaining chips*)— en las negociaciones para la limitación de armas estratégicas y la flexibilización de ciertas restricciones comerciales, mientras los «desincentivos» consistían en un endurecimiento en esas mismas áreas.

El proteccionismo de Nixon deteriora las relaciones cimentadas durante la posguerra con Europa Occidental y Japón,¹⁹ en especial, debido a su decisión de romper la los acuerdos de Bretton Woods, acción de fuerza que, en el fondo, revelaba la debilidad de los Estados Unidos frente a las crisis económicas, que habían reaparecido con la nueva modalidad de la «estagflación» (*stagflation*), resultado de la combinación de la recesión con el desempleo y la inflación.²⁰ El deterioro de las relaciones con los aliados afecta a los sectores del capital financiero estadounidense que habían alcanzado un alto nivel de transnacionalización en la posguerra, interesados en evitar

una guerra económica contra sus principales socios comerciales, y en diseñar junto con ellos nuevos medios y métodos para combatir la rebeldía popular en las sociedades industrializadas y reafirmar la dominación imperialista sobre un Sur desafiante. Entre los portavoces de esta posición resaltan la Brookings Institution y el Consejo de Relaciones Exteriores de Nueva York, a los que se suma la Comisión Trilateral. Son esos grupos los que, con mayor fuerza y sistematicidad, atacan a Nixon hasta su renuncia y sustitución por Gerald Ford, en agosto de 1974, tras una manipulación dosificada del Escándalo de Watergate, cuya intensidad fue moderada en la recta final de la campaña presidencial de 1973 para evitar el triunfo del demócrata liberal George McGovern.

El candidato del Partido Demócrata que le disputa con éxito la presidencia a Gerald Ford, en noviembre de 1976, el ex gobernador de Georgia, James Carter, era un miembro poco conocido de la Comisión Trilateral. Fundada en el año 1973 por el banquero David Rockefeller —e integrada por alrededor de trescientos hombres de negocios, políticos e intelectuales de los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón—, la Comisión Trilateral responde a la urgente necesidad de los monopolios transnacionales de disponer de mecanismos de elaboración teórica y formulación política para enfrentar las contradicciones derivadas del proceso de concentración transnacional de la propiedad y la producción. Dos décadas antes de que fuera acuñado el término *globalización*, la Comisión Trilateral se erige en el portaestandarte de la ideología y el proyecto de dominación de la «corporación global», los cuales plasma en su estudio *La Crisis de la Democracia: informe sobre la gobernabilidad de las democracias para la Comisión Trilateral*, publicado en 1975.

La Comisión Trilateral es la gestora de la doctrina de la gobernabilidad (*governance*), un esquema de control social asentado en los mecanismos de la democracia burguesa, consistente en eliminar el espacio de confrontación social dentro del cual los partidos polí-

ticos, los sindicatos y otras organizaciones representativas de las clases populares pueden luchar por sus reivindicaciones políticas, económicas y sociales. En la opinión de Samuel Huntington, autor del capítulo sobre los Estados Unidos en el informe de esa comisión, en la década de 1960 se había registrado una explosión del «igualitarismo democrático», encarnado en los múltiples «grupos de interés» que abrumaban al Estado con demandas por encima de sus posibilidades, situación que repercutía en una sobrecarga impositiva con efectos negativos para la valorización del capital. La solución propuesta por Huntington era fomentar el gobierno de las élites, promover la apatía de las mayorías, limitar las expectativas de las capas sociales bajas y medias, aumentar el poder presidencial, fortalecer el apoyo del Estado al sector privado y reprimir a los sectores radicalizados del movimiento sindical. Con palabras de Huntington:

La operación efectiva del sistema político democrático usualmente requiere mayor medida de apatía y no participación de parte de algunos individuos y grupos. En el pasado, toda sociedad democrática ha tenido una población marginal, de mayor o menor tamaño, que no ha participado activamente en la política. En sí misma, esta marginalidad de parte de algunos grupos es inherentemente no democrática, pero es también uno de los factores que ha permitido a la democracia funcionar efectivamente.²¹

Otra idea de Huntington que vale la pena citar es:

Para algunas personas, la democracia debe o debería tener connotaciones movilizadoras y más idealistas. En su opinión, la «verdadera democracia», significa *liberté, égalité, fraternité*, un efectivo control ciudadano sobre las políticas, gobierno responsable, honestidad y apertura política, deliberación informada y racional, iguales cantidades de poder y participación, y otras

diversas virtudes cívicas. Estas son, en general, cosas buenas, y la gente puede, si lo desea, definir la democracia en estos términos. Haciéndolo así, sin embargo, aparecen todos los problemas que han acabado con las definiciones de democracia por la fuente o por los objetivos. Las normas borrosas no permiten análisis útiles. Elecciones, apertura, libertad y juego limpio son la esencia de la democracia, el inexcusable *sine qua non*. Los gobiernos creados por medio de elecciones pueden ser ineficientes, corruptos, de cortas miras, irresponsables, dominados por intereses concretos e incapaces de adoptar las políticas que exige el bien público. Estas cualidades los convierten en gobiernos indeseables, pero no en gobiernos no democráticos. (*Sic!*).²²

En virtud del diagnóstico de «exceso» de democracia realizado por Huntington y de su concepto sobre ella, la Comisión Trilateral aconseja: promover la autocensura, la censura y la manipulación de los mensajes transmitidos por los medios de comunicación para fortalecer la autoridad estatal y promover los intereses del capital; neutralizar la producción intelectual adversa a los intereses del capital y fomentar una «intelectualidad tecnocrática»; restringir y tamizar el ingreso a la educación superior, y reorientar a la gran masa de la población juvenil hacia carreras técnicas de nivel medio; pasar de los contratos laborales —que tienen carácter vinculante para los patronos— al concepto menos comprometido de «formación de consenso» entre capitalistas y obreros; cooptar la dirigencia sindical; desregular la política salarial; fortalecer la autoridad presidencial; desactivar la oposición ciudadana a las agresiones militares externas; garantizar niveles mínimos de subsistencia para los sectores populares desprotegidos, y masificar el espejismo de la sociedad de consumo.²³ Se trata de una combinación de los elementos tradicionales del garrote y la zanahoria, en este caso, la zanahoria de la cooptación selectiva de líderes y grupos de capas medias y populares.

Según Holly Sklar: «Noam Chomsky es quien mejor resume el tema: “la respuesta de la trilateral a la crisis: gobernabilidad sí, democracia no”». ²⁴ Además de sentar las pautas para revertir la reforma progresista iniciada en los Estados Unidos con el Nuevo Trato (*New Deal*) de Franklyn Delano Roosevelt, la Comisión Trilateral diseñó el andamiaje conceptual de un nuevo sistema de dominación mundial basado en la creación de una política «global» y poderes supranacionales encargados de ejecutarla.

Los trilateralistas —concluye Sklar— ven en el futuro una era supuestamente posnacional en la cual los valores sociales, económicos y políticos originados en las regiones trilaterales se transformen en valores universales. Redes en expansión de funcionarios gubernamentales, hombres de negocios y tecnócratas con un mismo pensamiento —producto élite de la educación occidental— deben ejecutar la formulación de la política interna y exterior. Funcionalmente, instituciones específicas con «un mayor enfoque técnico, y *menor conciencia pública*» son las más capacitadas para enfrentar los asuntos internacionales en el modelo trilateral. Los trilateralistas llaman a este proceso de toma de decisiones «funcionalismo por partes» [*piecemeal functionalism*]. Ello significa no presentar o debatir ninguna propuesta integral, sino dejar que el diseño trilateral general vaya tomando forma poco a poco. Sus componentes «funcionales» deben ser adoptados en mayor o menor medida, de manera parcial, por partes, de forma que se limite la posibilidad de que la gente pueda captar el diseño completo y organizar la resistencia [...]. En el plano internacional, los líderes trilaterales estarían responsabilizados de la *elaboración de las reglas* [...]. ²⁵

Aunque es un dato significativo que Carter, un miembro de la Trilateral, fuese electo presidente de los Estados Unidos en el momento en que esa comisión formula un diseño de política «hecho a la medida» de los nacientes monopolios transnacionales

y en el que los cultores de la «teoría de la conspiración» la presentaban como el «gobierno mundial oculto», los Estados Unidos no son un actor racional único. Los conceptos y recomendaciones de la Comisión Trilateral no fueron introducidos en la política oficial durante la administración Carter, ni fueron introducidos como un bloque —como una sola pieza—, sino a posteriori y de una manera selectiva. La Trilateral fue una de las tantas instituciones políticas, económicas, sociales y académicas que se enfrentaron, interactuaron y, al hacerlo, se retroalimentaron entre sí, en un despiadado choque de todos contra todos, destinado a sacar la mejor parte de la inevitable reestructuración capitalista. Es lógico que no haya sido la administración Carter la que decidiera qué formulaciones —tanto de la Trilateral como de otras fuentes— serían introducidas en la política oficial del gobierno de los Estados Unidos, debido a que su enfoque pseudocontemporizador fue derrotado por la coalición neoconservadora aglutinada en torno a Ronald Reagan.

En rigor, la administración Carter fue un «puente», un gobierno de transición, entre los conservadores tradicionales representados por Nixon, Ford y Kissinger, y los ultraconservadores representados por Reagan. Gregorio Selser explica que a Carter le correspondió cumplir dos tareas incompatibles entre sí: por una parte, «a finales de 1976 —dice Selser— había una necesidad de bañarse en aguas lustrales, purificadoras de pecados comprobados y de otros no tan sabidos»²⁶ —es decir, había que restaurar la credibilidad del sistema político estadounidense— y, por la otra, era necesario recurrir a la fuerza para reafirmar la supremacía del imperalismo norteamericano. Esta necesidad de proyectar una imagen de «paloma» y ejecutar una política de «halcón» es la que mueve a Selser a afirmar que «la política exterior de Carter semejará el rostro bifronte de Jano, con Brzezinski oficiando de “halcón” y el secretario de Estado Cyrus Vance, de dulcificada “paloma”». ²⁷ Esta dualidad hace a Carter aparecer como débil e indeciso a la luz de

la campaña chovinista lanzada por la «nueva derecha», que lleva a Reagan como candidato a las elecciones presidenciales de 1976, en las cuales es derrotado por Carter, y también en las de 1980, en las cuales es Reagan quien derrota a Carter.

Si la política belicista y de apoyo a los regímenes dictatoriales en todo el mundo ejecutada por Johnson y Nixon había generado una «ola moralista» opuesta a la intervención y la injerencia del imperialismo norteamericano en los asuntos internos de otras naciones, la «revolución conservadora» se encarga de hacer «oscilar el péndulo» en sentido contrario, con una campaña de miedo basada en la supuesta debilidad y vulnerabilidad derivada de la política de «distensión» con la Unión Soviética y de las restricciones impuestas por Carter —de palabra, pero no de hecho— a las relaciones con las dictaduras militares latinoamericanas.

El principal aporte de la administración Reagan a la definición del rumbo estratégico del imperialismo norteamericano fue asimilar el esquema de dominación «global» diseñado por la Comisión Trilateral —pero no el tratamiento igualitario que ella le daba a los aliados europeos y japoneses en el proceso de elaboración política— y utilizarlo como portador universal de la doctrina neoliberal. Esta fusión del «globalismo» —en este caso no tanto «trilateral», sino *unilateral*— con el neoliberalismo constituye la esencia del nuevo sistema de dominación mundial del imperialismo norteamericano.

Con frecuencia los análisis sobre el neoliberalismo incurren en el error de afirmar que esa doctrina es la causa fundamental de los males que aquejan a la humanidad. Si el problema solo fuese que en el mundo impera una «mala política», bastaría con cambiarla por una «buena política». Sin embargo, la causa real del deterioro del nivel y las condiciones de vida de una franja creciente de la humanidad es el agravamiento de la crisis integral del capitalismo, derivada del agotamiento y la senilidad del modo de producción capitalista, que enfrenta una creciente dificultad para cumplir con

su razón de ser: valorizar el capital. Esa creciente dificultad es la que impulsa a la élite monopolista dominante a ejercer todos los resortes del poder político, económico y militar, con énfasis en la dominación ideológica y cultural, para revertir la tendencia imperante en la posguerra favorable a la redistribución de social de la riqueza. De ahí se desprende que, aunque la lucha contra el neoliberalismo es, sin dudas, una formidable consigna con fines de movilización social, solo puede ser efectiva si se le asume como lucha contra el capitalismo.

El padre del neoliberalismo, el austríaco-británico Friedrich Hayek, publicó su obra fundacional, *Camino de Servidumbre*, en 1944, cuando aún se desconocía cuál sería el desenlace de la II Guerra Mundial, y se esperaba un período posbélico de pobreza generalizada en Europa. El neoliberalismo es una doctrina sociofilosófica que concibe la competencia capitalista como el eje rector y articulador de la sociedad, al cual se subordina el Estado. A diferencia del liberalismo clásico del *laissez-faire*, que rechaza toda intervención estatal en la economía, el neoliberalismo la promueve siempre que sea para garantizar «el uso eficaz de la competencia», entendiéndose: la concentración de la riqueza.

El uso eficaz de la competencia como principio de organización social —dice Hayek— excluye ciertos tipos de interferencia coercitiva en la vida económica, pero admite otros que a veces pueden ayudar muy considerablemente a su operación e incluso requiere ciertas formas de intervención oficial.²⁸

El padre del neoliberalismo también proclama que:

No hay nada en los principios del liberalismo que hagan de éste un credo estacionario; no hay reglas absolutas establecidas de una vez para siempre. El principio fundamental, según el cual en la ordenación de nuestros asuntos debemos hacer todo el uso posible de las fuerzas espontáneas de la sociedad y recurrir

lo menos que se pueda a la coerción, permite una infinidad de aplicaciones. En particular, hay una diferencia completa entre crear deliberadamente un sistema dentro del cual la competencia opere de la manera más beneficiosa posible y aceptar pasivamente las instituciones tal como son. Probablemente, nada ha hecho tanto daño a la causa liberal como la rígida insistencia de algunos liberales en ciertas reglas rutinarias, sobre todo desde el principio del *laissez-faire*.²⁹

Contra el liberalismo clásico del *laissez-faire* Hayek argumenta que permitió una penetración de influencias socializantes —se refiere a las políticas públicas y los servicios públicos— y aboga porque el Estado garantice la igualdad de oportunidades, pero no la igualdad social. En particular, se pronuncia contra la ayuda estatal destinada a mejorar la situación socioeconómica de individuos y grupos sociales específicos, víctimas de la acción concentradora del mercado e incluso de avatares como la guerra. En este sentido, postula que:

[...] la igualdad formal ante la ley está en pugna y de hecho es incompatible con toda actividad del Estado dirigida deliberadamente a la igualación material o sustantiva de los individuos, y que toda política directamente dirigida a un ideal sustantivo de justicia distributiva tiene que conducir a la destrucción del Estado de Derecho. Provocar el mismo resultado para personas diferentes significa, por fuerza, tratarlas diferentemente. Darle a los diferentes individuos las mismas oportunidades objetivas, no significa darles la misma *chance* subjetiva. No puede negarse que el Estado de Derecho produce desigualdades económicas; todo lo que puede alegarse en su favor es que esta desigualdad no pretende afectar de una manera determinada a individuos en particular.³⁰

Para Hayek, la democracia es un medio de salvaguardar la paz interna y la libertad individual, función que, en ciertos casos, ha

cumplido mejor un determinado régimen autocrático que algunas democracias.³¹ Era un furibundo enemigo del fascismo y el comunismo, no porque esas ideologías, cada una por razones opuestas entre sí, negasen los principios, valores y prácticas de la democracia burguesa, sino porque las consideraba ideologías totalitarias promotoras de una acción estatal *que niega la competencia capitalista*.

Es lógico que los devotos de una doctrina sociofilosófica como el neoliberalismo, elaboren un cuerpo de ideas económicas y políticas destinado a llevar sus postulados a la práctica. Sin embargo, durante largo tiempo, Hayek y sus seguidores tuvieron un obstáculo para avanzar en esa labor, que solo se puede realizar a plenitud con conocimiento de las condiciones concretas —lugar, momento y situación política, económica y social— en las que se aplicará la doctrina. Ese conocimiento faltó porque los vaticinios de una apocalíptica posguerra europea no se cumplieron. Al contrario, este fue un período de intenso y prolongado crecimiento expansivo de la economía capitalista y de guerra fría. Lo primero era compatible con una redistribución de riqueza relativamente alta, y lo segundo aconsejaba la asimilación de demandas sociales por los medios y métodos de la democracia burguesa para cimentar la «contención del comunismo». Esto explica que, en vez de aplicar la doctrina de Hayek, el imperialismo optara por fomentar el llamado Estado de bienestar, cuya protoforma había surgido en la Alemania de Bismarck.

La doctrina concebida para legitimar la desigualdad social fue «rescatada» de la marginalidad tres décadas después de su surgimiento, cuando la redistribución de riqueza y la asimilación de demandas sociales por los medios y métodos de la democracia burguesa, característicos del «Estado de bienestar», entran en contradicción con el crecientemente dificultoso proceso de valorización del capital. En lo adelante, el imperialismo ya no solo tendría que oponerse con mayor fuerza que antes a la revolución social, sino también a la reforma social progresista que en la posguerra utilizó como instrumento de la contención del comunismo.

Con la necesidad que experimenta el capital de revertir la tendencia previa a la redistribución de riqueza, después de tres décadas de «espera», Hayek finalmente encuentra el motivo y las condiciones propicias para ampliar y profundizar su teoría, que hasta ese momento se había mantenido más bien como un planteamiento ideológico contra la socialización, que el propio padre del neoliberalismo considera insuficiente como programa económico. Hayek llena ese «vacío» en la primera mitad de los años setenta, con la publicación de *Ley, Legislación y Libertad*, obra por la cual se le confirió el Premio Nobel de Economía en 1974.

El «rescate» del neoliberalismo no fue un hecho aislado. Esa doctrina rebrota como parte de la búsqueda de mecanismos para conjurar el repentino estallido de crisis económicas crecientemente devastadoras, frecuentes y difíciles de resolver, que ya no afectaban a una u otra potencia imperialista aislada, sino a varias o, incluso, a todas ellas en su conjunto. Aunque la coalición ultraconservadora que se impuso en aquel proceso rechazó la premisa de la Trilateral —el intento de formular una política consensuada entre los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón—, sí se apropió de un producto de esa comisión: la doctrina de la gobernabilidad. De la interacción entre la doctrina neoliberal y la doctrina de la gobernabilidad, nace un nuevo tipo de democracia burguesa: la *democracia neoliberal*.

La democracia neoliberal se caracteriza por el culto a los elementos formales de la democracia burguesa, tales como el pluripartidismo, las elecciones periódicas, el voto secreto, el rechazo al fraude, la alternancia en el gobierno y otros, pero con un Estado desprovisto de la capacidad de ejercer el poder político real y, por consiguiente, ubicado fuera del espacio de confrontación gramsciano, en el que la izquierda y el movimiento popular pudieran arrancarle concesiones en materia de política social y redistribución de riqueza. La democracia neoliberal busca garantizar lo que Zemelman define como «alternancia dentro del proyecto»:

Lo que estamos viendo en este momento en América Latina —dice Zemelman— es que la democracia abierta a la alternancia de proyectos, de la cual Allende fue un ejemplo, se está cerrando. Por el contrario, existe un sistema democrático impulsado desde los mismos organismos transnacionales como el Banco Mundial, el mismo Fondo Monetario Internacional y ni qué hablar del Departamento de Estado, que están interesados en una alternancia, por lo tanto, en un juego de mayoría y minoría, pero al interior de los parámetros de un proyecto único e innegociable, y que se identifica con la democracia; de manera que cualquier idea de alternancia de proyectos es calificada de antidemocrática por democrática que sea.³²

La democracia liberal se complementa con un concepto de los derechos humanos que enfatiza las libertades civiles destinadas a legitimar ese ejercicio antidemocrático, pero excluye, incluso cuando los acepta de palabra, la satisfacción de los derechos económicos y sociales.

Tras el fracasado intento de aplicar una política económica neoliberal en el Cono Sur latinoamericano ocurrido en la segunda mitad de la década de 1950, de nuevo es en esa región donde se inicia la aplicación práctica del neoliberalismo. Al cabo de tres años de dictadura, iniciada el 11 de setiembre de 1973, después de haber descabezado y desarticulado al movimiento popular y de izquierda capaz de hacerle resistencia, en 1976, el gobierno de Augusto Pinochet impone en Chile la doctrina neoliberal.³³ No obstante, la avalancha mundial del neoliberalismo empieza con los triunfos electorales de Margaret Thatcher en Gran Bretaña (1979) y Ronald Reagan en los Estados Unidos (1980), a partir de los cuales, se inicia un proceso de reestructuración del sistema de dominación imperialista mundial destinado a adecuarlo a los requerimientos del salto de la concentración nacional a la concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político.

Aunque Gran Bretaña y los Estados Unidos asumieron, en conjunto, el papel protagonista en la imposición del neoliberalismo a escala universal, hubo diferencias en las modalidades de esta doctrina aplicadas, respectivamente, por Thatcher y Reagan. El neoliberalismo británico era «puro» y «ortodoxo», con énfasis en la contracción de la emisión monetaria, la elevación de las tasas de interés, la reducción impositiva para la franja poblacional de más altos ingresos, la abolición de los controles sobre los flujos de capitales, el fomento del desempleo masivo, la represión a las huelgas, la aprobación de leyes antisindicales y el recorte de los gastos sociales, todo ello complementado posteriormente por un amplio programa privatizador que comienza por la vivienda pública y continúa con el acero, la electricidad, el petróleo, el gas y el agua.³⁴ En los Estados Unidos, donde no existía un «Estado de bienestar» que dismantelar, el elemento central de la política de Reagan fue el incremento de la carrera armamentista, sustentada en los mayores déficits fiscales registrados hasta entonces en la historia de esa nación, política que Perry Anderson califica de keynesianismo militar disfrazado. Salvo esa ruptura con la ortodoxia neoliberal en materia de equilibrio fiscal —lujo que solo el imperialismo norteamericano podía darse en virtud de su papel preponderante en la economía mundial—, Reagan aplicó el esquema de reducción de los impuestos a los ricos, aumento de las tasas de interés y la represión a la huelga de los controladores aéreos de 1981, que sentó las pautas de su política antisindical.

En la década de 1980, la avalancha neoliberal se extendió por Europa Occidental. En 1982, fue electo en la República Federal Alemana el canciller demócrata cristiano Helmut Kohl; en 1983, Dinamarca, el «Estado modelo del bienestar escandinavo», pasó a ser gobernado por una coalición de derecha. Esta misma suerte siguió el resto de los países del centro y el norte de Europa Occidental, salvo Suecia y Austria. Estos gobiernos de derecha de la Europa

continental aplicaron variantes neoliberales menos drásticas que Gran Bretaña y los Estados Unidos, con mayor atención al equilibrio y las reformas fiscales que a la reducción de los gastos sociales o la represión deliberada contra los sindicatos. No obstante, era apreciable la diferencia con relación a las políticas del «Estado de bienestar» de posguerra. Mientras tanto, en el sur de Europa Occidental, en países hasta ese momento gobernados por la derecha, Francia, España, Portugal, Italia y Grecia, fueron elegidos por primera vez gobiernos socialdemócratas.

Los gobiernos socialdemócratas electos en Europa Occidental en la década de 1980 proyectaban una imagen progresista, opuesta a la de los gobiernos de Reagan y Thatcher. Al menos los gobiernos de François Mitterrand en Francia y Andreas Papandreu en Grecia trataban de desarrollar una política económica y social que Anderson califica como «una tentativa de crear un equivalente en el sur de Europa de lo que había sido la socialdemocracia de posguerra en el norte del continente en sus años de oro».³⁵ Sin embargo, esos intentos tardíos de seguir la huella del «Estado de bienestar» navegaban a contracorriente del aumento de la concentración de la riqueza que demandaba el capital monopolista y, por tanto, ambos se vieron obligados a desecharlos. Por su parte, en España, el gobierno de Felipe González aplicó, desde sus inicios, una política de corte neoliberal.³⁶

En una economía mundial caracterizada por la saturación de los mercados de bienes, servicios, capitales y fuerza de trabajo, la supervivencia y crecimiento de los monopolios transnacionales depende de su capacidad de adueñarse de todo espacio donde exista la posibilidad de valorizar el capital. Esa necesidad compulsiva explica la campaña desatada por el neoliberalismo a favor de la privatización de las empresas públicas y contra el proteccionismo. La campaña privatizadora estuvo destinada a forzar el paso al «sector privado» de los recursos naturales y energéticos, y de las

empresas públicas industriales, agropecuarias y de servicios. Además, la cruzada contra el proteccionismo, cumplía el objetivo de evitar que las empresas privatizadas más apetecibles y los mercados solventes quedaran en manos del «sector privado» de América Latina, Asia y África.

El propósito del nuevo sistema de dominación es imponer las condiciones políticas, económicas y sociales que garanticen la máxima transferencia de riqueza de América Latina a los centros de poder imperialista, en particular, a los Estados Unidos, con un flujo mínimo de inversiones productivas. Es un proceso que, en vez de crear nuevas fuentes de riqueza, se apropia de las ya existentes y las depreda. Si partimos de que la riqueza producida en la región siempre fue insuficiente para satisfacer las necesidades sociales, y de que es la peor distribuida del planeta, comprenderemos que su resultado es el agravamiento de la crisis del capitalismo latinoamericano, que intensifica y amplía las contradicciones sociales: las intensifica porque succiona recursos cuyo déficit siempre fue motivo de inestabilidad, y las amplía porque no solo afecta a los grupos sociales desposeídos, sino también a las burguesías criollas y las capas medias, crecientemente fragmentadas, polarizadas y disminuidas, que antes eran parte del bloque social dominante.

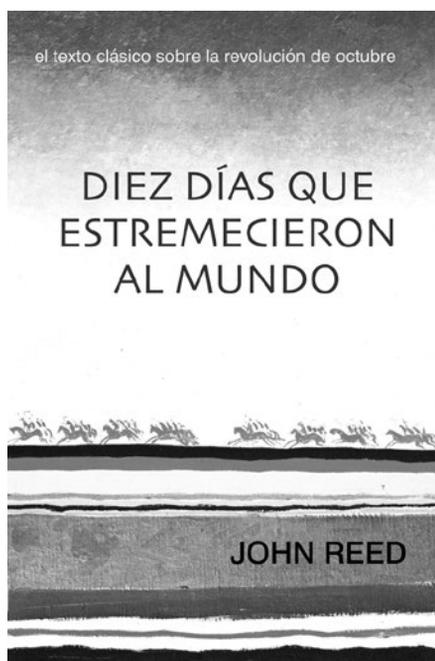
Visto desde otro ángulo, el nuevo sistema de dominación está basado en la integración transnacional, con carácter exclusivo y vertical, de aquellos bolsones de las economías y las élites tecnocráticas latinoamericanas que al imperialismo le interesa incorporar al ciclo transnacional de rotación del capital. De ello se desprende que esos «bolsones» económicos (petróleo y demás recursos naturales, sectores financiero, comercial y de servicios, maquilas y otros), las élites formadas por los socios locales del capital financiero transnacional y sus empleados de cuello blanco, quedan cercenados del resto de la nación. Eran esas élites desarraigadas, que no viven, piensan, sienten, ni padecen como latinoamericanas, las llamadas

a ejercer, por delegación transnacional y dentro de márgenes limitados, los resortes del poder político en la región. Esta integración desintegradora destruye la estructura social y el sistema de alianzas políticas sobre la cual se asentaron los equilibrios —precarios, inestables y de corto plazo, pero equilibrios al fin— establecidos en las repúblicas latinoamericanas en el período desarrollista.

En esencia, la avalancha universal del neoliberalismo de la década de 1980 es la expresión ideológica y política de la transnacionalización del capital que había cuajado una década antes. Esta avalancha es la que impone y legitima la reestructuración y refuncionalización del sistema de relaciones internacionales, y también la reestructuración y refuncionalización del Estado nacional.

En América Latina, donde la administración Reagan hereda y eleva a su máxima expresión una política de fomento de las dictaduras militares de «seguridad nacional», seguida de un mal llamado proceso de democratización, esa administración aprovecha tal combinación de elementos para destruir los vestigios del Estado desarrollista latinoamericano e implantar en su lugar el Estado neoliberal.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



DIEZ DÍAS QUE ESTREMECIERON AL MUNDO

John Reed

Diez días que estremecieron al mundo es un clásico de la literatura política del siglo xx. Escrito en 1919 por el periodista y dirigente obrero John Reed, este libro ha sido considerado una de las más fehacientes crónicas de la Revolución de Octubre. En sus páginas el autor captó la esencia de los principales acontecimientos de la gesta rusa, y sus propios líderes reconocieron en esta obra un documento de referencia por el acierto, la síntesis y su capacidad de análisis.

416 páginas, 2011, ISBN 978-1-921235-07-8

El derrumbe de la URSS y el bloque socialista europeo

La avalancha universal del neoliberalismo recibe un impulso extraordinario cuando ese proceso se alimenta con la crisis terminal de la URSS, cuyo derrumbe provoca la apoteosis de los mitos en torno a una supuesta ruptura epistemológica ocasionada por la globalización y la revolución científico técnica, que ya nunca más permitiría comprender el mundo y menos aún transformarlo. El colapso soviético le vino al capitalismo como anillo al dedo porque le permitió encubrir su propia crisis sistémica. En un abrir y cerrar de ojos, el imperialismo, en especial, el imperialismo norteamericano, dejó de reflejar incertidumbre e impotencia, y empezó a proyectar una imagen de euforia y omnipotencia. En esas condiciones, a la globalización neoliberal —es decir, a la forma específicamente imperialista en que se produce la universalización de las relaciones humanas, conducida de modo intencional para llegar a niveles sin precedente de concentración de la riqueza y masificación de la exclusión social—, se le atribuyó la condición de proceso natural, ajeno a la voluntad del ser humano, irreversible e incuestionable.

El derrumbe de la URSS y el bloque socialista tuvo dos consecuencias negativas principales para las fuerzas de izquierda y progresistas del mundo, incluidas las de América Latina: una es el desmoronamiento de la bipolaridad estratégica, que en la posguerra actuó como muro de contención de la injerencia y la intervención imperialista en el Sur; la otra es el efecto devastador que tuvo para la credibilidad de todo proyecto social ajeno al neoliberalismo,

no solo anticapitalista, sino incluso que fuese apenas discordante con él. Hoy es imposible predecir cómo y cuándo aparecerá una nueva concentración de poder político, económico y militar antiimperialista capaz de disuadir agresiones como las realizadas contra Afganistán, Irak y Libia, por solo mencionar las más recientes. Lo que sí se puede hacer —y se está haciendo— es revertir el impacto ideológico del derrumbe de la URSS.

Sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario. ¿Cuáles son los principales problemas científicos que plantea el derrumbe de la URSS a la teoría revolucionaria? Esta es una cuestión de suma importancia y actualidad, en primer lugar, porque el plazo histórico para derrotar a la barbarie capitalista se agota con la misma celeridad con que el imperialismo destruye y depreda al planeta y, en segundo término, porque ni la barbarie ni el socialismo son iguales a lo que eran en el «siglo corto». ³⁷ El capitalismo del siglo XX mutó y el paradigma del socialismo del siglo XX se derrumbó. De ahí surge la necesidad de desentrañar cómo se derrota al capitalismo y qué entender por socialismo en el siglo XXI. En rigor, no hay respuestas para estas interrogantes. Lo que hay son pistas que solo pueden seguirse mediante la adecuación, actualización y desarrollo de la teoría de la revolución de fundamento marxista y leninista. Pero, esa teoría enfrenta tres desafíos: restablecer la credibilidad dañada por el derrumbe del paradigma de la URSS y recuperar el lugar que le corresponde en la conciencia del sujeto social revolucionario; completar el exorcismo de las reminiscencias de la etapa en la cual se le subordinó y vulgarizó en función de legitimar un proyecto que decía derivarse de ella; y «parir» construcciones políticas acordes con la situación.

En este libro no se pretende encontrar soluciones a los problemas que el derrumbe de la URSS plantea a la teoría revolucionaria, sino apenas identificarlos. Para cumplir este objetivo, nos hacemos varias preguntas: ¿Qué lugar ocupa en la teoría revolucionaria el

concepto de revolución formulado por Marx y Engels en 1848? ¿Qué relación existe entre la teoría revolucionaria y la construcción política que dio lugar al triunfo de la Revolución de Octubre y a la edificación de la URSS? ¿Por qué esa construcción política se impuso como patrón universal de aplicación de la teoría revolucionaria? ¿Qué consecuencias provocó el derrumbe del paradigma de la Revolución de Octubre en la teoría y la praxis revolucionarias?

Patria de la Ilustración, de la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano* y de la Revolución de 1789, Francia es la cuna de casi todas de las corrientes socialistas originarias. Con palabras de George Douglas Howard Cole:

Aunque el socialismo, en un sentido, empezó mucho antes, y en otro sentido algunas décadas después de la gran Revolución Francesa, hay [...] razones suficientes para tomar el año 1789 como punto de partida para un estudio del desarrollo de las ideas socialistas modernas. Éste es el momento desde el cual es posible seguir, no solo un desarrollo continuo en la esfera del pensamiento, sino también una conexión creciente entre el pensamiento y los movimientos que tratan de darle expresión práctica.³⁸

No es que de la Revolución Francesa emanara un pensamiento, y mucho menos un movimiento, de orientación socialista. Su aporte consiste en liberar a la propiedad de las trabas feudales, cambio que devela la contradicción entre ricos y pobres que hasta entonces se ocultaba tras la pugna entre las clases privilegiadas y las no privilegiadas. Su fuerza ideológica motriz fue el *Iluminismo*, basado en la creencia de que *la razón* sería el principio rector de una sociedad en la que imperarían la igualdad, la fraternidad y la legalidad,³⁹ pero esa razón «no era más que el sentido común idealizado del hombre del estado llano que, precisamente por aquel entonces, se

estaba convirtiendo en burgués». ⁴⁰ En su balance de aquel gran parto de la historia, Engels afirma:

Hoy sabemos ya que ese reino de la razón no era más que el reino idealizado de la burguesía; que la justicia eterna vino a tomar cuerpo en la justicia burguesa; que la igualdad se redujo a la igualdad burguesa ante la ley; que como uno de los derechos más esenciales del hombre se proclamó la propiedad burguesa; y que el Estado de la razón, el «contrato social» de Rousseau, pisó y solamente podía pisar el terreno de la realidad, convertido en la república democrática burguesa [...].

En una palabra, comparadas con las brillantes promesas de los pensadores, las instituciones sociales y políticas instauradas por el «triumfo de la razón» resultaron ser unas tristes y decepcionantes caricaturas. ⁴¹

Esa observación plantea un problema que se repite en todos los proyectos y procesos posteriores de transformación social de signo popular, incluso en aquellos con respecto a los cuales no cabe emplear el calificativo de «tristes y decepcionantes caricaturas». Ese problema radica en que existen diferencias, por lo general de gran magnitud, entre los planteamientos teóricos de quienes los conciben, incluso si lo han hecho con todo rigor, y la realidad en la que se les trata de llevar o se les lleva a la práctica. De ello se deriva, o que esos proyectos no llegan a cuajar en procesos reales, o que los procesos que sí se materializan tienen características y enfrentan obstáculos no previstos.

En unos casos debido a proyectos que no cuajaron y en otros debido a procesos cuyas trayectorias no fueron las previstas, la historia no siguió el rumbo delineado por unas u otras de las corrientes socialistas nacidas en el siglo XIX, ni siquiera el esbozado por el marxismo, la única que emprendió el análisis del sistema de producción capitalista con un enfoque científico y nos legó principios a

partir de los cuales desarrollar la filosofía de la praxis, de cuya permanente actualización y adecuación a las cambiantes condiciones dependerá nuestra capacidad de construir sociedades socialistas.

Aunque las primeras escuelas de pensamiento socialista nacen en los albores del siglo XIX, la irrupción del marxismo es el punto de partida para intentar un balance de las luchas que mantienen líneas de continuidad hasta el presente.⁴² Cole nos brinda un argumento irrefutable para ello:

Marx creó el socialismo característicamente alemán, que pronto habría de dominar la ideología de la mayor parte del continente, apartando de sí las formas anteriores de socialismo como el viento aparta la paja. No es que el marxismo llegase nunca a desterrar las doctrinas más antiguas [...]. Los socialismos antiguos siguieron viviendo, incluso después que Marx había tomado prestada la designación de «utopismo» para aplicársela. Pero el marxismo los lanzó fuera del centro, tanto de la discusión, como de la organización.⁴³

Proletariado como sujeto de la revolución, Europa Occidental como escenario, partido de clase, conquista del poder, destrucción del Estado burgués, dictadura del proletariado y abolición de la propiedad privada de los medios de producción, son conceptos interrelacionados en la teoría de la revolución que Marx y Engels plasman en el *Manifiesto del Partido Comunista* y el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas*. Dos décadas después, mediante el estudio de la experiencia de la Comuna de París, Marx profundizó su visión sobre la dictadura del proletariado. Estos conceptos generales, adecuados por Lenin a la situación específica en que se encontraba Rusia a inicios del siglo XX, serían llevados a la práctica, por primera vez, por el Partido Bolchevique en la Revolución de Octubre. En lo adelante, las fuerzas marxistas y leninistas no solo derivarían la estrategia y la táctica de sus luchas de las ideas elaboradas por los

clásicos al calor de procesos que no cuajaron — como la Revolución de 1848 y la Comuna de París —, sino también de su encarnación en la Revolución Bolchevique.

Sobre la base del estudio de las revoluciones burguesas y, en especial, de la situación de Europa entre las revoluciones de 1830 y 1848, Marx y Engels estimaron que la revolución comunista sería protagonizada por el proletariado de los países más industrializados. En el *Manifiesto* y el *Mensaje* se concibe a la revolución comunista como una insurrección contra la aristocracia, en la cual el proletariado lleva el peso de la lucha, mientras que la burguesía se agazapa hasta el final de los combates con el propósito de adueñarse del gobierno, satisfacer sus intereses, y mantener al proletariado tan o más sojuzgado que antes. Para evitar que ello ocurriese, era preciso que el proletariado se mantuviera unido y que, solo por excepción, actuase en la misma dirección que la burguesía en las fases de la revolución en que ello fuera necesario para derrotar al enemigo común. En este sentido, Marx y Engels orientan que: «desde el primer momento de la victoria es preciso encauzar la desconfianza no ya contra el partido reaccionario derrotado, sino contra los antiguos aliados, contra el partido que quiera explotar la victoria común en su exclusivo beneficio».⁴⁴

La experiencia de la Comuna de París, ocurrida en 1871, sirvió a Marx y Engels para desarrollar el concepto de *dictadura del proletariado*: la dictadura de la inmensa mayoría de la sociedad sobre sus antiguos opresores. «La Comuna ha demostrado —decía Engels—, sobre todo, que “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina del Estado tal y como está y servirse de ella para sus propios fines”».⁴⁵ La dictadura del proletariado sería la democracia para la mayoría pues la transición del capitalismo al comunismo la dirigiría el proletariado, que no solo poseía conciencia de *clase en sí* y *clase para sí*, sino que también sería capaz de asimilar y satisfacer las reivindicaciones de las demás clases y sectores

sociales hasta entonces dominados, explotados y discriminados. En la transición del socialismo al comunismo desaparecerían las clases. Después de un período inicial de construcción y fortalecimiento del Estado proletario, la existencia del Estado —un instrumento de dominación y subordinación de clase— sería innecesaria, de modo que se extinguiría y sería sustituido por un mecanismo no coercitivo encargado de la atención a los asuntos sociales.

¿Son estas ideas una fórmula general contenida en la teoría de la revolución de Marx y Engels? Nada más lejano de su pensamiento. Hobsbawm recuerda que «Marx y Engels rechazaron, en forma persistente, militante y polémica» las «dicotomías simples de quienes se proponían reemplazar a la mala sociedad por una buena» y «la tendencia a diseñar modelos operacionales cerrados, por ejemplo, a prescribir la forma exacta de cambio revolucionario y a declarar que todos los demás eran ilegítimos; o a rechazar el empleo exclusivo de la acción política». Ellos «rechazaban el voluntarismo ahistórico». ⁴⁶ Hobsbawm añade que mucho de lo que se discutió sobre la revolución en el siglo XIX es posterior a la muerte de ambos, por lo cual, lo más que puede decirse, es que quienes primero debatieron esos temas, a raíz de la polémica sobre revisionismo y reformismo iniciada en la década de 1890, estuvieron en contacto personal con Marx y Engels o, en la mayoría de los casos, solo con este último. Ello implica que los debates posteriores a su muerte están basados en interpretaciones o revisiones póstumas. ⁴⁷ Además, como también menciona Hobsbawm, la obra de Marx y Engels no constituye un cuerpo teórico acabado, en parte porque la vida no les alcanzó para hacer todo lo que habían soñado y, en parte, porque eran reacios a desarrollar una teoría general de la política, tema que abordan en forma de observaciones incidentales, excepto en el caso de la teoría sobre el origen y el carácter histórico del Estado. El célebre historiador puntualiza que Lenin sí sintió la necesidad de teorizar sobre el Estado y la Revolución, pero, como

es conocido, cuando empezó a hacerlo llegó octubre de 1917 y tuvo que concentrarse en hacer la revolución y construir el Estado, en lugar de teorizar sobre ellos. Otro aspecto mencionado por Hobsbawm con relación a Marx es que:

Su forma de investigación podía producir diferentes resultados y perspectivas políticas. En rigor, eso hizo el propio Marx, quien visualizó una transición pacífica al poder en Gran Bretaña y Holanda, y la posible evolución de la comunidad rural rusa al socialismo. Kautsky e incluso Bernstein fueron herederos de Marx tanto como (o, si Ud. quiere, tan poco como) Plejánov y Lenin.⁴⁸

En cuanto a esa afirmación sobre Kautsky, Bernstein y Plejánov, desde la perspectiva de una ciencia aséptica, «pura», no ideológica, no política, podríamos concordar en que son tan herederos de Marx como lo es Lenin, pero no desde el punto de vista de una teoría científica revolucionaria, como lo es el marxismo.

Del análisis del *Manifiesto* y el *Mensaje* se desprende que las ideas sobre estrategia y táctica de la revolución contenidas en ellos no se concibieron como bases para una teoría, sino como lineamientos *políticos* para una lucha *política* por el liderazgo *político* del proletariado, que también disputaban corrientes burguesas progresistas y corrientes no marxistas del movimiento obrero y socialista de la época. La fuerza y la vehemencia con que sus autores redactan el *Mensaje*, no dejan lugar a dudas: estaban impartiendo orientaciones para una difícil batalla que se podía ganar o perder. Así veían las cosas entonces Marx y Engels pero, como dice Hobsbawm, en momentos posteriores también apuntaron a que pudiese crearse un escenario de revolución pacífica en Gran Bretaña y Holanda, y un escenario de revolución comunista fuera de los países capitalistas desarrollados, en este último caso, a partir de la comunidad agraria rusa. No tiene sentido especular sobre cuál hubiese sido el

pensamiento estratégico y táctico de Marx para la lucha pacífica en pos de la revolución en un escenario europeo occidental. Durante su vida, no hubo amago alguno en esa dirección, a partir del cual pudiese hacer tal elaboración.

Con respecto a la posibilidad de que la revolución comunista se iniciase en Rusia, en respuesta a una carta de Vera Zasúlich, Marx estima que la comunidad rural rusa podía deshacerse gradualmente de sus caracteres primitivos y desarrollarse *directamente* como elemento de la producción colectiva porque, al ser contemporánea con la producción capitalista, podía apropiarse de las realizaciones positivas de ésta, sin pasar por «todas sus terribles peripecias». ⁴⁹ Por su parte, en el «Prefacio a la segunda edición rusa de 1892» del *Manifiesto del Partido Comunista*, Engels dice que en Rusia: «la forma por cierto muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra» podría pasar directamente a ser propiedad comunista. Acto seguido especifica que: «si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista». ⁵⁰

De las alternativas al triunfo de la insurrección revolucionaria en Europa Occidental a las que hicieron referencia los clásicos, a saber, la revolución pacífica en los países más desarrollados o la revolución comunista en Rusia, la primera no se verificó en la práctica: la lucha política legal en Europa derivó hacia la reforma del capitalismo como horizonte histórico. La Revolución Rusa sí triunfó, gracias a la adecuación que hizo Lenin de las ideas de Marx y Engels a la situación en la cual los bolcheviques rompen el eslabón más débil de la cadena.

Puntualicemos que el proyecto de revolución proletaria concebido por Marx y Engels no cuajó en el escenario ni en el tiempo previsto por ellos, es decir, en la Europa Occidental de 1848 o en la

etapa que se cierra en 1871 con la derrota de la Comuna de París. El cambio en las condiciones políticas, económicas y sociales del viejo continente ocurrido en las décadas subsiguientes, provocaría la división del movimiento socialista en una corriente reformista y una corriente revolucionaria, que a partir del estallido de la I Guerra Mundial y del triunfo de la Revolución Rusa de 1917, se conocerían, la primera como *socialdemócrata* y la segunda como *comunista*.

Mientras los partidos socialdemócratas de Europa Occidental empiezan transitar por la senda que los lleva a anclar su horizonte histórico dentro del capitalismo, en la Rusia zarista de las primeras décadas del siglo XX, se crea una situación revolucionaria, que el Partido Bolchevique aprovecha, en octubre de 1917, para romper el eslabón más débil de la cadena, convencido de que el triunfo de la Revolución Rusa sería un anticipo de la revolución europea que tendría su centro en Alemania, cuyos obreros liberados vendrían en auxilio de sus camaradas rusos con el desarrollo de las fuerzas productivas de occidente. Sin embargo, la situación revolucionaria generada por la I Guerra Mundial cristaliza en una revolución victoriosa en Rusia, pero no en país alguno del centro neurálgico del capitalismo. En particular, la Revolución Alemana fue derrotada como consecuencia de la vacilación de la dirigencia del Partido Socialdemócrata.⁵¹ De las consecuencias del fracaso de esa derrota interesa mencionar dos: despejó el camino para el avance del fascismo ante el cual la dirección de la socialdemocracia alemana se humilló; y obligó a los bolcheviques a construir *el socialismo en un solo país*.

La estrategia y la táctica empleadas por el Partido Bolchevique para conquistar el poder mediante la revolución insurreccional, son una adaptación a su realidad, bastante fiel, por cierto, de lo orientado por Marx y Engels en el *Manifiesto* y el *Mensaje*, luego retomado y profundizado en sus análisis sobre la Comuna de París:

La teoría de la lucha de clases aplicada por Marx al problema del Estado y de la revolución socialista —afirma Lenin—, conduce necesariamente a reconocer la *dominación política* del proletariado, su dictadura, es decir, un poder no compartido con nadie y que se asienta de modo directo en la fuerza armada de las masas. El derrocamiento de la burguesía solo puede realizarse mediante la transformación del proletariado en *clase dominante*, capaz de sofocar y de organizar para el nuevo régimen económico a *todas* las masas trabajadoras y explotadas.

El proletariado necesita el poder estatal, organización centralizada de la fuerza, organización de la violencia, tanto para sofocar la resistencia de los explotadores como para *dirigir* a una gigantesca masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía y a los semiproletarios, en la obra de «poner a punto» la economía socialista.⁵²

Al hablar de «*dirigir* a una gigantesca masa de la población, a los campesinos, a la pequeña burguesía y a los semiproletarios», Lenin parte de que la realidad de la Rusia de 1917 era distinta a la de la Europa Occidental de 1848-1850, pues en el escenario de lucha del Partido Bolchevique no existía el desarrollo de las fuerzas productivas, ni el predominio social de la clase obrera previstos por Marx y Engels como condiciones para la revolución comunista, lo cual llevó a Gramsci a decir que Lenin hizo una revolución «contra *El Capital*».

En las circunstancias en que se produce la Revolución de Octubre, los problemas universales planteados por Marx y Engels, como la sustitución del Estado burgués por un Estado socialista y la sustitución de la propiedad privada por la propiedad social de los medios de producción, cuya solución ellos habían concebido para el escenario particular de la Europa Occidental de mediados del siglo XIX, tienen que ser replanteados y resueltos en otra situación política, económica y social. Ese es uno de los mayores méritos históricos de Lenin, entre cuyas obras resalta *El desarrollo del capi-*

talismo en Rusia. Era necesario forjar una unidad política e ideológica que sustentara la unidad de acción para asumir las tareas de la defensa y el desarrollo, y hacerse cargo del gobierno nacional y los gobiernos de los vastos territorios de Rusia sin contar con suficientes cuadros capaces y confiables. Los soviets eran órganos de poder popular que habían brotado en la Revolución de 1905 y rebrotaban en la Revolución de 1917, pero se consideró necesario establecer un poder político centralizado por encima de ellos. El Partido Bolchevique se erigió en partido único fundido con el Estado soviético y se prohibió la existencia de fracciones dentro de él. Se imponía la unidad política e ideológica que la supervivencia de la revolución demandaba en ese momento, incluso a riesgo de coartar la democracia socialista, como en definitiva sucedió.

Sobre la base de que el campesinado pobre era la inmensa mayoría de la población en Rusia, Lenin argumenta que la dictadura emanada de la alianza obrero campesina sería necesariamente más democrática que la forma más avanzada de democracia burguesa. En su texto, «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», Lenin explica:

Dictadura no significa por la fuerza supresión de la democracia para la clase que la ejerce sobre las otras clases, pero sí significa necesariamente supresión (o una restricción esencialísima, que es también una forma de supresión) de la democracia para la clase sobre la cual se ejerce la dictadura.⁵³

En «El Estado y la Revolución», Lenin define:

Democracia para la mayoría gigantesca del pueblo y exclusión de la democracia, para los antiguos explotadores: tal es la modificación que experimentará la democracia durante *la transición* del capitalismo al comunismo.⁵⁴

El concepto leninista de centralismo democrático incluía salvaguardas contra la deformación burocrática. Lenin afirmaba que «la posibilidad [de aniquilar al burocratismo] está garantizada por el hecho de que el socialismo disminuirá la jornada de trabajo, elevará a *las masas* a una vida nueva, colocará a *la mayoría* de la población en condiciones que permitirán a *todos* sin excepción ejercer las “funciones del Estado”, y esto conducirá a *la extinción completa* de todo el aparato en general». ⁵⁵ Sin embargo, el equilibrio entre los dos elementos del centralismo democrático dependía de factores que no ayudaron al proceso, entre ellos la carencia de un desarrollo económico que permitiera «disminuir la jornada de trabajo» y elevar «a las masas a una nueva vida», la continuidad de las agresiones y amenazas externas, y las extremas facultades discrecionales de la dirigencia del partido. Por esas y otras razones, tras la desaparición de Lenin, el elemento concentrador del poder, el *centralismo*, se impuso al elemento más difuso, la *democracia*.

Ariel Dacal y Francisco Brown afirman que:

La distancia entre Lenin y Stalin, entre otras muchas cuestiones, está en que este último, al aprovecharse de algunas condiciones creadas en vida del gran líder revolucionario, desvirtuó el sentido de la dirección partidista hacia un totalitarismo. Lenin había preparado el Partido Bolchevique para dirigir a los obreros, no para domarlos o subyugarlos. En esas circunstancias, el llamado «centralismo democrático» se fue reduciendo a la primera palabra. ⁵⁶

Dacal y Brown también afirman que:

La burocracia no fue, ni podía serlo, portadora de una ideología superior, de un proyecto cultural, entendido como instrumental quirúrgico para realizar la nueva sociedad, o crear las condiciones para lograrlo. Los hombres que se hicieron del poder no eran los comunistas reflexivos y cultos que Lenin previó como

materia prima imprescindible para afrontar el gran reto histórico que Rusia asumió en 1917. Estos hombres, extendidos paulatinamente en la sociedad y convertidos en sector dominante, fueron un subproducto de la Revolución y revelaron su incapacidad para timonear la historia rumbo al objetivo cimero: la edificación del socialismo.⁵⁷

Así define Juan Valdés Paz la relación antagónica entre democracia y burocracia:

El objetivo sistémico de la participación popular en todos sus momentos y de manera creciente en la toma de decisiones, se ve bloqueado por la tendencia burocrática de las instituciones de cada sistema, entendida esta no tan solo como un supernumerario de funcionarios y procedimientos, sino también como la toma de decisiones sin control democrático.⁵⁸

En resumen, en lugar de ampliar y de diseminar «a todos sin excepción» las «funciones del Estado», el poder se concentró en una élite y, más aún, en la dirección unipersonal de Stalin, quien invocaba al socialismo pero negaba la democracia socialista y, en su lugar, construyó una burocracia antisocialista.

El hecho de que la revolución socialista no tuviera un carácter mundial ni triunfara en las naciones más industrializadas de Europa, sino en Rusia, determinaba que el sujeto social de la revolución no era el proletariado de los países capitalistas más industrializados, ni sus intereses y actitudes tenían la homogeneidad que se esperaba del proletariado en las condiciones imperantes en 1848. En la Rusia de 1917, Lenin comprendía la necesidad de forjar la alianza obrero campesina e implantar la dictadura del proletariado en alianza con el campesinado pobre, para enfrentar la agresión de las potencias imperialistas y la guerra contrarrevolucionaria interna, que amenazaban la existencia del poder revolucionario.

Además, el Estado de obreros y campesinos pobres no tenía a su alcance una masa suficiente de riqueza acumulada que pudiera expropiar y socializar para emprender la construcción socialista. No bastaba con expropiar el capital; también habría que crear, desde el poder, la base material para construir el socialismo. Era una realidad no anticipada: la revolución tendría que ser el motor del desarrollo económico, social y cultural. Según Isaac Deutscher:

Antes de la revolución rusa nunca se les había ocurrido a los marxistas que también el socialismo pudiera pasar por una fase de acumulación primitiva. Siempre había supuesto que la ya acumulada riqueza burguesa, cuando fuese nacionalizada, serviría de base al socialismo. Pero en la vieja Rusia aquella riqueza no había alcanzado un nivel suficiente; y menos aún lo alcanzaba cuando los bolcheviques hubieron ganado la guerra civil y empezaron a pensar en el futuro. Cuando, al empezar la década de los veinte, Preobrajenski expuso la idea de la acumulación socialista primitiva, provocó un alboroto de indignación bolchevique: todavía era blasfemo sugerir que el socialismo pudiera construirse con métodos comparables a los empleados por el primitivo capitalismo. Sin embargo, toda la historia social del stalinismo hasta la mitad del siglo, no fue otra cosa que la épica masiva, e inspiradora de temor reverencial, de la acumulación socialista primitiva. Como sus precursores, Stalin expropió las fincas privadas, confiscó el producto de las granjas colectivas y mantuvo a la clase obrera industrial, siempre creciente, a un nivel de simple subsistencia.⁵⁹

Con palabras de Preobrajenski:

[...] calificamos de acumulación *socialista originaria* la acumulación en manos del Estado de recursos materiales sacados principal o simultáneamente de fuentes situadas fuera del complejo de la economía estatal. Esta acumulación debe desempeñar, en un país agrícola atrasado, un papel de importancia colosal, ace-

lerando en un grado inmenso la llegada del momento en que comenzará la reedificación de la economía estatal y en que esa economía tendrá, al fin, la supremacía puramente económica sobre el capitalismo.⁶⁰

Es bien conocido que las soluciones dadas por los bolcheviques a este y a otros problemas teóricos y prácticos no son aplicables hoy. Incluso ellos las concibieron como fórmulas transitorias dictadas por la necesidad histórica. En este sentido, León Trotski afirmaba que «la dictadura del proletariado no es la organización económica y cultural de una nueva sociedad, sino un régimen militar revolucionario en lucha para instaurar esa organización», y unas líneas más adelante se refiere a «los veinte, treinta o cincuenta años que exigirá la revolución proletaria mundial...» (*Sic!*),⁶¹ lo que refleja su visión del futuro a principios de los años veinte y los plazos en que imaginaba se llegaría a él.

La Revolución de Octubre se erigió, por derecho propio, en el gran paradigma revolucionario del siglo XX. Fue el parte aguas definitivo entre las corrientes del movimiento obrero y socialista que optaron por la reforma de la sociedad capitalista como horizonte histórico y las que lo hicieron por la revolución socialista. Ella ocupa ese lugar cimero por su trascendencia histórica, por la fuerza de su ejemplo, por materializar ideas que hasta entonces eran abstractas y, en especial, porque fue el resultado de una adecuación exitosa del concepto original de revolución de Marx y Engels. Sin embargo, el triunfo de los bolcheviques no solo devino referente como estímulo y experiencia de la cual otros revolucionarios extrajeran lecciones, identificaran los elementos que pudieran adecuarse a sus necesidades para conquistar el poder y construir la nueva sociedad, y desecharan, con todo respeto, lo que no les sirviera. Por el contrario, se impuso la errónea noción de que ya había una teoría revolucionaria plenamente formulada y la «tarea» era

solo «aplicarla». Así se acuña lo que Gilberto Valdés llama «concepciones habituales de socialismo».⁶² El factor esencial que condujo a la vulgarización de la política leninista y a su conversión en dogma, fue la distorsión y manipulación que hizo de ella Stalin, quien decía que el «leninismo es la teoría internacional de los proletarios de todos los países, sin excepción, incluyendo los países desarrollados en el sentido capitalista».⁶³ A esta visión maniquea y reduccionista, Zemelman contesta que la revolución socialista es una construcción política que es preciso recrear en cada caso. Con palabras de Zemelman:

La idea de construcción política es fundamental porque los actores constantemente construyen en distintos espacios y en diferentes opciones de construcción; por lo tanto, a partir de un concepto fijo, deificado, de fuerza, es un error; la fuerza no permanece igual, se está transformando, aumenta, disminuye, tiene sus flujos y reflujos.

La gran genialidad de Lenin fue entender esos flujos y reflujos, y para su momento histórico y para su coyuntura los supo leer muy bien; pero esos no son recetarios universales, esas no son teorías generales de las clases, hay que leer esos análisis en cada una de las coyunturas, y hay que leer la fuerza en su coyuntura y desde ella misma, en forma que desde ella se puedan determinar las opciones de construcción que se presentan.⁶⁴

A ello hay que añadir que, al afirmar que el leninismo era *la única* teoría de los proletarios de todos los países, Stalin no se refería a las ideas de Lenin, sino a la versión distorsionada, descontextualizada y manipuladora que él hacía de ellas.

Por ser producto de la primera revolución socialista de la historia, la URSS asumió el liderazgo del movimiento comunista internacional y su experiencia particular devino —y fue proyectada como— el paradigma de la construcción del socialismo y el

comunismo. Con respecto a las denominadas democracias populares implantadas por la URSS en Europa Oriental y Central tras la derrota de la Alemania hitleriana, huelga decir que no fueron resultado de las luchas de sus pueblos a favor del socialismo. No obstante, sería absurdo cuestionar que la potencia militar triunfante en esa parte de Europa impusiera allí su sistema social, porque también las potencias triunfantes en el occidente reafirmaron el suyo en los países de Europa Occidental. Además de esa violación de la independencia, la soberanía y la autodeterminación, que distaba mucho de ser patrimonio exclusivo de la URSS, el problema esencial es que el sistema social que ésta impuso en esos países ni siquiera funcionó dentro de ella.

Imbuido en la euforia provocada por su propio triunfo, todavía creyendo que era el preámbulo de la revolución mundial y urgido de crearse un entorno mundial que le ayudara a vencer la contrarrevolución interna y la agresión de las potencias imperialistas, los bolcheviques fundan en 1919 la Internacional Comunista o III Internacional, como órgano de dirección de los partidos comunistas del mundo. En un primer momento, la política orientada por la III Internacional a sus miembros fue el enfrentamiento de clase contra clase, basada en el supuesto de que la construcción política que posibilitó la Revolución de Octubre tenía validez universal e inmediata. No obstante, a raíz de la derrota de la Revolución Alemana de 1921, la política de clase contra clase fue sustituida por la de frente unido, sometida a bruscas modificaciones debido a las cambiantes circunstancias y los también cambiantes intereses de la dirección soviética: fue frente unido «desde abajo» entre 1921 y 1926 aproximadamente, con el propósito de disputarle a otras corrientes político-ideológicas el liderazgo de los movimientos obreros y populares; fue frente amplio antifascista de 1928 a 1939 para promover «desde arriba» la alianza con todas las corrientes políticas con las que fuera posible promover el aislamiento del

nazi-fascismo; sufrió un cambio dramático con la suscripción, en 1939, de un pacto entre la URSS y la Alemania hitleriana; se reconvirtió de nuevo en frente amplio antifascista en 1941, a raíz de la invasión alemana a la URSS. Finalmente, la III Internacional fue disuelta en 1943.⁶⁵

En resumen, por diversas circunstancias entre las que resalta la derrota de la revolución europea, los elementos universales del concepto leninista de revolución, es decir, aquellos que tienen validez general, no pudieron ser aplicados en lo inmediato en otros países. Al hablar de elementos universales, nos referimos a la conquista del poder que presupone el empleo de la violencia revolucionaria o la capacidad de emplearla en su defensa en caso que ese poder se haya alcanzado por medios pacíficos; la destrucción del Estado burgués y su sustitución por un Estado que ejerza la dictadura del proletariado, basada en la alianza entre la clase obrera (la clase hegemónica en esta alianza), el campesinado pobre y otros sectores sociales oprimidos y explotados; y la dirección de todo el proceso, tanto en la etapa de la lucha por el poder, como en la defensa y la construcción del socialismo, por un partido (una fuerza política cohesionada), regida por el centralismo democrático, tal como fue concebido originalmente por Lenin. En esencia, entre las vulgarizaciones y las condiciones adversas para el triunfo de otras revoluciones posteriores a la Revolución de Octubre, la filosofía de la praxis revolucionaria, que con tanto éxito desarrolló Lenin, queda estancada hasta que rebrota, durante la segunda posguerra, en las revoluciones anticolonialistas y socialistas asiáticas, y en la Revolución Cubana.

La característica fundamental de la posguerra es la división del mundo en dos sistemas sociales, el sistema capitalista, que era el predominante, y el sistema socialista, nacido en solitario a partir del triunfo de la Revolución Bolchevique, y que a raíz del desenlace de la II Guerra Mundial deviene un sistema de naciones, dentro

del cual se destacan tres componentes de distinto origen: la URSS, como proyecto autóctono y original; los países de Europa liberados de la ocupación nazi-fascista por el Ejército Rojo, en los que la URSS, en su condición de potencia victoriosa impuso su sistema social, es decir, no fue resultado de procesos revolucionarios propios; y las revoluciones, también autóctonas y originales, ocurridas en China, Vietnam, Corea y Cuba.

En virtud de que la revolución proletaria no fue mundial, como Marx y Engels esperaban en 1848-1850, otro elemento esencial a resaltar en este corte parcial es que las potencias imperialistas, con una larga trayectoria de guerras entre sí —incluida la propia I Guerra Mundial— convergen en la agresión contra la Revolución Bolchevique. En lo adelante, los procesos revolucionarios en China, Vietnam, Corea, Cuba, Granada y Nicaragua, por mencionar solo aquellos que llegaron al poder, tendrían que enfrentar la agresión externa como factor de primera magnitud. Basta recordar que, en virtud de la injerencia y la intervención imperialista, China, Vietnam y Corea quedan divididos a partir de su liberación, que China y Corea aún lo están; que Cuba sufre la ocupación ilegal de la Base Naval de Guantánamo, y la política de bloqueo del imperialismo norteamericano; y que las revoluciones granadina y nicaragüense sucumbieron a la agresión externa.

En común con la Revolución de Octubre, estos cuatro procesos no solo tenían los objetivos socialistas, sino también la necesidad de disponer de un partido y un Estado revolucionarios capaces de garantizar la defensa y el desarrollo económico y social. Tanto en el bloque socialista europeo, como en China, Vietnam, Corea del Norte, y Cuba, se aplicaron las pautas de organización y funcionamiento político y económico de la URSS, sin que en aquel momento estuviese a la orden del día preguntarse —ni existiesen tampoco los parámetros actuales para evaluar—, en qué medida se estaban aplicando experiencias soviéticas con una validez universal, particular

o singular, ni en qué medida una parte importante de esas experiencias iba a tener en la propia URSS resultados tan negativos.

Las luchas de liberación nacional en el Sur llegan al clímax en los años setenta y principios de los ochenta. En Asia, es el momento de la derrota del imperialismo norteamericano en Vietnam, que repercute en todo el sudeste asiático. En África, resalta la independencia de las colonias portuguesas y el rechazo con ayuda de Cuba a la invasión sudafricana contra la naciente República Popular de Angola,⁶⁶ lo cual crea una correlación de fuerzas en el Cono Sur Africano, favorable a la liberación de Zimbabwe y Namibia, unidas al desmantelamiento del régimen del apartheid en la propia África del Sur. En América Latina, se produce el triunfo de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua y la conquista del gobierno por parte del Movimiento de la Nueva Joya en Granada, ambos en 1979. A partir de ese momento, crece la lucha armada en El Salvador, Guatemala y Colombia.

Las pugnas e indefiniciones sobre cómo los Estados Unidos deberían reaccionar ante el quiebre de su hegemonía mundial de posguerra,⁶⁷ característicos de la década de 1970, tuvieron un abrupto final en noviembre de 1980 con la elección de Reagan a la presidencia. A la administración Reagan le correspondería resolver las disputas sobre el rumbo estratégico que adoptaría el imperialismo norteamericano durante las últimas décadas del siglo XX y en lo adelante, es decir, imponer el llamado consenso bipartidista que hasta hoy impera en los asuntos medulares de ese país.

Reagan corrió el fiel de la «balanza ideológica y política» de la sociedad estadounidense hacia la derecha hasta extremos inconcebibles. La derrota del candidato presidencial ultraconservador Barry Goldwater, en 1964, había generalizado la noción de que la franja de políticos presidenciables en los Estados Unidos excluía a los extremos. Con respecto a la disyuntiva acerca de la conveniencia de adoptar una política interna y externa conciliadora o agre-

siva, tanto en la condición de candidato presidencial en 1976 y 1980, como en su carácter de presidente, entre enero de 1981 y enero de 1989, Reagan mantuvo una postura invariable a favor del uso de la represión y la fuerza. Con Reagan no habría un «balance de poder mundial» como había propuesto Kissinger años antes. Los aliados tendrían que compartir los costos — más que los beneficios — de la dominación mundial, mientras que a la URSS no solo se le negaría el reconocimiento de sus «esferas de influencia», sino incluso el de su propio derecho a existir: la doctrina de la *contención del comunismo*, proclamada en los inicios de la guerra fría, sería sustituida por la doctrina de la *reversión* del comunismo (*roll back*).

A partir de la elección de Reagan, el imperialismo norteamericano emprende una «guerra santa» contra «el imperio del mal». El nuevo mandatario reniega de los Acuerdos de Limitación de Armas Estratégicas (SALT I y II) suscritos con la URSS por la administración Nixon. Con el programa conocido como Guerra de las Galaxias — en alusión a la conocida película de George Lucas que entonces se estrenaba —, Reagan le imprime un nuevo impulso a la carrera armamentista. Su gobierno desconoce el Tratado SALT II, que proscribía la construcción de armas nucleares defensivas con el objetivo de evitar que alguna de las dos superpotencias llegara a sentirse suficientemente protegida como para lanzar un *primer golpe*. También escala el desarrollo y la construcción de las armas convencionales, incluida la ampliación de la flota de portaviones y la introducción de las llamadas *armas inteligentes*, una empresa voluminosa y costosa que a la URSS le sería mucho más difícil emular que la competencia nuclear. Otro elemento de su política es una combinación diferenciada del «garrote» y la «zanahoria», destinada a «desgajar» a los otros miembros del bloque socialista europeo. La estrategia de desgaste de la URSS emprendida por Reagan apuesta a la superioridad tecnológica mediante la carrera armamentista. Mientras la industria bélica era el motor del desarro-

llo económico y científico técnico del imperialismo norteamericano, en la URSS esa industria succionaba recursos del desarrollo económico y social y, por consiguiente, agudizaba las contradicciones que, desde su nacimiento mismo, arrastraba la sociedad soviética, exacerbadas durante las décadas del estalinismo, y nunca resueltas por los liderazgos posteriores.

A raíz de la crisis de liderazgo ocurrida en la URSS por el fallecimiento de los últimos dirigentes de la generación formada durante la II Guerra Mundial, en 1985 el Buró Político del Partido Comunista de la Unión Soviética designa a una figura relativamente joven, Mijaíl Gorbachov, para el cargo de secretario general de esa organización. Ese cambio generacional ocurre en medio de la agudización de las contradicciones ideológicas, políticas, económicas y sociales que afectaron al socialismo soviético a todo lo largo de su historia. A partir de una crítica supuestamente dirigida a subsanar los errores, desviaciones e insuficiencias en los que incurrió el proceso de construcción socialista en la URSS —y, por extensión, en el resto de los países en los que imperaba ese sistema social—, Gorbachov aprovecha el verticalismo y el dogmatismo del socialismo soviético para desmontarlo desde la cima del poder político.

Durante los años en que Gorbachov ocupó la jefatura del Estado soviético, la política de desgaste económico y social desarrollada por Reagan, fue complementada por la labor de zapa realizada por la primera ministra británica Margaret Thatcher. Esa versión conjunta estadounidense-británica de la política del garrote y la zanahoria surte efecto después de concluido el segundo mandato de Reagan. Durante la presidencia de su sucesor, George H. Bush, en diciembre de 1989, se produce la caída del Muro de Berlín —que abre paso a la restauración capitalista en Europa Oriental— y, en diciembre de 1991, se consuma el derrumbe de la propia Unión Soviética.

Pero, por efectiva que haya sido la política imperialista contra la URSS y los demás Estados socialistas europeos, es imposible con-

cebir que ella fuese la causa fundamental de su destrucción. En sentido análogo, por sofisticada que haya resultado la «conspiración palaciega» de Gorbachov, también es imposible pensar que ella bastara para destruir todo un sistema social, llamado a superar históricamente al capitalismo. Es evidente que Reagan y Gorbachov actúan para acelerar un proceso de autodestrucción basado en las contradicciones estructurales y funcionales del socialismo soviético, y en las contradicciones aún mayores existentes en los demás países del bloque socialista, donde ese sistema social no fue implantado como producto de revoluciones autóctonas, sino de la ocupación militar soviética tras la derrota del eje nazi-fascista.

No se abordarán aquí las causas del derrumbe de la URSS. Es obvio que hay una relación directa entre las causas y consecuencias de cualquier proceso, pero aquí nos concentramos en estas últimas. Sobre el tema del derrumbe,⁶⁸ a partir del momento en que ocurrió, han escrito numerosos autores. Por ejemplo, Dacal y Brown, ofrecen un bosquejo que incluye desde el triunfo de la Revolución de Octubre de 1917 hasta la implosión de la URSS, con énfasis en la usurpación del poder por la burocracia, la monopolización de los espacios políticos, el cercenamiento del debate revolucionario, la asfixia de las fuerzas productivas y el estancamiento en que estaba sumida esa nación cuando comienza la *perestroika*, un proceso que, según esos autores, se inició como una reforma que pretendía mantener la esencia del sistema, pero que derivó hacia su destrucción por el error de cálculo sobre la magnitud de las contradicciones sociales acumuladas, el vaivén derivado de la lucha de facciones que se desató y los ataques a las bases ideológicas y políticas del sistema para neutralizar la oposición de la burocracia.⁶⁹ No es necesario entrar en ese tema para identificar los que, a nuestro juicio, constituyen los principales problemas teóricos y prácticos planteados ante la izquierda como consecuencia del «derrumbe», a saber, el recrudescimiento del poderío, la injerencia y la interven-

ción imperialista a escala universal, y la erosión de la credibilidad de las ideas de la revolución y socialismo. Este último punto, a su vez, provoca un replanteamiento del debate sobre las formas de propiedad y la organización de la producción en el proceso de construcción del socialismo, y sobre la relación entre poder político y democracia socialista.

El eurocomunismo rompe con el paradigma de la Revolución de Octubre en la década de 1960, pero, al hacerlo, rompe también con la revolución social como objetivo histórico, razón por la cual no corresponde analizarlo aquí. El paradigma fundacional siguió vivo para las corrientes revolucionarias de fundamento marxista, hasta que se derrumbó la URSS y se evidenció que aquel derrumbe no iba a desembocar en la recuperación revolucionaria anhelada por la izquierda crítica del «socialismo real». Esto significa que la implosión de la URSS provoca el colapso, no solo del «paradigma soviético», entendido como aquel proyecto político, económico y social con el que ya habían roto los eurocomunistas y también una parte importante de los revolucionarios, incluso de los revolucionarios marxistas y leninistas, que lo rechazaban desde mucho antes del derrumbe. Mucho más grave que todo eso es que el desplome soviético provoca el colapso del «paradigma de la Revolución de Octubre»,⁷⁰ es decir, provoca el colapso, dentro del propio movimiento revolucionario, de las certezas e ilusiones que en él se conservaban sobre aquella encarnación, incontaminada por desviaciones posteriores, del concepto original de revolución de Marx y Engels. Nótese que, en las divisiones ocurridas en el movimiento comunista después de la muerte de Lenin, como la de Stalin y Trotski o el conflicto chino-soviético, las partes en pugna no cuestionaban el paradigma de la Revolución de Octubre. Al contrario, se acusaban mutuamente de haberlo traicionado. ¿Acaso revelaba el derrumbe que ese proceso histórico estuvo desde el inicio condenado al fracaso? Cualquiera que sea la respuesta, se evidenció que

la construcción política hecha por Lenin mediante el empleo de la teoría de la revolución de fundamento marxista, aquella que sirvió de referente a todas las revoluciones socialistas del siglo XX, ya no podría volverse a «aplicar». Al utilizar el término aplicar entre comillas, seguimos la lógica de Néstor Kohan, quien afirma:

Durante demasiado tiempo nos enseñaron a escuchar, tomar nota y repetir mecánicamente. Nos educaron en el calco y la copia. No podíamos hablar con nuestro propio lenguaje. Estábamos inhabilitados para pensar con cabeza propia. La historia nos reservaba un lugar, sí, pero como objetos pasivos, no como sujetos activos y creadores. El marxismo, hijo legítimo de la Modernidad europea, ya estaba completo y acabado. Era un círculo perfectamente cerrado. Solo restaba memorizar sus categorías generales, sistematizarlas, luego «deducirlas» para finalmente «aplicarlas» sobre América Latina.⁷¹

Puntualicemos que el derrumbe de la URSS tuvo efectos negativos y positivos. Entre los negativos resalta el daño —aún no reparado por completo— que ocasionó a los conceptos de revolución y socialismo, y a la credibilidad de la teoría de la revolución de fundamento marxista y leninista. Entre los positivos se destaca que fue el aldabonazo definitivo que llevó a los sectores de la izquierda latinoamericana que aún no lo habían hecho, a romper con el calco y la copia, y a percatarse de la necesidad de actualizar, adecuar y desarrollar la teoría de la revolución de fundamento marxista y leninista a partir de las características y las condiciones de su propia situación histórica.

La noción que predomina hoy en el debate sobre estrategia y táctica de la izquierda latinoamericana es que el «paradigma soviético» no resolvió los problemas teóricos y prácticos de la viabilidad del poder revolucionario en sus dos dimensiones principales, el poder económico y el poder político. En lo económico, la opinión

más generalizada es que el esquema soviético fue estructural y funcionalmente incapaz de transitar de la fase extensiva a la fase intensiva del desarrollo económico y social. Nils Castro sintetiza una conclusión muy común en el debate contemporáneo de la izquierda latinoamericana cuando afirma que:

[...] el sistema soviético desconoció la tesis que Carlos Marx dejó resumida en su célebre cuarto párrafo del Prólogo a su *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Por efecto de la rigidez estalinista y de la frustración del deshielo propuesto por el XX y el XXII Congresos del PCUS, las prioridades del control político-burocrático y la perpetuación del régimen resultante de la dictadura del proletariado prevalecieron sobre las de la revolución científica y tecnológica. En creciente grado esto mermó la eficiencia, la competitividad y sostenibilidad del sistema soviético y, al cabo, las relaciones de producción creadas en la URSS dejaron de ser «formas de desarrollo de las fuerzas productivas», y se tornaron en trabas a ese desarrollo, una contradicción que, al dejarse de resolver, finalmente estremeció toda la «inmensa superestructura» erigida sobre ella.⁷²

En lo político, incluso en los sectores de la izquierda latinoamericana que reivindican las ideas de la revolución y el socialismo, prevalece el criterio de que la Unión Soviética no logró conjugar el centralismo con la democracia, es decir, construir un poder político lo suficientemente centralizado para enfrentar con éxito las tareas de la defensa y el desarrollo, pero también lo suficientemente democrático para retroalimentarse con una genuina participación y representación popular. Hoy impera en la izquierda la convicción de que, en más de ocho décadas de socialismo soviético, la élite dirigente del partido y el Estado «de los obreros y los campesinos» nunca llegó a confiar en esos obreros y esos campesinos como para dejarlos ejercer los derechos democráticos que Marx, Engels y Lenin soñaron para ellos. En su defecto, la perpetuación

de su poder se convirtió en el objetivo principal de esa élite, en función de lo cual hizo recaer sobre el pueblo todo el peso de las contradicciones de un proceso que se alejaba cada día más del ideal socialista, tanto en lo espiritual como en lo material. En este último aspecto, a la URSS se le achaca que, en la medida que solucionaba los grandes problemas como la salud, la educación, la cultura, el empleo, la vivienda y otros, surgían o pasaban a primer plano otras necesidades, intereses y expectativas que resultaba incapaz de satisfacer. También esas dimensiones del problema las plasma gráficamente Nils Castro, al resumir que:

[...] lo que sucedió en la Rusia soviética y su enorme periferia demostró, por si faltara, que ninguna revolución es irreversible, y que el régimen revolucionario incluso puede morir sin haber perdido el gobierno —como los árboles que también mueren de pie—, si se degradan las motivaciones humanas indispensables para realimentar la revolución y renovarle soluciones de readaptación, reproducción, cambio y continuidad a sus bases y expectativas socioculturales, económicas y políticas.⁷³

En vez de responder a la necesidad de renovación permanente, para lo cual era imprescindible una verdadera democracia socialista, por el contrario, tan centralista, vertical y dogmático llegó a ser el poder soviético, que fue «desmantelado» desde el propio ejercicio de ese poder, tan pronto como la cofradía de «guardianes de la fe» enquistada en la máxima dirección del PCUS, que practicaban la doble moral en las más altas esferas del partido y el gobierno lograron entronizar un nuevo dogma: la *perestroika*. Estos «guardianes de la fe» se reproducían, generación tras generación, por métodos burocráticos, antidemocráticos, en particular, por medio del «dedazo»,⁷⁴ lo que repercutía en un creciente divorcio entre el Estado soviético (partido y gobierno) y la sociedad cuyos intereses supuestamente representaba, pero esta última, por razo-

nes obvias, contempló inmutable su derrumbe, es decir, ni siquiera intentó salir a las calles a defenderlo. Vale la pena reproducir aquí otra idea de Nils:

De esa reversibilidad [del socialismo soviético] se desprenden varias observaciones. Una de ellas, que al completar cada realización o etapa del acontecer práctico o de la historia, la realidad queda modificada y comienzan a abrirse, a su vez, nuevos abanicos de demandas, alternativas y oportunidades. En consecuencia, en sus respectivas circunstancias y conforme a sus propios niveles de conciencia, son las personas y pueblos involucrados quienes disciernen entre el inmovilismo o las nuevas opciones, y quienes deciden cursar una u otra de las distintas alternativas, eligiendo según sus propias creencias, expectativas y posibilidades [...]. Y, finalmente, que los propios cambios y revoluciones sociales, al realizarse, modifican a las personas y pueblos que los moldearon, así como a las circunstancias nacionales y las condiciones externas en que los acontecimientos han tenido lugar. Si el programa se ha cumplido, la realidad que lo pedía y justificaba ha dejado de ser la que era, iniciando otra realidad. Lo que en el siguiente período dará pie al reclamo ciudadano de rehacer objetivos, programa y estilo de trabajo para emprender una nueva generación de cambios adicionales.⁷⁵

Las consecuencias negativas del derrumbe de la URSS para la teoría revolucionaria son el daño ocasionado a su credibilidad y el retraso que provocó en su actualización y desarrollo. Ese daño y ese retraso tuvieron efecto, tanto en sentido general, como en lo referido a categorías y conceptos específicos imprescindibles, como revolución, clase social, lucha de clases, lucha política, partido político y poder político.⁷⁶ El efecto pernicioso de estos problemas se multiplicó por el hecho de que se presentaron en medio de la avalancha neoliberal, en un momento en que tanta falta hacía esa teoría. Como ya se dijo en un párrafo anterior, la consecuencia

positiva es que, junto a la URSS, estallaron los dogmas que impedían el aprovechamiento del legado filosófico y político de Marx, Engels y Lenin.

Si nos aferrásemos al antiguo presupuesto, que no distinguía entre la teoría general y la construcción política singular, llegaríamos a la errónea conclusión de que, después del derrumbe de la URSS, ya no hay, ni puede haber, teoría revolucionaria. Pero esa no es nuestra posición. Por el contrario, asumimos el pensamiento marxista y leninista como filosofía de la praxis. Lenin no recibió, ni podía haber recibido, en herencia de sus predecesores, una fórmula específica para conquistar el poder e iniciar la construcción del socialismo; tampoco dejó, ni podía dejar, una fórmula específica en herencia a sus sucesores. Lo que Lenin sí recibió en herencia fue un aparato categorial y conceptual, que utilizó para elaborar la fórmula específica de la Revolución de Octubre; y lo que dejó en herencia a sus sucesores fue ese mismo aparato categorial y conceptual, adecuado, actualizado y desarrollado por él hasta el momento de su muerte. A este aparato, hizo grandes aportes, una parte de las cuales tiene validez universal, y la otra sirve para aprender cómo resolvió problemas que, si bien no son los que hoy tenemos, sí podemos aprovechar el enfoque y el método empleado por él en su momento.

Entre los aportes realizados por Lenin al pensamiento revolucionario que es preciso reivindicar, resaltan: 1) el desarrollo creador de la teoría de la revolución de fundamento marxista, y su adecuación a la situación de la Rusia zarista de comienzos del siglo XX, en el entendido de que lo que debemos recuperar es el método utilizado para adecuar la teoría, y no la adecuación específica que hizo de ella; 2) su análisis del imperialismo, que caracteriza el estadio de su desarrollo en la segunda década del siglo XX, sin el cual sería imposible desentrañar la metamorfosis por la que atravesó a posteriori la formación económico-social capitalista; 3) la adecuación del

concepto de sujeto social revolucionario, que Marx y Engels identifican con la clase obrera industrial, y que Lenin amplía para incluir al campesinado pobre, cuyo método nos sirve para identificar a los sujetos revolucionarios actuales; y, 4) el concepto de organización revolucionaria que él llamó partido de nuevo tipo, que sirve de base en la construcción del instrumento político necesario para: a) fomentar la unidad dentro de la diversidad de los sujetos sociales revolucionarios; b) elaborar el programa político que sintetice las necesidades e intereses de estos sujetos; y, c) trazar la estrategia y la táctica de la revolución.

De lo analizado en este capítulo se desprende que los problemas planteados a la teoría y la praxis revolucionarias en América Latina hoy consisten en identificar: 1) cuáles son los sujetos sociales potencialmente revolucionarios; 2) cómo formar un bloque social revolucionario con esos sujetos; 3) cómo construir la unidad en la diversidad en ese bloque; 4) cuál es el programa, la estrategia y la táctica para acceder al poder; 5) cómo combinar la defensa del poder con el ejercicio de la democracia socialista; 6) cómo romper con el sistema de dominación múltiple; y, 7) qué papel desempeña el internacionalismo, la unidad y la integración de los pueblos.

En esencia, el derrumbe de la URSS y el bloque socialista europeo dejan el camino libre al imperialismo para que complete la reestructuración y la refuncionalización del sistema de relaciones internacionales que estaba siendo impuesta y legitimada mediante la avalancha neoliberal. Una dimensión fundamental de ese proceso fue el desencanto que a corto y mediano plazo, provocó en la izquierda mundial.

La neoliberalización de la socialdemocracia europea

Las ideas dominantes son las ideas de la clase dominante. ¿Cómo penetran estas ideas en el debate y la elaboración programática, estratégica y táctica que realiza la izquierda latinoamericana para adaptarse a las condiciones de lucha creadas por la avalancha neoliberal y el derrumbe de la URSS? Lo hacen de dos formas; por una vía directa y otra indirecta: la directa es el impacto de la avalancha universal del neoliberalismo desarrollada por los gobiernos de Reagan y Thatcher, mientras que la indirecta es el discurso neoliberalizado de la socialdemocracia europea.

Tercerismo es un término utilizado a lo largo de la historia con muy diversas acepciones. En las condiciones imperantes en la posguerra en las naciones más avanzadas de Europa Occidental, el tercerismo socialdemócrata se ubica en una supuesta posición intermedia entre el liberalismo estadounidense y el socialismo soviético. Sin embargo, la avalancha neoliberal y el derrumbe de la URSS hicieron mutar esos puntos de referencia. A partir de la década de 1990, se ubica entre el «Estado de bienestar» y el neoliberalismo ortodoxo.

El tercerismo socialdemócrata es una vía a través de la cual las ideas de la clase dominante cumplen la función ideológica y cultural que les es inherente en el proceso de reproducción de la hegemonía burguesa. Por esta mediación, las ideas de la clase dominante se inculcan en la conciencia social, incluso en sectores del movimiento popular y la izquierda, con una presentación

«*light*», muchas veces disfrazada de ideas «alternativas» y hasta «contestatarias». Con otras palabras, la socialdemocracia cumple una función orgánica en el proceso de reproducción de la hegemonía burguesa y, en cumplimiento de esta función, a raíz de la avalancha neoliberal y el derrumbe de la URSS, está dedicada a la reproducción de la hegemonía neoliberal. La socialdemocracia europea, que en medio de la apoteosis del neoliberalismo cumplía esa misión en un discreto segundo plano, pasó a ocupar el rol protagónico tan pronto como el agravamiento de la crisis económica, política y social destruyó la imagen de omnipotencia que esta doctrina había logrado fijar en la conciencia social. Para abordar el tema, partimos de cuatro interrogantes: ¿Cuál es la relación existente entre el proceso de valorización del capital y la reforma social progresista? ¿Cómo surgen y se desarrollan las corrientes reformistas del movimiento socialista? ¿Cuál fue su trayectoria «tercerista» en el siglo XX? ¿Cuál fue su reacción ante la avalancha universal del neoliberalismo?

«El capital viene al mundo chorreando sangre y lodo por todos los poros, desde los pies a la cabeza».77 Aquella dominación violenta, inherente al proceso de acumulación originaria del capital y los primeros estadios del desarrollo del sistema de producción capitalista, fue sustituida en la segunda mitad del siglo XIX por la hegemonía burguesa mediante un proceso paulatino, dispar, fluctuante y muchas veces reversible, como sucedió, por ejemplo, en Alemania, primer país donde se instauró el entonces llamado sufragio universal — el derecho al voto para todos los hombres — y que décadas después fue presa del fascismo.

No es casual que el cambio en los medios y métodos para el ejercicio del poder, incluida la moderación en el uso de la violencia, empieza en la sexta década del siglo XIX, durante lo que Lenin califica de punto culminante de desarrollo de la libre competencia. En el «Prefacio» a la edición de 1892 de *La clase obrera en Inglaterra*,

Engels explica que, en la medida en que la producción capitalista adquiere determinada madurez, el gran industrial ya no necesita recurrir a «aquellas trampas mezquinas y pequeñas raterías que distinguen el período inicial de su desarrollo», por lo que adopta la apariencia de estar «más de acuerdo con los requerimientos de la moralidad».78

La ampliación progresiva de los derechos políticos a toda la sociedad —por supuesto, limitada a un puñado de naciones—, es resultado de dos procesos indisolublemente relacionados: uno es el desarrollo económico basado en los avances del sistema de producción capitalista y la explotación del mundo colonial; el otro es la lucha del movimiento obrero y socialista, y del movimiento femenino, que logran influir en la formación del sistema democrático burgués, en el que se abren espacios desde los cuales arrancarle concesiones a la clase dominante.

Gramsci ayuda a comprender la redistribución de riqueza por parte del Estado capitalista, cuando afirma que «debería ser una máxima de gobierno el tratar de elevar el nivel de vida material de todo el pueblo», sin que ello obedezca a «un motivo especial “humanitario” y ni siquiera una tendencia “democrática”», sino con el propósito de garantizar la «preexistencia de una zona de descenso suficiente para que la resistencia “biológica” y, por tanto, psicológica del pueblo no se quebrante», en caso que una guerra o una crisis económica provoque su brusco decrecimiento.79 El propio Gramsci es quien mejor desarrolla el concepto de hegemonía para explicar la dominación basada en el consenso de los dominados.

Junto con el nacimiento de la hegemonía y la democracia burguesas queda sembrada la simiente de la bifurcación del movimiento obrero y socialista, entre las corrientes que ocupan los espacios de lucha política legal en función de la reforma progresista del capitalismo como objetivo estratégico, y las que los ocupan en función de la reforma progresista como medio de acumular

fuerzas en pos de la revolución socialista. De ello se deriva que la reforma social progresista es un ámbito de lucha en que convergen las fuerzas reformistas y las revolucionarias.⁸⁰

En virtud del desarrollo económico y político ocurrido desde mediados del siglo XIX en las naciones más avanzadas de Europa, a partir de la creación de condiciones para la lucha política legal, Engels y otros seguidores de Marx conciben un nuevo proyecto de revolución proletaria por medio de la lucha electoral, al tiempo que proliferan otras corrientes en el seno del movimiento obrero y socialista, que emprenden la lucha electoral con el propósito de impulsar la reforma progresista del capitalismo como fin en sí mismo.

Tras la derrota de la Revolución de 1848, el movimiento obrero tarda en recuperarse hasta la década de 1860. En virtud del desarrollo económico y social experimentado por el capitalismo en ese lapso —expresado en una mayor concentración de la propiedad y la producción, la construcción de grandes centros industriales y la polarización social entre burgueses y proletarios, ya no solo en Inglaterra, sino en la mayor parte de Europa Occidental—, el renacimiento del socialismo se produce en condiciones que, no solo permiten, sino incluso demandan, una interrelación indisoluble entre el pensamiento, la organización, y la lucha reivindicativa y política de la clase obrera. En las nuevas condiciones irrumpe en la palestra la lucha política, y ello provoca dos tipos de divisiones en el movimiento obrero y socialista: una, dentro del movimiento obrero, entre quienes están a favor y en contra de ella, en este último caso los anarquistas; y la otra entre quienes deciden participar en ella para reformar al capitalismo y quienes lo hacen con fines revolucionarios. Dentro de los campos reformista y revolucionario ocurrirían también notables subdivisiones.

En el renacer del movimiento obrero y socialista desempeña un papel principal la Asociación Internacional de los Trabajadores (la Internacional), fundada en 1864 por sindicalistas británicos,

franceses y exiliados de otros países en Gran Bretaña, entre ellos Marx y Engels, quienes asumen el liderazgo de la organización. En la Internacional convergen diversas corrientes del movimiento obrero, discrepantes entre sí, entre las que resaltan el marxismo y el anarquismo. En espera una nueva revolución europea, el objetivo de Marx y Engels con la Internacional era formar un movimiento obrero capaz de orientar y coordinar la lucha en toda Europa. Mientras tanto, sus tareas eran arrancarle a la burguesía mejoras inmediatas en las condiciones de trabajo y de vida de los obreros, y crear un partido capaz de conquistar el poder. Sin embargo, en medio de un desarrollo de las fuerzas productivas que eleva los salarios y mejora el régimen laboral de crecientes sectores de la clase obrera de las naciones avanzadas, las perspectivas de una nueva revolución se extinguían, y lo que crecía era la presión por obtener beneficios inmediatos de las reformas que la burguesía estaba dispuesta a hacer, o que era posible arrebatarle mediante la lucha sindical y política.

Con la guerra franco-alemana de 1870, desaparece la posibilidad del inicio de la revolución europea que los líderes de la Internacional esperaban desde 1848. Incluso en Francia, la capitulación frente a Alemania cambia el carácter de la revolución. Como reacción frente a la agudización de la crisis socioeconómica ocasionada por la guerra y a los términos en que capituló el gobierno francés, son los obreros de París, nuevamente, los protagonistas de una insurrección popular, que da inicio a la Comuna de París.⁸¹ Sin embargo, la Comuna no puede resistir los embates de la reacción reagrupada en Versalles.⁸² La derrota de la Comuna, ocurrida en el propio 1871, destruyó al movimiento obrero y socialista francés, le asestó el golpe de muerte a la Internacional, liquidó toda expectativa de un nuevo estallido revolucionario en Europa Occidental, y desplazó el centro del movimiento obrero y socialista de Francia a Alemania. Esto último provoca un cambio en la orientación gene-

ral de la lucha revolucionaria, caracterizada hasta entonces por el énfasis en la insurrección, por la lucha parlamentaria que el Partido Socialdemócrata Alemán, dirigido por los seguidores del fallecido Ferdinand Lassalle, había emprendido con éxito desde la implantación en su país en 1866 del sufragio para todos los hombres.

En un análisis retrospectivo del desarrollo capitalista en esa región durante la segunda mitad del siglo XIX, en la «Introducción a la edición de 1895» de *Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1850*, Engels saca las siguientes conclusiones: cuando se produce la Revolución de 1848 no había condiciones para el triunfo del proletariado, y menos aún después de ella; la insurrección proletaria se había convertido en inviable, y la prueba definitiva era la derrota de la Comuna de París; esa derrota provocó el desplazamiento del liderazgo del movimiento obrero y socialista de Francia a Alemania; y, los resultados obtenidos por el Partido Socialdemócrata Alemán en la lucha electoral desde la implantación del «sufragio universal» indicaban que este era el método de lucha adecuado al momento. En la opinión de Engels:

[...] con este eficaz empleo del sufragio universal entraba en acción un método de lucha del proletariado totalmente nuevo, método de lucha que se siguió desarrollando rápidamente. Se vio que las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía ofrecían nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra estas mismas instituciones.⁸³

Con relación a esta conclusión de Engels, es preciso hacer tres comentarios: el primero es que resulta evidente que Engels considera obsoleto el concepto de revolución que Marx y él habían plasmado en el *Manifiesto*; la segunda es que asume la lucha electoral como el nuevo método de lucha para hacer la revolución social, es decir, no la concibe como método de lucha en función de la reforma progresista como objetivo estratégico; y la tercera es que, con el

término sufragio universal, a lo que en realidad alude es al sufragio de todos los hombres, pues el voto femenino fue una conquista muy posterior.

Se utiliza aquí el término obsoleto para enfatizar la necesidad de que el concepto de revolución se corresponda, en forma plena, con las características y condiciones sociales en que se le lleve a la práctica. Partimos de que esa palabra no tiene una connotación peyorativa, aunque en ocasiones se utilice con esa intención. Por obsoleto entendemos algo que es inadecuado a las circunstancias actuales.

El concepto de obsolescencia es esencial en un ensayo dedicado al estudio de la revolución social en la América Latina actual. Sin duda alguna, del concepto original de revolución formulado por Marx y Engels, nunca perderán vigencia: su esencia anticapitalista, liberadora y emancipadora; su concepción del papel de la lucha de clases dentro del conjunto de las luchas sociales; y su idea de revolución como proceso llamado a edificar una nueva sociedad cuyo centro sea la satisfacción de las necesidades materiales y espirituales de los seres humanos. Por el contrario, todo ello adquiere creciente vigencia y sentido de urgencia, en la medida en que el imperialismo amenaza con destruir al planeta y a la especie humana en un plazo relativamente breve. Pero, el hecho de que la esencia conserve vigencia, no implica que el concepto de revolución elaborado en unas circunstancias históricas concretas, pueda ser aplicado en forma mecánica en otras.

En 1895, ya Europa se encontraba en otra situación política, económica y social, para la cual el concepto de revolución que Marx y Engels habían formulado más de cuatro décadas antes era inadecuado; con otras palabras, era obsoleto. La constatación de los cambios ocurridos, que ni Marx ni él podían haber percibido y analizado en tiempo real — como el desarrollo de las fuerzas productivas, y su impacto en la lucha de clases —, es lo que lleva a Engels a repetir, más de una vez en la «Introducción a la edición de 1895»

de *Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1850*, que la historia les había dado «un mentís», sin que ello implicara renunciar a la esencia emancipadora del concepto original.

Engels no descartó que la revolución insurreccional todavía fuese posible en los países atrasados de Europa, donde no había elecciones ni gobierno parlamentario, pero, incluso en ellos, preveía que la tendencia fuese hacia la implantación de la lucha electoral.⁸⁴ Este criterio obedece a que en el período comprendido desde la aprobación en Alemania del derecho al sufragio para todos los hombres (1866) hasta la caída de Bismarck (1890), durante el cual el Partido Socialdemócrata Alemán libró su lucha electoral en la ilegalidad, a contracorriente de las leyes antisocialistas, su experiencia pareció tener aplicación incluso en las naciones más atrasadas, en las que se creía razonable pensar que la democracia burguesa se abriría paso como lo había hecho en Alemania.

En esencia, el cambio en el escenario de las luchas del movimiento obrero y socialista obedece a la continuidad del desarrollo económico y social del capitalismo, que entre los años sesenta y setenta del siglo XIX alcanza el punto culminante de la fase premonopolista. Ese desarrollo facilita la disminución del uso de la coerción y la violencia, y el afianzamiento de la hegemonía burguesa. La apertura de un «espacio de confrontación» que pueden aprovechar los sindicatos y los partidos obreros más fuertes, crea las condiciones para la división entre las corrientes del movimiento obrero y socialista que acceden ese espacio para promover reformas en el sistema económico y político imperante, y las que lo hacen con el propósito de luchar por la transformación revolucionaria de la sociedad. Cole afirma que «este dilema, reforma contra revolución, no fue objeto de una lucha definitiva hasta un período posterior [...] pero en la década de 1860 ya había aparecido tanto en la Gran Bretaña como en los Estados Unidos y en Suiza, aunque

apenas en Francia, Bélgica y Alemania, menos aun en Italia y nada en España». ⁸⁵

El abanderado del proyecto de revolución proletaria por la vía electoral es el Partido Socialdemócrata Alemán. La socialdemocracia alemana llega al clímax de su liderazgo en el movimiento obrero y socialista mundial a partir de 1875, a raíz de la unificación de los dos partidos en que se hallaba dividida: uno había sido dirigido por el ya entonces desaparecido Ferdinand Lassalle y el otro, desde el exilio, por Carlos Marx, este último fundado en la ciudad de Eisenach en 1869. Parte importante del programa que sirve de base a esa unificación fue impugnada por Marx en su *Crítica del Programa de Gotha*, ⁸⁶ por adolecer de problemas conceptuales que tendían a la ralentización de las diferencias entre la lucha por la reforma y la revolución, ⁸⁷ como en efecto se evidenció años más tarde, pero aquella crítica no fue divulgada hasta mucho después porque la dirección del partido de Eisenach consideró imprescindible hacer concesiones programáticas en función de la unidad.

En todo caso, existía una gran diferencia entre el concepto de revolución insurreccional acuñado en el *Manifiesto* y el *Mensaje*, y el nuevo concepto de revolución electoral y parlamentaria que se instala en la escena hacia las postrimerías del siglo XIX: la revolución ocurriría el día en que, mediante el sufragio universal, el partido proletario alcanzara la mayoría absoluta en el parlamento, y decretase la abolición del capitalismo y el comienzo de la construcción socialista. La violencia revolucionaria solo sería necesaria en el caso extremo de que la burguesía no reconociera su derrota y recurriera a la violencia contrarrevolucionaria. La ambigüedad del concepto de revolución fue favorecida por el hecho de que, desde la experiencia de la Comuna de París hasta la I Guerra Mundial, no se crea ninguna situación revolucionaria, que provoque la delimitación de los campos. No obstante la diferencia que la separa del concepto de revolución marxista acuñado en 1848-1850, la idea de avanzar

hacia la revolución por la vía electoral siguió siendo considerada como la antítesis del reformismo hasta que la Revolución de Octubre readecúa y encarna la utilización de la violencia revolucionaria, hecho que impone una redefinición conceptual y una nueva delimitación entre ambos campos. Hasta entonces, la imprecisa noción de revolucionarios abarcaba tanto a quienes en las naciones de mayor desarrollo económico, político, social y cultural concebían la revolución como un triunfo parlamentario, como a quienes en los países de menor desarrollo estaban obligados a recurrir a estrategias y tácticas insurreccionales similares a las que Marx y Engels creyeron apropiadas a mediados del siglo XIX.

Los partidarios de la lucha electoral con objetivos revolucionarios en Europa Occidental siguieron cumpliendo la antigua orientación de Marx de mantener la independencia del partido proletario y, al principio, también la de no participar en luchas reformistas que pudieran obstaculizar el alcance de su objetivo estratégico. Sin embargo, los crecientes espacios de lucha política y social que se abrían, mediante las cuales, en efecto, era posible lograr mejoras en las condiciones laborales y de vida, los obligaron a sumarse a ellas con el propósito de no aislarse de los sectores populares. De ello se deriva que el mayor desarrollo económico, político, social y cultural capitalista, incluido el desarrollo de la democracia burguesa, no solo conjuró el estallido de la revolución proletaria en el escenario europeo occidental previsto inicialmente por Marx y Engels, sino también desdibujó las diferencias entre las corrientes del movimiento socialista que emprendieron la lucha electoral con propósitos reformistas y las corrientes que se ataron a ella con propósitos iniciales revolucionarios.

La formación de las corrientes reformistas del movimiento obrero y socialista empieza en 1881 con la aparición del *posibilismo* francés, sigue en 1884 con el surgimiento del *fabianismo* inglés, se diversifica a finales de esa década, cuando brota el *reformismo* en el

Partido Socialdemócrata Alemán, que era entonces el abanderado del marxismo, y se amplía años más tarde, cuando en este último aparece también el *revisionismo*. Ello no significa que antes no hubiese corrientes reformistas, ni que todas las corrientes reformistas tuviesen que encajar en una de estas escuelas de pensamiento. Desde mucho tiempo atrás, hubo personas y grupos de personas que pensaron o intentaron reformar a la sociedad capitalista de muy diversas formas, y este período que nos ocupa fue especialmente prolijo en tal sentido. Se enfoca la atención en esas corrientes porque fueron las que se organizaron, adquirieron mayor notoriedad y ejercieron una reconocida influencia dentro del movimiento obrero y socialista de ese período, como un bloque contrario a las corrientes revolucionarias.

En virtud del dinamismo, la heterogeneidad y la complejidad del movimiento obrero y socialista francés, en la propia cuna de la revolución social surge el posibilismo. El posibilismo aparece en 1881 como una corriente, encabezada por el Dr. Paul Brousse, dentro de la Federación de los Obreros Socialistas de Francia, cuyo líder era el marxista George Guesde. La estrategia posibilista consistía en aprovechar los espacios existentes en el sistema democrático burgués, sobre todo en los gobiernos locales, para luchar por mejoras en las condiciones laborales y el nivel de vida de los obreros, mientras la línea oficial de la Federación de Guesde era no negociar con los liberales y demás corrientes burguesas. En 1882, se produjo la ruptura entre ambas corrientes, en virtud de la cual, Brousse, con el apoyo de la mayoría, creó el Partido de los Obreros Socialistas de Francia. Por su parte, con la minoría, Guesde fundó el Partido Obrero Francés.

A diferencia de Francia, cuyos movimientos obreros y socialistas están formados por diversas corrientes en pugna, que abarcan todo el espectro de posiciones concebibles entre la reforma y la revolución, en el caso de Gran Bretaña el reformismo fue siempre

la tendencia dominante. Pionera del desarrollo económico y beneficiaria del monopolio comercial en el mundo durante el siglo XIX y la primera década del XX, es en Gran Bretaña donde se origina lo que Marx y Engels bautizan como aristocracia obrera. Las peculiaridades del desarrollo económico y político capitalista en Gran Bretaña repercuten en el predominio de las tendencias reformistas, que se expresan en el surgimiento de la Sociedad Fabiana y la consolidación del laborismo como la principal expresión política del movimiento obrero de esa nación, en detrimento de los intentos de estabilizar una fuerza socialista semejante al Partido Socialdemócrata Alemán. Aunque el reformismo británico de ningún modo se limita al pequeño grupo de intelectuales de clase media que convergió en la Sociedad Fabiana, el fabianismo es la más conocida e influyente doctrina reformista originaria de esa nación, a pesar de que solo se arraigó en la ciudad de Londres.

Creada en 1884, la Sociedad Fabiana alcanza notoriedad a partir de 1889 con la publicación de los *Ensayos Fabianos*, donde proclama que el desarrollo económico y social capitalista conduciría a la democratización y a la socialización de la riqueza, hasta el punto en que ese sistema llegaría a transformarse en su contrario, es decir, en socialismo. A partir de esa premisa, los fabianos desarrollan la estrategia de impregnar sus ideas en el sector radical del liberalismo. Su actividad consiste en publicar documentos, impartir conferencias y en el trabajo desplegado por dos de sus miembros más prominentes, los esposos Sidney Webb y Beatrice Webb en el Concejo del Condado de Londres, donde actúan como pioneros en la promoción de un programa de protección y servicios sociales financiado y administrado por esa instancia de gobierno, en la cual constituyen minoría en relación con los liberales, a quienes, en realidad, corresponde adoptar esas decisiones. Aunque los fabianos desarrollan una larga e intensa labor proselitista en los sindicatos ingleses, no son ellos quienes les inoculan el reformismo, sino que

esta es una tendencia compartida por ambos. La colaboración con el radicalismo liberal es uno de los puntos comunes entre los fabianos y el ala derecha del incipiente laborismo, los llamados liberales-laboristas (*lib-labs*), que durante un tiempo establecen alianzas político-electorales con los liberales para las elecciones al Parlamento en los distritos en que les resulta mutuamente ventajoso.

Mayor trascendencia aun que el posibilismo en Francia y el fabianismo en Gran Bretaña tienen el reformismo y el revisionismo en Alemania, por el hecho de que brotan dentro del propio Partido Socialdemócrata Alemán, que a la sazón es el baluarte del marxismo y ejerce el liderazgo indiscutible del movimiento socialista mundial. El reformismo aparece en Alemania a principios de la década de 1890, representado por Georg von Vollmar, en cuyo estado, Bavaria, hay una situación política que, a diferencia de Prusia, favorece el establecimiento de alianzas con los partidos de la burguesía para aprobar leyes en beneficio de los obreros. Por su parte, el revisionismo irrumpe mediante los escritos y discursos de Eduard Bernstein a finales de los propios años noventa, quien afirma que Marx había incurrido en errores teóricos que invalidaban una parte de los presupuestos políticos sobre los cuales basaba su acción la socialdemocracia alemana. Aunque la polémica desatada por Bernstein provoca la condena a sus posiciones en un congreso del partido, nunca fue separado del mismo.

Cuando en 1889 se funda la II Internacional, el posibilismo y el fabianismo eran las principales corrientes reformistas del movimiento obrero y socialista, y el polo opuesto lo ocupaba el marxismo, cuyo portaestandarte era el Partido Socialdemócrata Alemán. Sin embargo, la delimitación de los campos todavía era difusa. En primer término, porque el 1891 fue cuando brotó la corriente reformista dentro de la socialdemocracia alemana, y en 1896 fue cuanto apareció en ella el revisionismo. En segundo lugar, porque, a pesar de que aún no era perceptible, la principal corriente que pole-

mizaba contra el reformismo dentro de ese partido, cuyo ideólogo principal era Kautsky,⁸⁸ más tarde se revelaría como exponente de un marxismo evolucionista que, a raíz de la I Guerra Mundial y de la Revolución de Octubre, demostró ser un componente más del bloque reformista. Esos acontecimientos no solo cambian y precisan los términos del debate sobre reforma o revolución, sino también definen la verdadera ubicación de los participantes en el mismo. Por su coincidencia en aceptar a la democracia burguesa como horizonte estratégico, en virtud de lo cual toda diferencia programática existente entre ellas se convierte en secundaria y no antagónica, el posibilismo, el fabianismo, el reformismo alemán y el revisionismo forman un solo bloque dentro de la II Internacional.⁸⁹ Ese bloque relega a un plano secundario el papel de la propiedad en la definición del concepto de clase, reduce las diferencias de clase a diferencias ocupacionales, niega el antagonismo y la lucha de clases, y afirma que las contradicciones de clase serían resueltas dentro de la sociedad capitalista.⁹⁰

Esa definición no encaja en la situación europea occidental entre 1871 y 1914. Por el contrario, durante esas cuatro décadas, el aumento de la redistribución de riqueza en los países más industrializados —sustentado en el desarrollo del sistema de producción capitalista y la explotación del mundo colonial— y el afianzamiento de la hegemonía burguesa, conducen al ala reformista del movimiento obrero y socialista, no solo a anclar su horizonte histórico dentro de la sociedad capitalista, sino incluso a contemporizar con el colonialismo.⁹¹

La intensificación del desarrollo económico, político y social registrado por las naciones capitalistas más industrializadas entre 1860 y 1870 repercute, en general, en una tendencia favorable a la redistribución de riqueza, al afianzamiento de la hegemonía como principal mecanismo de dominación (en lugar del empleo de la coerción y la violencia) y al florecimiento de diversas corrientes de

reformismo social en las naciones capitalistas de mayor desarrollo. Aunque esta tendencia tiene fluctuaciones, desniveles y excepciones, provoca un impacto decisivo en la historia del movimiento obrero y socialista europeo occidental. No es un dato menor que en ese período se produjeran la I Guerra Mundial, la Gran Depresión y la II Guerra Mundial. Esos tres acontecimientos no solo ocasionan gran destrucción económica sino también el agravamiento extremo del antagonismo social, al punto que, a raíz de la situación revolucionaria generada por la primera conflagración del orbe, triunfa la Revolución de Octubre de 1917 y, a partir de la segunda, los países de Europa Oriental forman el campo socialista.

El triunfo de la Revolución de Octubre, que inaugura la era de la competencia entre el sistema capitalista y el socialista, es la primera «oportunidad» que la socialdemocracia aprovechó para hacer causa común con los partidos burgueses. Hasta ese momento, el enfrentamiento entre las corrientes reformista y revolucionaria del movimiento socialista se expresaba en un debate teórico de carácter general, entre otros temas, sobre si conservaba vigencia o no la doctrina de la dictadura del proletariado, pero a partir de entonces este enfrentamiento pasa de la teoría a la práctica y de lo general a lo particular. La socialdemocracia apoya la política de condena, bloqueo, aislamiento y agresión contra el Estado soviético asumida por las potencias imperialistas.

Aunque la II Internacional, en la que coexistían las corrientes reformistas y revolucionarias del movimiento socialista, deja de existir desde el estallido de la guerra —a causa de la alineación de los principales partidos socialdemócratas de Europa Occidental con sus respectivos gobiernos—, es la Revolución de Octubre la que sella el carácter irreversible de esa ruptura, tal como se constata con el surgimiento de la III Internacional (la Internacional Comunista) y con el fracaso de la llamada Internacional Dos y Media (la Internacional de Berna), que intenta volver a agrupar en una sola organización socialdemócratas y comunistas.⁹²

A pesar de su heterogeneidad, las doctrinas socialdemócratas coinciden en que es posible superar al capitalismo mediante un proceso de reformas que conduzcan a una sociedad en la que la propiedad social y el enfoque social de la economía y la política suplanten la primacía de la propiedad privada y el enfoque individualista. No obstante esta retórica, el movimiento real de la socialdemocracia gira hacia la colaboración con la burguesía. En la socialdemocracia se ubican las corrientes del movimiento obrero y socialista que comparten con el liberalismo la concepción de que el Estado es una institución neutral, ubicada por encima de la sociedad, que funge como mecanismo de conciliación de las contradicciones existentes entre las clases, y que es capaz de representar los intereses de aquellos partidos políticos que lo controlan por medio de las elecciones, con independencia de las clases que representen. Debido a que el proletariado y otros sectores sociales subordinados constituyen la mayoría de la sociedad, los partidarios de esa tesis concluían que el sufragio universal, implantado en los países capitalistas desarrollados en la década de 1920, conduciría de forma paulatina a la democratización. Esa concepción se complementaba con el criterio de que la concentración del capital conducía a largo plazo a la socialización de los medios de producción, punto de convergencia de las teorías del «interimperialismo» de Hobson, el «ultraimperialismo» de Kautsky y el «capitalismo organizado» de Hilferding.

Después de la I Guerra Mundial los partidos socialdemócratas asumen el gobierno o participan en coaliciones gubernamentales en Gran Bretaña y los países escandinavos, lo que facilita un mayor acercamiento entre el reformismo liberal y el socialdemócrata. Las condiciones estaban creadas: la socialdemocracia se había alineado con la burguesía durante la guerra y en el enfrentamiento a la Unión Soviética, y había demostrado que su propósito era preservar la estabilidad del capitalismo para escalar posiciones dentro de él. Ningún partido socialdemócrata intenta cumplir los enunciados

programáticos a favor de la socialización de los medios de producción. Por el contrario, es curioso que, en los orígenes del keynesianismo, es decir, ante los primeros embates de la crisis de 1929 a 1933, el primer gobernante laborista de la historia, el primer ministro inglés Ramsay MacDonald, se coloca «a la derecha» del liberal Keynes, con una política conservadora que tiene pésimos resultados para el empleo, los salarios y la economía británicos en general. Es la Gran Depresión la que obliga al Partido Liberal y al Partido Laborista a aceptar el keynesianismo.

La segunda posguerra mundial es el período en el que se afianzan los mitos sobre la posibilidad de construir un capitalismo democrático y redistributivo, durante el cual la socialdemocracia no solo camina hasta el borde del barranco del capitalismo, como ya lo había hecho desde el inicio de la I Guerra Mundial, sino que se despeña por él. Ello obedece a la confluencia de dos factores: uno económico y otro político.

En lo económico, la destrucción de fuerzas productivas ocasionada por la guerra y la carrera armamentista sentaron las bases para dos décadas de crecimiento económico expansivo ininterrumpido. El aumento de la demanda de fuerza de trabajo provoca una elevación de los salarios, condición óptima para el desarrollo del modelo keynesiano de estímulo al crecimiento mediante el aumento de la demanda. En una etapa prolongada e intensa de incremento del valor de la fuerza de trabajo, era coherente que los monopolios, que se encontraban fundidos con el Estado, le encargasen a este último que, con los impuestos de toda la sociedad, asumiera parte de los costos de su reproducción: capacitación, educación, salud, vivienda y otros.

En lo político, como resultado de las victorias antifascistas del Ejército Rojo, la URSS había expandido su sistema social por Europa Oriental, lo que consolidaba la existencia de un polo alternativo al capitalismo. Este nuevo reto, cualitativamente superior al

triumfo de la Revolución de Octubre, dictaba la necesidad de colocar en segundo plano las rivalidades interimperialistas y aunar esfuerzos en la ejecución de la política de guerra fría, entre cuyos objetivos ideológicos resalta el mantenimiento de la dominación y subordinación de los pueblos de Europa Occidental, que atravesaban por las consecuencias de la II Guerra Mundial y constituían el muro de contención del campo socialista. En tales condiciones, el sistema capitalista necesita presentar en esta región, e irradiar hacia el resto del mundo, un rostro «democrático» y «redistributivo», para lo cual le era imprescindible: mantener altos niveles salariales, acompañados del desarrollo de una vasta red de servicios públicos y de amplios programas sociales destinados a complementar los ingresos de los trabajadores y brindar asistencia social a los desvalidos; y desarrollar un sistema de partidos políticos, sindicatos y otras organizaciones capaces de asimilar un conjunto de demandas de los sectores sociales subordinados.

Durante la posguerra se produce la convergencia definitiva, no solo práctica, sino también doctrinaria, entre el reformismo socialdemócrata y el reformismo burgués. El ideólogo de la Tercera Vía, Anthony Giddens, afirma que «el Estado de bienestar fue una creación tanto de la derecha como de la izquierda, pero en el período de la posguerra los socialistas se lo atribuyeron como propio».⁹³ No es casual que el sistema de democracia burguesa, combinado con el macartismo y la guerra fría, haya llegado a su máxima expresión en esos años en América del Norte (Estados Unidos y Canadá) y los países de Europa Occidental en los que funcionó el «Estado de bienestar».

En ese período, se produce la extensión por todos los países capitalistas desarrollados de la «aristocracia obrera». En los Estados Unidos se consolida la fusión de la burocracia sindical de la AFL-CIO con el sector de la burguesía aglutinado en el Partido Demócrata, mientras en Europa Occidental repercute en un cambio

en la composición social y en la ideología socialdemócrata, con un decrecimiento de la membresía obrera y la influencia sindical, frente al incremento de los llamados cuellos blancos y el advenimiento de una tecnocracia partidista, cuya prioridad es ampliar y consolidar sus espacios en el parlamento y el gobierno. La mayoría de los partidos socialdemócratas que mantenían la tesis de transformar el capitalismo en socialismo, dan el paso de abandonarla: la socialización de los medios de producción fue trocada por la defensa de la «democracia social». En correspondencia con su nueva orientación pluriclasista, en el congreso realizado en Frankfurt, en 1951, la Internacional Obrera y Socialista cambia su nombre por Internacional Socialista (IS), es decir, elimina la palabra obrera.⁹⁴

En los países escandinavos aún se registra un intento posterior de socialización progresiva de los medios de producción. A mediados de los años setenta, los partidos socialdemócratas y los sindicatos suecos, daneses y holandeses, presentan proposiciones que apuntan a la socialización gradual de la propiedad de los medios de producción, mediante una compra de acciones destinada a transferir los «paquetes de control» —y eventualmente el control absoluto— de las empresas, de los capitalistas a los sindicatos, práctica rechazada por la burguesía de esos países, ante lo cual se ven obligados a reconocer el carácter infranqueable de la barrera que protege a la propiedad privada en la sociedad capitalista.⁹⁵

En correspondencia con la necesidad de expansión del control monopolista hacia los recursos naturales y mercados del Sur, entonces convulsionado por luchas revolucionarias y de liberación nacional, desde mediados de los años setenta la Internacional Socialista se concentra en la ampliación de sus miembros en Asia, África y América Latina, con el fin de promover la vía socialdemócrata como opción política en esas regiones. Dentro de este contexto, América Latina recibe la atención prioritaria, porque en esa región se encuentran en apogeo las dictaduras militares y se

expande la llama de la revolución social por Centroamérica. Por mediación de la IS, el capitalismo monopolista europeo no solo se propone evitar la ampliación del sistema socialista, sino también de ocupar espacios en función de la competencia interimperialista contra los Estados Unidos y Japón. En esta lucha, la socialdemocracia europea es la cara joven, amable y «democrática» que ofrecen las viejas metrópolis colonialistas a las fuerzas antiimperialistas que luchan por su verdadera independencia, soberanía y autodeterminación. En este sentido, el XIII Congreso de la IS (Ginebra, 1976), el XIV Congreso (Vancouver, 1978) y el XV Congreso (Madrid, 1980), se pronuncian a favor de la distensión, la coexistencia pacífica, el Nuevo Orden Económico Internacional, el respeto a los derechos humanos (enfilado contra los países socialistas, las dictaduras militares y el régimen del Apartheid en Sudáfrica) y la atención a los problemas políticos, económicos y sociales del Sur.

A finales de la década de 1960, con el agotamiento del crecimiento económico expansivo de posguerra y el retorno de las crisis económicas, agravadas y complejizadas, los partidos socialdemócratas que ejercen el gobierno en Europa Occidental comienzan a revertir las políticas de redistribución de riqueza que sustentaban al «Estado de bienestar». En las nuevas condiciones, la socialdemocracia, que años antes lo había asumido como propio, también asume como propio su desmontaje.

El gobierno laborista británico elegido en 1969, lo sustituye por un programa de «capitalismo protegido» basado en la regulación laboral y una política fiscal regresiva destinada a subsidiar la renovación industrial, cuya impopularidad repercute en el retorno de los conservadores al gobierno en 1970. El intento de estos últimos de aprobar una denominada Ley sobre relaciones industriales, de claro contenido antiobrero, provoca un movimiento de protesta no visto en Gran Bretaña desde 1926, lo que facilita el regreso de los laboristas al gobierno, en 1974. La política del nuevo gobierno

laborista es el «contrato social», que establece un tope de 5% a los aumentos salariales.⁹⁶ Cuando el desempleo y la inflación hacen que los sindicatos rompan con el contrato social en 1978, el gobierno se enfrenta a ellos y estimula el sentimiento antisindical, postura que coadyuva al triunfo de Margaret Thatcher en los comicios de mayo de 1979. La pusilanimidad de ese gobierno, que no hizo más que reeditar la historia iniciada con el gobierno de Ramsay McDonald, motivó al dirigente laborista de izquierda Tony Benn a declarar:

Al observar la derrota sufrida en mayo de 1979 por el gobierno laborista, mientras más lo pienso más me convenzo de que fue una rendición y no una derrota. Durante veinte años proclamaron un movimiento sindical apolítico y resultó un callejón sin salida, proclamaron un laborismo no socialista y también esto resultó un callejón sin salida.⁹⁷

Por su parte, Boris Orlov dice que:

[...] llama la atención un grupo de estudiosos que en el marco de la Sociedad Fabiana hizo un análisis de los resultados prácticos de la actividad de los gobiernos laboristas en todo el tiempo de su estancia en el poder. P. Ormrod, uno de los autores de la investigación, hace constar, por ejemplo: «En 1929-31, en 1969-70 y en 1974-79, en fin de cuentas, los gobiernos laboristas comprendieron que no les queda otra alternativa que aceptar la política dictada por los intereses de los grupos financieros».⁹⁸

Así se inicia la avalancha mundial del neoliberalismo y así se siembra la semilla de la mutación del tercerismo socialdemócrata.

Es innegable que durante las primeras seis décadas del siglo XX y, en especial durante la segunda posguerra, hubo una interacción entre el capitalismo desarrollado y la socialdemocracia, pero, a juzgar por su desenlace histórico, no fue la socialdemocracia la

que reformó al capitalismo, sino el capitalismo el que reformó a la socialdemocracia. Eso resulta evidente porque, a finales de los años setenta, esta última ya participaba en el desmontaje del «Estado de bienestar» y actuaba como punta de lanza del imperialismo europeo en el Sur.

Desde finales de los años sesenta, con la saturación de los mercados de bienes, capitales y fuerza de trabajo, se evidenciaba el fin de las condiciones económicas que sustentaban al «Estado de bienestar». Si durante la posguerra el incremento del salario había sido el motor de la economía — mediante el estímulo a la demanda —, ahora se convertía en blanco de la necesidad de aumentar la cuota de plusvalía. Paralelamente, al dejar de escasear la mercancía fuerza de trabajo y reducirse su valor, ya los capitalistas no tenían incentivo para que el Estado asumiera los costos de su reproducción con programas sociales. Al contrario, necesitaban que esos recursos fuesen transferidos al sector privado mediante recortes de impuestos, privatizaciones, créditos y subsidios. De esta manera se crean las condiciones económicas y, en buena medida, las condiciones políticas para el paso del «Estado de bienestar» al neoliberalismo. El completamiento de las condiciones políticas lo aportaría el derrumbe de la URSS. Este acontecimiento es el catalizador de la mutación del tercerismo socialdemócrata europeo occidental.⁹⁹

Dos campañas políticas originadas en Europa Occidental, a saber, la promoción de la Tercera Vía del entonces primer ministro británico Anthony Blair y el economista Anthony Giddens, y los seminarios celebrados en todos los continentes por la Comisión Progreso Global de la Internacional Socialista, a finales de los años noventa coinciden en proclamar la muerte de la reforma social progresista del capitalismo. Vale la pena esbozar aquí los planteamientos generales de ambas, por el impacto que tuvieron en la elaboración teórica y política de aquella izquierda que estaba inmersa en su reestructuración y su replanteamiento programático, estratégico y táctico.

Tony Blair y Tony Giddens, asumieron el término Tercera Vía para designar una posición ubicada entre el «Estado de bienestar» de posguerra y el neoliberalismo de su predecesora, Margaret Thatcher.¹⁰⁰ Para Giddens, la Tercera Vía es «la versión contemporánea del replanteamiento periódico que los socialdemócratas han tenido que realizar con tanta frecuencia durante el último siglo».¹⁰¹ La Tercera Vía se propone enfrentar lo que Blair y Giddens definen como los «cinco dilemas del mundo actual»: la globalización, el nuevo individualismo, el desdibujamiento de las diferencias entre izquierda y derecha, los cambios en el contenido y las formas de acción política (*political agency*), y el daño a la ecología. Según ellos, la globalización es un proceso fuera de control de los seres humanos que: sustrae poderes del Estado-nación, incluidos aquellos en que se basaba la intervención keynesiana en la economía; empuja «hacia abajo» mediante la generación de nuevas demandas y posibilidades de regenerar las identidades locales, y empuja «hacia los lados» mediante la creación de regiones económicas y culturales que traspasan las fronteras nacionales. De esa manera, con la palabra globalización se encubre la acción depredadora de los monopolios transnacionales y con esos argumentos se justifica una supuesta incapacidad del Estado de actuar contra esa depredación, cuando en realidad lo que ocurre es que ese Estado sí actúa, de manera directa e intensa, a favor de ella. Según ellos, ese replanteamiento obedece a la disolución del consenso sobre el «Estado de bienestar», ocurrido a raíz de los triunfos electorales de Thatcher y Reagan, potenciado una década después por el derrumbe de la URSS. En las nuevas condiciones la supervivencia y la prosperidad de la socialdemocracia «solo es posible si los socialdemócratas están dispuestos a revisar sus puntos de vista preexistentes de una manera más completa de cómo lo ha hecho la mayoría hasta ahora».¹⁰² A tal efecto, Blair y Giddens construyen escenarios y parámetros para ubicar en un polo a la «socialdemocracia de viejo

estilo» y en el otro al «neoliberalismo», con el fin deliberado de forzar su propia ubicación en una posición «centrista». No hay pretensión de equidistancia, sino un reconocimiento explícito de que su objetivo es reciclar el neoliberalismo. El propio Blair habla de la «unión» de la Tercera Vía con el liberalismo.

La Tercera Vía —dice Blair— no es un intento de señalar las diferencias entre la derecha y la izquierda. Se ocupa de los valores tradicionales en un mundo que ha cambiado. Se nutre de la unión de dos grandes corrientes de pensamiento de centroizquierda —socialismo democrático y liberalismo— cuyo divorcio en este siglo debilitó tanto la política progresista en todo Occidente. Los liberales hicieron énfasis en la defensa de la primacía de la libertad individual en una economía de mercado; los socialdemócratas promovieron la justicia social con el Estado como su principal agente. No tiene por qué haber conflicto entre ambas corrientes, aceptando —como lo hacemos actualmente— que el poder del Estado es un medio para alcanzar nuestros objetivos, pero no el único, y en ningún caso un fin en sí mismo.¹⁰³

Giddens explica la «nueva relación» entre izquierda y derecha —izquierda entendida como socialdemocracia—, con dos argumentos. El primero lo toma de Norberto Bobbio,¹⁰⁴ quien afirma que, cuando la competencia entre la izquierda y la derecha está equilibrada, ninguna está interesada en cuestionar la diferencia existente entre ellas, pero cuando una de las dos da la impresión de ser «la única plausible», ambos bandos, cada uno por sus propias razones, cuestiona esta diferencia: el bando dominante afirma que «no hay alternativa» a su política, mientras el bando debilitado trata de hacer una «síntesis de las ideas opositoras con la intención, en la práctica, de salvar lo que pueda de las posiciones propias tomando prestado de las posiciones opositoras y, de esa manera, neutralizándolas».¹⁰⁵

La derecha política —afirma Giddens— se vistió con ropas nuevas, por ejemplo, en el periodo posterior a la II Guerra Mundial, con posterioridad a la muerte del fascismo. Para sobrevivir, los partidos de derecha tuvieron que adoptar algunos de los valores de la izquierda, y aceptar el esquema básico del Estado de bienestar. Desde principios de los ochenta, las cosas se han invertido, por la ascendencia ideológica del neoliberalismo y el colapso del comunismo. El planteamiento de que Tony Blair ha hecho suyos la mayoría de los puntos de vista del thatcherismo y los ha reciclado en algo nuevo es fácilmente comprensible desde este punto de vista. (*Sic!*).¹⁰⁶

Tras apelar a Bobbio para apuntar las razones por las que «Blair ha hecho suyos la mayoría de los puntos de vista del thatcherismo», Giddens cuestiona incluso la validez de la tesis del italiano en cuanto a que pueda haber nuevos «distanciamientos» y «acercamientos» coyunturales entre la «derecha» y la «izquierda», debido a que cambia el contenido y la magnitud de las diferencias entre una y otra. Por una parte, la identidad y la agenda de la «socialdemocracia de viejo estilo» son obsoletas porque «nadie tiene ya alternativas al capitalismo» y «los temas que siguen vigentes son los relativos a cuán lejos, y por qué vías, el capitalismo puede ser gobernado y regulado» y, por otra, surgen «las cuestiones ecológicas, pero también temas que tienen que ver con la naturaleza cambiante de la familia, el trabajo y la identidad cultural y personal» que no encajan en la diferenciación entre izquierda y derecha: «la distinción izquierda/derecha sobrevive, pero una interrogante fundamental de la socialdemocracia es si la división cubre tanto campo político como lo hacía antes». ¹⁰⁷

El ex Primer Ministro británico abogaba por sustituir el concepto de «Estado de bienestar» por el de «Sociedad de bienestar», lo que implica que no sea el Estado quien asuma las funciones de asistencia y desarrollo social, sino crear con tal propósito una rela-

ción de asociación entre el Estado, la empresa privada y organizaciones voluntarias. En este contexto, la redistribución cambia de la redistribución de riqueza a la redistribución de posibilidades de participar en su producción y apropiación mediante la educación y el derecho al trabajo. Por otra parte, define a la igualdad como inclusión y a la desigualdad como exclusión. Este último concepto lo desdobra en exclusión involuntaria —la que sufren los estratos bajos de la sociedad— y la exclusión voluntaria —la protagonizada por las élites «aisladas» en instituciones y barrios exclusivos.

En las nuevas condiciones, Blair considera necesario encontrar respuestas a los problemas planteados por la incorporación de la mujer a la economía y la sociedad, el deterioro del medio ambiente causado por el desarrollo industrial, la amenaza a la identidad cultural de los pueblos por la unilateralidad de la llamada revolución comunicacional, la pobreza de capacidad —entendida como insuficiente educación, capacitación profesional y desarrollo de capital humano— y la demanda de solidaridad internacional derivada de la brecha entre países ricos y pobres.

Aunque el corrimiento hacia la derecha de las posiciones terceristas que la socialdemocracia mantuvo durante la posguerra constituye un proceso general en el que participan todos los partidos laboristas, socialdemócratas y socialistas europeos, la manera explícita en que la Tercera Vía reconoce su convergencia con el neoliberalismo, provoca un distanciamiento retórico entre el laborismo británico, históricamente ubicado a la derecha del movimiento obrero y socialista europeo, y el resto de los partidos socialdemócratas y socialistas del viejo continente.¹⁰⁸

A diferencia de la Tercera Vía, la Comisión Progreso Global sí pretendió ser una alternativa al neoliberalismo, aunque tomando distancia del «Estado de bienestar». Esta comisión, dirigida por el ex presidente del gobierno español, Felipe González, fue creada por la Internacional Socialista, en 1996, con el propósito de «elabo-

rar una nueva plataforma de ideas para renovar el pensamiento socialdemócrata ante los nuevos desafíos de la globalización, la nueva frontera del siglo XXI». ¹⁰⁹

Con la participación de dirigentes de los partidos de la IS, de sus organizaciones femenina y juvenil, y de profesionales e intelectuales de diversas disciplinas, Progreso Global debatió siete temas que consideró determinantes en el advenimiento de la «nueva era»: la globalización; los movimientos internacionales de capital; la revolución tecnológica; las políticas macroeconómicas sanas; la reforma del Estado y de su papel; el sistema financiero internacional, y la gobernabilidad internacional, a los que sumaron los llamados problemas de nuestro tiempo: la incorporación de la mujer, el medio ambiente, la identidad cultural, la pobreza de capacidad y la solidaridad internacional. ¹¹⁰

Como un actor teatral que repite su libreto en cada presentación, en todos los seminarios realizados por Progreso Global, González expuso, una y otra vez, las ideas que le interesaba presentar como resultado de sus deliberaciones, que así se pueden sintetizar. La globalización es un proceso de origen reciente que fortalece la interdependencia entre las naciones. Aunque este proceso beneficia más a unas naciones que a otras, en sentido general, la mayor interdependencia reduce la explotación. Una de las características de la globalización es el incremento de los movimientos de capital, que castigan a las naciones que interfieren con la obtención de ganancias —entiéndase, las que regulan el funcionamiento de la economía y cobran impuestos al capital para financiar programas sociales. Paralelamente, la revolución tecnológica destruye las grandes fábricas y las cadenas productivas de antaño, en las cuales se basaba la solidaridad social, la organización sindical y la acción política de la clase obrera que alcanzaron el apogeo en el «Estado de bienestar». En las nuevas condiciones, hay que mantener políticas macroeconómicas sanas, es decir, mantener el

equilibrio entre la captación fiscal (mermada por la inconveniencia de gravar al capital) y los gastos sociales, por lo que se impone una reforma del Estado, que está atenazado por un proceso de «supranacionalidad» y otro de «intranacionalidad», el primero derivado de la pérdida de soberanía, independencia y capacidad de autodeterminación como resultado de la globalización, y el segundo por presiones regionales y locales a favor de la descentralización.

Según González, la situación del mundo se complica debido a que la libertad e intensidad de los flujos de capitales convierte a las naciones en más vulnerables ante las crisis financieras, por lo que sería apropiado reestructurar el sistema financiero internacional con vistas a crear algún mecanismo de previsión y alerta temprana del estallido de esas crisis. También aboga por una gobernabilidad global, basada en el derecho de injerencia (como el de «injerencia humanitaria»), pero con salvaguardas para que sea ejercida solo con fines «nobles» y «humanitarios».

Como puede apreciarse, mucho más que la Tercera Vía, Progreso Global es un ejercicio para cumplir, en las actuales condiciones, lo que Lenin identifica como el papel histórico de la socialdemocracia: tratar de compatibilizar los intereses del capital con los del trabajo. Como esos intereses son incompatibles, en toda situación de antagonismo entre las clases, la socialdemocracia se pliega al capital. Eso es lo que hace Progreso Global, por una parte, con su apelación al «realismo» ante lo que llama fuerzas económicas «incontrolables» que reducen la capacidad de acción del Estado nación; por la otra, mediante la promesa incumplible de preservar parte de esos programas sin oponerse a la concentración transnacional de la propiedad y la producción.

En lugar de la plataforma de análisis sobre los problemas mundiales y de pautas de acción política para enfrentarlos prometida por González, lo que hace Progreso Global es pronunciar las palabras fúnebres de un entierro que ya había ocurrido, en el que los

partidos socialdemócratas, desde el gobierno o la oposición, fueron activos participantes: el entierro del «Estado de bienestar». La socialdemocracia, que renuncia a la transformación social en la posguerra para administrar ese proyecto burgués, y que asume su desmontaje cuando dejó de ser una necesidad de la guerra fría y un esquema funcional a la reproducción del capital, justifica su convergencia con el neoliberalismo con frases sobre la necesidad de compatibilizar los intereses sociales con los individuales, algo que nadie discute, pero con el añadido de que el capitalismo actual crea las condiciones materiales y espirituales para lograrlo, como si la concentración de la riqueza y la masificación de la pobreza no fueran obstáculos para ello.

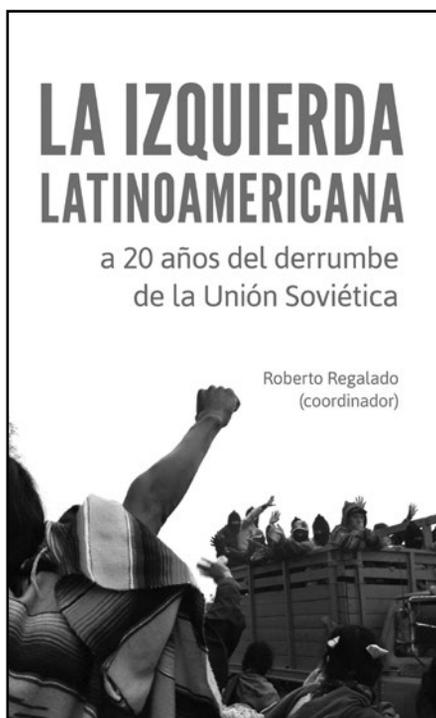
La Tercera Vía y la Comisión Progreso Global tienen en común el objetivo de legitimar una política destinada a neutralizar la lucha social y política contra el proceso de concentración transnacional de la riqueza y el poder. Hay entre ellas dos diferencias. La primera concierne a sus respectivas pretensiones. Pese a sus frases sobre «la socialdemocracia de viejo estilo» y otras con las que dice estar abriendo una «nueva era», ni Blair ni Giddens hacen esfuerzo alguno por esconder que la Tercera Vía fue una plataforma electoral concebida *solo* para Gran Bretaña, mientras que la Comisión Progreso Global proyecta la imagen de ser un esfuerzo de elaboración teórica y política de alcances universales. La otra diferencia consiste en que la Tercera Vía reconoce que incorpora elementos de la doctrina neoliberal, mientras que la Comisión Progreso Global pretende no tener puntos de contacto con ella.

No obstante las diferencias existentes entre ambos, el procedimiento que utilizan Blair y González para «reubicarse» en el espectro político es el mismo: enfatizan el carácter extremo del neoliberalismo; explican que los neoliberales tienen razón al hablar de condiciones que obligan a revertir la redistribución de riqueza y la asimilación de demandas sociales, y defienden una posición «inter-

media» de apoyo a tales reducciones, a cambio de que no sean tan drásticas y aceleradas. Esta política, que satisface los intereses del capital con un menor costo social, permite a la socialdemocracia moverse a la derecha en términos absolutos y mantenerse «a la izquierda» en términos relativos. En esencia, la función de la socialdemocracia es compatibilizar los intereses del capital con los del trabajo. ¿Qué hace la socialdemocracia cuando la involución del sistema de producción capitalista ya no permite esta compatibilización? Defiende los intereses del capital y sacrifica los del trabajo. Esa es la concepción que inocular en la izquierda latinoamericana, con un efecto pernicioso en algunos sectores.

Nótese que este «neoliberalismo reciclado» impacta en la izquierda latinoamericana entre mediados de la década de 1990 e inicio de la de 2000, en momentos en que se intensifica la llamada *búsqueda de alternativas*, y en vísperas de sus primeros triunfos en elecciones presidenciales, que comienza con el de Hugo Chávez (1998) y prosiguen con el de Lula (2002). Hace ya mucho tiempo que no se oye hablar de la Tercera Vía ni de Progreso Global. También hace mucho que Blair, Giddens y González desaparecieron de la vida política activa, pero el neoliberalismo reciclado que ellos promovieron desempeñó un papel fundamental en la construcción de la matriz ideológica que aún impera en gran parte de las fuerzas de izquierda y progresistas que hoy gobiernan en América Latina.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA A 20 AÑOS DEL DERRUMBE DE LA UNIÓN SOVIÉTICA

Roberto Regalado (coordinador)

¿Cómo afectó el colapso de la URSS a la izquierda latinoamericana? ¿Cuánto cambió esa izquierda en estas dos décadas? ¿En qué situación se encuentra hoy? ¿Cuáles son sus perspectivas? Ocean Sur convocó a 20 dirigentes políticos e intelectuales a reflexionar sobre estas interrogantes. Sus análisis, en unos casos convergentes y en otros divergentes, se reúnen en esta valiosa antología.

407 páginas, 2012, ISBN 978-1-921700-65-1

SEGUNDA PARTE
LA IZQUIERDA EN EL GOBIERNO:
¿ALTERNATIVA O RECICLAJE?

Las luchas populares en América Latina en las primeras cinco décadas del siglo XX

Entre las últimas dos décadas del siglo XIX y las primeras dos décadas del XX, se desarrolla un proceso de empalme entre los idearios emancipatorios surgidos en América Latina durante los siglos XVIII y XIX, y los idearios anarquistas y socialistas introducidos en la región por obreros inmigrantes europeos. El nacionalismo, el antiimperialismo y el nacionalismo revolucionario eran las principales corrientes político-filosóficas autóctonas opuestas al liberalismo y el conservadurismo tradicionales que se disputaban el ejercicio del gobierno, en algunos casos por medios legales y en otros mediante el uso de la fuerza.

El nacionalismo latinoamericano es un producto de la formación de la conciencia nacional americana, surgida en el transcurso del siglo XVIII —como producto de la creciente demarcación de las diferencias económicas, sociales y culturales entre las colonias y las metrópolis— y consolidada en las luchas y los procesos que concluyen con la independencia de Hispanoamérica y Brasil. Su ideal es construir la nación y organizar la participación política en torno a un eje articulador de las clases sociales participantes en un proyecto de desarrollo económico, político y social, el cual se suponía que eventualmente alcanzara niveles análogos a los de Europa. Con otras palabras, la ideología nacionalista no solo promueve la unidad de la nación sobre la base de una identidad cultural, sino también mediante la promoción de fines compartidos por todos los integrantes de una estructura social heterogénea. Aunque su pro-

yecto se propone aglutinar y beneficiar a todos los sectores sociales que participan de la alianza, ello no presupone alterar las diferencias jerárquicas existentes. Por tal motivo, abraza el concepto de conciliación de clases y rechaza que existan contradicciones antagónicas entre ellas.

Con el surgimiento del imperialismo, en las postrimerías del siglo XIX la penetración monopolista se suma a las contradicciones provocadas por el carácter clasista y el estadio precapitalista de las repúblicas latinoamericanas. Surge entonces el antiimperialismo, corriente de pensamiento que combate la acción expoliadora de los monopolios extranjeros y la dominación política de las potencias imperialistas, al mismo tiempo que reivindica el desarrollo de las culturas latinoamericanas sobre la base de la herencia prehispánica. Frente al avance de la penetración foránea en las zonas mineras o agrícolas vinculadas a la acumulación capitalista de las metrópolis, el antiimperialismo aglutina a amplios movimientos populares de defensa de la soberanía, la independencia y el patrimonio nacional.

El precursor del pensamiento antiimperialista latinoamericano es José Martí, quien no solo lucha por la independencia de Cuba para liberarla de su estatus colonial, sino también para evitar que el imperialismo norteamericano se apoderara de ella y la utilizara de trampolín hacia el resto de América Latina. Este es un elemento clave en las bases del Partido Revolucionario Cubano, fundado por Martí en 1892 con el objetivo de dirigir la II Guerra de independencia de Cuba y ayudar a la de Puerto Rico. Tan importantes como la independencia, soberanía y autodeterminación nacional, son para Martí la ética, la igualdad y el desarrollo social, educativo y cultural del ser humano.

De la fusión del nacionalismo y el antiimperialismo surge a principios del siglo XX una tercera corriente, el nacionalismo revolucionario. A pesar de que en una etapa posterior de su vida termina por plegarse a los intereses del imperialismo, en sus primeros

años de producción teórica y acción política, una de las figuras más destacadas del nacionalismo revolucionario es Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú, 1895-1979). La recuperación de las riquezas del subsuelo, la educación universal y la inversión pública son los pilares de esta corriente antiimperialista y antioligárquica, que concibe al Estado como eje de un proyecto nacional de conciliación de las reivindicaciones de las mayorías nacionales — con énfasis en la población indígena— y de fomento del mercado interno como locomotora del desarrollo económico y político de la burguesía nacional. Aunque la Revolución Mexicana de 1910-1917 no cuenta durante sus primeras fases con una ideología definida, este proceso llega a convertirse en exponente cimero del nacionalismo revolucionario, cuyos componentes son el agrarismo, la subordinación del sindicalismo al Estado y el desarrollo de un gran proyecto nacional de educación, bajo la dirección de José Vasconcelos.

A manera de síntesis de la tendencia principal del ideario emancipador en América Latina, Armando Hart define:

La tradición de nuestras patrias se corresponde con la aspiración de una cultura de emancipación y de integración multinacional que el libertador Simón Bolívar caracterizó como nuestro pequeño género humano, y José Martí llamó república moral de América. La tendencia fundamental de esa cultura era antiimperialista y sus raíces principales están en la población trabajadora y explotada.¹

Con la formación del proletariado y el nacimiento de los sindicatos, resultado de la modernización de la minería, de los avances de la agroindustria y de los primeros amagos de creación de una industria ligera orientada al mercado interno, comienza la interacción entre los idearios emancipadores autóctonos de América Latina y los que introducen en la región los obreros inmigrantes europeos de la época. Este proceso, que tuvo un carácter general, es decir,

por el que atravesó toda Latinoamérica, desarrolló, por supuesto, expresiones particulares en cada subregión y país, en dependencia de factores tales como: si la metrópoli imperialista dominante era Gran Bretaña o los Estados Unidos; el nivel de (sub)desarrollo de las fuerzas productivas; la estructura social, en particular de sus componentes clasistas y étnico-culturales; y el arraigo social de los idearios emancipadores autóctonos, en relación con la inserción lograda por las ideas anarquistas y socialistas.

El caso de Cuba, por ejemplo, tiene un sello distintivo debido a que sus guerras de independencia se desarrollan entre 1968 y 1895, es decir, empiezan 43 años y terminan 70 años después de concluido el proceso de independencia de la América Latina continental, período de formación de los monopolios y de nacimiento del imperialismo. A ello se añade que Cuba está situada a 90 millas de las costas de la única nación imperialista del continente, que practicaba contra ella la política de la fruta madura. No es casual que el merecido triunfo del ejército insurrecto cubano en su guerra de independencia fuese frustrado por la intervención militar de los Estados Unidos en la guerra con España, caracterizada por Lenin como la primera guerra imperialista, que desembocó en la ocupación militar y en la imposición a Cuba del estatus de seudorepública.

De la ya identificable ambición del imperialismo norteamericano de extender su dominación económica, política y militar a todo el continente, se deriva que la figura cimera de la lucha por la independencia de Cuba, José Martí, fuese el precursor del antiimperialismo latinoamericano, y que Carlos Baliño, fundador del Partido Revolucionario Cubano junto a Martí, fuese fundador, en 1925, del primer Partido Comunista de Cuba junto a Mella. La trayectoria de Baliño simboliza la continuidad y la relación indisoluble entre independentismo, antiimperialismo y socialismo existente en Cuba.

En la medida en que en otros países de América Latina las luchas por la independencia estuvieron disociadas de los ideales de igualdad y justicia, en la medida en que las élites liberales y conservadoras que asumieron el control de las repúblicas latinoamericanas sepultaron esos ideales, y en la medida en que los sectores sociales oprimidos en la etapa colonial siguieron siéndolo en la etapa republicana, son sus ideas y tradiciones de lucha las que empalman con las ideas y las tradiciones anarquistas y socialistas europeas.

En su estudio de las raíces y la trayectoria del pensamiento marxista en América Latina titulado *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, al analizar el arribo de las ideas emancipatorias europeas a su natal Argentina, Néstor Kohan explica:

No fue simplemente un «injerto» traído desde afuera como aventuraron los ideólogos de las clases dominantes. Se empalmó desde su inicio —aunque siempre con problemas— con tradiciones rebeldes y libertarias de las insurrecciones indígenas del siglo XVIII y las rebeliones gauchas del XIX, sedimentadas tanto en los mitos de la memoria popular como en los relatos de la historia, la literatura y el teatro argentinos.²

Entre las corrientes ideológicas europeas que se asientan en América Latina, Kohan menciona al anarquismo individualista, al anarquismo colectivista, al anarcosindicalismo, al socialismo evolucionista y al marxismo. Como ejemplo más destacado del asentamiento de este último, alude a la asociación *Vorwärts* (Adelante), fundada en Argentina, en 1882, por un grupo de obreros alemanes liderado por Germán Ave Lallemand, que actuaba de acuerdo con el programa del Partido Socialdemócrata Alemán. Sobre estos grupos, es decir, no solo en referencia a la asociación *Vorwärts*, Kohan explica:

Fue precisamente a ellos a quienes más les costó empalmar con esos ideales revolucionarios con las innegables tradiciones

previas de lucha y rebelión populares [...]. No habría habido, supuestamente, nada previo. Por lo tanto, según este relato que hicieron suyo [...], había que «aplicar» —empleamos este término adrede porque hizo escuela— el pensamiento emancipador de origen europeo a la formación social argentina y latinoamericana en lugar de intentar asumirlo como propio desde estas realidades.³

Michel Löwy opina que uno de los descubrimientos más interesantes de Néstor Kohan es el hilo rojo que va desde el marxismo «arielista» latinoamericano de los años veinte —Mella, Mariátegui, Farabundo Martí— hasta el nuevo marxismo revolucionario de los años sesenta, del Che Guevara y Roberto Santucho.⁴

La tesis que desarrolla Kohan en *De Ingenieros al Che...*, es que la corriente filosófica y política autóctona más avanzada y sólida de América Latina desde las postrimerías del siglo XIX es el antiimperialismo. Es con ella con la que ha de empalmar el pensamiento filosófico y político, primero marxista, y luego, marxista y leninista. Tras un dificultoso proceso de acople, la fecunda síntesis entre el antiimperialismo y el marxismo se logra en la década de 1920, y sus precursores son figuras formadas en el ideario antiimperialista que ensanchan su horizonte asumiendo el marxismo: José Carlos Mariátegui, Julio Antonio Mella y Farabundo Martí.

El pensamiento filosófico-político de Mariátegui⁵ y Mella,⁶ y la lucha de ellos dos y la de Farabundo Martí,⁷ marchan a contracorriente, primero, de la política de enfrenamiento clase contra clase que la III Internacional orienta a los partidos comunistas del mundo cuando aún esperaba que la Revolución Rusa fuese el preámbulo de una revolución mundial que era preciso desatar y, luego, de la política de construcción de frentes amplios «desde abajo», proclamada cuando el fracaso de la Revolución Alemana de 1921 lleva a la Internacional a proponerse acumular fuerzas para un nuevo asalto al poder a escala mundial, que en aquel momento consideraba dife-

rido. En América Latina, la primera de esas políticas implica un enfrentamiento frontal con el antiimperialismo, considerado por la Internacional Comunista como una corriente pequeño burguesa, y la segunda implica un enfrentamiento indirecto, pero no menor, con las propias fuerzas antiimperialistas porque estaba dirigido a penetrar sus bases sociales y despojarlas de ellas.

La muerte de Mariátegui, Mella y Farabundo ocurre poco después del momento en que Stalin afianza su control sobre la III Internacional (1928),⁸ lo que le da un nuevo giro al contenido de la política de frentes amplios, que en lo adelante serían frentes amplios antifascistas, es decir, frentes amplios «desde arriba» con las fuerzas de la burguesía y de la pequeña burguesía antifascista, y también con las fuerzas antiimperialistas que primero había combatido y a las que luego había intentado despojar de sus bases. Según Kohan, con la muerte de esos tres dirigentes revolucionarios desaparece el contrapeso que ellos le hacían al estalinismo en el movimiento comunista latinoamericano, el único movimiento de matriz revolucionaria en la región hasta que el triunfo de la Revolución Cubana proyecta el ideario de Fidel y el Che, quienes retoman, actualizan, adecuan y desarrollan el ideario antiimperialista, marxista y leninista de Mariátegui, Mella y Farabundo.

La política de frentes amplios antifascistas sufrió duros golpes con el vaivén provocado, primero, por la firma en 1939 del pacto de no agresión entre la URSS y Alemania —un giro de 180 grados de la política soviética, antagónico con lo que le había estado exigiendo a los partidos comunista—, y luego, por la agresión alemana a la URSS, que obligó a la III Internacional a retornar a su postura anterior. No obstante, tuvo algunos, aunque escasos, resultados antes de la II Guerra Mundial y durante su desarrollo, momento en que alcanzó su máxima expresión gracias a la alianza militar establecida por los Estados Unidos, Gran Bretaña y la URSS contra el Eje nazi-fascista. Entre esos resultados se des-

taca la elección del gobierno de coalición de los partidos radical, socialista y comunista de Chile encabezado por el presidente (radical) Pedro Aguirre (1938-1942), el respaldo del Partido Guatemalteco del Trabajo a los gobiernos de Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Arbenz (1951-1954), y el apoyo del Partido Unión Revolucionaria Comunista de Cuba (que en 1944 cambia su nombre por el de Partido Socialista Popular) a la elección presidencial de Fulgencio Batista en 1940, que le permite aumentar su representación política institucional y su liderazgo en el movimiento sindical. Sin embargo, tras la derrota del fascismo y el estallido de la guerra fría, los partidos comunistas se mantuvieron apegados a la política de frentes amplios pese a que fueron desplazados de los limitados espacios políticos y sindicales que habían ocupado en la etapa anterior, y a que la «cacería de brujas» desatada contra ellos fue pretexto para entronizar en el poder a dictaduras militares y gobiernos civiles dóciles al imperialismo norteamericano. Salvo casos excepcionales, como los de Chile y Uruguay, donde hasta 1973 funcionó una democracia burguesa inspirada en referentes europeos occidentales, en medio de la guerra fría la política de frentes amplios era impracticable.

De modo que las principales corrientes ideológicas que coexisten en la izquierda latinoamericana, en muchos casos con límites difusos en los sectores en los que ejercen influencia son el nacionalismo, el antiimperialismo, el nacionalismo revolucionario, el socialismo y el comunismo, todas en oposición al liberalismo y el conservadurismo tradicionales, en el momento en que la Gran Depresión provoca la crisis económica, social y política que abre la década de las revoluciones frustradas (1929-1939), término alusivo a la sublevación de campesinos salvadoreños dirigida por Agustín Farabundo Martí y el Partido Comunista Salvadoreño (1932), la efímera república socialista, implantada en Chile por el coronel Marmaduke Grove (1932); la revolución que derroca en Cuba

al presidente Gerardo Machado (1933); la gesta en Nicaragua del «Pequeño Ejército Loco», que concluyó con el asesinato del general Augusto C. Sandino (1934) y la lucha por la independencia de Puerto Rico liderada por Pedro Albizu Campos, quien fundó el Partido Nacionalista en 1922.⁹

En cuanto a las corrientes orientadas a la reforma social progresista, a diferencia de Europa Occidental, donde en algunos países, en ciertos períodos, hubo condiciones favorables para seguir esa estrategia, en América Latina fue mucho más débil y desnaturalizada. Es cierto que en algunas de las naciones donde avanzó la acumulación desarrollista de capitales, cuyo auge se registra entre 1929 y 1955, se aplicaron ciertas políticas de reforma favorables al proletariado organizado y la clase media urbana, como las del *cardenismo* en México (1934-1940) y el *peronismo* en Argentina (1946-1955),¹⁰ pero, a mediano y largo plazo, lo que predominó fue el *clientelismo*, es decir, la promoción por las burguesías nacionales de sindicatos y organizaciones sociales «amarillas», que recibían privilegios a cambio de dividir a la clase obrera y otros sectores populares. En cualquier caso, vale apuntar que en ningún país latinoamericano existía un desarrollo económico y social que permitiera la formación de un movimiento como la socialdemocracia europea. En virtud de la yuxtaposición del nacionalismo, el antiimperialismo y el nacionalismo revolucionario, y de la manipulación que hacen de ellos las burguesías nacional-desarrollistas, las alianzas sociales y políticas del período anterior a la Revolución Cubana se basan en el *populismo*.

Históricamente —explica Claudio Katz—, el populismo aludió a distintas formas de intervención informal de las masas. Este sentido presentaba a fines del siglo XIX entre los *narodniki* rusos y los movimientos rurales estadounidenses. Era considerado como una forma de acción popular orientada a lograr objetivos progresistas. En América Latina, los exponentes clásicos

(Cárdenas, Vargas o Perón) y los representantes tardíos (Echevarría, segundo Perón) de esta corriente auspiciaron distintas formas de presencia popular poco institucionalizada, indujeron la incorporación de sectores excluidos de la actividad política, a través de mecanismos más afines a la movilización controlada desde el Estado, que al voto pasivo de los ciudadanos.

Este carácter parainstitucional constituye el rasgo principal del populismo, que desenvuelve instancias inorgánicas de asimilación de los sectores marginados por los mecanismos republicanos. El populismo presenta una gran variedad de símbolos, liderazgos o estilos y puede adoptar distinto tipo de ideologías, discursos o contenidos.¹¹

Esto significa que las políticas de redistribución social de riqueza eran de naturaleza clientelista porque otorgaban privilegios a cambio del apoyo a uno u otro partido burgués.

La etapa histórica abierta por el triunfo de la Revolución Cubana

A partir del triunfo de la Revolución Cubana, se puede hablar, con toda propiedad, de dos etapas de la historia de América Latina, cada una con sus características singulares. La primera empieza con la victoria del Ejército Rebelde, en 1959, y termina con la caída del Muro de Berlín y el derrumbe de la URSS, entre 1989 y 1991. Esa etapa se caracteriza por la ofensiva del imperialismo norteamericano destinada a destruir al primer Estado socialista del continente, y por el enfrentamiento entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución en el área, cuyas máximas expresiones fueron el flujo y reflujo de la lucha armada, y la represión desatada por las dictaduras militares de «seguridad nacional», que actuaron como punta de lanza del imperialismo y las élites criollas. La segunda etapa abarca desde 1989-1991 hasta el presente. En ella se destacan el recrudecimiento de la hostilidad, el bloqueo y el aislamiento del imperialismo norteamericano contra Cuba, y el predominio de la organización, movilización y lucha social contra el neoliberalismo, y de la competencia electoral de la izquierda dentro de la democracia burguesa, que impera por primera vez en toda la región, excepto en Cuba.

En su alegato de autodefensa en el juicio por el Asalto al Cuartel Moncada, pronunciado en octubre de 1953 e inmortalizado con el nombre *La historia me absolverá*, Fidel Castro sienta las bases de lo

que años más tarde sería la proyección continental de la Revolución Cubana, al afirmar que:

[...] la política cubana en América sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente y que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan. *Cuba debía ser baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo.*¹²

La colosal transformación de una república neocolonial, ubicada a solo 90 millas de la principal potencia imperialista del mundo, en el primer país socialista del continente americano, tenía que reflejarse en una también colosal transformación de su política exterior. Con palabras del jurista Miguel D'Estéfano:

La Revolución, y con ella nuestra política exterior, ha roto totalmente las contradicciones que matizaron la Cuba colonial primero y la república dependiente después: 1) las relaciones excluyentes con otros países, y 2) las relaciones contradictorias en sí mismas, primero con España y luego con los Estados Unidos.

Durante cuatro siglos las relaciones de Cuba con España se desarrollaron sobre la base de la exclusión con otros países y, durante sesenta años, nuestra dependencia de los Estados Unidos se estableció sobre la base de que ese país asumiera la casi totalidad del comercio de exportación e importación cubano, eliminando prácticamente la relación comercial con los demás países.¹³

Por una ironía del destino, después de haber utilizado, sin base real alguna, durante más de una docena de años, a la «amenaza del comunismo» como pretexto para imponer dictaduras militares y gobiernos civiles autoritarios dóciles a su dominación, incluida

la penetración económica y la injerencia política, el triunfo de la Revolución Cubana hizo que las peores pesadillas de guerra fría del imperialismo norteamericano se convirtieran en realidad. Por una parte, fue un poderoso estímulo a las luchas populares en América Latina. Por otra, en auxilio de la joven revolución acudió la URSS, que por primera vez encontraba un aliado en el continente americano.

El burdo prisma de la guerra fría llevaba al imperialismo norteamericano, en parte por propaganda, pero también por su incapacidad de percibir las diferencias, a calificar a Cuba de «títere» y «punta de lanza» de la «penetración soviética» en el continente, cuando, en realidad, el triunfo del Ejército Rebelde sobre la tiranía de Batista impactó en los sectores populares latinoamericanos porque emergió como una alternativa victoriosa a la estrategia de la izquierda tradicional, integrada por los partidos comunistas y algunos partidos socialistas, que quedó atrapada en la política de frentes amplios adoptada por la III Internacional para combatir al fascismo.

El enfrentamiento entre Cuba y los Estados Unidos es multifacético y se desarrolla en dos planos interrelacionados: en el plano bilateral, debido a la relación antagónica, entre la política que intenta imponer a Cuba una subordinación «plattista»¹⁴ y la decisión del pueblo cubano de defender su independencia, soberanía y autodeterminación, y de construir la sociedad socialista que les es consustancial; y, en el plano ideológico, político y diplomático general, como expresión del antagonismo entre la principal potencia imperialista y un país socialista del Sur, caracterizado por su lucha contra toda forma de dominación y opresión.

Consecuente con su origen, en medio de la euforia provocada por su propia victoria militar y convencidos de que todos los pueblos latinoamericanos necesitaban liberarse de la opresión y explotación del imperialismo norteamericano y las oligarquías criollas,

desde el momento mismo del triunfo de la Revolución Cubana sus bisoños gobernantes desarrollaron una política internacionalista y solidaria, en particular, con las luchas revolucionarias en América Latina y con las luchas anticolonialistas en Asia y África. Se inicia así una práctica internacionalista sistemática que abarca tanto en el terreno militar como en la colaboración civil.

En la América Latina de la década de 1960, en un contexto internacional caracterizado por la paridad nuclear entre los Estados Unidos y la URSS, la efervescencia de los movimientos de protesta en los Estados Unidos y Europa Occidental, y el auge de la lucha anticolonialista en África y Asia, Fidel Castro¹⁵ y Ernesto Guevara,¹⁶ herederos de Martí, Mariátegui, Mella, Farabundo y otros pensadores revolucionarios latinoamericanos, lideran la lucha por la fecunda integración del antiimperialismo, el marxismo y el leninismo. Su concepción de la unidad de las fuerzas revolucionarias, del desarrollo de la lucha armada para conquistar el poder y de la construcción del socialismo, es la predominante en la izquierda de la región, aunque no la única, hasta que el cambio en la correlación mundial de fuerzas provocado por la crisis terminal de la URSS impone la necesidad de un replanteamiento estratégico y táctico.

La I y II Declaraciones de La Habana y la Declaración de Santiago de Cuba, reflejan la esencia del ideario de la política exterior de la Revolución Cubana, imbuida de una sólida concepción latinoamericanista y tercermundista.¹⁷

¿Qué es la historia de Cuba —plantea la II Declaración de La Habana— sino la historia de América Latina? ¿Y qué es la historia de América Latina sino la historia de Asia, África y Oceanía? ¿Y qué es la historia de todos estos pueblos sino la historia de la explotación más despiadada y cruel del imperialismo en el mundo entero?

Aún retumba la voz del comandante Che Guevara en el salón de la Asamblea General de la ONU, desde que concluyó su alocución en el XIX período de sesiones de ese órgano, con una cita de ese documento, cuyas líneas finales fueron:

Porque esta gran humanidad ha dicho: «¡Basta!» y ha echado andar. Y su marcha de gigantes, ya no se detendrá hasta conquistar la verdadera independencia, por la que ya han muerto más de una vez inútilmente. Ahora en todo caso, los que mueran, morirán como los de Cuba, los de Playa Girón, morirán por su única, verdadera e irrenunciable independencia.

Las Declaraciones de La Habana y Santiago de Cuba, los discursos en tribunas nacionales e internacionales y las obras de los principales líderes de la Revolución Cubana, entre los que resaltan los de Fidel y el Che, junto a eventos históricos como la Conferencia Tricontinental¹⁸ y la Conferencia de Solidaridad con los Pueblos de América Latina,¹⁹ realizan aportes trascendentales a la adecuación, actualización y desarrollo de la teoría y la praxis de la revolución social en las condiciones imperantes en la década de 1960 en el entonces denominado Tercer Mundo. Símbolo por excelencia de ese pensamiento es el Mensaje del Che a la Conferencia Tricontinental, publicado en abril de 1967 con el título *Crear, dos, tres, muchos Viet Nam*.²⁰

Es evidente que la conjunción de la teoría con la práctica en el caso de Che —explica María del Carmen Ariet— adquiere una dimensión mayor cuando rebasa la historia por los caminos de la revolución y se puede valorar la profundidad de su obra, en la que se encuentran aportes de incuestionable validez. Su etapa de mayor profundización conceptual se caracteriza por un enfoque marxista de los procesos y fenómenos políticos como unidad integral, al interrelacionar como insolubles el desarrollo

económico con lo social e ideológico y donde el individuo se convierte en el eje central de todo ese desarrollo.²¹

El concepto de internacionalismo revolucionario es uno de los aportes más connotados de su pensamiento filosófico-político. Con palabras de Néstor Kohan:

El pensamiento disruptivo de Guevara se inserta [...] en el cruce de esta doble tradición. Por un lado, la latinoamericanista y humanista de Ingenieros, Mariátegui, Mella, Roca y Ponce; por el otro, la vertiente historicista y humanista del marxismo occidental europeo. Ambas inclasificables dentro del rígido y cerrado perímetro de la sistematización materialista dialéctica.²²

Desde el triunfo de la Revolución Cubana, hasta su salida del país, tras la cual cumplió misiones internacionalistas en El Congo y Bolivia, el Che se consagra a dos tareas: dar los primeros pasos en la construcción del socialismo en Cuba; y, desarrollar una concepción estratégica y táctica de la revolución socialista acorde a las condiciones del mundo subdesarrollado y, en especial, de la América Latina de la década de 1960.

Che evaluaba que en América Latina existían las condiciones objetivas para emprender la revolución, cuyo carácter tenía que ser socialista para ser una revolución verdadera. La guerra de guerrillas no constituía para él la única forma de lucha, pero sí la más conocida y efectiva en su momento porque la acción de la vanguardia armada revolucionaria contribuiría, de modo decisivo, a crear las condiciones subjetivas donde no existieran. No obstante, insistía en que los pueblos solo emprenden la revolución social cuando se convencen de que las vías legales para la satisfacción de sus intereses y necesidades están totalmente cerradas. El objetivo de las fuerzas revolucionarias es aniquilar al enemigo mediante la lucha armada con la finalidad de conquistar el poder, y ello presu-

pone que la guerrilla ascienda los peldaños que le permitan obtener crecientes resultados militares, mejorar su composición social y profundizar su desarrollo político, hasta convertirse en la impulsora del movimiento generador de conciencia revolucionaria de las masas. No es la guerrilla la que hace la revolución, sino la acción directa y decisiva del pueblo que ella genera.

La etapa de luchas populares abierta por la Revolución Cubana se caracteriza por tres elementos interrelacionados. El principal es el auge de las formas violentas de lucha popular (rural y urbana), que en algunos casos tiene como meta la revolución socialista y en otros solo la reforma progresista del capitalismo, esto último, en los países donde la dictadura impedía la realización de esa reforma por la vía pacífica. En las condiciones imperantes, era lógico que en la conciencia social predominara la asociación entre: 1) los conceptos de revolución y socialismo como objetivo estratégico, y de lucha armada como táctica conducente a alcanzarlos; y, 2) el concepto de reforma del capitalismo como objetivo estratégico y la lucha electoral como la táctica correspondiente. Aunque en la inmensa mayoría de los casos ambas asociaciones entre objetivos y tácticas eran acertadas, hubo excepciones, tanto de fuerzas no socialistas, simplemente antidictatoriales, que se vieron compulsadas a empuñar las armas por la inexistencia de canales de lucha política legal, como también de fuerzas políticas revolucionarias que, por apego a la vieja línea de la desaparecida III Internacional, o por considerar que no estaban dadas las «condiciones subjetivas», o por otros motivos, discreparon de la lucha armada o se sumaron a ella después que otros movimientos. Los otros elementos característicos de esta etapa son la represión desatada por el imperialismo norteamericano y sus aliados en el subcontinente, que emplearon la violencia descarnada contra todas las fuerzas antidictatoriales, sin hacer distinción entre las que se planteaban y las que no se planteaban la revolución socialista como objetivo, ni entre quienes desarrollaban

y quienes no desarrollaban la lucha armada; y el enfrentamiento ideológico entre los movimientos político-militares, y los partidos de izquierda opuestos a ella, entremezclada con la polémica entre corrientes socialistas y no socialistas de la izquierda.

En cuanto a los procesos de lucha popular y progresista, es posible hacer tres agrupamientos: 1) el flujo y reflujo de la lucha armada; 2) el triunfo electoral de la Unidad Popular en Chile encabezada por el presidente Salvador Allende; y, 3) los gobiernos militares progresistas. Hablamos de flujo y reflujo de la lucha armada porque fue como una ola que, con variable intensidad y en distintos momentos, recorrió una y otra vez casi toda América Latina durante tres décadas. Hitos en este proceso fueron los años: 1) 1959-1960, cuando parten de Cuba expediciones para iniciar la guerra de guerrillas en las naciones gobernadas por las más sangrientas dictaduras, como la de Anastasio Somoza en Nicaragua y la de Rafael Leonidas Trujillo en República Dominicana; 2) 1966-1967, cuando el Che emprende en Bolivia la creación de una escuela de guerrilleros, con combatientes de varios países que luego extendieran esa forma de lucha por América del Sur; y, 3) 1979 y 1991, subetapa que abarca los triunfos de la insurrección del Movimiento de la Nueva Joya en Granada y la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua, ambas en 1979, junto con el auge de la lucha armada en El Salvador a partir de la unidad de las fuerzas revolucionarias en el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (1980), en Guatemala con el nacimiento de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (1982), y en Colombia, durante la fugaz existencia de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar (1987).

Si bien el golpe para la lucha armada que representó el aniquilamiento de la guerrilla del Che, no significó su extinción, inmediatamente después de ese revés pasan a primer plano el triunfo electoral de la Unidad Popular en Chile y los procesos de defensa

de la soberanía nacional y reforma social progresista liderados por militares como Juan Velasco Alvarado en Perú (1968), Omar Torrijos en Panamá (1968), Juan José Torres en Bolivia (1970) y Guillermo Rodríguez Lara en Ecuador (1972).

Por haber ocurrido la elección de Allende poco después del aniquilamiento de la guerrilla del Che en Bolivia y del fracaso de los intentos que realizaron sobrevivientes bolivianos por relanzar ese proyecto, en sectores de la izquierda se interpretó la victoria de la Unidad Popular como una validación de la lucha electoral en oposición a la lucha armada. No obstante, los golpes de Estado ocurridos en Uruguay (1973) y el propio Chile (1973) demostraron que, en las condiciones imperantes en ese momento, podría haber reveses en la lucha armada, pero que era imposible emprender un proceso de reforma progresista mediante la competencia electoral, ni siquiera en esos dos países, los únicos de América Latina en los que la democracia burguesa había funcionado de manera estable.

Para sofocar el auge de las luchas populares y afianzar su dominación en América Latina, el presidente Lyndon B. Johnson (1963-1969) proclama la doctrina que lleva su nombre, Doctrina Johnson, la cual establece que los Estados Unidos prefieren contar con aliados seguros a tener vecinos democráticos. Amparado en ella, el imperialismo norteamericano hizo una «moratoria» en el uso hipócrita de la «defensa de la democracia» con el que históricamente ha justificado sus injerencias e intervenciones en América Latina. En concreto, ejecutó una política con dos fases escalonadas: primero, implantó las dictaduras militares de «seguridad nacional»; y luego las sustituyó por democracias restringidas, combinación de elementos que abarca desde mediados de la década de 1960 hasta finales de la década de 1980. Atención especial merece la dictadura implantada en Chile en 1973 por Augusto Pinochet, porque tres años más tarde, en 1976, se convierte en el primer gobierno del mundo que ejecuta el proceso de reforma y reestructuración neoli-

beral. Su importancia radica en que en torno a ella se construyó el mito del milagro económico chileno destinado a propagar el virus del neoliberalismo por América Latina.

En la medida en que las dictaduras militares de «seguridad nacional» terminan de cumplir sus funciones en uno u otro país, y también en la medida en que crece el rechazo mundial a sus crímenes, a finales de la década de 1970 el imperialismo norteamericano empieza a promover, de manera gradual y casuística, el llamado proceso de democratización, consistente en establecer o restablecer, según el caso, la institucionalidad democrático burguesa. Este proceso se basó en la concertación de un pacto entre los gobernantes militares salientes y los sectores de los partidos políticos tradicionales que mejor encajaban en el esquema de recambio. El objetivo del pacto era sustituir a las dictaduras por democracias restringidas, mediante la celebración de elecciones «libres», con candidatos y partidos proscritos, no solo de izquierda, sino también de la «vieja guardia» desarrollista, y la imposición de limitaciones constitucionales y legales a los nuevos gobernantes civiles.

Los movimientos y procesos de orientación popular posteriores al triunfo de la Revolución Cubana, tanto los de naturaleza reformista como revolucionaria, fueron derrotados u obligados a aceptar soluciones negociadas que condujeron a su incorporación a la lucha política y electoral dentro de la institucionalidad democrática neoliberal. Entre los factores que inciden en que la teoría de la revolución de Fidel y el Che no tuviera el resultado que sus creadores esperaban, resalta, en primer lugar, la violencia contrarrevolucionaria y contrainsurgente desatada por el imperialismo, en sus dos vertientes, a saber, la empleada para bloquear, aislar y estigmatizar a Cuba, y la utilizada para descabezar, desarticular y aniquilar a los movimientos revolucionarios del resto de la región. Entre ambos elementos se estableció una interrelación de signo negativo.

La derrota de las luchas revolucionarias y los procesos de reforma social progresista posteriores a la Revolución Cubana, convirtieron a esta última en lo que el ya desaparecido líder revolucionario salvadoreño Schafik Hándal llamó una «revolución insertada»: insertada en un entorno hostil, dentro del cual, durante los primeros años, su subsistencia dependía de la ayuda de la URSS. El concepto de revolución insertada, que no quedó registrado en documento alguno —del cual tengamos conocimiento—, lo utilizó Schafik en un evento celebrado en el Palacio de las Convenciones de La Habana, a principios de los años noventa. Su idea era que las revoluciones cubana y nicaragüense fueron revoluciones insertadas y que ese era el paradigma de revolución por el que el FMLN había luchado, pero que la etapa en la cual ese tipo de procesos fue viable, se cerró con el derrumbe de la URSS.

La experiencia de la Revolución Cubana fue la que, con adecuaciones a sus características y condiciones propias, trataron de reeditar la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua y la Revolución del Movimiento de la Nueva Joya en Granada. Esa fue también la experiencia que inspiraba al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador, el movimiento político militar que se encontraba en el clímax de la lucha armada cuando el derrumbe de la URSS destruye el escenario de la revolución insertada al que había apostado, razón por la cual se vio obligado a readecuar su estrategia y su táctica al nuevo escenario mundial, lo que significó transformarse en partido político legal. No es casual que Schafik prestara tal atención y calificara con tanta agudeza el impacto de la debacle soviética en la lucha revolucionaria en América Latina, ya que la organización de cuya dirección él formaba parte fue, quizás, la que más la sufrió.

Cuba nunca pretendió ser una revolución insertada, sino la primera revolución socialista en América Latina, a la cual se esperaba que le siguieran los demás países de la región, pero esa expecta-

tiva no se cumplió. Por el contrario, la capacidad del imperialismo norteamericano de obstaculizar, elevar los costos materiales y humanos, y, sobre todo, retrasar por tiempo indefinido la cosecha de los frutos de la construcción del socialismo, se convirtió en un elemento de disuasión para las corrientes de la izquierda que en un inicio se plantearon recrear su experiencia.

En esencia, el paradigma de la Revolución Cubana no fue abrazado por toda la izquierda latinoamericana, pues a raíz de su triunfo hubo una intensa lucha política e ideológica sobre objetivos y tácticas, pero, sin dudas, ese paradigma es el que acuña el sello de época. Contra él, descargó el imperialismo norteamericano toda su fuerza y su furia, por una parte, para destruir el proceso revolucionario cubano, y por otra, para evitar que se produjeran experiencias similares. En el primero de estos objetivos, el imperialismo fracasó, pero en el otro tuvo éxito.

Un segundo factor que influye en los fracasos o derrotas de los movimientos político militares que brotaron en América Latina a raíz del triunfo de la Revolución Cubana son las debilidades, errores e insuficiencias de las fuerzas revolucionarias, entre ellas, las pugnas intestinas que impidieron su unidad, un principio elemental en la teoría de la revolución de Fidel y el Che. Escapa a los objetivos de este ensayo incursionar en los debates ocurridos en esta etapa entre las corrientes maoístas, trotskistas y otros «istas» entre las que se dividieron y subdividieron las fuerzas revolucionarias, salvo apuntar que fue motivo de debilitamiento y causa de derrotas.

Un tercer factor que conspiró contra las fuerzas revolucionarias latinoamericanas, fue la extrapolación de la estrategia y la táctica victoriosas en Cuba a naciones con condiciones y características económicas, políticas y sociales muy diferentes, incluidas las dimensiones étnica y cultural. Nils Castro argumenta que la experiencia de lucha armada que fue válida para Cuba no lo era para el resto de los países donde luego se intentó aplicarla, con la única

excepción de El Salvador, porque incluso en el caso de Nicaragua, ese autor le otorga un peso decisivo al rechazo continental que con-
citó la dictadura de Somoza en su etapa final y al apoyo material que varios gobiernos le dieron al Frente Sandinista de Liberación Nacional en 1979.

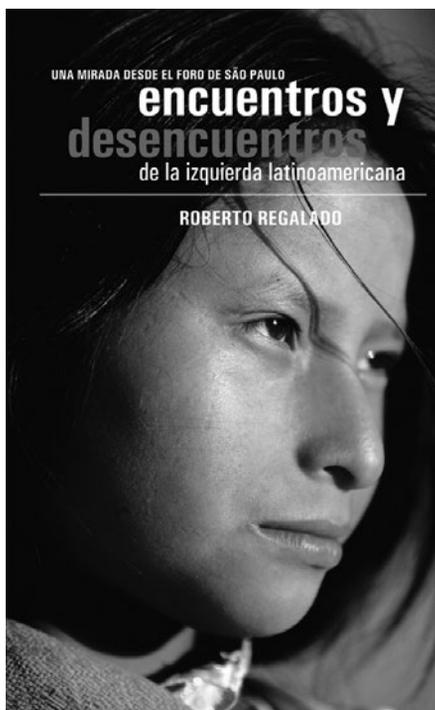
Cuando a contracorriente de los elementos ya señalados parecía afianzarse una nueva etapa de flujo de la lucha revolucionaria en Centroamérica y en Colombia, entró en escena el cuarto factor negativo, cuyo peso es determinante para el cierre de la etapa histórica abierta por la Revolución Cubana. Ese factor es el cambio en la correlación mundial de fuerzas, que en América Latina repercute a partir de la proclamación de la política de nueva mentalidad de Mijaíl Gorbachov, en particular, mediante las presiones que la nueva dirección soviética ejerció sobre el Gobierno Revolucionario de Nicaragua para que concluyese, a cualquier costo, un acuerdo político que pusiera fin a la agresión del imperialismo. Esta presión, que incluía la amenaza de interrumpir la ayuda económica, militar y política que mantenía con vida a la revolución insertada nicaragüense, no solo hizo mella en esa nación, sino también frenó la ola revolucionaria que apuntaba a promisorios resultados en El Salvador y, en menor medida, en Guatemala, y lo hizo cuando Centroamérica era el vórtice de la revolución latinoamericana.

Aunque hay procesos que lo prenuncian —entre ellos las transiciones que pusieron fin a las dictaduras militares de «seguridad nacional» y el auge de la lucha popular en naciones como Brasil, Uruguay y México— y hay otros procesos que marchan a la zaga —como la firma en 1996 de los Acuerdos de Nueva York que dieron por terminada la insurgencia en Guatemala o la persistencia del conflicto armado en Colombia, cuya solución negociada es cada día más imperiosa—, entre 1989 y 1991 se cierra la etapa histórica abierta por la Revolución Cubana, y se inicia la etapa actual, en la que predominan la combatividad de los movimientos socia-

les y la elección de una ya larga cadena de gobiernos de izquierda y progresistas.

Los acontecimientos internacionales que inciden en lo que podemos definir como una transformación radical de las condiciones en las que se desarrollan las luchas populares en América Latina, son la caída del Muro de Berlín, símbolo de la restauración capitalista en Europa Oriental, y el desmoronamiento de la URSS, que marca el fin de la bipolaridad. En nuestra región, el inicio de la unipolaridad se manifiesta en la intervención militar de los Estados Unidos en Panamá, la derrota «electoral» de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua,²³ la desmovilización de una parte de los movimientos guerrilleros en Colombia,²⁴ y como colofón, en la firma de los Acuerdos de Chapultepec, que pone fin a doce años de insurgencia en El Salvador, el país latinoamericano donde esa forma de lucha alcanzaba por entonces el mayor desarrollo e intensidad.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



ENCUENTROS Y DESENCUENTROS DE LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA

Una mirada desde el Foro de São Paulo

Roberto Regalado

Hilvana la historia del Foro de São Paulo y de los partidos y movimientos políticos que han sido anfitriones de sus citas anuales. El autor se vale de esa historia para examinar los principales acontecimientos y debates protagonizados por la izquierda latinoamericana desde el momento de la crisis terminal de la Unión Soviética hasta finales de 2007.

301 páginas, 2008, ISBN 978-1-921438-07-3

El «cambio de época»

Al adentrarse en la segunda década del siglo XXI, la situación política de América Latina está determinada por cinco procesos interrelacionados que tienen efectos en cadena: 1) la sujeción a un nuevo sistema de dominación mundial y continental; 2) la agudización de la crisis sociopolítica provocada por la reestructuración neoliberal; 3) el auge de la lucha de los movimientos sociales, parte importante de los cuales se convierten en movimientos social-políticos; 4) la elección de gobiernos de izquierda y progresistas; y, 5) la contraofensiva del imperialismo norteamericano y la derecha local, que intenta recuperar el espacio perdido. En este capítulo se analizan los dos primeros de estos procesos y, por su importancia en la problemática abordada, a cada uno de los tres últimos se le dedica un capítulo aparte.

La sujeción a un nuevo sistema de dominación mundial y continental

En América Latina, la imposición de mecanismos transnacionales de dominación tiene características singulares. Además de sufrir las presiones y soportar los condicionamientos que el imperialismo ejerce sobre el Sur en su conjunto, Latinoamérica está sometida a la reestructuración del sistema de dominación continental del imperialismo norteamericano, que se inicia en 1989, a partir de la toma de posesión del presidente George H. Bush en los Estados Unidos, cuando el cambio en la configuración estratégica mundial provoca

el cierre de la etapa de luchas abierta por el triunfo de la Revolución Cubana y facilita la implantación de la democracia neoliberal en la región.

Cuatro elementos abren, de par en par, las puertas de América Latina a la avalancha del neoliberalismo: 1) la saturación ideológica proveniente de los Estados Unidos y Europa Occidental; 2) la difusión que le se dio al supuesto milagro neoliberal chileno, derivado de la imposición de las recetas de la Escuela de Chicago por la dictadura de Augusto Pinochet; 3) las presiones políticas y económicas de las grandes potencias imperialistas, ejercidas tanto en forma directa como mediante los organismos financieros internacionales a su servicio; y 4) la crisis de la deuda externa, iniciada en 1982, cuya renegociación abrió el principal flanco a la incidencia de los factores antes mencionados.

Los pilares de la reconstrucción del sistema interamericano eran: la afirmación de la democracia representativa como «única forma legítima de gobierno en el continente americano» (pilar político); el proyecto de establecer un Área de Libre Comercio de las Américas (pilar económico); y el incremento sustancial de la presencia militar directa de los Estados Unidos en América Latina (pilar militar). Más que una reestructuración, fue una *reconstrucción* lo que Bush se vio obligado a emprender, pues los extremos de la política de fuerza de su predecesor no solo hicieron inoperante al Sistema Interamericano,²⁵ sino que incluso provocaron la formación de mecanismos de concertación ajenos a este sistema, como el Grupo de Contadora y el Grupo de Apoyo a Contadora, simiente del Grupo de Río.²⁶ Como parte de ese paquete, Bush implanta un esquema de «governabilidad democrática» sujeto a mecanismos transnacionales de supervisión, control y sanción de «infracciones».²⁷

El concepto democracia restringida puede crear dudas debido a que democracia es una forma de dominación y subordinación de clase, que lleva implícita la restricción de las libertades de las clases

dominadas y subordinadas. Con el término democracia restringida se identifica al sistema político impuesto en América Latina tras el fin de las dictaduras militares de «seguridad nacional» que, además de las limitaciones y condicionamientos inherentes a la democracia burguesa, fue concebido e implantado, de manera específica, para cerrar en los países de la región los espacios de confrontación de los cuales habló Gramsci, gracias a los cuales los pueblos pueden arrancarle concesiones a la clase dominante.

El «proceso de democratización» comienza durante la presidencia de James Carter. Si bien este fue conocido por su «defensa de los derechos humanos» y por un replanteamiento de la política de los Estados Unidos hacia América Latina basada en las recomendaciones de los informes Linowitz I y Linowitz II,²⁸ su «defensa de los derechos humanos» fue enfilada contra los países socialistas mucho más que contra las dictaduras militares de «seguridad nacional». El carácter sistémico —ajeno a toda consideración ética y moral— del llamado proceso de democratización, lo ratifica el hecho de que avanzó mucho más y concluyó durante la administración Reagan, pese a ser el protagonista de un giro a la derecha del fiel de la balanza del sistema político estadounidense cuyo impacto llega hasta nuestros días.

El «proceso de democratización» culmina durante la presidencia de Reagan porque es él quien da el impulso final a las dictaduras militares de «seguridad nacional» para que terminen de cumplir sus tareas. Este proceso se comprende mejor si apelamos al concepto de hegemonía. Desde finales del siglo XIX, el imperialismo norteamericano se dedicó a imponer su hegemonía en América Latina. Sin embargo, en parte por su naturaleza agresiva e intervencionista y, en parte, porque no había logrado aún afianzar su dominación, tenía un déficit fundamental: la implantación de un sistema de democracia burguesa que permitiera colocar en segundo plano el ejercicio de la violencia reaccionaria. Esta sustitución de la domina-

ción violenta por la hegemonía burguesa es lo que el imperialismo logra —o cree haber logrado— a finales de la década de 1980.

¿Qué peculiaridades tiene esta hegemonía impuesta en América Latina? En la Europa de finales del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, la construcción de la hegemonía burguesa fue resultado de la interacción entre las conquistas arrancadas a la burguesía por los movimientos obreros, socialistas y feministas, y las reformas políticas que la burguesía necesitaba realizar en función de los cambios en el proceso de acumulación derivados del surgimiento de la gran industria. De manera en cierto sentido similar, en los años noventa asistimos en América Latina a un proceso de sustitución de los medios y métodos más brutales de dominación por una nueva modalidad de hegemonía burguesa. En ese proceso también interactúan las conquistas arrancadas a la clase dominante y las reformas que esta última necesita hacer. Sin embargo, son más las diferencias que las similitudes. Las diferencias son: 1) se produce en una región subdesarrollada y dependiente, como parte de un proceso de concentración transnacional de la riqueza y el poder político, y no como en la Europa de fines del siglo XIX y las primeras seis décadas del XX, en países beneficiados por un elevado desarrollo económico, político y social capitalista basado en la explotación colonial y neocolonial, que les permitió acumular excedentes y redistribuir parte de ellos entre los grupos sociales subordinados; y, 2) la ideología hegemónica es el neoliberalismo, no como en el viejo continente, donde ese proceso estuvo influenciado por la Ilustración y la Revolución Francesa.

En la Europa Occidental estudiada por Gramsci, la hegemonía abría espacios de confrontación dentro de la democracia burguesa que los sectores populares organizados podían aprovechar para arrancarle concesiones a la clase dominante en materia económica y social, pero la hegemonía neoliberal intenta impermeabilizar al Estado de las presiones destinadas a revertir la concentración de la riqueza, y asimila solo reivindicaciones no clasistas —locales, étni-

cas, culturales, de género y de orientación sexual — en la medida en que contribuyan a la fragmentación, la neutralización y la cooptación de los movimientos sociales.

Con respecto a la *impermeabilización* o *blindaje* del Estado frente a demandas de la sociedad, precisemos que estos conceptos son esenciales para medir el agravamiento de las contradicciones del capitalismo y el desarrollo de la lucha de clases. Para abordar esta problemática, partimos de la conocida idea de Engels: «Y ese poder, nacido de la sociedad, pero que se pone por encima de ella y se divorcia de ella más y más, es el Estado».²⁹ A ese divorcio se remite el concepto de impermeabilización o blindaje del Estado, como una de sus manifestaciones en la etapa actual de la formación económico-social capitalista. En segundo término, incorporamos la definición gramsciana de que la hegemonía burguesa abre espacios de confrontación social y política en los cuales las clases dominadas pueden conquistar ciertas «posiciones». Entre esos dos elementos se produce una contradictoria interrelación, entre la tendencia del Estado de divorciarse de la sociedad (de blindarse de las demandas de sus ciudadanos) y la tendencia a abrir espacios de confrontación (que presupone asimilar demandas sociales). Pero, en la democracia burguesa, por mucho que la clase dominante lo intente, no puede dejar de asimilar demandas de las clases dominadas, porque ello es consustancial al proceso de reproducción de la hegemonía burguesa. Esa es, precisamente, una de las razones del auge de las luchas sociales y políticas que dio al traste con la doctrina de la gobernabilidad democrática y con la democracia neoliberal. Al llegar a este punto, incorporamos los aportes de Néstor Kohan, quien llama la atención sobre el hecho de que la democracia neoliberal se resiste a asimilar las demandas *socioeconómicas* de las clases subordinadas, al tiempo que, en años recientes, empieza a incorporar, de manera parcial y fragmentaria, reivindicaciones no clasistas con el objetivo de cooptar a ciertos sujetos sociales y evitar la formación

de un nuevo bloque revolucionario a partir de la unidad dentro de la diversidad.³⁰

La afirmación de que es posible impermeabilizar el Estado, por un período acotado de tiempo y con graves consecuencias sociales y políticas, está avalada por las experiencias de los gobiernos de Reagan y Thatcher, y de las dictaduras militares de «seguridad nacional» del Cono Sur latinoamericano. Hoy vemos intentos de impermeabilización del Estado en países de la Unión Europea, en especial, en Grecia, Italia y España. También lo vemos en la intransigencia con que el gobierno de Sebastián Piñera reacciona contra las protestas de los estudiantes chilenos.

El retorno a la tradicional utilización de la «defensa de la democracia» como pretexto de la injerencia e intervención de los Estados Unidos en América Latina buscaba: 1) aislar y estigmatizar a Cuba, el único país «no democrático» de la región, entendiéndose, el único donde no lograron imponer el sistema democrático neoliberal; 2) cimentar un pacto entre las élites para evitar que alguna nación pudiera romper con la democracia neoliberal; y, 3) evitar que una persona o un sector de las propias élites, por intereses particulares, pudiese acudir, de manera no autorizada, al viejo cuartelazo. Se trata de un cambio a tono con la transnacionalización del capital: 1) la creación de un código inviolable de «conducta democrático neoliberal»; 2) la imposición de una «camisa de fuerza» supranacional para impedir y, en su defecto, para sancionar las violaciones a ese código; y, 3) el desarrollo de mecanismos coercitivos para aplicarlos en el último caso mencionado. A tono con esto, en América Latina se hace común la celebración de conferencias, seminarios y talleres sobre «governabilidad democrática».

La gobernabilidad democrática es una adaptación, muy forzada por cierto, de la doctrina de la gobernabilidad formulada por la Comisión Trilateral, para adecuarla a los requerimientos de la reforma neoliberal en la América Latina, es decir, para sofocar

la crisis política creada por la intensa y aguda concentración de la riqueza. Decimos que es una adaptación muy forzada porque a la palabra «gobernabilidad» se le añadió «a la brava» el adjetivo «democrática» a pesar de ser incompatibles: es como decir Lucifer bondadoso.

Concluamos este acápite con la afirmación de que la gobernabilidad democrática es un «Frankenstein» armado a la carrera para dotar a la democracia neoliberal de una fundamentación seudoteórica y una guía para la reforma político-electoral, basada en la falsa premisa de que la readecuación de los aspectos formales de la democracia burguesa bastaría para conjurar la crisis política, sin resolver —o sin siquiera aliviar— sus causas económicas y sociales.

La agudización de la crisis sociopolítica provocada por la reestructuración neoliberal

La filosofía política neoliberal percibe al mundo a través del prisma del capital monopolista. De ello se deriva que su doctrina política y su recetario económico tengan un enfoque minimalista y oportunista de la política social: la focalización del gasto. Con palabras de Carlos Vilas:

El detalle de cualquier esquema neoliberal en la presentación de las medidas económicas no tiene correlato en materia de política social; en el mejor de los casos, se presenta una enumeración de programas y acciones orientados a compensar o mitigar el impacto de la reforma de la economía y del Estado. Lo social es un aditamento de lo económico; se reduce fundamentalmente a la cuestión de la pobreza extrema, y la pobreza extrema es en definitiva un producto de ineficiencias intervencionistas anteriores y se reducirá por el efecto de derrame generado indefectible y autónomamente por el mercado, o incluso por una adecuada redefinición de los criterios de medición.³¹

En oposición a la universalidad —fuese real o pretendida— de los programas sociales de la segunda posguerra del siglo XX, es decir, los del «Estado de bienestar» europeo occidental o el «Estado populista» latinoamericano, la focalización neoliberal del gasto está concebida para utilizar una parte ínfima de los recursos antes destinados a la esfera social y concentrarlos en zonas geográficas o grupos humanos potencialmente explosivos, cuyos estallidos podrían interrumpir o entorpecer la concentración del capital.

El objetivo de la reforma neoliberal impuesta en América Latina es promover la máxima extracción posible de riquezas por parte de los monopolios transnacionales, con un flujo nulo o exiguo de inversiones productivas. Se trata de un proceso que, en lugar de abrir y desarrollar nuevas fuentes de riqueza, se adueña de las existentes y las depreda. Por ser América Latina la región del mundo donde impera el peor índice de distribución social de riqueza, es lógico que la reforma neoliberal intensificara y ampliara las contradicciones políticas, económicas y sociales del capitalismo dependiente en el breve plazo en que ello ocurrió: las intensifica porque succiona recursos cuyo déficit siempre fue motivo de inestabilidad, y las amplía porque ya no solo afecta a los grupos sociales desposeídos, sino también a las burguesías criollas y a las capas medias que antes formaban parte del bloque social dominante.

La concentración de la propiedad, la producción y el poder político, tiene el efecto «colateral», indeseado pero inevitable, de impedirle al Estado latinoamericano cumplir las funciones básicas que le corresponden en su carácter de eslabón de la cadena del sistema de dominación imperialista. Esas funciones son: 1) la transferencia al exterior de la mayor cantidad de riqueza posible; 2) la redistribución permanente de cuotas de poder político y económico dentro de los sectores nacionales dominantes; y, 3) la cooptación de grupos sociales subordinados (sindicatos, organizaciones campesinas, comunales, femeninas y otras de naturaleza clientelista), con el fin de facilitar

el control y la represión de las mayorías populares. Es evidente que la primera de esas funciones impide cumplir las otras dos.

El Estado latinoamericano ya no puede redistribuir cuotas de poder político y económico para zanjar las contradicciones dentro de las élites porque estas últimas están polarizadas entre los sectores dedicados a las finanzas, los servicios y el comercio —que logran convertirse en apéndices del capital financiero transnacional— y los sectores productivos orientados al mercado interno —que son «especies en extinción» remanentes del desarrollismo. Ese Estado tampoco puede mantener el *estatus* que disfrutaron las capas medias, principales beneficiarias de los servicios públicos del período desarrollista, cuyo lugar ocupan los tecnócratas empleados por los monopolios transnacionales, que reproducen el modo de vida y la ideología del Norte, del cual se consideran parte. Menos aún puede cooptar a los sectores populares, porque los obreros nutren las filas de los desempleados, los subempleados y los informales, mientras que los campesinos desaparecen y crecen los trabajadores rurales sin tierra, al tiempo que se multiplican las luchas de los *sin techo*, de los *sin salud*, de género, de etnia, de preferencia sexual, de franja de edad y otras.

En síntesis, un segundo elemento determinante de las condiciones y las características de las luchas emancipatorias en América Latina, es su sujeción a un sistema de dominación transnacional que, por una parte, agrava las contradicciones económicas políticas y sociales, y le impide al Estado nacional cumplir sus funciones tradicionales de instrumento de la dominación del capital, todo lo cual constituye un poderoso incentivo para las luchas emancipatorias y abre espacios para la elección de gobiernos de izquierda y progresistas, pero, por la otra, conjura la posibilidad de una revolución entendida como ruptura violenta con el orden social imperante, y erige una cadena de obstáculos destinada a evitar la culminación de una revolución entendida como proceso de rupturas sucesivas de ese orden.

El auge de la lucha de los movimientos sociales

En el *Manifiesto del Partido Comunista*, Marx y Engels identificaron a la clase obrera industrial como sujeto social de la revolución, a la cual definieron en ese momento como la única «clase verdaderamente revolucionaria»,³² y al partido comunista como la corriente política formada por los obreros participantes en la revolución. Hobsbawm explica que el concepto de partido de mediados del siglo XIX, que es el asumido por Marx y Engels cuando elaboran el *Manifiesto*, no estaba como el actual, referido a una organización política específica, como lo era la Liga de los Comunistas. Con el término partido se designaba a una corriente ideológica o política y, por consiguiente, el partido comunista al que estaba destinado el *Manifiesto* estaba formado por todos los obreros con conciencia de clase, participantes en la Revolución de 1848, al margen de que fuesen miembros o no de la Liga de los Comunistas (muy pequeña, por cierto) o de alguna otra organización política.³³ Lenin identificó como sujetos sociales revolucionarios a la clase obrera y el campesinado pobre, y al Partido Bolchevique como el partido de vanguardia: un *partido de nuevo tipo*, caracterizado por la unidad ideológica y política, y la aplicación del centralismo democrático como principio de dirección. ¿Cuál es la composición del sujeto social revolucionario en América Latina hoy? ¿Cómo se organiza ese sujeto social para desarrollar las luchas reivindicativas y políticas? ¿Qué relación existe entre las formas de organización y lucha sociales, y las formas de organización y la lucha políticas?

En *La Historia me absolverá*, Fidel Castro deviene pionero de la concepción de *pueblo*, como sujeto social revolucionario, hoy imperante en América Latina:

Entendemos por pueblo, cuando hablamos de lucha, la gran masa irredenta, a la que todos ofrecen y a la que todos engañan y traicionan; la que anhela una patria mejor, más digna y más justa; la que está movida por ansias ancestrales de justicia por haber padecido la injusticia y la burla generación tras generación, la que ansía grandes y sabias transformaciones en todos los órdenes y está dispuesta a dar para lograrlo, cuando crean en algo o en alguien, sobre todo cuando crea suficientemente en sí misma, hasta la última gota de sangre.³⁴

Por su parte, Carlos Vilas opina que:

[...] la identidad del sujeto colectivo *pueblo* es heterogénea en sus elementos constitutivos y homogénea en su enmarcamiento en el mundo de la pobreza y en su confrontación con la explotación y la opresión — si bien las manifestaciones de esa confrontación asumen una amplia variación. La pluralidad de elementos constitutivos obliga a referirse a las «clases populares» como sujeto doblemente colectivo — por la heterogeneidad de sus ingredientes y por sus expresiones —, donde el concepto de clase abandona su referente estrecho al trabajador: 1) productivo, 2) asalariado y 3) del mercado formal, para englobar a todos quienes participan como explotados y oprimidos en las relaciones de poder — político, económico, de género, cultural, étnico... — institucionalizadas en el Estado, sus aparatos y políticas.³⁵

En respuesta a las tesis socialdemócratas sobre la supuesta pérdida de relevancia del concepto de clase social, Vilas responde que: «el sujeto clase no debe ser visto como el pasado de un presente popular».³⁶

Sobre este tema, uno de los más reconocidos estudiosos sobre el mundo del trabajo, Ricardo Antunes, señala:

Al contrario de aquellos autores que defienden la pérdida del rol central de la categoría trabajo en la sociedad contemporánea, las tendencias en curso, sea hacia una mayor intelectualización del trabajo fabril o al incremento del trabajo calificado, sea en dirección hacia la descalificación o a su subproletarización, no permiten llegar a la conclusión sobre la pérdida de este rol central en el universo de una sociedad *productora de mercancías*. Aunque presenciando una reducción cuantitativa (con repercusiones cualitativas) en el mundo productivo, *el trabajo abstracto* cumple un papel decisivo en la creación de valores de cambio.³⁷

Enfoques dinámicos sobre el sujeto social, derivados del estudio de libros y de la realidad social —y no del estudio de libros a espaldas de la realidad social—, como los de Fidel Castro, Carlos Vilas, Ricardo Antunes y otros autores que no alcanzaríamos a mencionar, ayudan a comprender que fuesen los nuevos movimientos sociales los primeros que en América Latina reaccionaron contra la avalancha neoliberal, y los primeros en sobreponerse al derrumbe de la URSS, mientras las fuerzas políticas estaban aún inmersas en una aguda crisis ideológica y política. También es lógico que las nuevas formas de organización política de izquierda, nacidas con el cambio de época y que lo simbolizan, como el Partido de los Trabajadores de Brasil (PT) y el Movimiento al Socialismo de Bolivia (MAS), fuesen productos de la convergencia de combativos movimientos sociales.

La influencia de Europa

En su reciente obra *Nuestro Marx*, Néstor Kohan incursiona a profundidad en las consecuencias que ha tenido la infiltración del pensamiento dicotómico burgués de los siglos XVII y XVIII en el pen-

samiento revolucionario, incluido el de fundamento marxista.³⁸ La más conocida de estas dicotomías es la que se desarrolló a lo largo de la cadena: materia como elemento determinante de la idea; naturaleza como elemento determinante de la conciencia; y economía como elemento determinante de la política, la ideología y la cultura. Con otras palabras, se trata la separación dicotómica entre economía y política, derivada de la vulgarización de la conocida metáfora de Carlos Marx de la base y la superestructura — una simple metáfora que fue malinterpretada como «sumun» de su pensamiento sobre la relación entre economía y política —, que repercute en la distorsión economicista, determinista, etapista y fatalista del marxismo. Ese constructo dicotómico, entremezclado con la homologación del desarrollo de la naturaleza al de la sociedad, parió el mito de que esta última avanza por etapas de desarrollo científico y técnico, al margen de la voluntad y de la acción del ser humano. Cabe preguntarnos: ¿No es el ser humano quien transforma a la naturaleza? ¿No es quien dirige la economía? ¿No es su labor investigativa la que impulsa el avance de la ciencia y la técnica? La idea de no «violentar» etapas del desarrollo social, es decir, esperar a que el desarrollo de la ciencia y la técnica crease las condiciones «objetivas» y «subjetivas» para abolir el capitalismo y construir el socialismo, fue la base de posiciones abiertamente reformistas y de otras supuestamente revolucionarias, que impulsaron al Che a sentenciar que el revolucionario no puede sentarse en la puerta de su casa a esperar que pase el cadáver del imperialismo. Un constructo dicotómico tan grave y persistente como el mencionado, es el que presenta a «lo político» y «lo social», a la lucha política y la lucha social de signo popular, como diferentes, separables y hasta contradictorias entre sí. En este ensayo partimos de que esa diferenciación, separación y contraposición es absurda, debido a que la lucha política no solo es una forma de lucha social, sino que constituye la forma superior, la forma más completa y efectiva de lucha social.

La burguesía luchó para derribar las murallas estamentales existentes en la sociedad feudal, que restringían la participación en la política, con carácter exclusivo, a la nobleza y el clero. El objetivo de la burguesía era adueñarse del Estado para su propio beneficio; no compartirlo con otras clases sociales también excluidas de la política, como los obreros y los campesinos. Pero, al derribar esas murallas, se inició un proceso histórico en el cual, unas veces por necesidad y otras por conveniencia, la burguesía llegó a acomodarse a políticos. Con la nobleza, tuvo que hacer una repartición de cuotas de poder en la medida en que no logró derrotarla por completo y en que se sintió obligada a establecer alianzas con ella para evitar las revoluciones populares. La primera gran batalla política librada por la burguesía estuvo dirigida a imponer límites al absolutismo —al poder absoluto del monarca—, mediante la creación de un parlamento que aprobara o rechazara los fondos requeridos por el rey. La segunda fue para suprimir la monarquía o para reducirla a una figura desprovista de poder político (monarquía constitucional). Este poder político sería ejercido por instituciones ejecutivas, legislativas y judiciales, elegidas e integradas por ciudadanos varones poseedores de propiedad privada (hombres burgueses). Son conocidos los límites de ese proceso que desplazaba del poder a la nobleza feudal y construía un Estado neutral con respecto a los intereses en conflicto dentro de la burguesía, pero apelaba a la represión cuando el proletariado, que servía de «carne de cañón» en las revoluciones burguesas, pretendía utilizarlas para emanciparse y recibir su cuota de beneficios.

La ampliación de los derechos políticos a toda la sociedad fue resultado de dos procesos paralelos, que alcanzan la madurez a partir de la sexta década del siglo XIX: uno es el desarrollo económico alcanzado por las grandes potencias capitalistas, en primer término, por Gran Bretaña, en virtud de la Revolución Industrial y la explotación del mundo colonial; el otro es el surgimiento de los

movimientos obrero, socialista y femenino, que luchan para abrirse espacios dentro de la naciente democracia burguesa, que ellos ayudan a construir.

Los primeros partidos políticos surgen en Francia y Gran Bretaña. En el primero de estos países, nacen como resultado de la evolución de los clubes formados por grupos que pugnan entre sí como parte del fermento político y social que desemboca en la Revolución Francesa de 1789, mientras que, en el segundo, son producto de las luchas económicas y políticas entre la alta burguesía y la monarquía, que adoptan la forma de enfrentamiento religioso. La aristocracia y la alta burguesía se opusieron de modo frontal al surgimiento de los partidos políticos, por considerarlos instrumentos que podían servir a los movimientos populares para ejercer presión sobre el Estado en función de sus intereses. Esta oposición fue mayor y más doctrinaria en Gran Bretaña y, debido a la influencia británica, también lo fue en los Estados Unidos.

Las luchas del movimiento obrero y socialista, por una parte, y las del movimiento femenino, por la otra, ambas iniciadas a mediados del siglo XIX, desempeñan un rol fundamental en la formación del paradigma de democracia burguesa, que alcanzó su clímax en algunos países de Europa Occidental en la segunda posguerra del siglo XX, con el «Estado de bienestar». Sin embargo, hasta ya bien entrada la década de 1920, gran parte del movimiento obrero y socialista no fue solidario con el movimiento femenino, por considerarlo como competidor, pues estimaba que el sufragio universal —la extensión del derecho al voto a todos los hombres y todas las mujeres—, era una meta inalcanzable que se interponía a la conquista del derecho al voto para todos los hombres.

En sus orígenes, el movimiento obrero y socialista lucha por la libertad de expresión y reunión, el pluralismo político y la ampliación del derecho al sufragio masculino, con el fin de consolidarse legalmente, generar condiciones más propicias para su desarrollo

y arrancarle a la burguesía el reconocimiento de derechos sociales como los de sindicalización y huelga. Más adelante, utiliza estas conquistas políticas para promover la reducción de la jornada laboral, el aumento de los salarios, la promulgación de leyes de protección al trabajador y la oposición a la guerra imperialista. Como se puede apreciar, desde la apertura de espacios de lucha política de signo popular, ella ha sido «la otra cara de la moneda» de la lucha social: una le abre espacios a la otra, y viceversa.

La lucha política constituye la más importante y acabada forma de lucha social, pero es también la más difícil porque implica la convergencia, la síntesis y la codificación de heterogéneos e incluso contradictorios, intereses, necesidades y reivindicaciones de diversas clases y sectores sociales, para hacerlos pasar por el «embudo» del proceso político. Estas dificultades afloraron desde el momento mismo de la apertura de los espacios de lucha política accesibles al movimiento obrero. Es imposible sintetizar aquí la historia de los enfrentamientos entre corrientes anarquistas, reformistas y revolucionarias del movimiento obrero y socialista.³⁹

Si bien rechazamos, tanto la división dicotómica entre lucha social y lucha política, como la subordinación dogmática de los movimientos sociales al partido, también reconocemos que a ella ha contribuido la complejidad inherente a la construcción de una organización política mediante la convergencia de sujetos y movimientos sociales muy diversos, y la formulación de un programa político que sintetice sus imaginarios, intereses, necesidades y reivindicaciones. Es conocida la historia del movimiento obrero y socialista decimonónico, incluidas las luchas entre corrientes anarquistas y marxistas, la subestimación de la lucha por el voto femenino por parte de sus corrientes reformistas, y la visión eurocentrista que llevó estas últimas a apoyar el colonialismo. A riesgo de esquematizar y de obviar situaciones particulares —pero sin preocuparnos demasiado por ello, debido a que los criterios generales aquí expresados no variarían—, interesa resaltar que:

- Las corrientes anarquistas rechazan la lucha política debido a que están en contra de toda autoridad ubicada por encima de la sociedad, en contra de todo tipo de Estado, incluso de un Estado obrero. Esto reduce el horizonte de sus formas de lucha porque niega la necesidad contar con un poder político que fomente y defienda las conquistas populares.
- Las corrientes reformistas se negaron a apoyar al movimiento femenino; se alinearon a favor de la política colonialista de las potencias imperiales, sobre la base de que en Asia, África y América Latina habitaban «pueblos bárbaros»; y respaldaron a sus respectivas burguesías nacionales en la I Guerra Mundial, en vez de convertir esa guerra imperialista en una guerra de emancipación social.
- En la corriente revolucionaria (comunista) se impuso una interpretación vulgar y dogmática del marxismo y el leninismo. Con relación a Marx, se asumió que el fin de dominación de clase era, automáticamente, el fin de toda forma de dominación social,⁴⁰ cuando, en rigor, lo primero crea condiciones indispensables pero no determina lo segundo por sí mismo. Con respecto a Lenin, su metáfora de que las organizaciones sociales constituyen poleas de transmisión entre el partido y la sociedad ha sido tan vulgarizada como la metáfora de Marx de base y superestructura. Por lo general, fue asumida como transmisión mecánica, vertical, de un impulso de arriba hacia abajo, y no como una interacción igualitaria, respetuosa y constructiva entre la organización social y la organización política, que es como el principal líder bolchevique lo había concebido.

El pistón de un motor sube y baja, y la polea no trasmite movimiento en una sola dirección, sino completa un ciclo. De manera que la metáfora leninista debe entenderse como

referida a la labor de intermediación realizada por un partido revolucionario entre el Estado y los movimientos sociales, caracterizada por una interacción igualitaria, respetuosa y constructiva entre ellos. Sin embargo, los avatares de la Revolución de Octubre contribuyeron a la distorsión ocurrida. Sin dudas, se puede considerar a la Nueva Política Económica como expresión de la alianza obrero campesina, pero no a la colectivización forzosa estalinista porque, en vez de alianza, fue aniquilación de clase.

La trayectoria latinoamericana

En América Latina, no es correcto hablar de «nuevos actores sociales» para referirnos a los pueblos aborígenes y a los afrodescendientes. Los pueblos aborígenes americanos tienen una historia milenaria. Como parte de ella, hace más de quinientos años luchan contra la dominación, la explotación y el aplastamiento étnico. Algo análogo ocurre con la población descendiente de los esclavos africanos. En su historia se inscriben capítulos gloriosos como el triunfo de la Revolución Haitiana. Esa gesta no solo dio origen a la primera república independiente de América Latina y el Caribe, la República de Haití (1804), sino también fue la primera en abolir la esclavitud en el continente americano. Cuando sí podemos hablar de nuevos sujetos o actores es al referirnos a los grupos nacidos para luchar contra problemas como la destrucción del medio ambiente y las violaciones de los derechos humanos cometidas por las dictaduras militares de «seguridad nacional». Algo distinto ocurre con la expresión nuevos movimientos sociales, que es también muy frecuente.⁴¹ En América Latina sí es correcto hablar de nuevos movimientos sociales de obreros, campesinos, sin tierra, sin techo, aborígenes, negros, mujeres, ambientalistas, defensores de los derechos humanos y otros, porque sus objetivos, su composición,

sus formas organizativas y sus medios y métodos de lucha, responden a los nuevos contenidos y las nuevas formas de dominación y explotación capitalista. Son sujetos o actores sociales históricos, hoy organizados en nuevos movimientos.

Mediante el aplastamiento de las sociedades autóctonas, poseedoras de sus propios saberes y cosmovisiones, entre los que resalta el desarrollo económico, científico y cultural de los aztecas, los mayas, los incas, los aymaras y otros pueblos, España y Portugal impusieron las divisiones territoriales y las estructuras de gobierno colonial que cada una de estas potencias consideró más funcionales a sus respectivos intereses. Impusieron también la religión católica que ambas profesaban, y sus respectivas lenguas y culturas. Con palabras de Halperin:

[...] el botín de la conquista no incluía solo metálico, sino también hombres y tierras. Lo que hizo del área de mesetas y montañas de México a Potosí no fue solo su riqueza minera, sino también la presencia de poblaciones indígenas, a las que su organización anterior a la conquista hacía utilizables para la economía surgida de esta.

Sobre la tierra y el trabajo indio se apoya un modo de vida señorial que conserva hasta el siglo XIX rasgos contradictorios de opulencia y miseria.⁴²

A las diversas formas de sometimiento y explotación de las que fueron víctimas las naciones y pueblos originarios, se sumó la importación de masas de esclavos procedentes de África, también portadores de sus propios saberes, cosmovisiones, religiones, culturas e idiomas, y también receptores de los que les fueron impuestos por la civilización colonizadora. Los braceros chinos y varias oleadas de inmigrantes europeos, que escapaban de la miseria en que se hallaban en el viejo continente, son solo dos de los otros muchos factores que complejizan el mosaico de las sociedades latinoamericanas.

Tras un período de esclavización indiscriminada de la población aborígen, las «leyes nuevas» promulgadas en 1542 por Carlos III, prohíben la esclavitud indígena y establecen que la única forma autorizada para explotar a esa población es el sistema de repartimientos o encomiendas. La encomienda había sido hasta entonces la forma de explotación aplicada a aquellas etnias indígenas que, por diversas razones, los expertos en derecho canónico y teología aconsejaban a la Corona que no fuesen esclavizadas. Las encomiendas se diferencian de la esclavitud en que no son permanentes, no hay derecho hereditario y obligan al encomendero a «civilizar» y «cristianizar» a los aborígenes cuyo trabajo explota. Aunque hasta 1679 sigue siendo legal esclavizar a los indios «rebeldes» — opuestos a la colonización— y hasta 1810 a los indios «bárbaros» —acusados de atacar a poblaciones fronterizas españolas—, las «leyes nuevas» afirman el carácter temporal de la encomienda, suprimen los servicios personales, ratifican la obligación de los indígenas a entregar tributos, y preservan la coexistencia de varias formas de propiedad de la tierra en el área ocupada por la población encomendada.

A diferencia de las colonias americanas de Gran Bretaña, Portugal y Francia, en Hispanoamérica prevalece la explotación de los indígenas por encima de la importación de esclavos de otros continentes. La razón principal es que, hasta la segunda mitad del siglo XVIII, la Corona no fomenta la economía de plantación, que es la más vinculada a la esclavitud africana. Aunque a partir de ese momento España multiplica la trata, en total, Hispanoamérica recibe alrededor de un 1,5 millones de esclavos durante todo el período colonial (1492-1810), cifra que representa apenas el 12% de los esclavos africanos importados en el continente.⁴³

Desde el inicio de la conquista y colonización, la importación de esclavos forma parte de ese proceso. Cuando se produce la invasión española a América, en la metrópoli hay esclavos de diversos orígenes, incluidos blancos europeos, árabes, asiáticos y negros africanos.

Algunos de ellos son traídos al continente americano desde 1493. Se calcula que, a finales del siglo XVI, hay en España cerca de 44 mil esclavos que constituyen el 1% de la población.⁴⁴ También desde el inicio de la conquista y colonización, la Corona española prohíbe la entrada en América de esclavos *infieles*, de «etnias rebeldes» o de otros grupos humanos que representen una amenaza para su dominación. Finalmente, en 1542, Carlos III decreta que solo se puede introducir en América esclavos negros de origen africano, con la especificación de que no provengan de ciertas etnias «guerreras».

De la dominación colonial impuesta por España se deriva la transfiguración de las relaciones sociales existentes en la América precolombina, avalada en el «derecho de conquista». Emerge así un orden social heterogéneo, en el que la supremacía la ejercen los agentes del fisco y los comerciantes peninsulares, encargados de maximizar la transferencia de riqueza a la Corona, mientras los señores de la tierra y los dueños de las minas se encuentran fuera de la circulación monetaria. Los principales sujetos de la explotación colonialista son, por supuesto, los africanos y los aborígenes, sometidos al aplastamiento étnico y convertidos en clases peculiares de la sociedad colonial, mediante formas variadas y mutantes de explotación. También entre ellos se establecen diferencias sociales: los esclavos africanos constituyen el escalón más bajo de la sociedad colonial.

Cuando el desarrollo del sistema de producción capitalista en Europa y el desarrollo del sistema de producción colonial en Hispanoamérica provocan un cambio de la ubicación de estos territorios en la división internacional del trabajo, la reforma de las relaciones comerciales entre la metrópoli y sus posesiones opera, de manera exclusiva, a favor de España y los españoles residentes en las colonias, uno de sus resultados es erosionar la posición de todos los estratos de la pirámide social criolla. Las nuevas restricciones entran en contradicción con la metamorfosis en curso de la

estructura social hispanoamericana, hasta entonces dominada por los peninsulares (funcionarios, comerciantes y grandes propietarios), el clero y los terratenientes criollos, que asfixian a los sectores protoburgueses emergentes ligados al comercio exterior y a los sectores rurales que surgen de la diversificación de la estructura agraria. En el caso de las castas —que limitan la movilidad de los sectores sociales dedicados al trabajo artesanal y a otros oficios desempeñados por blancos pobres, mestizos, mulatos y negros libres—, las reformas no solo crean una situación que imposibilita el ascenso dentro de cada una de ellas, sino incluso la transferencia a los hijos del estatus alcanzado por sus padres.

Cuando en 1809 se produce en Quito el Primer Grito de Independencia, en Hispanoamérica no hay solo una, sino dos grandes crisis interrelacionadas: una es la crisis de la relación de dominación política y explotación económica existente entre la metrópoli y sus colonias; la otra es la crisis de las estructuras socioeconómicas basadas en la polarización social y la reglamentación racial. La destrucción causada por la guerra de independencia y los desajustes provocados por la sustitución del sistema colonial español o portugués por el sistema neocolonial estadounidense o británico —según el caso—, desatan una crisis económica y política que exacerba las contradicciones derivadas de la abolición del viejo orden y el parto de las nuevas sociedades. La violencia generalizada y la debilidad de las nacientes repúblicas provocan la continuidad de la militarización, que deviene, por una parte, elemento democratizador que permite la movilidad social de los indios, negros, mestizos y blancos pobres convertidos en oficiales de los ejércitos insurrectos y, por la otra, en freno para que esa democratización no se extienda más allá de lo inevitable. Con palabras de Hugo Moldiz:

La estructura colonialista española impuesta desde 1492, no ha sido sustituida por los criollos republicanos oligarcas ni por el nacionalismo, ni por la socialdemocracia, ni el populismo nacio-

nalista. Es más, estas últimas formas de dominación han sido su prolongación. Todas las diversas formas de organizar la vida, «producir política» y gobernar provocaron una enajenación política de los pueblos indígenas.⁴⁵

En América Latina, un factor que contribuyó al afianzamiento de la dicotomía entre «lo político» y «lo social» fue la manipulación que de ella hicieron, por una parte, las burguesías nacional-desarrollistas que se sirvieron de ella para construir los sistemas de jerarquizados de alianzas sociales que sirvieron de base a sus proyectos políticos. Otro fue la ya mencionada vulgarización de la metáfora de las poleas de transmisión hecha por la izquierda tradicional.

La década de 1960 marca un punto de inflexión en el reconocimiento y la justipreciación universal de las luchas sociales, incluidas las hasta entonces invisibilizadas. Las protestas ocurridas en los Estados Unidos y Europa Occidental catapultan a un primer plano a los movimientos que orientan su actividad a la lucha con relación a género, etnia, cultura, franja de edad, orientación sexual, medio ambiente, derechos humanos y otros, cuya influencia llega a América Latina. El movimiento por los derechos civiles de los negros en los Estados Unidos no solo despierta la conciencia antirracista de los negros, sino también la de muchos jóvenes blancos que marcharon al Sur a apoyar a los «*freedom riders*». El movimiento contra la Guerra de Vietnam, en un inicio provocado por el rechazo al servicio militar obligatorio y a la muerte de soldados estadounidenses, se transforma en oposición a una guerra de agresión y una escuela de solidaridad con los movimientos de liberación nacional en Asia y África y con los movimientos revolucionarios en América Latina. El movimiento femenino adquiere una nueva dimensión con la incorporación de la lucha contra el sexismo y otras formas de opresión y discriminación sexual. A ellos se suma el entonces incipiente movimiento de defensa del medio ambiente. En todos

los casos, la determinación clasista de esos movimientos estaba presente, aunque no fuese evidente: la composición y reivindicaciones del movimiento negro y de otras minorías étnicas guardaban una relación directa con la pobreza, mientras que movimientos como el femenino o ecologista tenían una composición mayoritaria de clase media. Muchos de esos movimientos dejaron sembrada la semilla del eslabón articulador entre las luchas populares en el Norte y en el Sur, con efectos positivos y negativos: positivos son los que se caracterizaron por su tendencia integradora y solidaria, y negativos son los que trasplantaron conceptos y prácticas que no encajan en nuestras sociedades.

Los movimientos sociales latinoamericanos tuvieron un protagonismo indiscutible entre las décadas de 1960 a 1980. En los países del Cono Sur gobernados por dictaduras militares de «seguridad nacional», fueron ellos los que lograron abrir espacios de organización y lucha popular, mientras los partidos y las organizaciones políticas de izquierda estaban sujetas a una represión que en la mayoría de los casos produjo su descabezamiento y desarticulación. Ese torrente de lucha sociopolítica se potencia con el protagonismo adquirido por los movimientos indígenas, manifiesto en Ecuador desde los años ochenta y en Bolivia desde los noventa.

La lucha de los movimientos populares no decayó ni siquiera en los momentos de la crisis terminal del socialismo europeo. Sin embargo, en ese punto la ofensiva ideológica del capital los colocó a la defensiva con el argumento de que la reestructuración neoliberal era imprescindible para saldar deudas con «excesos» anteriores en la redistribución de riqueza, y que la concentración de la propiedad y la producción era la condición necesaria para su posterior «derrame». No solo predominaba la noción de que era imposible sustituir al capitalismo por una sociedad superior, sino incluso mantener un esquema económico que no estuviese regido por la desigualdad como elemento dinamizador, lo cual consti-

tuye la antítesis de la lucha de clases en todas sus manifestaciones, incluida la reivindicativa. Fueron la insurrección zapatista en Chiapas y la crisis financiera mexicana las que marcaron la ruptura de esta barrera ideológica.

Es lógico que el protagonismo de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos del campo popular se multiplique en la etapa de democracia neoliberal al menos por cuatro razones: a) esos movimientos adquirieron vida propia y razón de ser en el período de lucha contra la dictadura y durante la implantación del nuevo sistema de dominación; b) la crisis socioeconómica estimuló su protagonismo social y político; c) el aumento de la competencia entre obreros, fomentada por el neoliberalismo debilitó al sindicalismo clásico y a otras formas tradicionales de organización y lucha social; y d) el sistema político se «impermeabilizó» para impedirle a los partidos políticos, incluidos los de izquierda, cumplir la función de intermediación entre la sociedad y el Estado.

En los países gobernados por dictaduras militares de «seguridad nacional», en los cuales se desató una feroz represión contra las fuerzas políticas y sociales de izquierda, los sobrevivientes de la cacería de brujas, y las personas que sentían la necesidad de reunirse y organizarse en función de reivindicaciones políticas, económicas y sociales, buscaron refugio en movimientos sociales «no políticos», que de esa forma devinieron activos movimientos sociales, adquirieron creciente protagonismo político e, incluso, una parte de ellos se convirtieron en movimientos social-políticos. Vale la pena mencionar el caso de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB) de Brasil, por la metamorfosis que experimentaron en ese período. Las CEB fueron creadas en 1960 por los obispos católicos conservadores como medio de organización de los laicos para realizar el trabajo pastoral, principalmente en los barrios pobres. Su objetivo era suplir la escasez de sacerdotes e impedir la entrada en sus diócesis de Acción Católica, entidad progresista que empleaba

el método de alfabetización de Paulo Freire, cuya premisa de Ver, Juzgar y Hacer era considerada un desafío por la alta jerarquía eclesíastica. Por su origen conservador, a raíz de la instauración de la dictadura y, en particular, a partir del incremento de la represión ocurrido a fines de los años sesenta, las CEB se convirtieron en el único espacio permitido de organización y reunión, debido a que no inspiraban sospechas al régimen. Gracias a su vinculación con los sectores populares, y a que sus líderes y activistas adoptaron los conceptos de Educación Popular formulados por Freire — fuente de inspiración de la Teología de la Liberación, que enseña a los pobres a organizarse para encontrar la causa de sus problemas y luchar por su solución—, las CEB se convirtieron en una de las redes cristianas que desempeñaron un papel protagónico en la formación del Partido de los Trabajadores de Brasil. Otro caso a destacar, también en ese país, es el del Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST), fundado en 1984, que a partir de la ocupación de tierras ociosas, la construcción de cooperativas agropecuarias y el establecimiento de una red de comercialización de sus productos se erigió en uno de los movimientos social-políticos más importantes y conocidos de Brasil, América Latina y el mundo, que junto a sus reivindicaciones socioeconómicas, enarbola una plataforma política orientada a la edificación de una sociedad socialista.

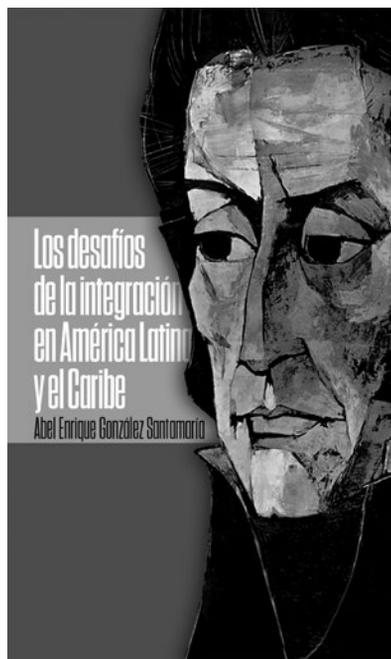
Como demuestran los derrocamientos de varios presidentes latinoamericanos ocurridos entre 1992 y 2005,⁴⁶ hace mucho que los movimientos sociales son capaces de derrocar gobiernos neoliberales. Sin embargo, en ninguno de esos casos la caída de un gobierno neoliberal llevó a su sustitución por uno popular. Solo en países como Venezuela, Brasil, Bolivia y Ecuador, donde emergieron dirigentes políticos, capaces de acumular políticamente sobre la base de la lucha de los movimientos sociales, fue posible crear condiciones para el triunfo de candidatos presidenciales de izquierda o progresistas: Chávez triunfó en Venezuela un ciclo electoral de cinco

años después de la defenestración de Carlos Andrés Pérez; Lula se impuso en Brasil en la tercera elección presidencial realizada diez años después de la caída de Fernando Collor; Evo venció en Bolivia en los comicios efectuados dos años después de la huida de Gonzalo Sánchez de Lozada y seis meses después de la renuncia de Carlos Mesa; y Correa fue electo diez años después del derrocamiento de Abdalá Bucaram y dos años después del de Lucio Gutiérrez.

La lucha política, sin dudas, es la más importante forma de lucha social, pero, en las condiciones actuales de América Latina, es también la más difícil. Muestra de ello es la trayectoria del PT que, para remontar las derrotas sufridas por Lula en tres comicios presidenciales consecutivos, optó por dejar de ser «partido de movimientos» para convertirse en «partido electoral». Otra muestra es la continua tensión entre movimientos sociales integrantes del MAS boliviano, y entre ellos y su propio gobierno.

Los factores que influyen en la compleja relación existente entre los movimientos sociales y los partidos de izquierda en América Latina son: 1) el rechazo a «la política» y a «los partidos políticos», basado en la tradicional dicotomía entre la «lucha política» y la «lucha social» y estimulado por los centros de dominación imperialista como forma de dividir el sujeto social revolucionario; 2) las aprehensiones derivadas de la subordinación a los partidos de izquierda de la cual fueron objeto en etapas anteriores; 3) la diversidad y la heterogeneidad de los movimientos populares, muchos de ellos nucleados en torno a un tema único y con un enfoque reivindicativo; 4) la erosión de la capacidad de intermediación social de los partidos, resultante de la impermeabilización neoliberal del Estado; y, 5) el alejamiento de sus bases de algunos partidos de izquierda, con la esperanza de alcanzar sus metas electorales, devenidas fin en sí mismo, en función del cual se pliegan al *statu quo* neoliberal.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



LOS DESAFÍOS DE LA INTEGRACIÓN EN AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE

Abel Enrique González Santamaría

Los procesos de integración en América Latina y el Caribe se fueron desarrollando durante varias centurias de intenso batallar. En este libro, Abel Enrique González Santamaría ofrece una visión integral de los desafíos de la integración latinoamericana y caribeña, desde su origen y evolución hasta el año 2015.

304 páginas, 2015, ISBN 978-1-925019-99-5

La elección de gobiernos de izquierda y progresistas

En las condiciones del mundo unipolar, dos elementos saltan a la vista en la región: se desdibujó la situación revolucionaria cuyo flujo y reflujo caracterizó el período 1959-1989; y, por primera vez, el imperialismo y sus aliados adoptaron una actitud casuística ante los espacios conquistados por partidos de izquierda en gobiernos locales y estatales, en legislaturas nacionales e incluso en los gobiernos de varios países. En los entretelones del derrumbe de la URSS, el reflujo de las fuerzas revolucionarias y el establecimiento o el restablecimiento de la institucionalidad democrático burguesa, y debido a la crisis económica y social, en la segunda mitad de los años ochenta se abrieron espacios nunca vistos para la lucha electoral de la izquierda latinoamericana.

En la medida en que las organizaciones insurgentes desaparecían o se convertían en partidos políticos, y en que el sistema de dominación socava la independencia nacional, el imperialismo norteamericano decidió sustituir su tradicional oposición a todo triunfo electoral de la izquierda, por un modelo, en apariencia más flexible, de gobernabilidad democrática, que impone tantas restricciones a la capacidad de decisión y acción soberana de los Estados, que ya el problema no es tanto quién ejerce el gobierno, sino que, quienquiera que lo ejerza, respete las «reglas del juego». En las nuevas condiciones, por primera vez en América Latina, partidos, movimientos, frentes políticos de izquierda, en los cuales convergen diversas corrientes ideológicas y políticas, ocupan, en forma

estable, espacios institucionales dentro de la democracia burguesa, cuyo funcionamiento se extiende, también por primera vez, en una región donde, salvo contadas excepciones, desde la independencia predominaron la dictadura y el autoritarismo. Un importante escenario de este debate, en el que se libró una intensa lucha ideológica y política, que refleja el arduo proceso por el que atravesaron —y atraviesan aún— los partidos y movimientos políticos de la izquierda latinoamericana en pos de su reestructuración organizativa y la reformulación de sus programas, estrategias, tácticas es el Foro de São Paulo.

El Foro de São Paulo y su papel en el debate ideológico

¿Qué impacto provocó en la izquierda latinoamericana el derrumbe de la URSS? ¿Qué papel desempeña el Foro de São Paulo en el análisis y en el debate teórico y político del derrumbe del paradigma de la Revolución de Octubre en el seno de la izquierda latinoamericana?

El Foro de São Paulo es un objeto de estudio de sumo interés por tres razones: 1) es una experiencia única, a saber, la formación, desarrollo y funcionamiento de un espacio en el que convergen todas las corrientes ideológicas de la izquierda; 2) sus enfrentamientos reflejan las orjalías que atravesó la izquierda de la región para adaptarse al cambio de las condiciones y las características de la lucha social y política ocurrido entre finales de la década de 1980 e inicios de la década de 1990; y 3) de los dos puntos anteriores se deriva que el Foro es un escenario privilegiado de la continuidad del debate histórico sobre reforma o revolución.

Si se toma como indicador la lucha electoral de la izquierda, la historia del Foro de São Paulo puede dividirse en dos momentos: uno que abarca desde su nacimiento en 1990 hasta su XI Encuentro, celebrado en Antigua Guatemala en 2002. El final del primer momento y el inicio del segundo están determinados por la elec-

ción de Lula a la presidencia de Brasil, en octubre de 2002. En el primer momento, los enfrentamientos políticos e ideológicos entre sus miembros eran mucho más crudos debido a la falta de una cultura de consenso y tolerancia, pero había más margen de acomodo porque esos enfrentamientos eran abstractos, en el sentido de que ninguna de las corrientes enfrentadas entre sí había demostrado o creído demostrar la viabilidad de sus ideas. Ya en el momento de la elección de Lula, los debates eran más civilizados en lo que respecta a la forma, pues los años de interacción habían contribuido a cimentar relaciones personales, un factor raramente tomado en cuenta en los análisis filosófico-políticos, pero que el autor de este libro puede dar fe de que, muchas veces, desempeña un papel determinante. Sin embargo, ese acontecimiento cerró el margen de acomodo antes existente porque desde entonces una parte creciente de sus miembros piensan y actúan como gobierno, mientras que la otra sigue pensando y actuando como oposición.

El Foro nace en medio del colapso de la bipolaridad de posguerra. En la medida en que la *perestroika*, la *glasnost* y la nueva mentalidad de Gorbachov apuntaban a un abrupto y drástico reordenamiento del sistema de relaciones internacionales, en los partidos y movimientos políticos de la izquierda latinoamericana llovían las convocatorias a conferencias, seminarios, talleres y reuniones de todo tipo, con el fin de analizar las causas y consecuencias de los cambios en curso, y descifrar cuál sería su impacto en las condiciones y los sujetos de las luchas populares en la región. Entre tantas iniciativas similares, la que mayor acogida recibió fue la efectuada por el PT de Brasil para celebrar el Encuentro de Partidos y Organizaciones de Izquierda de América Latina y el Caribe, debido a que la avalaba el prestigio acumulado por ese partido a lo largo de sus diez años de existencia, por el hecho de haber nacido mediante la convergencia de combativos movimientos populares y cosechado resultados impresionantes en los comicios de noviem-

bre de 1989, incluido el paso a la segunda vuelta, en diciembre de ese mismo año, de su candidato, Luiz Inácio Lula da Silva, en la primera elección presidencial directa realizada tras veintinueve años de dictadura militar de «seguridad nacional» y cuatro años de la elección indirecta de un presidente civil. Aunque Lula fue derrotado en esos comicios, la movilización desarrollada en su campaña y la votación recibida marcan un cambio de época en Brasil.⁴⁷

En el momento de la convocatoria y la celebración del Encuentro de São Paulo,⁴⁸ el socialismo soviético se encontraba, una vez más, en el banquillo de los acusados. Ello había ocurrido en múltiples ocasiones desde la Revolución de Octubre, pero esta vez el acusador era el propio Secretario General del PCUS, quien insistía en que el objetivo de su política era perfeccionar el socialismo, lo que concitó un amplio apoyo dentro de la izquierda latinoamericana. Esta admiración se rompió con la caída del Muro de Berlín, que abrió paso a la restauración capitalista en Europa Oriental. Desde entonces, una parte de la izquierda latinoamericana se dio cuenta de que la reforma soviética conducía al desmontaje del sistema social allí imperante, y otra siguió esperando, infructuosamente, el brote de un movimiento popular que liquidara al «Estado burocrático» e implantara una «verdadera democracia socialista». Si bien en São Paulo hubo gran diversidad de apreciaciones sobre los acontecimientos en la URSS, el debate fue sobre si se trataba de una crisis del socialismo, de un modelo de socialismo o de las políticas aplicadas en esa nación, pero la descalificación del *statu quo* existente fue general. Sobre este punto, la Declaración de São Paulo expresa:

Hemos constatado que todas las organizaciones de la izquierda concebimos que la sociedad justa, libre y soberana y el socialismo solo pueden surgir y sustentarse en la voluntad de los pueblos, entroncados con sus raíces históricas. Manifestamos, por ello, nuestra voluntad común de renovar el pensamiento de

izquierda y el socialismo, de reafirmar su carácter emancipador, corregir concepciones erróneas, superar toda expresión de burocratismo y toda ausencia de una verdadera democracia social y de masas. Para nosotros, la sociedad libre, soberana y justa a la que aspiramos y el socialismo no puede ser sino la más auténtica de las democracias y la más profunda de las justicias para los pueblos.⁴⁹

El Encuentro de São Paulo fue un acontecimiento histórico debido a que, por primera vez en el mundo, coincidían en un mismo espacio fuerzas políticas que abarcaban a todo el espectro ideológico de la izquierda. De esta convergencia se derivan dos acontecimientos sin precedentes: 1) la afiliación a una misma organización de todas las corrientes de orientación socialista; y 2) la yuxtaposición de las corrientes socialistas con corrientes socialdemócratas y otras de carácter progresista. Sin restarle importancia a ese hecho, que sentó la pauta de la pluralidad del Foro, es importante aclarar que no hubo una participación equilibrada que reflejase la fuerza y la inserción social de cada una de las vertientes de la izquierda. Fue mayor la presencia socialista, génesis de choques posteriores entre los interesados en mantener la identidad y la composición original del Foro, y los interesados en cambiarlas.

La asistencia al Encuentro de São Paulo de representantes de todas las corrientes ideológicas de la izquierda obedeció a una combinación de factores. La crisis terminal de la URSS provocó un cambio en la configuración estratégica del mundo que no solo alteró las condiciones y las premisas de la lucha de las fuerzas revolucionarias, sino de todo el espectro de la izquierda. Desde las corrientes socialistas hasta las socialdemócratas, sentían igual necesidad de intercambiar criterios. Pero, no era solo un momento de intercambio, sino también de mutación de identidades políticas, lo cual presuponía un diálogo exploratorio entre quienes hasta entonces habían sido adversarios y en lo adelante podrían ser aliados.

Ese diálogo lo facilitó que este evento fuese convocado por el PT, fuerza con un abanico de corrientes internas que tenían puntos de contacto con todos y cada uno de los sectores de izquierda y progresistas de la región.

El acercamiento entre las corrientes históricamente excluyentes entre sí de la izquierda revolucionaria y socialista fue posible por el cisma ocasionado por la descomposición de la URSS. Sin duda, ese proceso avivó la polémica sobre cuál era el «pecado original» del socialismo soviético: si la dictadura del proletariado, como decía la socialdemocracia; la «burocratización» estalinista, como afirmaban las corrientes trotskistas; el «revisionismo» instaurado tras la muerte de Stalin, como decían los llamados partidos marxista-leninistas (de orígenes maoístas); la «decadencia» en que quedó sumida la URSS a partir del liderazgo de Leonid I. Breznev; o el proceso de *perestroika* y *glasnost* emprendido por Gorbachov. Sin embargo, la inminente desaparición de la «manzana de la discordia», es decir, de la URSS, y la coincidencia en la necesidad de construir nuevos paradigmas emancipatorios que partieran de las condiciones y las características de América Latina, abrieron un creciente espacio de diálogo y convergencia, por lo que las viejas polémicas fueron descendiendo en la escala de prioridades de las fuerzas de identidades socialistas, hasta el punto que, a efectos prácticos, hoy en América Latina se pueden considerar casi extinguidas.

Además de la necesidad compartida de intercambiar criterios y de la mutación de identidades, en la yuxtaposición de fuerzas de diverso carácter político e ideológico también desempeñó un papel determinante el elemento fortuito de que el Encuentro de São Paulo fue concebido como un evento que se celebraría solo una vez, y no como el acto premeditado de creación de una organización política. Si hubiese existido conciencia de que, al hacer esta convocatoria abierta, se estaba formando la identidad de un foro permanente, habrían surgido aprehensiones de todas partes. No

es casual que las pugnas sobre composición, identidad y objetivos empezaran a aquejar al Foro cuando se decidió sistematizar sus reuniones, es decir, tan pronto comenzaron los preparativos de su segundo encuentro.

La tónica de las intervenciones en el Encuentro de São Paulo fue de condena al capitalismo neoliberal y de proclamación de la necesidad de construir paradigmas socialistas basados en las raíces históricas y culturales de América Latina. Esto último, en muchos casos, entremezclado con la exaltación ilimitada de la «democracia sin apellidos» y el Estado de derecho, eclecticismo derivado de una combinación de varios elementos, entre ellos, el rechazo al «paradigma soviético» y los avances electorales obtenidos por la izquierda en México, Brasil y Uruguay.

En el debate sobre objetivos y formas de lucha, no solo desempeñó un papel determinante la ideología política que servía de prisma a cada cual para sacar sus conclusiones sobre los cambios en curso, sino también el impacto de esos cambios. Entre ellos resalta el hecho de que el derrumbe del bloque socialista europeo destruyó, al menos de momento, la noción de viabilidad de la revolución social. Sin perspectivas a corto o mediano plazo de una ruptura revolucionaria del *statu quo*, y en medio de la apertura de condiciones favorables para la izquierda en la lucha electoral, los términos «democracia» y «democrático» se convertían en los iconos del momento. Era difícil encontrar a alguien que reconociera que el sol de la democracia tenía manchas, y era más difícil aún encontrar a alguien que lo dijera en público. Era tal el rechazo al «socialismo real», que buena parte de los propios socialistas no se atrevía a cuestionar el mito de la «democracia sin apellidos». La consigna del momento era «democratizar la democracia».

Tres factores explican la sublimación de la democracia burguesa por parte de aquella izquierda que brotaba o rebrotaba a la legalidad en la década de 1980: 1) el deslumbramiento provocado por lo

que, con excepciones como las de Chile y Uruguay, era su primer acercamiento a los atributos formales de ese sistema en una región cuya historia está plagada de gobiernos dictatoriales y oligárquicos; 2) el que aquel primer contacto con la democracia burguesa ocurriera en uno de los peores momentos de la teoría y la praxis de la revolución y el socialismo, es decir, durante la crisis terminal de la URSS; y, 3) porque esa izquierda prefería interpretar el impulso del gobierno de los Estados Unidos al llamado proceso de democratización de las décadas de 1970 y 1980 como una garantía del fin de las dictaduras, en vez de como lo que era: una forma de restringir la naciente democracia.

Con respecto a las causas, podemos mencionar: el hecho de que ningún proceso revolucionario posterior a la Revolución Cubana lograra triunfar y consolidarse; el impacto ideológico provocado por el derrumbe de la URSS; y la apertura, a raíz de este y otros acontecimientos, de una nueva etapa de la historia de América Latina, en la cual, por primera vez, la izquierda accede al gobierno mediante la lucha política electoral, hecho que, erróneamente, una parte de ella percibe como ruptura con el acumulado de las luchas populares, cuando, en realidad, hay una relación dialéctica de continuidad y cambio entre el pasado y el presente.

En cuanto a las consecuencias, digamos que una gran cantidad de partidos y movimientos políticos de izquierda ocupan espacios en la institucionalidad democrático neoliberal por medio de la lucha electoral, incluido el ejercicio del gobierno, que al no estar conscientes de —o al no existir consenso dentro de ellos sobre— la vigencia del pensamiento sociofilosófico de fundamento marxista y leninista, desaprovechan un instrumental teórico que es imprescindible para: aquilatar la diferencia entre el gobierno que ejercen y el poder que necesitan construir; trazar los objetivos, programas, estrategias y tácticas que conjuren el riesgo de su cooptación y asimilación por parte del sistema capitalista, como le ocurrió a

la socialdemocracia europea en el siglo XX; y crear el bloque social capaz de emprender la transformación revolucionaria.

Tanto las corrientes socialistas como las no socialistas hablaban de un gobierno democrático, participativo, eficiente, sustentable, con enfoque de género y promotor de la diversidad étnica, cultural y de preferencia sexual. Para las corrientes socialistas, esos atributos se sumaban al rechazo a los «errores» y «desviaciones» en los que incurrió la URSS, interpretados por cada cual de acuerdo a sus puntos de vista. Para las corrientes no socialistas, esos eran los atributos inherentes a la «democracia sin apellidos», que supuestamente empezaría a funcionar tan pronto como lograsen elegir gobierno propio. Por lo general, se asumía que cuando fuese electa al gobierno la izquierda revertiría la reforma neoliberal. Esa era la noción más común. No obstante, algunas fuerzas, como el Partido Socialista de Chile, hablaban de un «neoliberalismo de izquierda».

Centrado el foco de atención en la crítica al «socialismo real» y el esbozo de nuevas ideas sobre el socialismo o la «democracia sin apellidos», según el caso, en el primer Encuentro del Foro el debate sobre las formas de lucha quedó relegado a segundo plano. La lucha armada no recibió allí gran atención por tres razones: el diagnóstico de la situación mundial fue el que acaparó la atención; sus críticos estaban en ese primer encuentro en una posición numéricamente minoritaria; y esos críticos confiaban en que todas las organizaciones insurgentes emprenderían el camino de la solución política negociada ya transitado por algunos grupos armados, o que simplemente se extinguirían.

Si el fetichismo de la democracia era un extremo, el otro extremo era el fetichismo de la revolución, culto que seguía librando la cruzada contra el «electoralismo» y el «reformismo» en los mismos términos utilizados cuando en América Latina la conquista del poder parecía alcanzable a corto plazo por medio de la lucha armada. Esta posición pasaba por alto que no existía una situación revoluciona-

ria y que las fuerzas socialistas tendrían que adecuar su estrategia y su táctica a esa realidad, lo que implicaba aprovechar las posibilidades abiertas en el terreno electoral para acumular fuerzas.

En muchas ocasiones, la polémica sobre objetivos y formas de lucha desarrollada en el Foro de São Paulo, no se libró en el plano conceptual, sino mediante maniobras de procedimiento para establecer un nuevo balance de fuerzas. En un polo se ubicaba la entonces autodenominada Nueva Izquierda,⁵⁰ interesada en redefinir el perfil del Foro mediante la incorporación de fuerzas que participaran en el gobierno de sus respectivos países y la exclusión de los «pequeños grupos radicales» que dominaron en el Encuentro de São Paulo. En el polo opuesto se situaron quienes exigían que el rasero para aprobar ingresos fuese aceptar la definición socialista contenida en la Declaración de São Paulo. Del choque entre estas posiciones, surgió un precario equilibrio consistente en promover la incorporación de las fuerzas socialdemócratas y progresistas que no habían asistido al Encuentro de São Paulo, pero sin excluir a ninguno de los partidos y organizaciones que estuvieron allí. La idea era crecer dentro del espectro de fuerzas que convergieron en São Paulo.

Como ejemplo de los enfrentamientos sobre la identidad y composición del naciente agrupamiento, baste mencionar la aguda polémica que suscitó su nombre original, es decir, Encuentro de Partidos y Organizaciones Políticas de Izquierda de América Latina y el Caribe, del que un sector quería desaparecer la palabra «izquierda». Ese sector insistía en rebautizarlo con el nombre Encuentro de Partidos y Organizaciones Democráticas y Populares de América Latina y el Caribe. El argumento de quienes intentaban forzar ese cambio era que no se podía «ser de izquierda» y aspirar al gobierno. Una de las propuestas dirigidas a encontrar un apelativo que reconociese su amplitud política e ideológica fue la suma de calificativos (democráticos, populares, de izquierda y otros); la alternativa planteada

fue evadir los calificativos y hacer referencia a los objetivos generales (por la soberanía, la igualdad, el desarrollo y otros). La imposibilidad de llegar a acuerdos, ni siquiera sobre formulas de carácter general, fue la que hizo surgir el nombre que acuñaría la identidad del agrupamiento de la izquierda latinoamericana: Foro de São Paulo. Incluso ese nombre fue cuestionado con el argumento de que era alusivo a la Declaración de São Paulo, cuya orientación era socialista. Después de un largo y difícil debate, este nombre fue el que prevaleció debido a que tenía la ventaja de mantener la identificación con la reunión inicial, al tiempo que llamaba a la incorporación de fuerzas políticas de un espectro más amplio.

Los «ataques» de la «derecha» del Foro de São Paulo contra su definición original, antiimperialista y antineoliberal, y para «purgar» a las organizaciones insurgentes colombianas, ante todo a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) y, en segundo lugar, al Ejército de Liberación Nacional (ELN), así como su presión para incorporar a fuerzas políticas de centroizquierda y centro, y evitar el ingreso de nuevas fuerzas socialistas, provocaron constantes crisis que mantuvieron su existencia en constante peligro. En la etapa iniciada tras la elección de Lula a la presidencia de Brasil, se hace aún más complejo el funcionamiento del Foro por la coexistencia entre sus miembros de partidos y movimientos políticos que acceden al gobierno, con otros partidos y movimientos políticos que no se proponen —o carecen de posibilidades de— llegar a él. El ejercicio del gobierno tiende a obligar a las fuerzas políticas a hacer una afirmación de su compromiso con la preservación del *statu quo*, de cuya alternabilidad entran a formar parte.

El PT no era el primer miembro del Foro electo al gobierno.⁵¹ El significado extraordinario, primigenio, conferido por el Foro a la elección de Lula obedece a que ningún otro de los gobiernos en que había participado o participaba algún partido del Foro

era reconocido como parte de la Nueva Izquierda. Los gobiernos de Argentina, Bolivia, Chile, Guyana, Haití, Panamá y República Dominicana en los que participaban miembros del Foro ni siquiera podían considerarse progresistas. En sentido opuesto, hasta ese momento el Foro no le había atribuido el merecido reconocimiento a la elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela. En la Declaración de Niquinohomo, aprobada por el IX Encuentro en el año 2000 en esa ciudad nicaragüense, cuna del general Augusto C. Sandino, quedó reflejado el triunfo electoral de Chávez, pero no con la relevancia que le correspondía.⁵² Esto ocurre porque él no era parte de la Nueva Izquierda y su pasado de «militar golpista» inspiraba desconfianza en la izquierda de los países que habían sido gobernados por dictaduras militares de «seguridad nacional».

El triunfo de la coalición electoral encabezada por el PT de Brasil tenía una significación especial: era el paradigma de proyecto de corte socialdemócrata que la Nueva Izquierda latinoamericana esperaba con ansiedad desde 1988.⁵³ Pero, la situación del mundo, de América Latina y de Brasil había cambiado en los casi veintitrés de existencia del PT, en particular, durante los catorce años transcurridos desde que Lula participó en su primera elección presidencial. En el nuevo orden mundial, la Nueva Izquierda podía ejercer el gobierno sin verse sometida a la hostilidad y desestabilización del imperialismo, pero a condición de no llevar a la práctica los programas «poscomunistas» elaborados a finales de los años ochenta y principios de los noventa, que prometían la participación democrática de todos los sectores oprimidos y explotados, un desarrollo económico independiente y sostenible, y una justa redistribución de la riqueza.

La realidad demostró, con mayor crudeza que en etapas anteriores, que el voto ciudadano no es la fuente del poder en la sociedad capitalista, sino el medio de acceder a instituciones ejecutivas y legislativas cuya capacidad de decisión y acción está determi-

nada por poderes fácticos. No era igual redactar un programa en la oposición, que entretejer alianzas con fuerzas de centro, centro-derecha e incluso de derecha, vencer los obstáculos de un sistema político electoral diseñado para garantizar la alternancia entre partidos burgueses, y heredar un gobierno atado al sistema de dominación transnacional. La aspiración a ser electos al gobierno y ejercer esa función en el capitalismo real llevó a la Nueva Izquierda a redactar programas y construir alianzas posibilistas. Las reivindicaciones de los obreros, campesinos, desempleados, subempleados, jubilados, mujeres, jóvenes, indios y negros, solo podrían ser atendidas en la medida en que el Estado acumulara excedentes, sin afectar los pagos de la deuda ni los otros compromisos con el capital transnacional. Si no es posible compatibilizar los intereses del capital con los del trabajo, ¿qué intereses optó por defender la Nueva Izquierda latinoamericana? ¿No se constata la influencia de la socialdemocracia europea occidental?

Los programas «poscomunistas» quedaron como puntos de referencia hacia los cuales se avanzaría en un futuro impreciso, y luego se dejó de hablar de ellos. Como esos programas ejercieron una influencia determinante en muchas de las declaraciones y resoluciones aprobadas por el Foro desde su fundación, era lógico que, ante la perspectiva de ejercer el gobierno nacional, algunos de sus miembros tomaran distancia de muchas de sus propias posiciones políticas anteriores, que habían quedado refrendadas en ellos. No se tomaba distancia expresa de los objetivos políticos, económicos y sociales, que descendían al lugar «posible» en la escala de prioridades de los gobiernos, sino de las posiciones de rechazo total y las críticas radicales a los centros de poder mundial, a los organismos financieros internacionales, y a otros gobiernos de América Latina, con los cuales tendrían que mantener relaciones funcionales.

A partir de entonces, se puso al rojo vivo la polémica sobre reforma o revolución por la necesidad que una parte de los miem-

bros del Foro sentía de hacer más explícito su compromiso de actuar, como horizonte estratégico, dentro de la democracia burguesa, en la que algunos habían accedido al gobierno y otros esperaban hacerlo en breve, y la necesidad que la otra parte sentía de hacer también más explícita su vocación estratégica de derrotar al capitalismo, aunque sin poder acompañar su convicción ideológica con una idea clara de los medios, los métodos y los plazos previsibles para alcanzar este objetivo. El punto neurálgico del enfrentamiento fue, lógicamente, el conflicto colombiano, el único país de la región donde se sigue practicando la lucha armada. Es un debate muy duro y polarizado porque tiene dos aristas: que es la encarnación práctica del debate general sobre objetivos y formas de lucha de la izquierda latinoamericana en su conjunto; y que en él inciden las peculiaridades de la violencia colombiana.⁵⁴

Como todo organismo político, el Foro de São Paulo está sometido a la influencia de cambiantes circunstancias que pueden prolongar su existencia tal como es en la actualidad, pueden obligarlo a modificarse o pueden hacerlo desaparecer. Entre esas cambiantes circunstancias es preciso analizar, no solo la coexistencia en el Foro de fuerzas políticas de gobierno y de oposición, sino que cada una de esas fuerzas políticas de gobierno actúa en condiciones singulares y se plantea proyectos diferentes, lo cual tiende a hacer aún más complejo el debate.

A la izquierda latinoamericana le ha sido difícil desentrañar las interrogantes abiertas por el «cambio de época», y más difícil aún adaptarse a las nuevas condiciones. En ambos aspectos, la contribución del Foro es vital por varias razones, entre ellas: le dio un alcance continental y una proyección mundial a la ruptura de los viejos compartimentos sectarios de la izquierda que se estaba produciendo en los ámbitos nacionales; fomentó el conocimiento directo entre los líderes y las direcciones nacionales de los partidos y movimientos políticos de izquierda de los países de la región,

lo que repercute en una mayor comprensión y colaboración entre ellos; facilitó la búsqueda conjunta de respuestas a interrogantes que eran difíciles de descifrar de modo individual; permitió realizar pronunciamientos y emprender acciones colectivas en los ámbitos multilaterales, y dar apoyo y solidaridad a las luchas nacionales en torno a las cuales existe consenso dentro del Foro; e, incluso en aquellos temas sobre los que no existe consenso, el Foro facilita el acercamiento y el trabajo conjunto de la parte de sus miembros que sí coinciden en ellos, lo que no necesariamente tiende a crear divisiones, sino que, cuando es bien canalizado, deviene un campo de actividad complementario.

En esencia, ni el Foro «dirige» a la izquierda latinoamericana, ni va a encabezar la revolución que América Latina necesita, pero estudiarlo ayuda a conocer mejor a esa izquierda y a calibrar las condiciones necesarias para la revolución.

La izquierda latinoamericana en el gobierno

En medio de la crisis terminal de la bipolaridad mundial de posguerra, con la invasión estadounidense a Panamá (1989), la derrota «electoral» de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua (1990), la desmovilización de una parte importante de los movimientos guerrilleros en Colombia (1990-1991) y la firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador (1992), concluye la etapa de la historia de América Latina abierta por el triunfo de la Revolución Cubana y se inicia otra en la que predominan la movilización social y la competencia electoral de la izquierda dentro de la democracia burguesa, cuyos postulados *formales* se aplican, por primera vez, en toda la región —excepto en Cuba.

La gestación de la nueva etapa de luchas populares latinoamericanas se produjo en la segunda mitad de la década de 1980. En los países sometidos a dictaduras militares de «seguridad nacional»

donde los movimientos populares y de izquierda lograron una mayor organización, unidad y combatividad durante el «proceso de democratización», también fue mayor su capacidad de oponerse a las restricciones constitucionales y legales que los gobernantes castrenses impusieron a la institucionalidad posdictatorial, y de ocupar espacios en diversas instancias de gobierno y en las legislaturas nacionales, pero no pudieron impedir la sujeción del Estado nacional a los nuevos mecanismos transnacionales de dominación, ni sustraerse completamente al embrujo de la gobernabilidad democrática.

El ejemplo paradigmático de la izquierda que brotaba derribando las barreras políticas y electorales dejadas por la saliente dictadura, es el Partido de los Trabajadores de Brasil, fundado el 10 de febrero de 1980, en el contexto de la crisis política, económica y social que condujo al desmontaje de la dictadura militar imperante de 1964 a 1985. Su nacimiento fue resultado de un proceso de construcción iniciado en 1979 por el Movimiento Pro-PT, en el cual convergieron tres vertientes del movimiento popular y de la izquierda: el nuevo sindicalismo surgido de las oposiciones que disputaron el control del aparato sindical burocrático de la dictadura; los movimientos sociales de diverso carácter que proliferaron durante las décadas de 1960 y 1970; y los denominados sobrevivientes: dirigentes y militantes de la izquierda de los años sesenta, recién salidos de la prisión o de regreso del exilio como resultado de la lucha por la amnistía y la defensa de los derechos humanos.

Aún dentro de la dictadura militar, entre 1980 y 1985, el PT libra sus batallas contra la Ley de Seguridad Nacional; por la autonomía sindical y el derecho de huelga; por el salario, la seguridad y la salud de los trabajadores; por la democracia, la libertad y el fin de la censura; por el desarrollo con distribución de la renta; y por la solidaridad internacional. Al mismo tiempo, concentra su atención en el crecimiento y la educación política de su membresía, en

la construcción de órganos de dirección en las bases, municipios y estados, y en sus primeras campañas electorales para los cargos de vereadores (concejales), prefectos (alcaldes) y diputados estaduais y nacionales.

Entre 1985 y 1989, el PT se enfrenta a la política económica del primer presidente civil, José Sarney, se concentra en la campaña para la Asamblea Constituyente de 1986 —que aprueba la elección presidencial directa—, gana terreno en las elecciones legislativas de 1987 —en las cuales Lula es elegido a la Cámara de Diputados con más de seiscientos mil votos, la cifra más alta que recibiera diputado alguno en la historia de Brasil—, amplía ese terreno en las elecciones municipales de 1988 —cuando logra el control del gobierno de numerosas ciudades, entre las que resaltan São Paulo y Porto Alegre— y desarrolla la primera campaña presidencial de Lula en 1989, en la cual éste tuvo un resultado impresionante, a pesar de haber sido derrotado en la segunda vuelta de los comicios.

Al igual que el PT, el Frente Amplio de Uruguay (FA) constituye un ejemplo, en este caso, de la izquierda que *rebrotaba* en la lucha durante los años finales de la dictadura. El FA es una coalición de partidos y movimientos políticos fundada el 5 de febrero de 1971, que en las elecciones de ese año recibió 18,3% de los votos con la candidatura presidencial del general Líber Seregni, antes de ser proscrito tras el golpe de Estado de 1973. En las elecciones celebradas en 1984 como parte de la «transición democrática», el FA elevó su votación a 23%, a pesar de que su principal figura, el general Seregni, era uno de los políticos inhabilitados por los militares para presentarse como candidato a puestos electivos.

Aunque el auge de la lucha social y la competencia electoral de la izquierda latinoamericana comienza en Brasil y Uruguay, la primera elección presidencial de la nueva etapa en la cual participa un candidato popular con posibilidades reales de triunfar se produjo en México, donde el presidente Miguel de la Madrid (1982-1988)

seleccionó a Carlos Salinas de Gortari como candidato oficialista para que diera continuidad a la reforma neoliberal iniciada por él. Fue en respuesta a esa situación que amplios sectores progresistas y de izquierda decidieron formar el Frente Democrático Nacional (FDN), que presentó a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato presidencial en las elecciones del 6 de julio de 1988, en las cuales fue despojado de la victoria mediante un fraude.

El desempeño de Cárdenas como candidato presidencial del FDN en las elecciones de 1988, junto al de muchos candidatos y candidatas de esa coalición al Senado, la Cámara de Representantes y las instancias estatales y municipales de gobierno, fue la indicación más sólida ocurrida hasta ese momento de que en América Latina comenzaba una nueva etapa, caracterizada por el acceso de la izquierda a espacios institucionales que hasta entonces le habían estado vedados. Poco más de un año después, el resultado obtenido por Luiz Inácio Lula da Silva como candidato del PT en los comicios presidenciales efectuados en Brasil en noviembre y diciembre de 1989, y la elección en Uruguay, en octubre de ese año, de Tabaré Vázquez, candidato del Frente Amplio, como Intendente de Montevideo, no dejarían dudas sobre las nuevas tendencias.

Pese a que el desempeño de las izquierdas mexicana, brasileña y uruguaya fueron las primeras y más importantes manifestaciones del auge de la lucha electoral en los gobiernos locales y estatales, y en las legislaturas nacionales de varios países, esa tendencia tardó años en llegar a tener éxito en las elecciones presidenciales, y, además, cuando lo tuvo, se produjo en otro país y por diferente senda. En México, Cárdenas fue derrotado en los comicios presidenciales de 1988, 1994 y 2000; en Brasil, Lula lo fue en 1989, 1994 y 1998; y en Uruguay, Líber Seregni fue derrotado en 1989 y Tabaré en 1994 y 2000. Ello obedece a que, si bien desde 1994, año de la rebelión zapatista y la crisis financiera mexicana, se comenzó a desmoronar la aureola del neoliberalismo, los gobernantes de ese

signo todavía conservaban la capacidad de capitalizar a su favor el miedo que ellos mismos infundían ante la eventual victoria electoral de la izquierda, que supuestamente provocaría la pérdida de confianza de la banca internacional y ocasionaría una debacle económica y social. Por ese motivo, no es casual que la primera elección de un presidente de izquierda en la actual etapa fuera la de Hugo Chávez en Venezuela. La razón es que en ese país se produjo un colapso de las instituciones políticas y económicas, crisis en medio de la cual, ni siquiera el factor miedo pudo ser invocado contra su candidatura presidencial.

En este punto cabe preguntarnos: ¿qué entendemos hoy en América Latina por gobiernos de izquierda y progresistas?

Los denominados gobiernos de izquierda y progresistas electos en América Latina desde finales de la década de 1990, son en realidad gobiernos de coalición en los que participan fuerzas políticas de izquierda, centroizquierda, centro e incluso de centroderecha. En algunos, la izquierda es el elemento aglutinador de la coalición y en otros ocupa una posición secundaria. Cada uno tiene características particulares, pero es posible ubicar a los más emblemáticos en dos grupos, y hacer referencias a los casos que no encajan en alguno de ellos. Estos grupos son: 1) gobiernos electos por el quiebre o debilitamiento extremo de la institucionalidad democrático neoliberal, como ocurrió en Venezuela, Bolivia y Ecuador; y, 2) gobiernos electos por acumulación política y adaptación a la gobernabilidad democrática, definición aplicable a Brasil y Uruguay. Además, están los casos singulares de Nicaragua, El Salvador, Paraguay, Argentina y Perú.

Agrupamientos similares hace Claudio Katz al hablar de *gobiernos centroizquierdistas*, en Argentina, Brasil y Uruguay; y de *gobiernos nacionalistas radicales*, en Venezuela, Bolivia y Ecuador. Según Katz, los primeros mantienen una relación ambigua con el imperialismo, defienden los intereses generales de los capitalistas, en tensión con

varios sectores de empresarios, y toleran las conquistas democráticas, pero obstaculizan las reivindicaciones populares; y los segundos promueven un curso económico más estatista, mantienen fuertes conflictos con los Estados Unidos, chocan con la burguesía criolla, y llevan a la práctica un proyecto que oscila entre el neodesarrollismo y la redistribución progresiva del ingreso.⁵⁵

La elección y la subsiguiente reelección de los presidentes Hugo Chávez en Venezuela,⁵⁶ Evo Morales en Bolivia⁵⁷ y Rafael Correa en Ecuador⁵⁸ tienen elementos comunes. En primer lugar, son resultado de la crisis de la institucionalidad democrático neoliberal que afecta a esas naciones, que puede calificarse de desmoronamiento en Venezuela y de debilitamiento extremo en Bolivia y Ecuador. Esas crisis son las que frustraron las maniobras destinadas a evitar la elección de estos mandatarios. La crisis política institucional es también el factor que hace necesario y posible el establecimiento de un nuevo orden constitucional y legal, acorde con la nueva correlación de fuerzas sociales y políticas.

Los liderazgos personales de Chávez, Evo y Correa, en el caso de Evo, combinado con su capacidad de aglutinar a los movimientos indígenas y, en el de Correa, de aglutinar al movimiento ciudadano, constituyen el elemento principal de los procesos de transformación social que ellos encabezan, mientras que los partidos y movimientos políticos de la izquierda preexistente, tanto la llamada izquierda tradicional, como la surgida en la etapa abierta por la Revolución Cubana, desempeña un papel discreto, que se incrementa en la medida en que los mandatarios la invitan a incorporarse a los procesos que ellos lideran y que esa izquierda acepta participar.

Venezuela, Bolivia y Ecuador son países productores de hidrocarburos, sobre los cuales sus gobiernos afirman la soberanía nacional. De ello se deriva un efecto positivo y otro negativo. El efecto positivo es que cuentan con recursos para sustentar su política de desarrollo económico y social. El efecto negativo es que esa polí-

tica de desarrollo se ve neutralizada, en buena medida, por el renacimiento, y es susceptible a críticas de los movimientos sociales por las consecuencias económicas y medioambientales negativas del extractivismo y, en los casos de Bolivia y Ecuador por las concesiones a las empresas transnacionales y a las oligarquías nacionales. Tienen también en común el hecho de ser procesos de transformación social de signo popular que sufren los efectos de la campaña desestabilizadora desarrollada contra ellos por el imperialismo y sus aliados locales, que incluye los fracasados intentos de golpes de Estado ocurridos en Venezuela y Ecuador, el paro petrolero y el referendo revocatorio en Venezuela, y el estímulo al separatismo de los departamentos de la Media Luna en Bolivia, entre otros medios y métodos. Además, en estrecha relación con lo anterior, están ubicados en la región andino-amazónica, donde los Estados Unidos construyen una creciente red de bases militares que los rodea y desde la cual se pueden realizar acciones agresivas contra ellos, como los ataques quirúrgicos con medios sofisticados de localización y «aviones inteligentes», que aniquilaron los campamentos de los comandantes de las FARC-EP Raúl Reyes (en territorio ecuatoriano), Jorge Briceño y Alfonso Cano, quien había asumido la máxima jefatura de esa organización tras la muerte de Manuel Marulanda. Por último, estos procesos están aquejados por contradicciones, errores y limitaciones propias.⁵⁹

En el caso de los gobiernos de Brasil y Uruguay, no obstante la distancia de tiempo y espacio que los separa de las experiencias socialdemócratas europeo occidentales de las primeras seis décadas del siglo XX, ambos parecen tener en común con ellas el haberse adentrado por un carril que no conduce, ni a la ruptura ni al salto cualitativo del capitalismo a la emancipación social.

La elección —y posterior reelección— de Luiz Inácio Lula da Silva a la presidencia de Brasil,⁶⁰ la de Tabaré Vázquez en Uruguay,⁶¹ la de José Mujica también en Uruguay⁶² y la de Dilma Rousseff en Bra-

sil,⁶³ tienen elementos comunes. Aunque, en primer lugar Lula y, en segundo Tabaré, eran líderes con gran capacidad de convocatoria y movilización, similar a la de Chávez, Evo y Correa, en los casos de Brasil y Uruguay el liderazgo personal está combinado con un fuerte desarrollo organizativo y con una larga tradición de lucha de las fuerzas políticas, a saber, el Partido de los Trabajadores y el Frente Amplio. Antes de llegar al gobierno, ambos atravesaron por un largo período de acumulación política, que incluyó tres derrotas en elecciones presidenciales en cada caso. Estas derrotas provocaron un debate interno sobre si se debían a un alejamiento de sus posiciones y bases sociales históricas, o a una insuficiente moderación y un también insuficiente movimiento hacia el centro del espectro político nacional, dirigido a captar el voto de las capas medias, y a neutralizar la oposición de los poderes fácticos transnacionales y nacionales. En ambos, prevaleció esta última tendencia. Aunque en Uruguay fue derrotada varias veces la precandidatura presidencial del artífice del corrimiento hacia el centro, el entonces senador Danilo Astori, este desempeñó un papel en los gobiernos del FA, primero como ministro de Economía de Tabaré y en la actualidad como vicepresidente de la República junto a Mujica.

Otro elemento es que en ninguno de estos dos países había una crisis política en el momento de la elección, sino más bien las campañas electorales del PT y el FA se basaron en que, al ser partidos con fuerte arraigo popular, podían: 1) evitar el estallido de una crisis política; 2) mantener un neoliberalismo atenuado; y, 3) neutralizar las demandas del movimiento social. Con otras palabras, en estos casos hay una mayor adaptación a las reglas del juego de la gobernabilidad democrática, que en Venezuela, Bolivia y Ecuador.

En Nicaragua se destacan las dos elecciones consecutivas de Daniel Ortega a la presidencia, en 2006 y 2011. Con el triunfo de Ortega en los comicios de 2006 como candidato de la coalición Unida Nicaragua Triunfa –construida por medio de alianzas con

una parte de los antiguos enemigos de la Revolución Popular Sandinista, entre ellos sectores de lo que fuera la contrarrevolución armada en los años ochenta y de la Jerarquía Católica —, el secretario general del FSLN retornó a la presidencia de Nicaragua casi diecisiete años después de que fuera desplazado de ella en las elecciones de 1990. Esa victoria no solo se repite en 2011, sino que en esta segunda ocasión obtiene una votación muy superior.

Después de la derrota electoral del gobierno sandinista en febrero de 1990, por primera vez desde la instauración de la dictadura de Anastasio Somoza, empezó a funcionar en Nicaragua el sistema democrático burgués —sujeto a las restricciones de la democracia neoliberal—, la oficialidad sandinista retuvo el control del Ejército Nacional y la Policía Nacional, el FSLN siguió siendo el partido político más representado en la Asamblea Nacional —pero en minoría frente a la alianza de derecha—, y mantuvo el voto duro de alrededor del 25% de la población, principalmente, en los sectores humildes que fueron beneficiados por la revolución. En contra del FSLN comenzó a manifestarse el rechazo de la burguesía proimperialista, de las capas medias resentidas por las penurias de la etapa revolucionaria, y de parte de las capas humildes, o bien por escasa politización o bien como consecuencia de los errores del gobierno sandinista. A todo ello se unieron las tensiones y desgajamientos ocurridos en el propio FSLN, el más importante de los cuales derivó en la fundación del Movimiento de Renovación Sandinista (MRS). En esas condiciones, la candidatura de Ortega fue nuevamente derrotada en las elecciones de 1996 y 2001, en ambos casos por una coalición articulada en torno al Partido Liberal Constitucionalista.

En los resultados de la elección de 2011 hay que destacar un cambio cualitativo en la votación. En los comicios de 1990, 1996 y 2001, los candidatos de las coaliciones de derecha se impusieron con cifras ubicadas entre el 51,5% obtenido por Violeta Barrios en

1990 y el 56,3% de Enrique Bolaños en 2001, mientras que el candidato presidencial del FSLN perdió con cifras ubicadas entre el 37,86% que recibió en 1996 y el 42,3% de 2001. Nótese que la victoria electoral cosechada por Ortega en 2006, con solo 38,56%, no representa un aumento de la votación recibida en los comicios anteriores porque incluso recibió menos apoyo que en 2001. Esta victoria se explica por dos factores: uno es la división de la derecha, que llevó a la contienda presidencial dos aspirantes que se neutralizaron entre ellos; el otro es la reforma político-electoral — acordada por el FSLN y el Partido Liberal Constitucionalista —, en virtud de la cual el candidato que obtenga 40% de los votos en la primera vuelta, o 35% si la diferencia con el que ocupa el segundo lugar es mayor de 5%. Sin embargo, en 2011, enfrentado a una derecha incluso más dividida que antes, que concurre a las urnas con varios candidatos, Daniel triunfa con 62,46% y el candidato mejor votado de la derecha, obtiene 31%.⁶⁴ En el caso del FSLN, lo que se manifiesta en 2006 es su capacidad de mantener y ampliar su control sobre resortes de poder, de conservar el apoyo de una parte del electorado y de maniobrar políticamente para aprovechar la división de la derecha, mientras que en 2011 a lo anterior se suma la ejecución de importantes programas de asistencia y desarrollo social, parte importante de ellos resultado de la cooperación y el comercio con los países de la Alternativa Bolivariana para las Américas-Tratado de Libre Comercio de los Pueblos (ALBA-TCP).

La elección de Mauricio Funes a la presidencia de El Salvador como candidato del FMLN, en 2009, tiene diferencias y similitudes con los casos de Brasil y Uruguay. Fundado en octubre de 1980 mediante la convergencia de las cinco organizaciones revolucionarias que desde los años setenta luchaban por separado, al FMLN lo sorprende el derrumbe de la URSS en medio de una lucha armada en la que había alcanzado elevados niveles de eficiencia. Después de convertirse en partido político, sufre la escisión de los dirigen-

tes históricos y de la mayor parte de los militantes procedentes de dos de sus organizaciones fundadoras, el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) y la Resistencia Nacional (RN), y luego la de una fracción de las Fuerzas Populares de Liberación Farabundo Martí (FPL), tras lo cual quedan en él corrientes que guardan viejos recelos con los miembros de la dirección procedentes del Partido Comunista de El Salvador (PCS), fuente de agudas contradicciones internas y potenciales nuevas escisiones.

Tras su última fractura importante, ocurrida en 1999, el FMLN desata una labor de fortalecimiento organizativo y político-ideológico, que le permite obtener resultados sin precedentes en las elecciones de 2004 y sentar las bases para triunfar en las presidenciales de 2009. Sin embargo, para esto le fue imprescindible establecer alianzas con amplios sectores sociales y políticos, y seleccionar como candidato a la presidencia al periodista de televisión Mauricio Funes. El resultado es una desconexión entre, por una parte, el presidente y su gabinete —formado por figuras que no son miembros del FMLN o son de los sectores del FMLN afines a las posiciones del mandatario— y, por otra, el núcleo central de dirección del partido. De ello se deriva que, de modo peculiar, Funes encaje también en la definición de presidentes electos por acumulación política y adaptación a la gobernabilidad democrática.⁶⁵

Legítimos lugares dentro de la corriente de gobiernos de izquierda y progresistas ocupan la elección de Néstor Kirchner a la presidencia de Argentina,⁶⁶ seguida de la de su esposa Cristina Fernández⁶⁷ y la del ex obispo Fernando Lugo en Paraguay.⁶⁸ En Argentina, a falta de una figura o de una organización de izquierda que pudiera capitalizar los efectos de la crisis económica, política y social, fue una fuerza política tradicional, el Partido Justicialista (PJ), peronista —el mismo partido del ex presidente Carlos Saúl Menem, artífice de la reestructuración neoliberal, de la corrupción y de la crisis que azotaba a esa nación—, el que aportó de su seno

a dos personalidades progresistas, Néstor y Cristina, portadoras de un proyecto político para neutralizar la crisis, que incluyó la imagen de una negociación honorable con el FMI y la satisfacción de demandas políticas y sociales (no tanto las económicas) de la izquierda y el movimiento popular. A la coalición liderada por el matrimonio Kirchner-Fernández, se sumaron importantes sectores de los movimientos sociales, y de partidos y movimientos políticos de izquierda. Con la repentina muerte de Néstor a finales de 2010, Cristina queda como la única cabeza reconocida de esa corriente, como lo demuestra su arrolladora reelección en los comicios de octubre de 2011, en los cuales se impuso con 53,96% de los votos.

En Paraguay, en febrero de 1989, el general Andrés Rodríguez derrocó, mediante un golpe de Estado, a su pariente, el dictador Alfredo Stroessner. Poco después, Rodríguez «legitimó» su presidencia en unos comicios en los cuales participó como candidato del oficialista Partido Colorado, la fuerza política de Stroessner que, ya «democratizada», se mantuvo en el ejercicio del gobierno hasta que Lugo, como candidato presidencial de una alianza que abarcó desde los movimientos sociales y políticos de izquierda hasta las fuerzas de derecha opositoras al Partido Colorado, fue electo a la primera magistratura en 2009. De la heterogeneidad y los intereses antagónicos que encierra la coalición gubernamental, a la que se añade el hecho de que los movimientos sociales y la izquierda se encuentran desunidos, se deriva el aislamiento de Lugo con relación a su vicepresidente y la mayoría de su gabinete, y su actuación contradictoria que genera crecientes manifestaciones críticas y de protesta de los sectores populares organizados.

En Perú, en 2011 fue electo como presidente el líder del Partido Nacionalista, Ollanta Humala, ex militar que adquirió notoriedad por haberse rebelado contra el fraude cometido en 2000 por el entonces presidente Alberto Fujimori, quien se licenció pocos años después de aquel pronunciamiento y fundó la fuerza política

que encabeza. En los comicios de 2006, fue derrotado —probablemente despojado del triunfo mediante el fraude—, en la segunda vuelta electoral por Alan García. En 2011, fue electo a la primera magistratura al frente de una coalición de fuerzas de izquierda y progresistas, que en la segunda vuelta recibió el apoyo de otros sectores para bloquear el posible triunfo de la hija del ex presidente Fujimori. Ollanta encaja en el perfil general de los gobernantes de izquierda latinoamericanos electos en esta etapa que le preceden: es un líder de izquierda no ajustado a los cánones tradicionales; encabeza una coalición integrada por un amplio espectro de fuerzas políticas de izquierda y movimientos sociales; llega al gobierno mediante alianzas con fuerzas ubicadas a su derecha; y gobernará con ataduras al sistema de dominación que podrá erosionar, pero no quebrar.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR



EL APARATO IMPERIALISTA EN CENTROAMÉRICA
Imperialismo y revolución en Centroamérica, Volumen 1
Roque Dalton

En este ensayo, hasta ahora inédito, Roque desenmascara la conversión de la «integración» económica y de los conflictos centroamericanos en instrumentos del imperialismo para desarticular las luchas revolucionarias en la región.

200 páginas, 2011, ISBN 978-1-921235-98-6

La contraofensiva del imperialismo norteamericano y la derecha local

¿Cómo reaccionan el imperialismo norteamericano y la ultraderecha latinoamericana ante los triunfos electorales de las fuerzas populares y cómo aprovechan los errores e insuficiencias de los gobiernos de izquierda y progresistas?

El sistema de dominación continental basado en doctrina de la gobernabilidad democrática y la creación de mecanismos transnacionales para imponerla y preservarla, pareció funcionar acorde a lo previsto durante la mayor parte de la década de 1990, «adornado» y «prestigiado» por la «tolerancia» demostrada ante los espacios institucionales ocupados por la izquierda en los parlamentos y en los niveles locales de gobierno de un creciente número de países. Una vez más, como ya ocurrió antes en la historia de las relaciones interamericanas, el imperialismo llamó a condenar toda interrupción del orden constitucional, un orden que creyó le sería eternamente favorable. Sin embargo, el «perfeccionamiento» del sistema de dominación agravó la crisis económica, política y social, y ésta, a su vez, provocó el aumento de las luchas populares.

En virtud de esa secuencia, a partir de la elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, la balanza se inclinó a favor de los triunfos electorales de las fuerzas de izquierda y progresistas, y así sucedió lo que ni el imperialismo norteamericano ni buena parte de la propia izquierda esperaban: que la democracia representativa, implantada como plataforma de la reestructuración neoliberal, se convirtió en la plataforma para la elección de

gobiernos de izquierda y progresistas de diversa composición y modulación. Ante esa realidad, una vez más, el imperialismo se ve compulsado a desechar la defensa del «orden constitucional» que no le sirvió para evitar la elección de gobiernos «hostiles» y que, además, en naciones como Venezuela, Bolivia y Ecuador, se convirtió en un nuevo orden constitucional defensor de la soberanía y los intereses de los pueblos. De modo que era necesario hallar la fórmula para retornar a la desestabilización y el cuartelazo, utilizados contra gobiernos como los de Arbenz en Guatemala y Allende en Chile, pero con una «hoja de parra», como demanda el «cambio de época». Esa hoja de parra incluye el protagonismo de los medios de comunicación, que esconden el papel de los servicios especiales y la diplomacia yanqui, y apuntalan la otra «institucionalidad democrática» impuesta tan pronto se derroca al gobierno de izquierda o progresista.

Con otras palabras, para evitar el rechazo que provoca el recuerdo de los crímenes de las dictaduras militares de «seguridad nacional», la «metodología» actual estipula que los militares golpistas desaparezcan de escena y el papel político público lo asuman civiles que, mediante una elección, una reforma constitucional u otra fórmula, impongan un nuevo *statu quo* «democrático» acorde a los intereses del imperialismo. Esto fue lo que se intentó sin éxito en Venezuela en 2002. Ese es el papel que le correspondió a Roberto Micheletti en el golpe de Estado de 2009 en Honduras.

El gobierno de Manuel Zelaya era el «eslabón más débil de la cadena» de los gobiernos de izquierda y progresistas de América Latina y el Caribe. Su elección no fue el resultado de un quiebre institucional que abrió paso a un proceso de transformación social, como en Venezuela, Bolivia y Ecuador; o de una larga acumulación social y política apoyada en un entramado de organizaciones sociales, como en Brasil, Uruguay y El Salvador; o de los espacios de poder político conservados tras la derrota electoral sufrida por

el FSLN en Nicaragua; o de un «corrimento» de fuerzas políticas tradicionales a la «centroizquierda» provocado por la crisis económica, política y social, como el liderado por el matrimonio Kirchner-Fernández en Argentina; o de la crisis terminal de la hegemonía de una fuerza política antediluviana, como el Partido Colorado de Paraguay, que facilitó la elección del presidente Fernando Lugo.

La actuación de Mel Zelaya como presidente fue un milagro imprevisto. Figura proveniente de la oligarquía y la política tradicional hondureñas, que no había dado señal de izquierdismo o progresismo, al asumir la primera magistratura reveló tener una conciencia social que nadie calculó. En el plano interno, adoptó una política orientada al beneficio de los sectores populares, que le valió el odio de «clase política» de la «vieja época», para la cual se convirtió en un traidor. En el ámbito externo, su gobierno ingresó al ALBA-TCP, hecho que representó el establecimiento de relaciones de amistad y colaboración con Venezuela, Cuba, Bolivia, Ecuador y otros países de izquierda y progresistas. Más aún, junto a su canciller, Patricia Rodas, desafió al imperialismo norteamericano con el papel que desempeñó en la Asamblea General de la OEA de San Pedro Sula (2009), la cual acordó derogar la exclusión de Cuba del Sistema Interamericano aprobada por esa organización en 1962. Sin embargo, esas acciones no estuvieron acompañadas de la construcción de un sistema de alianzas sociales, que sirviera de valladar para contener la previsible arremetida en su contra del imperialismo y la derecha criolla. La arremetida contra Zelaya era solo cuestión de tiempo. La lista de «agravios» sufridos por el imperialismo norteamericano en América Latina era larga, y Honduras era buen un lugar ideal para contraatacar.

Entre esos agravios resaltan la derrota del ALCA; la incapacidad de hacer elegir a sus candidatos favoritos a la Secretaría General de la OEA en 2005; la incapacidad de alterar la Carta Democrática Interamericana para utilizarla de modo directo contra

el presidente Chávez; el surgimiento y ampliación del ALBA-TCP; el ingreso de Cuba al Grupo de Río; y el ya mencionado levantamiento de las sanciones de la OEA contra este último país. Era necesario generar un hecho que le permitiera al imperialismo romper su «mala racha», es decir, interrumpir la secuencia de victorias de los países del ALBA-TCP, la UNASUR y el Grupo de Río. Esta fue la función del golpe de Estado en Honduras, donde la unidad de la oligarquía y las fuerzas armadas en torno a golpe, junto al mal disimulado respaldo que les brindaron los grupos de poder de los Estados Unidos y sus aliados de la derecha latinoamericana, le permitieron neutralizar los efectos de las presiones externas y la meritoria resistencia popular interna, hasta el punto de haber imposibilitado el regreso al *statu quo* anterior. A ello contribuyó, en buena medida, la innecesaria confianza depositada por Zelaya en la promesa de la administración Obama y de la OEA de actuar en función del restablecimiento de la democracia, quienes, por el contrario, orquestaron la farsa «mediadora» de Oscar Arias.

La dictadura cívico-militar cuyo rostro visible fue el de Micheletti cumplió la función a ella asignada por el imperialismo: reprimir la resistencia popular y «capear» el rechazo internacional por la interrupción del «orden constitucional y democrático», al que el propio imperialismo le erigió un altar cuando creyó que funcionaría de manera invariable a favor de sus intereses. La meta era nadar a contracorriente hasta la fecha de la siguiente elección presidencial para crear una situación *de facto*: la instalación de un nuevo mandatario «legítimo», es decir, la imposición de un «nuevo *statu quo* democrático» que el imperialismo y sus aliados pudieran apoyar de inmediato, y que el resto de la comunidad internacional tuviera que resignarse a aceptar. Así entra en escena el gobierno del presidente Porfirio Lobo.

Lo ocurrido en Honduras es un llamado de alerta. El gobierno de los Estados Unidos actuó en la crisis hondureña sobre una base

predecible, porque el sistema de salvaguardas de la democracia representativa desarrollado por la OEA no fue creado para proteger a gobiernos de izquierda y progresistas, sino a los gobiernos neoliberales. Los mecanismos instituidos por la OEA fueron concebidos para lo mismo que hizo Oscar Arias como «mediador» en Honduras: desarrollar una «negociación» que restableciera una «constitucionalidad» y una «legalidad» neoliberales. Baste recordar que, en ninguno de los casos en que los mecanismos de la OEA fueron previamente utilizados —en Perú y Guatemala, en respuesta a los autogolpes de Estado de Alberto Fujimori y Jorge Serrano Elías, respectivamente, y en Haití a raíz del golpe contra el presidente Jean Bertrand Aristide—, el resultado de las gestiones de la OEA fue el restablecimiento o el establecimiento, según el caso, de un orden democrático en beneficio del pueblo, sino una salida pactada a favor de los intereses de los Estados Unidos.

A Fujimori, la OEA le dio un largo plazo para que convocara una Asamblea Constituyente que volvió a legitimar su ejercicio del gobierno, Serrano Elías fue sustituido por una figura designada por la legislatura guatemalteca y a Aristide se le reintegró la presidencia cuando estaba a punto de expirar su mandato, con el propósito de que legitimase la elección y la toma de posesión de un sucesor. Esto último fue lo que se intentó con la mediación de Arias respaldada por la OEA, pero no se llegó a acuerdo entre los golpistas y el presidente Zelaya. De manera que la elección y la toma de posesión del presidente Porfirio Lobo fue inconstitucional. Este es el «problema» que «se corrige» con el acuerdo político alcanzado por iniciativa del presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, y en virtud de la mediación del presidente de Venezuela, Hugo Chávez.

Está dentro de lo concebible que, en cualquier esfera de la vida, incluida la política, la reacción ante una derrota irreversible sea la negociación en busca de abrirse un espacio dentro del nuevo *statu quo* para replantear la lucha en aquellos términos que sean posibles.

Así interpretamos el acuerdo político en virtud del cual se produjo el retorno del ex presidente Zelaya a Honduras, el reconocimiento de la legitimidad de realizar consultas populares — como la invocada como pretexto para derrocarlo — y otras reivindicaciones de la resistencia hondureña. Sin embargo, no se debe «convertir la necesidad en virtud». Esto sienta un precedente negativo porque legitima una situación de facto creada por un golpe de Estado exitoso, en una «nueva época» en la cual se suponía que no hubiera más golpes de Estado.

El golpe de Estado en Honduras y el curso posterior de los acontecimientos, ratifican que los espacios institucionales conquistados por la izquierda y el movimiento popular latinoamericanos en las últimas dos décadas no se sustentan en un predominio abstracto de la democracia, sino en una correlación de fuerzas nacional y regional que el imperialismo norteamericano y sus aliados tratan de revertir por medios y métodos crecientemente violentos. Estos medios y métodos se adecuan, en cada país y en cada circunstancia, para sacar el mejor partido posible a los errores, debilidades e insuficiencias de la izquierda y el movimiento popular.

Varios acontecimientos posteriores al golpe de Estado en Honduras ayudan a preservar la tendencia regional favorable a la izquierda: la elección a la presidencia de Brasil de la candidata del PT, Dilma Rousseff; el triunfo de Ollanta Humala en la elección peruana de 2011; la reelección de Daniel Ortega a la presidencia de Nicaragua, también en 2011; la reelección de Cristina Fernández en Argentina este mismo año; y las protestas estudiantiles que estallan en Colombia y Chile, muy en especial en este último país.

El desfase entre teoría y praxis

A partir de la elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, seguida en el transcurso de las décadas de 2000 y 2010 por las de otros mandatarios de izquierda y progresistas, surgen los términos Revolución Bolivariana en Venezuela, Revolución Democrática y Cultural en Bolivia y Revolución Ciudadana en Ecuador, y empiezan los intentos de hilvanar teorías sobre la base de esos y otros proyectos de reforma social, como Socialismo del Siglo XXI, que utiliza Chávez, y Vivir Bien o Socialismo Comunitario, empleados indistintamente por Evo Morales.

Socialismo del Siglo XXI, el concepto sin duda alguna más difundido en alusión a una supuesta nueva teoría de la revolución social, en el mejor de los casos, es una bienvenida referencia a la necesidad de erigir nuevos paradigmas emancipatorios y, en el peor, se utiliza para contraponerlo a la teoría y la praxis de fundamento marxista y leninista. Ese término fue instalado en los debates de la izquierda latinoamericana, entre finales de la década de 1990 e inicios de la década de 2000, por Heinz Dieterich. Para el intelectual alemán radicado en México, este es el «nuevo proyecto histórico de las mayorías»,⁶⁹ al cual llama, indistintamente, Socialismo del Siglo XXI o Democracia Participativa, cuyos componentes serían la economía democráticamente planificada de equivalencias, la democracia participativa y el ciudadano racional-ético-estético.

Según Dieterich, el concepto de proyecto histórico es similar al de formación económico-social de Marx, pero hace más énfasis en que la historia es resultado de configuraciones promovidas por los

sujetos sociales dominantes, frente a las que reaccionan los sujetos sociales dominados.⁷⁰ Un proyecto histórico incluye: el programa o contenido del cambio; los sujetos de cambio; los tiempos de transformación; las formas o los métodos de lucha. Estos elementos deben ser concebidos en sus dimensiones nacional, regional y global. La razón de un proyecto histórico es la lucha por la apropiación del plusproducto, la cual no solo se libra entre clases sociales, sino también entre los bloques históricos de fuerzas sociales, nucleadas en torno a los protagonistas de ambos lados. El razonamiento de Dieterich es que no solo los burgueses son parte del bloque histórico dominante, sino también los gerentes de empresas y bancos, aunque no sean propietarios de medios de producción, mientras que el micro y el pequeño empresario son parte del bloque histórico dominado, a pesar de que posean medios de producción y empleen fuerza de trabajo asalariada.

El más importante de los tres componentes del Socialismo del Siglo XXI sería la «economía democráticamente planificada de equivalencias». En la opinión de Dieterich, ni en la época de Marx, ni hasta hace poco, habría existido «la posibilidad de resolver el problema matemático-operativo» que permite establecer un método para calcular con exactitud la equivalencia universal del valor del trabajo. La falta de ese descubrimiento científico habría sido una de las razones que provocó el colapso de las experiencias socialistas del siglo XX:

El avance más importante en el campo de la teoría — afirma este autor — es la solución matemática-conceptual del problema del valor objetivo que durante dos siglos había resistido todos los intentos respectivos. El científico alemán Arno Peters logró la hazaña que nos permite afirmar que todos los problemas teóricos estratégicos de la nueva sociedad están resueltos. (*Sic!*).⁷¹

Dieterich le atribuye «el mérito histórico-científico de haber aportado el eslabón faltante (*missing link*) en la cadena de evolución hacia la sociedad sin clases».72

La democracia participativa, el segundo componente del Socialismo del Siglo XXI, Dieterich la define como la capacidad real de la mayoría ciudadana de decidir sobre los principales asuntos públicos de la nación, capacidad que no será coyuntural (en el momento de ejercer el voto), ni exclusiva de la esfera política, sino permanente y extensiva a todas las esferas de la vida social. Sería «el fin de la democracia representativa [...] y su sustitución por la democracia directa o plebiscitaria».73

El ciudadano racional-ético-estético, tercer componente del Socialismo del Siglo XXI, será un producto de la economía democráticamente planificada de equivalencias y la democracia participativa. El fin del egoísmo, la codicia y la explotación resultante de la implantación de la economía de equivalencias conducirá al nacimiento de un nuevo ser humano, que, libre de la denigración de las instituciones burguesas, encontrará en la democracia participativa el entorno ideal para el desarrollo de sus capacidades racionales (ciencia), morales (ética) y estéticas (arte).

En América Latina, Dieterich llama a crear el «bloque regional», también denominado «patria grande», con el Mercosur como eje integrador. Su edificación sería el resultado de la concientización y la movilización social, y de la persuasión a los líderes gubernamentales y políticos proclives a sumarse al nuevo proyecto histórico. En un momento inicial, no importa la naturaleza capitalista de los gobiernos del Mercosur o de los demás componentes de la patria grande porque, cuando la economía de equivalencias, la democracia participativa y el ciudadano racional-ético-estético entren en acción, ocurrirá en forma automática el salto al nuevo proyecto histórico.

Concluamos que, de manera semejante a los socialistas utópicos de principios del siglo XIX, Dieterich cree haber encontrado la

panacea para curar todos los males de la humanidad, y que solo falta convencer al suficiente número de personas para aplicarla. Además del proselitismo político directo, Dieterich combate al capitalismo y construye el nuevo proyecto histórico en el ciberespacio:

Con el Internet y las oportunidades que ofrece el correo electrónico, tenemos, por primera vez en la historia de la humanidad, los medios tecnológicos para construir el movimiento global de abolición del capitalismo. (*Sic!*).⁷⁴

La filosofía de Dieterich encarna en una práctica política personal que consiste en crear grupos de «discípulos» en los países donde hay un mayor auge de los movimientos sociales, y acercarse a gobiernos de izquierda, en especial, a los de Venezuela, Bolivia y Ecuador, para persuadirlos de aplicar su receta. Cuando esto último no ocurre, como en efecto sucedió en los países mencionados, se convierte en un furibundo crítico de los procesos de reforma o transformación social de inclinación popular, y de sus principales dirigentes. Ello obedece a su convencimiento de que: «Frente a los desafíos del capitalismo actual la democracia participativa o el socialismo del siglo XXI es el único proyecto histórico nuevo». (*Sic!*).⁷⁵

Ninguna relación con el enfoque de Dieterich sobre el Socialismo del Siglo XXI tiene el de Atilio Borón, quien mediante una aplicación dialéctica del marxismo y el leninismo como filosofía de la praxis, afirma que «las formas específicas que asumirá su construcción serán muy variadas y resultantes de la lucha de los pueblos más que de cuidadosas disquisiciones conceptuales o de directivas emitidas por un comando central». ⁷⁶ Para Atilio, los elementos en discusión sobre el Socialismo del Siglo XXI son la superación del economicismo;⁷⁷ la definición de un proyecto basado en la «preeminencia axiológica del socialismo como forma superior de civilización fundada en el predominio de valores altruistas, solidarios, radicalmente democráticos, y en el respeto a la naturaleza y a la sociodiversidad»;⁷⁸ la combi-

nación de varias formas de propiedad, con la propiedad estatal de los recursos estratégicos y los principales medios de producción; y el reconocimiento de que no hay un sujeto único o preconstituido de la revolución, sino que se trata de una construcción social y política para forjar unidad donde hay diversidad.

François Houtart habla del predominio del valor de uso sobre el valor de cambio, de una nueva relación no predatoria con la naturaleza, de la democratización de todas las esferas de la vida social, comenzando por la economía y del principio de la interculturalidad, esto es, el enriquecimiento recíproco de todas las culturas mediante un diálogo permanente.⁷⁹ Mientras que Michael Lebowitz dice que Socialismo del Siglo XXI no es estatismo,⁸⁰ no es populismo,⁸¹ no es totalitarismo,⁸² ni es productivismo.⁸³ Las obras de estos autores constituyen una muestra representativa de los términos en que se desarrolla este debate.

A la par del Socialismo del Siglo XXI, otro concepto que acapara los primeros planos de la elaboración teórica y política, y del debate sobre los paradigmas emancipatorios en proceso construcción en América Latina, es el de Vivir Bien o Buen Vivir. Ello obedece a que los movimientos indígenas resaltan entre los más combativos de los nuevos movimientos sociales latinoamericanos, y a su rol protagónico en las luchas sociales y procesos políticos que desembocan en la elección de los presidentes Evo Morales en Bolivia y Rafael Correa en Ecuador, países con población indígena mayoritaria y con constituciones recién aprobadas que llevan el sello de la cosmovisión de las naciones y pueblos originarios.

La gravitación de la cuestión indígena constituye otra novedad significativa en la región. Las revueltas pusieron de relieve la actualidad de un problema que afecta a casi 50 millones de oprimidos, pertenecientes a 485 grupos étnicos distintos. Sus derechos fueron repetidamente desconocidos por las repúblicas surgidas en el siglo XIX. Los estados balcanizados que gestaron

las élites criollas atropellaron las configuraciones territoriales originarias. En este proceso muchos sectores indígenas (y toda la población negra introducida con la esclavitud) perdieron su lengua, su tierra y su cultura. Pero otros segmentos mantuvieron una identidad, cuyo reconocimiento exigen en la actualidad.⁸⁴

Los términos Vivir Bien y Buen Vivir, el primero utilizado en Bolivia y el segundo en Ecuador, son las traducciones al español más frecuentes de un concepto general, común a los pueblos y las naciones originarias de América Latina, que se adecua y enriquece con las experiencias particulares de cada uno de ellos. Su esencia es el equilibrio y la armonía entre los seres humanos, y entre los seres humanos y la Naturaleza, esta última denominada Madre Tierra, Madre Selva, Pachamama, Qutamama o con otros términos, según la lengua, tradiciones y formas de relacionarse con ella. Fernando Huanacuni explica que las culturas indígenas en sus respectivas cosmovisiones plantean aspectos comunes que sintetiza así: «Vivir bien, es la vida en plenitud. Saber vivir en armonía y equilibrio; en armonía con los ciclos de la Madre Tierra, del cosmos, de la vida y de la historia, y en equilibrio con toda forma de existencia en permanente respeto».⁸⁵ Ello implica, primero, saber vivir y luego saber convivir, porque no es posible vivir bien si los demás viven mal o si se daña a la Naturaleza. Vivir Bien es comprender que el deterioro de una especie implica el deterioro del conjunto.

El Vivir Bien y el Buen Vivir son antitéticos con el vivir mejor. Este último, inherente a la cosmovisión occidental, presupone vivir mejor que los demás y a expensas de la depredación de la Naturaleza, práctica que ha generado una sociedad desigual, desequilibrada, depredadora porque el vivir mejor de unos pocos se asienta en el vivir mal de la inmensa mayoría de la humanidad. De modo que, el Vivir Bien o el Buen Vivir es antitético con la lógica capitalista y productivista.

El presidente Evo Morales utiliza los conceptos Vivir Bien y Socialismo Comunitario como equivalentes, como dos formas de expresar el mismo proyecto. En Bolivia, nación habitada por casi 30 pueblos originarios entre los cuales los más numerosos son los aymaras y los quechuas, el vivir bien se asienta en la premisa de que todo vive y todo es igualmente importante. La Pachamama tiene ciclos: épocas de ascenso, de descenso, de actividad y de pasividad. Vivir bien es vivir en comunidad, en hermandad y especialmente en complementariedad. Es una vida comunal, armónica y autosuficiente. Vivir Bien significa complementarnos y compartir sin competir, vivir en armonía entre las personas y con la naturaleza; es la base de la defensa de la naturaleza, de la vida y de la humanidad; es antitético con el lujo, la opulencia, el derroche y el consumismo.

Entre los principios del Vivir Bien refrendados en la nueva Constitución del Estado Plurinacional boliviano están la identidad, el equilibrio, la complementariedad y el consenso. La identidad reconoce el pasado venturoso de los pueblos y comunidades originarias, permite reconocer a quienes son los verdaderos dueños del territorio, lo reencuentra con los valores sociales de las comunidades y sociedades originarias y le permite determinar cuál es el tipo de sociedad que busca en su lucha política, recurriendo al ejemplo real de las comunidades originarias. El equilibrio y se reconoce con este principio a una sociedad donde el hombre vive en equilibrio con la naturaleza, con el cosmos; una sociedad donde las relaciones sociales predominantes giren en torno de la reciprocidad y la solidaridad humana y no en torno a la posesión y valor del dinero. La complementariedad que apunta a una sociedad donde no existan los aparatos burocráticos, castas dirigentes o posibles dictadores. En la nueva sociedad las relaciones entre naciones, entre miembros de una comunidad deberán ser horizontales e igualitarias, sin predominancia de ninguna nación, clase o comunidad. El principio del consenso que permite aclarar que en la nueva sociedad todas las

decisiones y acciones, estará sustentadas en la libre participación de los actores sociales, garantizando la plena vigencia de la democracia comunitaria y popular.

Para Evo, construir un Socialismo Comunitario en armonía con la Madre Tierra es la manera de los pueblos indígenas de estar en el mundo. Su visión de armonía con la naturaleza y entre los seres humanos es contraria a la visión egoísta, individualista y acumuladora del capitalismo. Los pueblos indígenas del planeta quieren contribuir a la construcción de un mundo justo, diverso, inclusivo, equilibrado y armónico con la naturaleza para el Vivir Bien de todos los pueblos. Hablan de Vivir Bien porque no aspiran a vivir mejor que los otros. No creen en la concepción lineal y acumulativa del progreso, ni en el desarrollo ilimitado a costa del otro y de la Naturaleza. Todos los seres humanos tienen que complementarse, y no competir entre ellos. Vivir Bien es pensar no solo en términos de ingreso, sino de identidad cultural, de comunidad, de armonía entre nosotros y con la Madre Tierra. Los pueblos indígenas creen en un Socialismo Comunitario basado en el pueblo y no en la burocracia estatal que antepone sus privilegios a los de toda la sociedad. Las autoridades son servidoras de la comunidad y no personas que se sirven de la comunidad:

No tenemos muchas alternativas —sentencia Evo—. O seguimos por el camino del capitalismo y la muerte, o avanzamos por el camino de la armonía con la naturaleza y la vida.⁸⁶

No obstante el hecho de que las constituciones boliviana y ecuatoriana, aprobadas en los mandatos de Evo y Correa, asumen los conceptos del Vivir Bien y el Buen Vivir, respectivamente, debido a que ambos gobiernos están insertados en un sistema capitalista mundial con el que no han roto —ni pueden romper, a corto o mediano plazo— se produce una contradicción entre los principios enunciados públicamente y asentados en las cartas magnas de esos

países, y las políticas que sus gobiernos ejecutan en la práctica, lo que provocó la ruptura de las organizaciones indígenas ecuatorianas con Correa y que también le genera críticas y presiones a Evo de su propias bases indígenas, incluida la marcha de los habitantes de las tierras altas para exigir la cancelación del proyecto de construir una carretera que atravesaría por territorios a los cuales la nueva Constitución Política del Estado les confirió autonomía, ocurrida entre mediados de agosto y finales de octubre de 2001.

Un análisis que alertaba sobre la posibilidad de que ocurriesen acontecimientos como el enfrentamiento sobre a la construcción de la carretera, es el ensayo «Balance y perspectiva de la Revolución Boliviana», del sociólogo Raúl Prada, quien aborda las tensiones y contradicciones existentes entre el espíritu y la letra de la Constitución aprobada por el gobierno del presidente Morales, de una parte, y las leyes promovidas y acciones ejecutivas desarrolladas por ese mismo gobierno. Tras analizar, entre otras, las contradicciones entre la nueva Constitución Política del Estado y la Ley Marco de Autonomías aprobada, supuestamente, a partir de ella, Prada dice:

¿Por qué ocurre esto? ¿Por qué esta diferencia entre la Constitución y la Ley Marco de Autonomías? No es fácil responder a esta pregunta, empero podemos lanzar alguna hipótesis interpretativa [...] la aplicación de la Constitución va a depender de la correlación de fuerzas, de las tendencias en juego, que disputan la concurrencia de la direccionalidad del proceso. Como es de esperar, se trata de un proceso que contiene contradicciones en su seno; hay tendencias que apuntan a desplegar los cambios de una manera diferida y pragmática, bajo la orientación de lo que podemos denominar, de una manera general, el realismo político. También hay tendencias que interpretan las latencias y posibilidades del proceso como oportunidad, una oportunidad a la que no se puede renunciar; desde esta perspectiva se requiere intervenir con una voluntad política de cambio clara y

evidente, apuntando a las transformaciones estructurales, institucionales, económicas, políticas, sociales y culturales.⁸⁷

Sobre las tensiones y contradicciones del proceso boliviano en sentido general, es decir, ya no solo las referidas a la Constitución, las leyes y el desempeño del gobierno, Hugo Moldiz sentencia:

Es evidente que los nuevos paradigmas, entre los que están el *vivir bien* y el *buen vivir*, también son enfocados desde miradas distintas y en algunos casos hasta antagónicas. Las hay desde los que critican al capitalismo, pero con una radicalidad que pierde fuerza y horizonte al momento de no compartir ni menos sentar las bases (en el caso de los que formulan políticas públicas) para la superación de las amplias y diversas formas de enajenación del trabajo a las que nos han conducido la globalización neoliberal. Pero también los hay de los que mecánicamente parten de un «esencialismo comunitario», negador de la complejidad en la cual se mueve hoy el mundo.⁸⁸

Moldiz afirma que el Vivir Bien y el Buen Vivir pueden enrumbarse, o como proyectos complementarios destinados a la superación del capital o como una nueva y remozada forma de convivencia con el capital. También llama la atención sobre el hecho de que aún está por definir si esos conceptos terminarán siendo una retórica para legitimar cambios dentro del sistema capitalista, o si se materializan como proyecto político emancipador. En lo económico, esto último implica que el Estado asuma la propiedad de las áreas estratégicas, en primer lugar los recursos naturales, y que fomente la creación de empresas comunitarias cuya característica sea la propiedad colectiva de los medios de producción y la apropiación directa del resultado del trabajo. En lo político, significa superar la alienación que provoca el sistema de democracia burguesa. En lo medioambiental, demanda la superación de los criterios desarrollistas o neodesarrollistas que hoy aplican los gobiernos de izquierda y progresistas. En

el caso de Evo, a pesar de sus críticas al capitalismo salvaje por la amenaza a la Pachamama, el programa para su segundo mandato presidencial habla de dar el «salto industrial» que el viejo bloque de poder no pudo lograr. Esta propuesta es, precisamente, la que ha planteado la necesidad de debatir el rumbo de la Revolución Democrática y Cultural.

Claudio Katz llama la atención sobre el hecho de que ninguna sublevación popular latinoamericana de los últimos años, incluidas las que dieron pie a los procesos de orientación popular en Venezuela, Bolivia y Ecuador, clasifica como *revolución social*, porque ninguna ha sustituido las relaciones capitalistas de propiedad por otras, y tampoco como *revolución política*, porque ninguna ha sustituido al sistema político democrático burgués por otro.

Los levantamientos latinoamericanos — afirma Katz — lograron mayoritariamente desplazar a los presidentes neoliberales y mejoraron las condiciones para obtener conquistas. Pero estos éxitos no implican satisfacción de las reivindicaciones sociales. Estas metas pueden alcanzarse a veces de forma parcial y transitoria, a través de las concesiones que otorgan las clases dominantes por temor al aluvión revolucionario.

Pero el logro efectivo de las aspiraciones populares exige convertir las rebeliones en revoluciones sociales. Mientras que una sublevación popular victoriosa permite derrotar a un gobierno derechista el triunfo pleno de la revolución social exige desplazar a las clases dominantes del poder e inaugurar una transformación histórica de la sociedad. Este cambio no ha comenzado en ningún país, pero un análisis del nuevo escenario político de la región permite evaluar las posibilidades de esa victoria integral.⁸⁹

Claudio argumenta que en el siglo XX latinoamericano se produjeron cuatro revoluciones sociales, la Revolución Mexicana de 1910 a 1917, la Revolución Boliviana de 1952, la Revolución Cubana en

1959 y la Revolución Nicaragüense en 1979. En su criterio, de los procesos actuales, el que más se asemejaría a una revolución social es el de Bolivia, no solo por la intensidad de las luchas libradas de 2000 a 2005, sino también porque se constituyeron organismos de poder popular, como las Juntas de El Alto. Sin embargo, ni siquiera el caso boliviano tuvo el desemboque militar de las revoluciones del siglo XX. En su criterio, cuando se habla de Revolución Bolivariana en Venezuela, Revolución Democrática y Cultural en Bolivia, y de Revolución Ciudadana en Ecuador, se utiliza el término revolución entendido como la totalidad de un proceso de rupturas con el orden vigente. Por su parte, Moldiz estima que el curso de los procesos encabezados por Chávez, Evo y Correa depende del tipo de *nuevo bloque histórico* que vayan construyendo y de la correlación de fuerzas que se establezca entre ellos y la reconstitución de la hegemonía imperialista. En la opinión de Moldiz, esos tres procesos:

[...] todavía se mueven en aguas muy difusas pues si bien discursivamente hay una apuesta por el socialismo —sobre todo en Venezuela— [...], en la realidad concreta se percibe un antagonismo centrado alrededor de cuánto de intervención estatal se debe dar en un período histórico caracterizado por la globalización y cuánto de democracia, en tanto participación protagónica de los pueblos, es posible permitir sin afectar la reproducción del capital en circunstancias normales.⁹⁰

En efecto, las reformas sociales y políticas que se realizan en estos países tienen lugar dentro del sistema capitalista y dentro de una democracia burguesa que, no obstante los indiscutibles logros y méritos de Chávez, Evo y Correa, no se ha podido desatar por completo de las ataduras neoliberales. Además, con solo perder una elección, posibilidad siempre latente debido a las limitaciones propias y a la labor de zapa del imperialismo y la ultraderecha interna, en Venezuela, Bolivia o Ecuador no habría una simple alternancia

democrático burguesa, sino que el gobierno de esas naciones caería en los brazos de quienes, sin lugar a dudas, lo emplearían para desmontar las rupturas sucesivas del orden vigente realizadas por Chávez, Evo y Correa. Repárese en que ninguno de esos gobiernos fue electo con los votos de una mayoría de ciudadanos concientizados, que les confieren un mandato para cambiar el sistema político, y menos aún para cambiar el sistema social, sino con los votos de una minoría concientizada y una mayoría que no votó contra el capitalismo, sino contra el neoliberalismo. Tenemos en mente la idea de Fidel de que *el neoliberalismo es el capitalismo de nuestros días y, por lo tanto, luchar contra el neoliberalismo es luchar contra el capitalismo, aunque muchos no lo sepan*. Sin embargo, hay una diferencia: se puede luchar contra el capitalismo sin saber, pero no se puede construir el socialismo sin saber o sin querer.

De modo que aún no se puede afirmar si los procesos políticos que se desarrollan en Venezuela, Bolivia y Ecuador son una forma inédita de transición del capitalismo al socialismo. Eso depende, en gran medida, del factor humano, de la lucha ideológica, del desarrollo de una teoría de la revolución socialista adecuada a las condiciones y las características de la lucha popular existentes. Parafraseando a Rosa, América Latina se halla en un momento del desenvolvimiento de la sociedad de clases en el que se abrieron espacios para la reforma cuando se cerraban los espacios a la revolución. Es afortunado que eso haya ocurrido. Podía no haber sido así porque la debacle de la URSS fue de tal envergadura que no solo se desacreditaron las ideas de la revolución y el socialismo, sino toda alternativa al neoliberalismo. De ello se deriva nuestra elevada apreciación de los procesos de reforma y transformación social que se desarrollan en América Latina, en especial, los de Venezuela, Bolivia y Ecuador, y que comprendamos las razones por las cuales, en la actualidad, es imposible hacer algo más que emprender una cadena de rupturas sucesivas con el orden polí-

tico y social imperante. Pero, también parafraseando a Rosa, si la reforma y la revolución se complementan, también se excluyen. Por ello hay que preguntarse cuánto durará y cuándo se agotará el momento del desenvolvimiento de la lucha de clases favorable a la reforma, y cuándo comenzará el momento favorable al completamiento de la revolución.

OTROS TÍTULOS DE OCEAN SUR

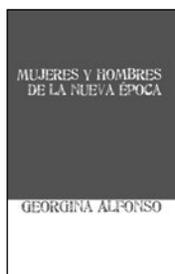


SOCIALISMO, SOCIALDEMOCRACIA Y COMUNISMO

Roberto Regalado

Cuando se fundan los primeros partidos socialistas, los términos socialista, socialdemócrata y comunista, en el caso de los seguidores de Marx, tenían significados relacionados entre sí: los socialistas marxistas eran socialdemócratas, y esa democracia social reinaría en la sociedad comunista.

34 páginas, 2011, ISBN 978-1-921700-19-4

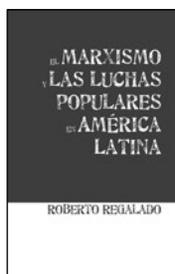


MUJERES Y HOMBRES DE LA NUEVA ÉPOCA

Georgina Alfonso

Ante la necesidad de fortalecer la unidad de acciones, sentidos políticos y éticos de la gran diversidad de actores involucrados, aparece la interrogante: ¿podemos desde la cotidianidad excluyente, dominadora y depredadora, pensar, hacer y desear sentidos de vidas colectivos, solidarios, justos y humanos? Las mujeres y hombres de nuestros tiempos tienen ante sí el desafío de construir un nuevo proyecto para una nueva época.

21 páginas, 2011, ISBN 978-1-921700-31-6

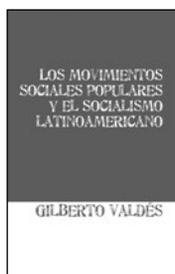


EL MARXISMO Y LAS LUCHAS POPULARES EN AMÉRICA LATINA

Roberto Regalado

A partir de la elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, empiezan los amagos de hilvanar teorías sobre la base de proyectos de transformación o reforma social en América Latina, como Socialismo del siglo XXI que, con diferentes acepciones, utilizan Hugo Chávez y Rafael Correa; o Socialismo Comunitario, promovido por Evo Morales.

34 páginas, 2011, ISBN 978-1-921700-18-7



LOS MOVIMIENTOS SOCIALES POPULARES Y EL SOCIALISMO LATINOAMERICANO

Gilberto Valdés

De las alternativas políticas antineoliberales y de los pequeños, continuos y diversos saltos que demos hoy en nuestras luchas cotidianas y en nuestras visiones de sociedad, emergerá el salto cultural-civilizatorio que nos coloque en esa deseada perspectiva histórica que rescatará y dignificará al socialismo en el siglo XXI.

29 páginas, 2011, ISBN 978-1-921700-32-3

Consideraciones finales

Como es lógico, entre la izquierda de épocas anteriores y la actual, hay similitudes y diferencias. Una similitud es que, como ocurrió de manera periódica en los siglos XIX y XX, el comienzo de una nueva etapa histórica obliga a la izquierda a formular nuevos objetivos, programas, estrategias y tácticas. Una diferencia es que, tanto las corrientes revolucionarias, como las corrientes reformistas del movimiento obrero y socialista nacido en el siglo XIX, habían elaborado y debatido sus respectivos proyectos políticos mucho tiempo antes de que la Revolución Bolchevique en Rusia (1917) y la elección del primer ministro laborista Ramsay MacDonald en Gran Bretaña (1924), llevaran al gobierno, por primera vez, a representantes de una y otra, mientras que la izquierda latinoamericana actual llegó al gobierno sin haber elaborado los suyos.

La izquierda latinoamericana llega al gobierno antes de descifrar la clave para dar el salto, de la reforma social progresista — que en mayor o menor medida realizan en la actualidad los gobiernos que encajan en esa definición —, a la transformación social revolucionaria sin la cual más temprano que tarde quedaría atrapada en el mismo círculo vicioso de reciclaje del capitalismo concentrador y excluyente que la socialdemocracia europea. Esta es la esencia del problema pendiente: construir la imprescindible sinergia entre teoría y praxis revolucionaria, es decir, entre la adecuación, actualización y desarrollo de la teoría de la revolución de fundamento marxista y leninista, sin lo cual es categóricamente imposible formular los objetivos, estrategias y tácticas para la transformación

social revolucionaria a mediano y largo plazo, y el ejercicio del gobierno por parte de las fuerzas de la izquierda latinoamericana que hoy lo ocupan.

La izquierda latinoamericana llegó al gobierno sin haber elaborado y debatido sus proyectos estratégicos, por una combinación de factores analizados a lo largo de este ensayo. Lo que corresponde aquí es puntualizar, en forma conclusiva, la interrelación existente entre ellos. Veamos primero las razones por las cuales llegó al gobierno. Ese es el resultado de tres factores positivos y uno negativo. Los factores positivos son:

1. El acumulado de las luchas de las fuerzas populares libradas a todo lo largo de su historia y, en particular, en la etapa 1959-1989, en la cual, si bien no se alcanzaron los objetivos que esas fuerzas se habían planteado, ellas sí mostraron una voluntad y una capacidad de combate que obligó a las clases dominantes a reconocerles los derechos políticos que les estaban negados. Por solo mencionar dos ejemplos claros: si no hubiese triunfado la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua y si el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional no hubiese librado una intensa lucha armada durante una década en El Salvador, no se habrían creado las condiciones que hicieron posible la elección de los gobiernos de Daniel Ortega y Mauricio Funes. Esos dos ejemplos no solo tienen significación nacional, es decir, para explicar lo ocurrido en esos dos países, sino que reflejan lo ocurrido en toda América Latina.
2. La lucha en defensa de los derechos humanos, en especial, contra los crímenes de las dictaduras militares de «seguridad nacional», que forzó la suspensión del uso de la violencia más descarnada como mecanismo de dominación.

3. El aumento de la conciencia, la organización y la movilización, social y política registrado en la lucha contra el neoliberalismo, que establece las bases para un incremento sin precedente de la participación electoral de sectores populares históricamente marginados de ese ejercicio político, el cual germina a partir del protagonismo ejercido por esos movimientos en la etapa histórica abierta por el triunfo de la Revolución Cubana.

Esos son los factores principales que determinan la relación dialéctica de continuidad y cambio entre las luchas por la revolución social en etapas anteriores de la historia de América Latina y las que hoy se desarrollan.

Como contraparte, el factor negativo es la imposición del nuevo orden mundial, que restringe, aún más que antes, la independencia, la soberanía y la autodeterminación de las naciones del Sur. Fue, precisamente, la apuesta a que podría someter a todos los países latinoamericanos a los nuevos mecanismos transnacionales de dominación la que en última instancia llevó al imperialismo norteamericano a dejar de oponerse «de oficio» a todo triunfo electoral de la izquierda, como había hecho históricamente.

En esencia, los triunfos político-electorales de la izquierda latinoamericana no son resultado de factores solo positivos o solo negativos, sino de la interrelación de unos y otros. Interpretarlos solo como producto del acumulado de la lucha, o solo como reajuste en los medios y métodos de dominación, sería igualmente unilateral. Lo primero conduce a pensar que la izquierda llegó al poder o que su inclusión en la alternancia democrático burguesa es la meta final. Lo segundo conduce a pensar que la dominación imperialista es infalible o a exigirles a los gobiernos de izquierda y progresistas que actúen como si fuesen resultado de una revolución.

Veamos ahora las razones por las cuales la izquierda latinoamericana carece de proyectos de reforma o transformación social a mediano y largo plazo, que rebasen el neodesarrollismo y la redistribución progresiva del ingreso identificados por Katz en los casos de Venezuela, Bolivia y Ecuador, ni la atemperación de los efectos sociales y políticos del neoliberalismo sin interferir en su esquema de concentración del capital, que apreciamos en Brasil, Uruguay y otros países. En este punto, es determinante el efecto acumulativo de los factores analizados en la primera parte de este ensayo: el salto de la concentración nacional de la concentración transnacional de la propiedad, la producción y el poder político; la avalancha universal del neoliberalismo; el derrumbe del bloque socialista europeo y la propia URSS; y, la neoliberalización de la socialdemocracia europea occidental.

El imperialismo norteamericano, la gran potencia imperialista mundial que impulsó el proceso de concentración capitalista transnacional en los años setenta y el principal protagonista de la avalancha universal del neoliberalismo en los ochenta, era también el promotor de la guerra contrarrevolucionaria en Nicaragua, de los Estados contrainsurgentes en otros países centroamericanos, de la reestructuración y refuncionalización del Estado realizada por las dictaduras militares de «seguridad nacional», y del «proceso de democratización» que reemplaza a estas dictaduras por democracias restringidas. Cuatro elementos se combinaron en ese período: el primero fue la ofensiva ideológica contra las reminiscencias del populismo, cuyo objetivo no era corregir los males que caracterizaron a esa corriente política, sino desacreditar el sistema de alianzas sociales y políticas que sustentó la protección del mercado y el fomento de la industria nacional en el período desarrollista; el segundo fue la crisis de la deuda externa, aprovechada por las potencias imperialistas para imponer la receta de privatizaciones, apertura y desregulación económica; el tercero fue la construc-

ción del mito del milagro económico (neoliberal) chileno, presentado como la alternativa exitosa al populismo; y el cuarto fue la arreglada «transición democrática» chilena, que dotó al «milagro económico» de la envoltura democrático burguesa necesaria para disolver el nexosocial existente entre el «milagro» y el genocidio de Pinochet. Así se extendió el neoliberalismo por América Latina.

La crisis terminal de la URSS estalla en un momento en que, ni la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua —que había logrado resistir la guerra sucia del imperialismo norteamericano durante diez años—, ni la insurgencia del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional en El Salvador —que por momentos dio la impresión de estar al alcance de una victoria militar—, ni la de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca, ni la de la Coordinadora Guerrillera «Simón Bolívar» en Colombia, podían sostenerse en un mundo unipolar. En este último país, parte importante de los movimientos político militares se desmovilizaron y otra parte, también importante, siguió operando.¹ Pese a esto, el cambio en la configuración estratégica mundial difuminaba la última fase ascendente del flujo y reflujo característico de las luchas populares latinoamericanas en la etapa histórica abierta por el triunfo de la Revolución Cubana.²

La mutación del tercerismo socialdemócrata europeo occidental ocurre en la década de 1990, cuando ya había caducado el flujo y reflujo de la situación revolucionaria de la etapa previa, y cuando la izquierda latinoamericana —impotente en medio del apogeo de la reestructuración neoliberal y desconcertada por el abrupto fin del mundo bipolar—, daba los primeros pasos de un traumático proceso de reestructuración organizativa y redefinición programática. En ese contexto, la «transición democrática» chilena no solo borra el nexos entre neoliberalismo y genocidio, sino también pretende construir un nuevo paradigma político a partir del papel

protagónico desempeñado por la Concertación de Partidos por la Democracia, coalición que gobernó en Chile desde el final de la dictadura hasta fecha reciente.

La izquierda «concertacionista» elaboró y promovió el concepto «neoliberalismo de izquierda», y la Concertación, como proyecto en el cual desempeña un papel principal el Partido Demócrata Cristiano, fue proyectada como prototipo de «alianza de la izquierda con el centro», a la sazón promovido por Jorge Castañeda Gutman.³ A tono con la tesis de la «ruptura epistemológica» —supuestamente causada por la globalización— y del «cambio civilizatorio» —puesta en boga por la socialdemocracia europea—, en América Latina se empezó a hablar de un «cambio de época», el uso de los términos revolución y reforma se circunscribió a los sectores más radicales de la izquierda y el movimiento social, y en su lugar se acuñó la frase «búsqueda de alternativas», cuya vaguedad refleja las incertidumbres y divergencias características del momento.

De modo que, en el momento de la elección de los primeros gobiernos latinoamericanos de izquierda y progresistas, la de Chávez y la de Lula, es cuando el efecto acumulado de esos cuatro factores está en su apogeo. Es el momento de mayor impacto en América Latina de las ideas de la Tercera Vía y de la Comisión Progreso Global, y también del «paradigma concertacionista chileno» de la «alianza de la izquierda con el centro». Esos elementos combinados, ejercen una influencia determinante en los gobiernos de izquierda y progresistas de Brasil, Uruguay, Argentina y otros, y una influencia menos evidente, pero también identificable, en los de Venezuela, Bolivia y Ecuador.

El desfase en el desarrollo de nuevos paradigmas emancipatorios es un aspecto del problema. El otro son las omisiones en que se incurre en su construcción: ¿es posible concebir proyectos estratégicos de izquierda para el siglo XXI, sin conocer lo positivo y lo negativo, y también sin distinguir lo obsoleto de lo vigente de los

proyectos revolucionarios de fundamento marxista y leninista del siglo XX? No lo es, pero, en buena medida, esto es lo que ocurre. Ello obedece, primero, a que una generación de militantes de izquierda, de todas y cada una de las corrientes ideológicas comprendidas en esta definición, unos por el derrumbe de la URSS y otros porque éste no derivó en la resurrección del socialismo sobre las nuevas bases que ellos esperaban, contempló impávida el colapso de los cuerpos teóricos que creían consagrados; segundo, porque las nuevas generaciones no han tenido acceso a esos cuerpos teóricos para estudiarlos y aprovecharlos a la luz del presente; y tercero, debido a que con la masiva y protagónica participación de los movimientos sociales y social-políticos de los pueblos originarios, a las matrices culturales del bloque revolucionario latinoamericano actual se incorporó una cosmovisión que, no obstante los esfuerzos del mariateguismo y el nacionalismo revolucionario, en épocas anteriores no interactuaba, ni se fecundaba recíprocamente con las corrientes de la izquierda tradicional.

En todos los gobiernos de izquierda y progresistas existentes hoy en América Latina, hay dirigentes e intelectuales a título individual y también corrientes, partidos y movimientos políticos marxistas y leninistas que, a partir de la adecuación, actualización y desarrollo de la teoría revolucionaria, hacen todos los esfuerzos a su alcance para encauzar la praxis de estos gobiernos hacia la revolución social, entendida como conjunto de rupturas sucesivas con el orden imperante. Además, hay una intelectualidad latinoamericana, norteamericana y europea de formación marxista y leninista, que se solidariza, acompaña y hace propuestas a los gobiernos progresistas y de izquierda, en especial, a los de Venezuela, Bolivia y Ecuador. Sin embargo, en ninguna nación donde la izquierda accedió al gobierno en la actual etapa histórica, ni siquiera en las tres recién mencionadas, se puede decir que las corrientes marxistas y leninistas sean las mayoritarias y, menos aún, que ejerzan una

influencia determinante en la formulación de objetivos, programas, estrategias y tácticas de los procesos que sus gobiernos desarrollan.

De la interrelación de los problemas planteados, se desprende por qué la izquierda que llega al gobierno en América Latina hoy, no destruye al Estado burgués, ni elimina la propiedad privada de los medios de producción, ni funda un nuevo poder, ejercido de manera exclusiva por las clases desposeídas. En sentido contrario, tampoco puede construir una réplica del «Estado de bienestar» del que abjuró la socialdemocracia europea occidental. La izquierda latinoamericana accede al gobierno acorde con las reglas de la democracia burguesa, incluido el respeto a la alternabilidad, en este caso con la ultraderecha neoliberal que, desde la oposición obstaculiza, y si regresa al gobierno revertirá, las políticas que ella ejecuta, por «benignas» que sean. Sin embargo, en ciertas circunstancias, el asunto no es solo la alternabilidad con la ultraderecha, sino que para llegar al gobierno —y para gobernar— la izquierda se siente obligada a establecer alianzas con fuerzas ubicadas a su derecha. Y, además, la cuestión tampoco radica únicamente en la alternabilidad y las alianzas externas, sino también en que dentro de los partidos, movimientos, frentes y coaliciones de izquierda hay corrientes socialistas, socialdemócratas y de otras identidades, que tienen discrepancias sobre cuánto respetar y cuánto forzar los límites del sistema de dominación.

Ni el paradigma revolucionario construido a partir de la Revolución de Octubre, ni el paradigma reformista socialdemócrata erigido en un grupo de naciones de Europa Occidental, pasaron la prueba del tiempo: el primero se derrumbó junto con la URSS debido a la agudización de sus contradicciones internas, y el segundo, muy resquebrajado por la renuncia paulatina a sus principios fundacionales, terminó de colapsar cuando los partidos socialdemócratas europeos asumieron como propio el neoliberalismo, es decir, cuando consumaron el acto supremo de renuncia a todo vestigio de reforma social progresista.

Ni la revolución ni la reforma social siguieron el camino concebido por sus respectivos precursores, pero hay una diferencia esencial entre uno y otro. El reformismo fue progresista en los países y circunstancias en que ello resultó funcional a la reproducción del capital; y ha sido, es y será, ya para siempre, regresivo y reaccionario, porque es lo que la reproducción del capital demanda. Al estar atado a los avatares de un sistema social que prolonga su vida mediante la destrucción económica, social y medioambiental, el reformismo no es una opción estratégica para resolver los problemas que enfrenta la humanidad. En sentido inverso, como el horizonte histórico de la revolución está abierto a la creatividad, la revolución latinoamericana del siglo XXI no tiene por qué seguir el curso de los proyectos emancipatorios que no cuajaron en procesos reales, ni de los que sí se materializaron, pero con características y obstáculos que los llevaron al fracaso.

Marx, Engels, Lenin, el tío Ho, Mao, el Che y Fidel, desarrollaron la teoría de la revolución social sobre la base del estudio de acontecimientos y procesos concretos, que encajaban en la bien conocida definición leninista de situación revolucionaria. Si la situación económica, social y política, el desarrollo de la lucha de clases, y la conciencia y organización del sujeto social del cambio no hubiesen aportado, en los momentos oportunos, toda la información empírica imprescindible para formular y desarrollar la teoría de la revolución social, ninguno de esos pensadores y líderes revolucionarios habría podido realizar los aportes teóricos y políticos por los cuales son conocidos y respetados. ¿Habrían podido Marx y Engels elaborar las ideas que quedaron plasmadas en el *Manifiesto del Partido Comunista* y en el *Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas* si no se hubiese producido la Revolución de 1848? ¿Hubiesen podido desarrollar sus ideas sobre la dictadura del proletariado, en la forma en que lo hicieron, si no se hubiese producido la experiencia de la Comuna de París?

Tras el derrumbe de la URSS, el desaparecido dirigente revolucionario salvadoreño Schafik Hándal empezó a repetir una idea que parece simplona, pero es más profunda que un sinnúmero de doctas reflexiones: «Habrà socialismo —decía Schafik— si la gente quiere que haya socialismo». Las preguntas que se derivan de esta idea son: ¿Quiere que haya socialismo la gente de Venezuela, Bolivia, Ecuador, los países cuyos procesos políticos se corresponden con la definición de revolución entendida como acumulación de rupturas sucesivas con el orden vigente? ¿Quiere que haya socialismo la gente de Brasil, Uruguay, Nicaragua u otros países latinoamericanos gobernados por fuerzas de izquierda o progresistas? A estas preguntas tenemos que añadir otras: ¿sabe la gente de esos países qué es socialismo? ¿Comparten los líderes de esos países nuestro concepto de socialismo que, al margen de las diferentes condiciones, características, medios, métodos y vías, implica avanzar hacia la abolición del sistema de producción capitalista y también del sistema de relaciones sociales que se erige a partir de ella y en función de ella? ¿Hay en esos procesos fuerzas políticas capaces de concientizar a la gente para que quiera que haya socialismo? ¿Lo están haciendo? Todas estas preguntas son cruciales, pero las definitorias son las dos últimas.

Planteada en términos teóricos, la idea, en apariencia simplona, de Schafik implica que para avanzar en dirección al socialismo los procesos de reforma o transformación social de signo popular que hoy se desarrollan en América Latina necesitan: teoría revolucionaria; organización revolucionaria; bloque social revolucionario, basado en la unidad dentro de la diversidad; y solución del problema del poder, este último entendido como la concentración de la fuerza imprescindible para producir un cambio efectivo de sistema social. Podemos hablar de protoformas de esos cuatro elementos en Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua y quizás en algunos otros gobernados por fuerzas de izquierda y progresistas, pero en

ninguno se puede hablar de formas acabadas. De esa insuficiencia se derivan, tanto los desafíos, como las pistas para adecuar, actualizar y desarrollar la teoría de la revolución en América Latina hoy. Hay cuatro desafíos y cada uno se corresponde con nuevas pistas.

Entre los desafíos planteados por los cambios en curso para la actualización, adecuación y desarrollo de la teoría marxista y leninista de la revolución en las condiciones de la América Latina de los albores del siglo XXI, resaltan: 1) la ruptura de la asociación conceptual, predominante en la etapa anterior, entre la lucha armada y la revolución, por una parte, y la lucha electoral y la reforma, por otra, una asociación de ideas que era correcta en la mayoría de los casos, pero no en todos; 2) el quiebre de la estereotipada división de roles entre las organizaciones y las luchas sociales, por una parte, y los partidos y las luchas políticas de izquierda, por otra, en la cual se le asignaba a las primeras una posición subordinada; 3) el cese de la separación organizativa entre las corrientes revolucionarias y reformistas de la izquierda, que hoy se organizan, coexisten y luchan ideológicamente en el seno de heterogéneos partidos, movimientos políticos y coaliciones; y 4), la existencia de una nueva dinámica entre gobierno y poder, porque la izquierda llegó al gobierno pero no controla los resortes del poder, lo cual la coloca ante la disyuntiva de ocupar el gobierno como un fin en sí mismo o emplearlo para construir un poder popular.

Sin duda alguna, el problema más difícil de los que faltan por resolver es el del poder, debido a que presupone la solución de todos los otros problemas mencionados. Hoy se habla de construcción de poder, de acumulación de poder, de espacios de poder, de cuotas de poder y de otros conceptos similares. Es incuestionable que todos ellos se pueden aplicar a los procesos de transformación social que se desarrollan en América Latina, en los que la izquierda accedió al gobierno mediante la lucha electoral, pero en ninguno de esos procesos puede hablarse de ejercicio del poder o de que hayan alcanzado un grado razonable de consolidación.

Para la solución del problema teórico y político planteado por la ruptura de la asociación conceptual, predominante en la etapa anterior, entre la lucha armada y la revolución, por una parte, y la lucha electoral y la reforma, por otra, surgen pistas sobre el potencial de las rebeliones populares y de lo que podríamos llamar las rebeliones electorales, que desafían la máxima de Samuel Huntington de que para que funcione la democracia (burguesa) es preciso que una parte de la sociedad no ejerza sus derechos democráticos. Sobre este tema, cuando aún ni se preveía la elección a la presidencia de Chávez, le escuché decir a James Petras que una revolución social sí puede comenzar mediante un triunfo electoral, siempre y cuando ese triunfo se produzca en la cresta de la ola de una poderosa movilización y lucha popular, pero no cuando la izquierda desmoviliza al pueblo para ganar la tolerancia de los grupos de poder.

Para resolver el desafío planteado por la obsolescencia de la estereotipada división de roles entre las organizaciones y las luchas sociales, por una parte, y los partidos y las luchas políticas de izquierda, por otra, en la cual se le asignaba a las primeras una posición subordinada, surgen las pistas aportadas por los nuevos movimientos sociales y social-políticos, como el Movimiento de los Trabajadores Rurales Sin Tierra de Brasil, el Movimiento al Socialismo de Bolivia y otros, que asumen la lucha social y la lucha política como lo que son, dos ámbitos complementarios de lucha.

Para resolver el desafío planteado por el cese de la separación organizativa entre las corrientes revolucionarias y reformistas de la izquierda, que hoy se organizan, coexisten y luchan ideológicamente en el seno de muy heterogéneos partidos, movimientos políticos y coaliciones, surgen las pistas aportadas por toda la experiencia organizativa acumulada desde la década de 1980 hasta el presente, cuando nacen nuevos tipos fuerzas políticas de izquierda como el Partido de los Trabajadores de Brasil o el Partido de la Revolución Democrática de México; renacen, en el período posdic-

tatorial, formas organizativas como el Frente Amplio de Uruguay; o se produce la mutación, de frente político militar a partido político electoral, como el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional de El Salvador. Para el estudio de esta problemática hay suficiente información aportada por los casos nacionales y por la interacción de estas fuerzas en el Foro de São Paulo.

Para resolver el desafío planteado por la existencia de una nueva dinámica entre gobierno y poder surgen las pistas aportadas por las suficiencias e insuficiencias de los gobiernos de izquierda y progresistas existentes en América Latina.

¿Qué conclusión extraemos sobre la situación y perspectivas de la elaboración y el debate teóricos, llamados a desempeñar un papel principal en la solución de los desafíos planteados?

En América Latina, hay avances en la comprensión de las condiciones en las cuales se desarrollan las luchas; hay un inventario de omisiones y errores cometidos a lo largo de la historia del movimiento obrero y socialista, incluidos aquellos que desembocaron en el derrumbe del paradigma de la Revolución de Octubre; y hay conciencia de la diversidad social que es preciso tener en cuenta, tanto para formar el bloque social revolucionario, como para formular los objetivos, las estrategias, las tácticas y los programas revolucionarios. En este contexto, la elaboración teórica y la polémica sobre el Socialismo del Siglo XXI y el Vivir Bien o Buen Vivir ocupan un cuarto momento de los debates políticos e ideológicos en la etapa abierta por el derrumbe de la Unión Soviética y el bloque socialista europeo.

El primer momento fue en el «descuartizamiento pasional u oportunista de la experiencia histórica del socialismo, que rayó en el sadismo e, incluso en el masoquismo, y logró apartar o colocar en un plano secundario el análisis de la historia y la actualidad del imperialismo».⁴

En un segundo momento imperó la lucha contra los ideogramas legitimadores de la concentración transnacional de la riqueza y el poder político, en especial, los ideogramas destinados a «la recodificación de las ideas y las políticas neoliberales, con una presentación “humanista” que permea el debate, la producción teórica y la práctica política de parte de la izquierda, con toda una mitología sobre la “capacidad regeneradora” del capitalismo y la consumación de un “cambio civilizatorio” que, supuestamente, ya no permitirá jamás volver a comprender el mundo y mucho menos transformarlo». ⁵

En un tercer momento los primeros planos de atención los ocupó el debate sobre el Socialismo del Siglo XXI que, en lo positivo, implicó una superación de las dos anteriores, marcó el inicio de la búsqueda de nuevos paradigmas políticos emancipatorios y explicitó una reivindicación de la palabra socialismo y, en lo negativo, ha sido aprovechado por algunos de los participantes en el mismo para contraponerlo al marxismo y el leninismo, y para asumir una posición ambigua con relación a la necesidad de romper con el capitalismo. También primó el uso del término que hace el presidente Chávez, quien lo emplea para caracterizar el desenvolvimiento práctico cotidiano del proceso de reformas de orientación popular que él encabeza, y no como un proyecto con una visión de futuro coherente y acabada.

En un cuarto momento, en el cual nos encontramos, predomina la participación en el debate de líderes sociales, dirigentes políticos e intelectuales con pensamiento marxista y leninista, entre los cuales en este libro se menciona a Atilio Borón, Néstor Kohan, François Houtart, Michael Lebowitz y Hugo Moldiz, que rechazan el carácter de «nueva ontología» que Dieterich y otros pretendieron atribuirle al Socialismo del Siglo XXI.

Por todo lo anterior, el debate político e ideológico de la izquierda latinoamericana, en el cual se inserta el Socialismo del

Siglo XXI, ha transitado, desde el muy negativo momento en que se inició, en medio de la crisis terminal de la URSS y el bloque socialista europeo, hasta el muy positivo momento actual, en que líderes sociales, dirigentes políticos e intelectuales revolucionarios, asumen un rol protagónico en el desarrollo del marxismo y el leninismo en su condición de filosofía de la praxis.

Es muy importante que la pretensión de erigir al Socialismo del Siglo XXI en una «nueva ontología» haya sido rebasada, y que pasara al primer plano el análisis crítico constructivo de los procesos de reforma y transformación social en curso, con el fin de enrumbarlos hacia un genuino socialismo, que presupone la inequívoca ruptura con el capitalismo y la edificación de una nueva sociedad acorde con las características, condiciones y necesidades de los pueblos.

La revolución socialista latinoamericana del siglo XXI tendrá su «sello de época», igual que lo tuvieron, en su momento, las revoluciones rusa, china, coreana, vietnamita y cubana. El sujeto de la revolución no será solo la clase obrera, o estará formado solo por la alianza obrero campesina; ese sujeto será integrado por todos los sectores oprimidos del pueblo. No habrá un solo partido de vanguardia porque la complejidad de ese sujeto social admite alianzas, pero no homogenizaciones, y porque la reiterada usurpación del término hecha por vanguardias autoproclamadas, vulgarizó un concepto que tanto brilló en boca de Lenin. La relación entre las fuerzas políticas plurales que actúen como vanguardia colectiva y las fuerzas sociales también plurales que esa vanguardia se comprometa a representar será de igual a igual, respetuosa y complementaria.

Como uno de los legados de esa rica etapa histórica que abrió la Revolución Cubana, el socialismo latinoamericano no hará distinción entre creyentes y no creyentes, ni entre religiones cristianas y no cristianas, como las de los pueblos originarios, los afrodescendientes y otras. El sentido común indica que en los últimos

cincuenta años, un número muy superior de creyentes que de no creyentes enarbolaron las banderas de la revolución y el socialismo en América Latina, y dieron sus vidas por ellas. Género, etnia, cultura, franja de edad, preferencia sexual y otros criterios forman parte del paradigma de igualdad y respeto a la diversidad del sujeto social que emprenderá la construcción del socialismo latinoamericano y caribeño, sin olvidar que la esencia sigue siendo el tránsito a la socialización de los medios de producción, y el contenido y la forma que la propiedad de estos últimos adoptará.

Nada de esto es nuevo. De todo ello habla desde hace años y, quizás, hasta de manera sobredimensionada, porque a esos elementos se atribuye el papel determinante en la formación de la identidad del futuro socialismo latinoamericano. Sin dudas, su papel será crucial, pero insitimos en que lo determinante es cómo, cuándo, dónde y en qué condiciones tendrá lugar la conquista o el completamiento de la construcción del poder político. Sin estas respuestas, no puede hablarse de Socialismo del Siglo XXI, Socialismo en el Siglo XXI, Vivir Bien, Buen Vivir, o cualquier noción similar, más que como una utopía de contornos aún muy difusos.

En resumen, en la actualidad apreciamos un desarrollo paralelo, es decir, un desfase, entre, por una parte, la acción de los gobiernos latinoamericanos integrados por fuerzas de izquierda y progresistas y, por la otra, la adecuación, actualización y desarrollo de la teoría revolucionaria de la fuerzas políticas que participan en esos procesos, o que son solidarias con ellos. El reto que tenemos planteado es fomentar la interacción armónica entre teoría y praxis.

No se trata de recuperar el marxismo y el leninismo para construir una «nueva URSS», una «nueva China», una «nueva Corea», un nuevo «Vietnam» o una «nueva Cuba», sino una nueva Venezuela, una nueva Bolivia, un nuevo Ecuador, en síntesis, una nueva América Latina. La filosofía de la praxis aplicada en la América Latina del Siglo XXI tiene, necesariamente, que producir resultados novedosos.

Notas

Palabras del autor

1. Roberto Regalado: *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda*, Ocean Press, Melbourne, 2006. Segunda edición en español (edición actualizada), Ocean Sur, México D.F., 2006. Edición en inglés: *Latin America at the Crossroads: domination, crisis, popular movements & political alternatives*, Ocean Press, Melbourne, 2007. Edición en danés: *Latinamerika ved en skillevej: dominans, krise, sociale kampe og venstreflojens politiske alternativer*, Forlaget Arbejderen, København N, 2007.
2. Roberto Regalado: «Prefacio a la segunda edición», *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda*, Ocean Sur, México D.F., 2006, pp. 1-2.

Precisiones conceptuales

1. Néstor Kohan: *Nuestro Marx*, Misión Conciencia, Caracas, 2011, p. 93.
2. Néstor Kohan: *Introducción al pensamiento socialista. El socialismo como ética revolucionaria y teoría de la rebelión*, Ocean Sur, México D.F., 2007, p. 21.
3. Carlos Marx y Federico Engels: «Manifiesto del Partido Comunista», *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1, pp. 100-140.
4. Carlos Marx y Federico Engels: «Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas», *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1, pp. 182-189.
5. Véase a Vladimir Ilich Lenin: «La Bancarrota de la II Internacional», *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, t. 26, pp. 228-229.
6. Federico Engels: «El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado», *Obras Escogidas* en tres tomos, Editora Política, La Habana, 1963, t. 3, pp. 38-187.
7. «Los diferentes individuos solo forman una clase en cuanto se ven obligados a sostener una lucha común contra otra clase, pues de otro modo ellos mismos se enfrentan los unos con los otros, hostilmente, en el plano de la competencia. Y, de otra parte, la clase se sustantiva, a su vez, frente

- a los individuos que la forman, de tal modo que éstos se encuentran ya con sus condiciones de vida predestinadas; se encuentran con que la clase les asigna su posición en la vida y, con ello, la trayectoria de su desarrollo personal; se ven absorbidos por ella. Es el mismo fenómeno que el sometimiento de los diferentes individuos a la división del trabajo, y para eliminarlo no hay otro camino que la abolición de la propiedad privada y del trabajo mismo.» Carlos Marx y Federico Engels: «Feuerbach. Oposición entre las concepciones materialista e idealista», *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1, p. 64.
8. Carlos Marx y Federico Engels: «El Manifiesto del Partido Comunista», ob. cit., p. 111.
 9. Federico Engels: «El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado», ob. cit., p. 181. A ello añade que: «Como el Estado nació de la necesidad de refrenar los antagonismos de clase, y como, al mismo tiempo, nació en medio del conflicto de esas clases, es, por regla general, el Estado de la clase más poderosa, de la clase económicamente dominante, que, con ayuda de él, se convierte también en la clase políticamente dominante, adquiriendo con ello nuevos medios para la represión y la explotación de la clase oprimida. Así, el Estado antiguo era, ante todo, el Estado de los esclavistas para tener sometidos a los esclavos; el Estado feudal era el órgano de que se valía la nobleza para tener sujetos a los campesinos siervos, y el moderno Estado representativo es el instrumento de que se sirve el capital para explotar el trabajo asalariado.» *Ibidem*.
 10. Carlos Marx y Federico Engels: «El Manifiesto del Partido Comunista», ob. cit., p. 115.
 11. Gilberto López y Rivas: *Antropología, etnomarxismo y compromiso social de los antropólogos*, Ocean Sur, México D.F., 2010, pp. 13-14.
 12. Ana María Rivadeo: *Lesá Patria, Nación y Globalización*, UNAM, México D.F., 2003, p. 70.
 13. Engels afirma: «El Estado moderno, cualquiera que sea su forma, es una máquina esencialmente capitalista, es el Estado de los capitalistas, el capitalista colectivo ideal». Federico Engels: «Del socialismo utópico al socialismo científico», *Obras Escogidas* en tres tomos, Editora Política, La Habana, 1963, t. 2, p. 370.
 14. Véase a Claudio Katz: *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2008, pp. 31-38.
 15. Rosa Luxemburgo: *Reforma o Revolución y otros escritos contra los revisionistas*, Fontamara, México D.F., 1989, pp. 118-119.
 16. *Ibidem*: pp. 119-120.

Primera parte: Factores determinantes del «cambio de época»

1. Carlos Marx: «El Capital. Capítulo XXIV. La llamada acumulación originaria», Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1981, t. 2, pp. 103-104.
2. *Ibidem*: pp. 150-151.
3. Según Lenin «...el resumen de la historia de los monopolios es el siguiente: 1) Década del 60 y 70 [del siglo XIX], punto culminante de desarrollo de la libre competencia. Los monopolios no constituyen más que gérmenes apenas perceptibles. 2) Después de la crisis de 1873, largo período de desarrollo de los cárteles, los cuales solo constituyen todavía una excepción, no son aún sólidos, aún representan un fenómeno pasajero. 3) Auge de fines del siglo XIX y crisis de 1900 a 1903: los cárteles se convierten en una de las bases de toda la vida económica. El capitalismo se ha transformado en imperialismo». Vladimir Ilich Lenin: «El imperialismo, fase superior del capitalismo», *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, t. 27, p. 22.
4. Rafael Cervantes, Felipe Gil, Roberto Regalado y Rubén Zardoya: *Transnacionalización y desnacionalización: ensayos sobre el capitalismo contemporáneo*, Editorial Félix Varela, La Habana, 2002, pp. 86-87.
5. *Ibidem*: p. 134.
6. Para conocer las opiniones de Lenin sobre Hobson consultar Vladimir Ilich Lenin: «Reseña de La evolución del capitalismo moderno», *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, t. 4, pp. 162-163.
7. Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1978, p. 394.
8. Véase a Esteban Morales: «USA: la crisis de un liderazgo y el liderazgo de una crisis», *Temas Económicos*, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1980.
9. Rafael Cervantes y otros: *Transnacionalización y desnacionalización: ensayos sobre el capitalismo contemporáneo*, ob. cit., pp. 59-60.
10. *Ibidem*: pp. 214-242.
11. Durante los primeros años de la conquista y colonización, América no tuvo nombre propio. Cristóbal Colón fallece en 1506 convencido de que había cumplido el objetivo de sus viajes de exploración, que era hallar una nueva ruta hacia el Oriente para facilitar el comercio con esa región. Pronto los europeos se percataron de que los territorios a los que Colón accidentalmente había llegado eran hasta entonces desconocidos por ellos, por lo que inicialmente los denominaron Nuevo Mundo o Indias. Poco después, ese último nombre fue complementado con la palabra Occidentales: Indias Occidentales. De manera paulatina, esos apelativos fueron sustituidos por América. Este nombre había sido sugerido en 1507 por el alemán Martín

- Waldseemüller en honor al navegante Américo Vespucio, a quien por error se le atribuyó el haber encontrado ese continente. Para mayor información véase a Sergio Guerra y Alejo Maldonado: *Los laberintos de la integración latinoamericana: historia, mito y realidad de una utopía*, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2002, pp. 15-16.
12. Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, op. cit., p. 14.
 13. «El neologismo América Latina, que al parecer hizo su aparición a mediados del siglo XIX, tuvo como verdaderos padres al colombiano José María Torres Caicedo y al chileno Francisco Bilbao, ambos entonces residentes en París. Este último empleó el vocablo, por primera vez, en una conferencia dictada en la capital francesa el 24 de junio de 1856 con el título de «Iniciativa de la América» donde también se valió del gentilicio latino-americano. Tres meses después [...] Torres Caicedo también lo utilizó, el 26 de septiembre de 1856, en la primera estrofa de la parte IX de su poema «Las dos Américas». El colombiano, a diferencia de Bilbao —quien no seguiría utilizando el neologismo en protesta por la intervención francesa en México—, sería un incansable propagandista de la novedosa expresión y su más tenaz difusor —al extremo de corregir las segundas ediciones de sus trabajos anteriores a 1856, para sustituir América Española por América Latina [...]. En su libro *Mis ideas y mis principios*, publicado en París en 1875, el propio Torres Caicedo [...] se atribuyó la primacía en la adopción del nuevo término, lo que ha llevado a algunos historiadores a adjudicarle su exclusiva paternidad, desconociendo el papel de coautor que con justicia corresponde a Bilbao. En definitiva, a lo largo del siglo XX, el uso de América Latina terminaría por imponerse de manera categórica sobre los otros nombres que indistintamente se venían usando». Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado Gallardo: *Los laberintos de la integración latinoamericana: historia, mito y realidad de una utopía*, ob. cit., pp. 32-38.
 14. Véase a Francisco Zapata: *Ideología y política en América Latina*, El Colegio de México, Centro de Estudios Sociológicos, México D.F., 2002, p. 142.
 15. Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, ob. cit., pp. 480-481.
 16. «En las postrimerías del siglo XIX, durante la presidencia de Benjamín Harrison (1889-1893), el secretario de Estado James G. Blaine se propone complementar las acciones de fuerza mediante las cuales el imperialismo norteamericano impone su dominación neocolonial en América Latina, con un «sistema panamericano» concebido para establecer su hegemonía en el continente. Es el inicio de una estrategia a largo plazo para convertir a los gobiernos y pueblos latinoamericanos en copartícipes de la dominación ejercida sobre ellos. Ese es el propósito de la Primera Conferencia Internacional Americana de 1889-1890, celebrada en momentos en que los

- Estados Unidos aún son incapaces de disputar con éxito el control británico sobre América del Sur.» Roberto Regalado: *América Latina entre siglos*, ob. cit., p. 126.
17. Los «incidentes del Golfo de Tonkín» fueron supuestos ataques de fuerzas navales de la República Democrática de Vietnam contra unidades navales de los Estados Unidos, utilizados como pretexto para escalar la intervención estadounidense en la guerra del sudeste asiático.
 18. Véase a Peter Kornbluh: *The Pinochet File, a National Security Archive Book*, The New Press, New York, 2003-2004.
 19. Para mayor información consultar Holly Sklar: «Trilateralism: managing dependence and democracy –an overview», Holly Sklar (editor) *Trilateralism: The Trilateral Commission and Elite Planning for World Management*, South End Press, Boston, 1980, pp. 5-6.
 20. *Ibidem*: p. 7.
 21. Samuel Huntington: citado por Holly Sklar, *Ibidem*, p. 38.
 22. Samuel Huntington: *La tercera Ola: la democratización a finales del siglo XX*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1994, pp. 22-23.
 23. Holly Sklar: «Trilateralism: managing dependence and democracy –an overview», ob. cit., p. 44.
 24. *Ibidem*: p. 36.
 25. *Ibidem*: pp. 21-22.
 26. Gregorio Selser: *Reagan: Entre El Salvador y las Malvinas*, Mex-Sur Editorial, México D.F., 1982, p. 51.
 27. *Ibidem*: p. 41.
 28. Friedrich Hayek: *Camino de Servidumbre*, Alianza Editorial, Madrid, 1990, p. 5.
 29. *Ibidem*: p. 45.
 30. *Ibidem*: p. 111.
 31. *Ibidem*: pp. 101-102.
 32. Hugo Zemelman: «Enseñanzas del gobierno de la Unidad Popular en Chile», *Gobiernos de izquierda en América Latina: el desafío del cambio*, Beatriz Stolowicz (coordinadora), Plaza y Valdés Editores, México D.F., 1999, pp. 35-36.
 33. Para mayor información sobre el tema consultar Perry Anderson: «El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda», Renán Vega (editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico, Bogotá, 1997, pp. 360-361.
 34. *Ibidem*: p. 355.
 35. *Ibidem*: p. 357.

36. Ibídem: pp. 356-357.
37. El concepto de «siglo corto», que Eric Hobsbawm acostumbra utilizar para referirse al período comprendido entre el inicio de la I Guerra Mundial y el derrumbe de la Unión Soviética (1914-1991), él lo tomó de Ivan Berend, antiguo presidente de la Academia Húngara de Ciencias. Véase a Eric Hobsbawm: *Historia del siglo XX*, Crítica, Barcelona, 2009, p. 10.
38. G.D.H. Cole: *Historia del Pensamiento Socialista I: Los precursores (1789-1850)*, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1986, p. 19.
39. Cole ofrece un excelente análisis sobre el papel de la Revolución Francesa como precursora del pensamiento socialista. Ibídem: pp. 9-29.
40. Federico Engels: «Del socialismo utópico al socialismo científico», ob. cit., p. 116.
41. Ibídem: p. 117.
42. Así recapitula Lenin la trayectoria del marxismo: «Durante el primer medio siglo de su existencia, el marxismo impugnó las teorías que le eran profundamente hostiles. En la primera mitad de la década del 40, Marx y Engels saldaron cuentas con los jóvenes hegelianos radicales, que abrazaban el idealismo filosófico. A fines de esta década, pasa a primer plano la lucha en el terreno de las doctrinas económicas contra el proudhonismo. Esta lucha culmina en la década del 50: crítica de los partidos y de las doctrinas que se habían dado a conocer en el turbulento año 1848. En la década del 60, la lucha se desplaza del campo de la teoría general a un terreno más cercano al movimiento obrero propiamente dicho: expulsión del bakunismo de la Internacional. A comienzos de la década del 70 des- cuela en Alemania por breve tiempo el proudhonista Mülberger; a fines de esa década, el positivista Düring. Pero la influencia de uno y otro en el proletariado es ahora insignificante en extremo. El marxismo alcanza ya el triunfo absoluto sobre todas las demás ideologías del movimiento obrero». Vladimir Ilich Lenin: «Marxismo y Revisionismo», *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1986, t.17, p.18.
43. G.D.H. Cole: *Historia del Pensamiento Socialista I: Los precursores*, ob. cit., p. 223.
44. Carlos Marx y Federico Engels: «Mensaje del Comité Central a la Liga de los Comunistas», ob. cit., p. 185.
45. Federico Engels: «Prefacio de la edición alemana de 1872» de «El Manifiesto del Partido Comunista», ob. cit., p. 100.
46. Eric Hobsbawm: *How to change the world. Tales of Marx and Marxism*, Little, Brown Book Group, London, 2011, pp. 319-320.
47. Ibídem: p. 7.
48. Ibídem: pp. 12-13.

49. Carlos Marx: «Proyecto de respuesta a la carta de V.I. Zasúlich», Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 3, p. 162.
50. Federico Engels: «Prefacio a la segunda edición rusa de 1882» del «Manifiesto del Partido Comunista», ob. cit., pp. 101-102.
51. Incluso Cole, conocido crítico de Marx, Lenin y el concepto marxista de revolución social, concluye: «La Revolución Alemana de 1918 fue de hecho, como hemos visto, el ejemplo más completo de la manera errónea de hacer una revolución. Los reformistas que quieren solo cambios graduales y no demasiado radicales pueden permitirse hasta cierto punto incorporar a la nueva estructura la mayor parte de la antigua — utilizar la burocracia y los tribunales existentes e inclusive oficiales del ejército —, aunque la medida en que puedan hacerlo depende de las actitudes mentales de estos grupos sociales. Una revolución verdadera, por otra parte, debe, para sobrevivir, sino barrer en absoluto con todo lo anterior, efectuar cuando menos un cambio decisivo en la composición de los altos cargos administrativos, el poder judicial y las fuerzas armadas y debe colocar de inmediato en las posiciones claves a personas en cuyo apoyo a la causa revolucionaria puede confiarse». G.D.H. Cole: *Historia del pensamiento socialista VI: Comunismo y Socialdemocracia (1914-1931)* Segunda Parte, Fondo de Cultura Económica, México D.F., 1986, pp. 388-389.
52. Vladimir Ilich Lenin: «El Estado y la Revolución», *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, t. 33, pp. 26-27.
53. Vladimir Ilich Lenin: «La revolución proletaria y el renegado Kautsky», *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1981, t. 37, p. 252.
54. Vladimir Ilich Lenin: «El Estado y la Revolución», ob. cit., p. 91.
55. *Ibidem*: p. 120.
56. Ariel Dacal y Francisco Brown: *Rusia. Del socialismo real al capitalismo real*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2005, p. 10. Para conocer las opiniones otros especialistas cubanos en esta temática consúltese a Rafael Hernández (moderador): Mesa Redonda «¿Por qué cayó el socialismo en Europa Oriental?», *Temas* no. 39-40, La Habana, octubre-diciembre 2004.
57. *Ibidem*: p. 7.
58. Juan Valdés Paz: *El espacio y el límite. Estudios sobre el sistema político cubano*, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, y Ruth Casa Editorial, Panamá, 2009, pp. 43-44.
59. Isaac Deutscher: «El final de la era de Stalin», *Filosofía y revolución en los años sesenta*, María del Carmen Ariet y Jacinto Valdés-Dapena (compiladores), Ocean Sur, México D.F., 2010, pp. 305-306.
60. Eugenio Preobrajenski: «La ley de acumulación socialista originaria», *Bolcheviques en el poder*, ob. cit., pp. 268-269.

61. León Trotsky: «Cultura proletaria y arte proletario», *Bolcheviques en el poder*, p. 156.
62. «Por concepciones habituales de socialismo, en este caso, entendemos aquella que tuvo como presupuesto considerar lo alternativo como lo ya realizado y la posibilidad real como realidad desplegada, a despecho del tiempo, modo y lugar que impedía distinguir la aspiración de la realidad. El error consistió en otorgar los rasgos de un proceso interformacional, aún no desplegado en su integridad, sin adecuada categorización y estudio, al socialismo como tal, cuya plenitud supone el predominio de una efectiva socialización de la producción y de la política, garantía para la plena dignificación humana.» Gilberto Valdés: *Los movimientos sociales populares y el socialismo latinoamericano* (folleto), Ocean Sur, México D.F., pp. 6-7.
63. José Stalin: «Cuestiones del leninismo», *Bolcheviques en el poder*, ob. cit., p. 99.
64. Hugo Zemelman: «Enseñanzas del gobierno de la Unidad Popular en Chile», op. cit., p. 37.
65. Para mayor información sobre la III Internacional, consúltese a G.D.H. Cole: *Historia del pensamiento socialista VI: Comunismo y Socialdemocracia (1914-1931) Segunda Parte*, ob. cit., pp. 2-28, 61-62, 73 y 161-163.
66. Para mayor información consúltese a Piero Gleijeses: *Misiones en conflicto: La Habana, Washington y África 1969-1976*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.
67. Véase a Jorge Hernández: *Estados Unidos. Hegemonía, seguridad nacional y cultura política*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2010.
68. «El derrumbe y desmontaje del modelo eurosoviético transcurrió entrelazado a todo un proceso de crisis de credibilidad del marxismo, la llamada “crisis del marxismo” se devela matizada por la caída del Muro de Berlín, y la vulgarización de muchos de sus paradigmas, llevados de forma cada vez más caricaturesca a la enseñanza, que se tornó dogmática y estatizada.» Mely González: *Lo latinoamericano en el marxismo* (folleto), Ocean Sur, México D.F., 2011, p. 19.
69. Ariel Dacal y Francisco Brown: *Rusia. Del socialismo real al capitalismo real*, ob. cit., pp. 3-86.
70. «A la altura del siglo XXI ya no es secreto que la visión dialéctica de un proceso revolucionario no se conforma con el triunfo de la revolución socialista y la toma del poder político. Solo con estos cambios no se extirpan del todo las condiciones de vida burguesas. Habría que emprender cualquiera de los procesos sociales que genera la revolución y adentrarse en la complejidad de la construcción de una sociedad diferente al capitalismo para darse cuenta que la cosa no es tan simple, más fácil es tomar el poder político (la vida lo demuestra con creces) que hacer una revolución de verdad. El marxismo, como sistema de ideas, tiene en su misión

- esclarecer las vías, las formas y los métodos para arribar a las transformaciones que derribarán definitivamente los muros del capitalismo». Mely González: *Lo latinoamericano en el marxismo*, ob. cit., p. 1.
71. Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello, La Habana, 2008, p. 15.
 72. Nils Castro: *Las izquierdas latinoamericanas: observaciones sobre una trayectoria*, Fundación Friedrich Ebert-Panamá, 2005, p. 66.
 73. *Ibidem*: p. 87.
 74. La palabra «dedazo» se utiliza en México en alusión al método de selección del candidato a la Presidencia de la República por el Partido Revolucionario Institucional, utilizado durante las décadas en que esa fuerza política monopolizó el control del gobierno nacional. Ese método consistía en que el mandatario saliente era quien decidía cuál de los aspirantes de dicho partido a la candidatura presidencial sería sucesor, es decir, era una designación hecha «a dedo».
 75. Nils Castro: *Las izquierdas latinoamericanas: observaciones desde una trayectoria*, ob. cit., pp. 87-88.
 76. Véase a Gilberto Valdés: *Los movimientos sociales populares y el socialismo latinoamericano*, ob. cit., pp. 6-7.
 77. Carlos Marx: «El Capital. Capítulo XXIV. La llamada acumulación originaria», ob. cit., p. 148.
 78. Federico Engels: «Prefacio a la segunda edición alemana de 1892» de «La situación de la clase obrera en Inglaterra», Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, Editora Política, La Habana, 1963, t. 3, p. 463.
 79. Antonio Gramsci: *Cuadernos de la Cárcel* en cuatro tomos, Ediciones Era, México D.F., 1984, t. 3, pp. 59-60.
 80. «Probablemente, durante la vida de Marx y Engels, así como durante la existencia de la II Internacional, el principal criterio que distinguía a los marxistas de la mayoría del resto de los socialistas, comunistas y anarquistas (excepto los provenientes de la tradición jacobina) y de los movimientos puramente laboristas o cooperativistas, era la creencia en el papel esencial de la política antes, durante y después de la revolución. Puede que haya sido demasiado enfatizado por la controversia de Marx con los anarquistas proudhonianos y bakunistas, pero no hay duda de su gran significado. Durante el período prerevolucionario eso necesariamente involucraba al partido proletario en todo tipo de actividades dentro del capitalismo». Eric Hobsbawm: *How to change the world. Tales of Marx and Marxism*, ob. cit., p. 84.
 81. Carlos Marx: «La guerra civil en Francia», Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, t. 2, 1963.

82. Federico Engels: «Introducción a la edición de 1895» de «Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1850», *Obras Escogidas* en tres tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1973, t. 1, p. 198.
83. *Ibidem*: p. 201.
84. «También en los países latinos —afirma Engels— se va viendo cada vez más que hay que revisar la vieja táctica. En todas partes se ha imitado el ejemplo alemán del empleo del sufragio, de la conquista de todos los puestos que están a nuestro alcance; en todas partes han pasado a segundo plano los ataques sin preparación [...]. Huelga decir que no por ello nuestros camaradas extranjeros renuncian, ni mucho menos a su derecho a la revolución. No en vano el derecho a la revolución es el único “derecho” realmente “histórico”, el único derecho en que descansan todos los Estados modernos sin excepción». *Ibidem*: p. 119.
85. G.D.H. Cole: *Historia del pensamiento socialista II: marxismo y anarquismo* (1850-1890), Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1986, p. 7.
86. Carlos Marx: «Crítica del programa de Gotha», Carlos Marx y Federico Engels, *Obras Escogidas* en dos tomos, Editorial Progreso, Moscú, 1971, t. 2, pp. 5-29.
87. «La idea política central de Lassalle era que la clase obrera alemana tenía que organizarse en una poderosa asociación nacional cuya primera exigencia sería el sufragio universal directo. Pensaba que, sin el sufragio universal nada, o por lo menos nada importante podría hacerse para mejorar la posición económica de los trabajadores. Sin embargo, tan pronto como estos obtuviesen el derecho al voto, obtendrían con él el poder para hacer del Estado un servidor de sus deseos. De hecho, el Estado se convertiría en lo que Lassalle siempre insistía que era necesariamente, siempre y en todas partes, en la medida de la legitimidad: el instrumento para promover el bien general de todo el pueblo. A continuación Lassalle pedía a los obreros que, una vez ganado el voto, lo empleasen para insistir en que el Estado les permitiera llegar a ser dueños de sí mismos, poniendo a su disposición el capital y el crédito que les permitiría prescindir de los patronos capitalistas y reservar para sí mismos todo el producto de su producción colectiva». G.D.H. Cole: *Historia del pensamiento socialista II: marxismo y anarquismo* (1850-1890), op. cit., p. 82.
88. El principal crítico de Bernstein desde posiciones de supuesta defensa de la «ortodoxia» del marxismo era Karl Kautsky, quien esgrimía su concepto evolutivo de la revolución social. Sobre esta figura, Kohan afirma:
«Tras la muerte de Marx y Engels, Karl Kautsky se transformó en el albacea testamentario y en el supuesto custodio de la ortodoxia marxista, durante los tiempos de la II Internacional. Desde el partido socialista de Alemania (SPD) y su revista teórica *Die Neue Zeit*, ejercía el papel de guía ideológico y representante de lo que se consideraba “ortodoxia” en

la familia marxista. Desde esa pretendida fortaleza ideológica intentó contrarrestar los embates del “revisionista” Eduard Bernstein [...].

»Para contrarrestar las críticas de Bernstein, Kautsky apeló a todas las armas posibles. Y para ello, reforzó aún más una lectura equívoca del marxismo que depositaba en el supuesto “factor económico” la clave de la historia.» Néstor Kohan: *Nuestro Marx*, ob. cit., p. 134.

89. Véase a Vladimir Ilich Lenin: «Marxismo y Revisionismo», ob. cit., pp. 24-25.
90. Así sintetizaba Lenin su crítica al revisionismo: «El fin no es nada, el movimiento lo es todo”. Esta frase proverbial de Bernstein expone la esencia del revisionismo mejor que muchas largas disertaciones. Determinar de cuando en cuando la conducta que se debe seguir, adaptarse a los acontecimientos del día, a los virajes de las minucias políticas, olvidar los intereses cardinales del proletariado y los rasgos fundamentales de todo el régimen capitalista, de toda la evolución del capitalismo y sacrificar estos intereses cardinales por ventajas reales o supuestas del momento: ésa es la política revisionista y de su esencia misma se desprende con toda certidumbre que esta política puede adoptar formas infinitamente diversas y que cada problema un tanto “nuevo”, cada viraje un tanto inesperado e imprevisto de los acontecimientos —aunque este viraje solo altere la línea fundamental del desarrollo en proporciones mínimas y por el plazo más corto dará lugar, siempre, a tal o cual variedad de revisionismo». *Ibidem*: p. 24.
91. Esa contemporización con el colonialismo impulsa a Lenin a decir: «Una clase de desposeídos, pero no trabajadores, no es capaz de derrocar a los explotadores. Solo la clase de los proletarios, que mantiene a toda la sociedad, puede hacer la revolución social. Pues bien, la vasta política colonial ha llevado en parte al proletariado europeo a una situación en la que no es su trabajo el que mantiene a toda la sociedad, sino el trabajo de los indígenas coloniales casi convertidos en esclavos. La burguesía inglesa, por ejemplo, extrae más ingresos de las decenas y centenares de millones de habitantes de la India y de otras colonias suyas que de los obreros ingleses. Así las cosas, se instaura en algunos países la base material, la base económica para contaminar de chovinismo colonial al proletariado de tal o cual país». Vladimir Ilich Lenin: «El Congreso Socialista Internacional de Stuttgart», *Obras Completas*, Editorial Progreso, Moscú, 1983, t. 16, p. 73.
92. Véase a Vladimir Ilich Lenin: «La Bancarrota de la II Internacional», ob. cit., pp. 221-280.
93. Anthony Giddens: *The Third Way: The Renewal of Social Democracy*, Polity Press, Cambridge, 1988, p. 4. «Lo que se convirtió en el “Estado de bienestar” (un término que no fue ampliamente utilizado hasta los años sesenta y el cual William Beveridge, el arquitecto del Estado de bienestar británico,

- abiertamente rechazaba) ciertamente ha abigarrado la historia. Sus orígenes estuvieron muy distantes de los ideales de la izquierda —en parte fue creado para disipar la amenaza socialista. Los grupos gobernantes que establecieron el sistema de seguridad social en la Alemania imperial en las postrimerías del siglo XIX despreciaban la economía de *laissez-faire* tanto como al socialismo. Sin embargo, el modelo de Bismarck fue copiado por muchos países. Beveridge visitó Alemania en 1907 para estudiar el modelo. El Estado de bienestar tal como existe hoy en Europa fue producido en y por la guerra, como lo fueron tantos aspectos de la ciudadanía nacional». *Ibídem*: p. 111.
94. Véase a María Marta Hernández, Judith Baqués y Elvira Díaz: «La evolución histórica de las concepciones de la socialdemocracia internacional en relación al Estado y la democracia», *Memorias del Seminario Internacional Proyección de la socialdemocracia en el mundo actual* en dos tomos, La Habana, 6-9 de octubre de 1981, t. 1, pp. 138-160.
 95. Peter Havas: «Los conflictos sociales del capitalismo, la lucha de clases en la ideología y en la política de la socialdemocracia», *Memorias del Seminario Internacional Proyección de la socialdemocracia en el mundo actual* en dos tomos, *ob. cit.*, t. 1, pp. 39-61.
 96. *Ibídem*: pp. 56-57.
 97. Anthony Benn: citado por Peter Havas: *Ibídem*.
 98. Boris Orlov: «Acerca de la correlación entre la teoría y la práctica en la actividad de la socialdemocracia», *Memorias del Seminario Internacional Proyección de la socialdemocracia en el mundo actual* en dos tomos, t. 1, *ob. cit.*, p. 96.
 99. Véase a Perry Anderson: «El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda», *ob. cit.*, p. 360.
 100. «Doy por sentado que “tercera vía” se refiere a una estructura de pensamiento y de hacer política que busca adaptar la socialdemocracia a un mundo que ha cambiado de manera fundamental durante las últimas dos o tres décadas. Es una tercera vía en el sentido de que constituye un intento de trascender, tanto a la socialdemocracia de viejo estilo, como al neoliberalismo». Anthony Giddens: *The Third Way: the Renewal of Social Democracy*, *ob. cit.*, p. 26.
 101. *Ibídem*: pp. VII-VIII (prefacio).
 102. *Ibídem*: p. 26.
 103. Tony Blair: «La Tercera Vía: nuevas políticas para el nuevo siglo», Tony Blair y Juan Manuel Santos, *La Tercera Vía: nuevas políticas para el nuevo siglo—Una alternativa para Colombia*, Editora Aguilar, Bogotá, 1999, pp. 72-73.
 104. Véase a Norberto Bobbio: *Left and Right*, Polity Press, Cambridge, 1996.

105. Anthony Giddens: *The Third Way: the Renewal of Social Democracy*, ob. cit., pp. 38-39.
106. *Ibidem*: pp. 39-40.
107. Blair proclama una nueva relación entre el gobierno y la sociedad civil, a partir de la cual el gobierno debe actuar en asociación con agencias voluntarias para promover la renovación y el desarrollo comunitario, sobre la base de una «nueva economía mixta», caracterizada por la «sinergia» entre lo público y lo privado, la disminución de la propiedad estatal y el financiamiento a las entidades privadas dedicadas a la comercialización de los servicios sociales; una democratización de la democracia, entendida como un esfuerzo para evitar que el desestímulo que significa el cese de la competencia con el campo socialista siga erosionando la asimilación de demandas ciudadanas por conducto del sistema de partidos políticos de la democracia burguesa; el combate al crimen y la promoción de la seguridad en la comunidad; y la creación de la «familia democrática».
108. Con palabras del propio Giddens: «La más reciente apropiación de la “tercera vía” por Bill Clinton y Tony Blair ha encontrado una sombría receptividad por parte de la mayoría de los socialdemócratas del continente, al tiempo que recibe críticas de los partidarios de la vieja izquierda en sus respectivos países. Sus críticos ven a la tercera vía como una forma de neoliberalismo entibiado. Miran a los Estados Unidos y ven una economía muy dinámica, pero también una sociedad con los niveles más extremos de desigualdad existentes en el mundo desarrollado. Clinton prometió acabar con las políticas de bienestar “de la forma en que las conocemos”, de manera que parece hacer eco a algunas de las actitudes de los conservadores neoliberales. Al llegar al poder, dicen sus críticos, Blair y el Nuevo Laborismo han persistido con las políticas de Margaret Thatcher». (*Sic!*). Anthony Giddens: *The Third Way: the Renewal of Social Democracy*, ob. cit., p. 25.
109. Felipe González: «Intervención en la inauguración de los trabajos de la Comisión Progreso Global», *CD Progreso Global*, Comunicación Interactiva, Madrid, 1996.
110. Los intercambios temáticos de Progreso Global se dividen en nueve seminarios: Economía, mercado, Estado; Globalización e identidad; Innovar el Estado de bienestar; Educación, educación, educación; Cambio tecnológico, empleo, progreso global; Globalización y gobernabilidad económica y financiera; La mujer en el nuevo milenio; Un socialismo joven para un mundo global; Nuestra historia, y Una nueva internacional para un nuevo siglo. Además, se plantea readecuar el funcionamiento de la Internacional al crecimiento experimentado por esa organización, con reuniones regionales celebradas en Europa, América Latina, Asia, África y Medio Oriente. En los cuatro años en que sesiona (entre el XX y el XXI congresos

de la Internacional Socialista), se debaten en la Comisión Progreso Global más de 130 ponencias y documentos declarativos o resolutivos. Véase a Roberto Regalado: *América Latina entre siglos*, ob. cit., pp. 93-98.

Segunda parte: La izquierda en el gobierno: ¿alternativa o reciclaje?

1. Armando Hart: Prólogo a la segunda edición de Néstor Kohan *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, ob. cit., p. 9.
2. Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, ob. cit., pp. 41-42.
3. *Ibidem*: pp. 42-43.
4. «Uno de los descubrimientos más interesantes de Néstor Kohan es el de un hijo rojo que va desde el marxismo «arielista» latinoamericano de los años 20 —Mella, Mariátegui, Farabundo Martí— hasta el nuevo marxismo revolucionario de los años 60: Che Guevara, Roberto Santucho. El primer marxismo —al cual Kohan añade el socialismo antiimperialista de algunos partidarios argentinos de la Revolución de Octubre en los años 20, como José Ingenieros, Deodoro Roca, Carlos Astrada o Julio V. González— es una «creación heroica» que tiene sus raíces culturales en la «hermandad de Ariel», es decir, en la crítica romántica de José Martí, José Enrique Rodó y José Vasconcelos en contra del imperialismo, oponiendo la cultura espiritual latinoamericana a la civilización mercantil y utilitarista de Estados Unidos.» Michael Löwy: Prólogo a la primera edición de Néstor Kohan, *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, ob. cit., p. 2.
5. Véase a Rigoberto Pupo: *Autoctonía y creación americana en José Carlos Mariátegui*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2009.
6. Véase a Julio César Guanche: *Vidas Rebeldes: Julio Antonio Mella*, Ocean Sur, México D.F., 2009.
7. Véase a Jorge Arias Gómez: *Farabundo Martí. La biografía clásica*, Ocean Sur, México D.F., 2010.
8. Mella fue asesinado el 10 de enero de 1929, Mariátegui muere producto de una enfermedad el 16 de abril de 1930 y Farabundo fue fusilado por el ejército salvadoreño el 1.º de febrero de 1932.
9. Véase a Sergio Guerra Vilaboy: *Historia Mínima de América Latina*, ob. cit., p. 253. Véase también a Sergio Guerra Vilaboy: *Etapas y procesos en la historia de América Latina*, Centro de Información para la Defensa, La Habana, s/f, p. 40 y a Luis Suárez Salazar: *Un siglo de terror en América Latina: una crónica de crímenes contra la humanidad*, Ocean Press, Melbourne, 2006, pp. 113-128.
10. Los procesos de reforma social progresista del capitalismo latinoamericano que se produjeron en ese período, casi todos liderados por bur-

guesías desarrollistas, fueron: en Colombia, los gobiernos de Enrique Olaya (1930-1934) y Alfonso López Pumarejo (1934-1938 y 1942-1946); en México, el sexenio de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y el de Miguel Ávila Camacho (1940-1946); en Chile, el gobierno del Frente Popular encabezado por Pedro Aguirre (1938-1942) y el de la Alianza Democrática presidido por Juan Antonio Ríos (1942-1946); y en Costa Rica, los gobiernos de Ángel Calderón (1940-1944) y Teodoro Picado (1944-1948). Por su parte, entre los proyectos populistas resaltan: en Brasil, el gobierno de Getulio Vargas (1930-1945) y, en Argentina, el golpe de Estado de 1943 a partir del cual adquiere relevancia Juan Domingo Perón, electo a la presidencia en 1946. En 1944 es derrocada en Guatemala la dictadura de Juan José Ubico y, poco después, se abre la etapa de los gobiernos antiimperialistas encabezados, respectivamente, por Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Arbenz (1951-1954). Sobre el tema puede consultarse a Luis Suárez Salazar: *Ibidem*: 209-216.

11. Claudio Katz: *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, ob. cit., p. 57.
12. Fidel Castro: *La Historia me absolverá* (edición anotada), Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1973, pp. 55-57.
13. Miguel A. D'Estéfano Pisani: *Política Exterior de la Revolución Cubana*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 253.
14. Se refiere a la Enmienda Platt, impuesta por el Congreso de los Estados Unidos a la Constitución de la República de Cuba de 1901, como condición para poner fin a la ocupación del territorio cubano que mantenían desde su intervención en la guerra de Cuba contra España, ocurrida en 1898, que frustró el merecido triunfo del Ejército libertador. Entre otras imposiciones, en la referida enmienda el gobierno de los Estados Unidos se atribuía el derecho de intervenir militarmente en Cuba y de poseer bases navales o carboneras en su territorio. Esa es la génesis de la Base de Guantánamo, que los Estados Unidos aún mantienen en el territorio cubano. Por cultura plattista se entiende al pensamiento de los sectores contrarrevolucionarios cubanos sumisos a la dominación del imperialismo norteamericano.
15. Para una aproximación básica el pensamiento de Fidel sobre la revolución en América Latina véase a Fidel Castro: *Fidel Castro: Guerra Fría*, Ocean Sur, México D.F., 2006 (91 pp.); Fidel Castro: *Chile y Allende: una mirada al proceso revolucionario chileno*, Ocean Sur, México D.F., 2009 (pp. 316); Fidel Castro: *Latinoamericanismo vs. Imperialismo*, Ocean Sur, México D.F., 2009 (300 pp.); Fidel Castro: *Antología Mínima* (editado por David Deutschmann y Deborah Shnookal), Ocean Sur, México D.F., 2011 (542 pp.); Fidel Castro: *La crisis de América Latina: diagnósticos y soluciones*, Ocean Sur, México D.F., 2011 (230 pp.); Fidel Castro: *Diálogo de Civilizaciones*, Ocean Sur, México D.F., 2009 (87 pp.); Fidel Castro: *La muerte del Che Guevara*, Ocean Sur, México

- D.F., 2009 (87 pp.); y *Fidel Castro: La contrarrevolución en el Chile de Allende*, Ocean Sur, México D.F., 2009 (39 pp.).
16. Para una conocer el pensamiento del Che sobre el mismo tema, véase a Ernesto Che Guevara: *Antología Mínima*, Ocean Press, Melbourne, 2004 (453 pp.); Ernesto Che Guevara: *El socialismo y el hombre en Cuba*, Ocean Press, Melbourne, 2005 (33 pp.); Ernesto Che Guevara: *Los retos de la transición socialista en Cuba (1961-1965)*, Ocean Sur, México D.F., 2008 (312 pp.); Ernesto Che Guevara: *Apuntes críticos de la Economía Política*, Ocean Sur, México D.F., 2006 (431 pp.); Ernesto Che Guevara: *La guerra de guerrillas*, Ocean Sur, México D.F., 2006 (165 pp.); Ernesto Che Guevara: *América Latina: despertar de un continente*, (editado por María del Carmen Ariet), Ocean Sur, México D.F., 2006 (495); Manuel Piñeiro: *Che Guevara y la revolución latinoamericana*, Ocean Sur, México D.F., 2006 (178 pp.); María del Carmen Ariet: *El pensamiento político de Ernesto Che Guevara*, Ocean Sur, México D.F., 2010 (222 pp.); María del Carmen Ariet: y a *Che Guevara: fases integradoras de su proyecto social*, Ocean Sur, México D.F., 2008 (321 pp.).
 17. La Declaración de La Habana, dada a conocer en un discurso del comandante Fidel Castro, aprobada a mano alzada por más de un millón de cubanos, constituidos en Asamblea General Nacional del Pueblo de Cuba en la Plaza de la Revolución «José Martí», el 2 de septiembre de 1960, constituyó la respuesta a la Declaración de San José, emitida por la VII Reunión de Consulta de la OEA, celebrada del 22 al 28 de agosto de aquel mismo año en la capital costarricense, que calificaba la relación de Cuba con la URSS y China como una amenaza al continente y pretendía forzar su ruptura. La II Declaración de La Habana, también dada a conocer al pueblo cubano y al mundo en un discurso del comandante Fidel Castro, y también aprobada a mano alzada por más de un millón de cubanos congregados en la Plaza de la Revolución «José Martí», el 4 de febrero de 1962, fue la respuesta a la sanción adoptada contra Cuba el 30 de enero de ese año, por la VIII Reunión de Consulta de la OEA que, como ya se dijo, consistía en la expulsión del Gobierno Revolucionario del Sistema Interamericano. A las Declaraciones de La Habana seguiría en breve la aprobación, el 26 de julio de 1964, de la Declaración de Santiago de Cuba, en respuesta a la ruptura colectiva de relaciones diplomáticas, consulares y comerciales, aprobada un día antes por la IX Reunión de Consulta de la OEA, realizada en Washington D.C. Estos tres documentos históricos pueden verse en Fidel Castro: *Latinoamericanismo vs. Imperialismo* (compilación, prólogo y notas de Luis Suárez), Ocean Sur, México D.F., 2009, pp. 23-53; 54-87; y 88-121.
 18. La Conferencia Tricontinental, efectuada en La Habana, en enero de 1966, con la participación de los más connotados líderes de los movimientos revolucionarios y de liberación nacional de Asia, África y América Latina, fundó la Organización de Solidaridad con los Pueblos de América Latina (OSPAAAAL).

19. La Conferencia de Solidaridad con los Pueblos de América Latina, celebrada en la capital cubana, en agosto de 1967, fundó la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS). Sobre ese tema, Luis Suárez señala que: «la confrontación histórica [entre el imperialismo norteamericano y la Revolución Cubana] se simbolizó en la Segunda Conferencia de Presidentes Americanos efectuada —bajo la conducción de Lyndon B. Johnson— en Punta del Este, Uruguay (abril de 1967), y en la realización, en agosto del propio año, en La Habana, de la primera Conferencia de Solidaridad con los Pueblos de América Latina. Su convocatoria había sido acordada durante la celebración en la capital cubana, en enero de 1966, de la primera Conferencia Tricontinental. Aunque en ambos eventos se expresaron las contradicciones existentes entre los principales países del “campo socialista” (la RPCh y la URSS), así como entre las plurales organizaciones de izquierda (incluidos los partidos comunistas) acerca de la estrategia y la táctica de las luchas populares y revolucionarias en distintos países del mundo, esa última conferencia aprobó la fundación de la Organización de Solidaridad de los Pueblos de Asia, África y América Latina (OSPAAAL); mientras que la primera dio origen a la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), inspirada en el unitario mensaje del Che a todos los pueblos del mundo, publicado, en abril de 1967, bajo el título “Crear dos, tres, muchos Vietnam”». Luis Suárez Salazar: *Un siglo de terror en América Latina*, ob. cit., p. 293.
20. Ernesto Che Guevara: «Crear dos, tres... muchos Viet Nam es la consigna», *América Latina: despertar de un continente*, ob. cit., pp. 443-447.
21. María del Carmen Ariet: *El pensamiento político de Ernesto Che Guevara*, ob. cit., p. 13. Acto seguido, esa autora añade: «Para Che la esencia de esta integralidad se encuentra en *El Capital* de Carlos Marx y representa la fuente teórica básica para entender cómo desde la economía y sus modos de manifestarse se pueden comprender las infinitas variaciones y gradaciones que se manifiestan en la sociedad a causa de innumerables factores, que solo pueden analizarse mediante las valoraciones de circunstancias concretas y de la actuación de los hombres con sus particularidades». *Ibidem*.
22. Néstor Kohan: *De Ingenieros al Che, Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano*, ob. cit., p. 218.
23. Se coloca entre comillas la palabra electoral al referirnos de la derrota de la Revolución Popular Sandinista porque si bien es cierto que el Frente Sandinista de Liberación Nacional perdió el control del gobierno en la elección general del 26 de febrero de 1990, el resultado de esa consulta popular estaba predeterminado por una guerra de desgaste sistemático, dirigida y financiada por el gobierno de los Estados Unidos, de alrededor de una década de duración.
24. Se refiere a la desmovilización del Movimiento 19 de Abril (M-19), en marzo de 1990, y del Movimiento Guerrillero Quintín Lame, del Partido

- Revolucionario de los Trabajadores y de parte del Ejército Popular de Liberación, estos tres últimos en febrero de 1991.
25. El Sistema Interamericano fue originalmente formado por la Junta Interamericana de Defensa (JID, 1942), el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR, 1947) y la Organización de Estados Americanos (OEA, 1948). A raíz del triunfo de la Revolución Cubana, en función del proyecto contrainsurgente denominado Alianza para el Progreso, a ese sistema se le incorpora un nuevo organismo, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID, 1962).
 26. Tres acontecimientos causan la disfuncionalidad del Sistema Interamericano en la década de 1980: la política draconiana asumida por Reagan en respuesta al estallido de la crisis de la deuda externa, que amenazaba con desestabilizar a los gobiernos latinoamericanos; el apoyo político y logístico dado por su gobierno a Gran Bretaña en la Guerra de las Malvinas, en violación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca, uno de los componentes fundamentales del referido sistema; y el temor de las élites a que una eventual intervención militar directa de los Estados Unidos en Centroamérica desencadenara un movimiento de protesta que afectara el «proceso de democratización» en toda América Latina. Para un análisis de la desarticulación del Sistema Interamericano provocada por la política de fuerza de Reagan, véase a Roberto Regalado: *América Latina entre siglos*, ob. cit., pp. 157-164.
 27. Los incentivos ofrecidos por el gobierno de los Estados Unidos a las burguesías latinoamericanas para que aceptaran asumir los costos políticos y sociales de la reestructuración neoliberal fueron el Plan Brady y el ALCA. El Plan Brady constituía un «alivio» en comparación con la política seguida por Reagan con respecto al pago de la deuda latinoamericana, al permitir la capitalización de la deuda, es decir, la cancelación de partes de la deuda de cada nación a cambio de la venta de las industrias y los recursos naturales, política que estimuló la oleada privatizadora. Por su parte, en sus orígenes, el ALCA fue una respuesta a las solicitudes de las burguesías latinoamericanas de «libre acceso» al mercado norteamericano.
 28. Véase Comisión sobre las Relaciones Estados Unidos-América Latina (Comisión Linowitz): «Las Américas en un mundo en cambio» (Informe de la Comisión sobre las Relaciones de los Estados Unidos con América Latina o Informe Linowitz I), Washington D.C., octubre de 1974, *Documentos* No. 2, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1980. Véase también Comisión Linowitz: «Estados Unidos y América: próximos pasos» (Segundo Informe de la Comisión sobre las Relaciones de los Estados Unidos con América Latina o Informe Linowitz II), *Documentos* No. 2, Centro de Estudios sobre América, La Habana, 1980.

29. Véase a Federico Engels: «El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado», ob. cit., pp. 179-180.
30. Néstor Kohan: *Nuestro Marx*, ob. cit., p. 18.
31. Carlos Vilas: «Después del ajuste: la política social entre el Estado y el mercado», *Estado y políticas sociales después del ajuste*, Carlos Vilas (coordinador), Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1995, pp. 20-21.
32. Carlos Marx y Federico Engels: «El Manifiesto del Partido Comunista», ob. cit., p. 120.
33. Véase a Eric Hobsbawm: *How to change the world. Tales of Marx and Marxism*, ob. cit., pp. 328-329.
34. Fidel Castro: «La Historia me absolverá», *Fidel Castro: antología mínima*, ob. cit., p. 29.
35. Carlos Vilas: «Actores, sujetos, movimientos: ¿Dónde quedaron las clases?», *Nuestra Bandera* no. 176/177, Vol. 2, Madrid, 1998, p. 34.
36. *Ibidem*.
37. Ricardo Antunes: «¿Cuál crisis de la sociedad del trabajo?», Renán Vega (editor), *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y el socialismo*, ob. cit., p. 118.
38. Néstor Kohan: *Nuestro Marx*, ob. cit., pp. 179-229.
39. Para información sobre este tema véase a Roberto Regalado: *América Latina entre siglos*, ob. cit., pp. 27-64.
40. Al referirse a la contribución de Marx al desarrollo de la teoría de la lucha de clases, entre otros elementos, Engels le atribuye la conclusión de que ésta: «ha llegado a una fase en que la clase explotada y oprimida (el proletariado) no puede ya emanciparse de la clase que la explota y la oprime (la burguesía), sin emancipar, al mismo tiempo y para siempre, a la sociedad entera de la explotación, la opresión y la lucha de clases» Federico Engels: «Prefacio de a la edición alemana de 1883» de «El Manifiesto del Partido Comunista», ob. cit., pp. 102-103.
41. Véase a Alberto Pérez Lara: *Articulación social-política y sujeto emancipador en América Latina*. Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias Políticas. En el fondo bibliográfico del Instituto de Filosofía, La Habana.
42. Tulio Halperin Donghi: *Historia contemporánea de América Latina*, ob. cit., p. 16.
43. Manuel Lucena Salmoral: *La esclavitud en la América española*, Centro de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Varsovia, Varsovia, 2002, p. 115.
44. *Ibidem*: p. 29.
45. Hugo Moldiz: «Vivir bien. ¿Un proyecto alternativo al capitalismo?», ensayo en proceso de publicación por parte de CLACSO, p. 2.

46. Se refiere a los derrocamientos de Fernando Collor de Mello en Brasil, Carlos Andrés Pérez en Venezuela, Abdalá Bucaram, Jamil Mahuad y Lucio Gutiérrez en Ecuador; Fernando de la Rúa y sus sucesores inmediatos en Argentina, y Gonzalo Sánchez de Lozada y Carlos Mesa en Bolivia.
47. Para una síntesis de la historia del Partido de los Trabajadores de Brasil, véase a Roberto Regalado: *Encuentros y desencuentros de la izquierda latinoamericana: una mirada desde el Foro de São Paulo*, Ocean Sur, 2008, pp. 26-34.
48. El encuentro de la izquierda latinoamericana y caribeña organizado por el PT, poco después rebautizado con el nombre Foro de São Paulo, se efectuó del 2 al 4 de julio de 1990 en la ciudad brasileña de la cual toma su nombre. Los documentos de la reunión de São Paulo afirman que hubo una asistencia de cuarenta y ocho delegaciones de catorce países. Si bien ese dato es cierto, cabe la salvedad de que la delegación del Frente Amplio de Uruguay fue considerada una sola organización.
49. Declaración de São Paulo, aprobada por el Encuentro del Partidos y Organizaciones Políticas de Izquierda de América Latina y el Caribe el 6 de julio de 1990. Todos los documentos del Foro de São Paulo se encuentran en la página web de la Secretaría Ejecutiva del Foro (www.forosaupaulo.org).
50. Los principales partidos, movimientos y frentes que se consideraban parte de la Nueva Izquierda eran el Partido de la Revolución Democrática de México, el Partido de los Trabajadores de Brasil, el Frente Amplio de Uruguay, la Izquierda Unida de Perú, la Alianza Democrática M-19 de Colombia, el Movimiento Bolivia Libre, el Movimiento al Socialismo de Venezuela, el Partido Socialista de Chile, y el Partido Socialista Popular de Argentina.
51. Ya había miembros del Foro que formaban —o habían formado parte— del gobierno en Argentina, Bolivia, Chile, Dominica, Guyana, Haití, Panamá, República Dominicana y Venezuela.
52. «El singular proceso político que se desarrolla en Venezuela, bajo la conducción del presidente Hugo Chávez Frías, ha logrado desarticular el sistema político corrupto, fraudulento e ineficiente que se había impuesto en ese país durante casi cuatro décadas. Saludamos las importantes medidas de Gobierno Venezolano para garantizar la soberanía nacional y rechazamos cualquier injerencia foránea que pueda poner en peligro el desarrollo y avance pacífico de este proceso revolucionario». Foro de São Paulo: Declaración de Niquinohomo.
53. «La reunión se efectuó bajo el impacto del triunfo del pueblo brasileño que consagró a Lula Presidente, con más de 52 millones de votos, expresión del amplio apoyo de fuerzas de izquierda, progresistas y democráticas. La conquista del gobierno en el mayor país del continente reafirma la validez de una política de alianzas de máxima amplitud y profundidad, conformada en torno al Partido de los Trabajadores con su programa de

transformaciones sociales. Señalamos con satisfacción que la mayor parte de los partidos integrantes de la alianza tienen activa participación en el Foro de São Paulo desde su origen. Lula Presidente significa un punto de inflexión en el continente e insufla un poderoso aliento a todos los que luchan por la democracia en el plano político, económico y social.

54. Este tema tornó mucho más espinoso porque, tras la suspensión de las negociaciones con la FARC-EP decidida por el presidente saliente, Andrés Pastrana, el nuevo mandatario colombiano, Álvaro Uribe Vélez, emprendió un nuevo intento de forzar la solución del conflicto armado mediante la intensificación de la guerra. Como parte de ese distanciamiento de la senda del diálogo, que le había permitido a los movimientos insurgentes abrirse espacio internacional, Uribe los calificó de terroristas y cursó a INTERPOL solicitudes de captura de los representantes político diplomáticos de las FARC-EP y el ELN.
55. Claudio Katz: *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, ob. cit., pp. 39-40.
56. Hugo Chávez fue electo a la presidencia de Venezuela en 1998 y reelecto en 2002 y 2006.
57. Evo Morales fue electo a la presidencia de Bolivia en 2005 y reelecto en 2009.
58. Rafael Correa fue electo a la presidencia de Ecuador en 2006 y reelecto en 2009.
59. Para mayor información sobre los gobiernos de Chávez, Evo y Correa, véase a Roberto Regalado: *Los gobiernos de izquierda en América Latina*, Ocean Sur, México D.F., 2008, pp. 26-33.
60. Luiz Inácio Lula da Silva fue electo a la presidencia de Brasil en 2002 y reelecto en 2006.
61. Tabaré Vázquez fue electo a la presidencia de Uruguay en 2003.
62. José Mujica fue electo presidente de Uruguay en 2009.
63. Dilma Rousseff fue electa presidenta de Brasil en 2010.
64. En 1990, fue electa a la presidencia Violeta Barrios, de la Unión Nacional Opositora, con 51,5%, y perdió Daniel Ortega con 38,4%. En 1996, fue electo a la presidencia Arnoldo Alemán, de la Alianza Liberal, con 51,99%, y perdió Daniel Ortega con 37,86%. En 2001, fue electo a la presidencia Enrique Bolaños, del Partido Liberal Constitucionalista (PLC), con 56,3%, y perdió Daniel Ortega con 42,3%. En 2006, ganó Daniel Ortega, del FSLN, con 38,59%, y perdió Augusto Montealegre, del Partido Liberal Constitucionalista, con 30,94%. Véase el sitio web del Consejo Supremo Electoral (www.cse.gob.ni).
65. Para mayor información sobre la historia del FMLN desde su fundación hasta la actualidad, incluida la posición de la dirección de ese partido con

- respecto al gobierno de Mauricio Funes, consúltese a Roberto Regalado: *Un gran Tsunami de votos rojos*, Ocean Sur, México D.F., 2011.
66. Néstor Kirchner fue electo presidente de Argentina en 2003.
 67. Cristina Fernández fue electa presidenta de Argentina en 2007 y reelecta en 2011.
 68. Fernando Lugo fue electo presidente de Paraguay en 2009.
 69. Heinz Dieterich: *El socialismo del siglo XXI*, Ediciones de Paradigmas y Utopías, México D.F., 2002, p. 1.
 70. *Ibidem*: p. 79.
 71. *Ibidem*: p. 151
 72. *Ibidem*: p. 89. Véase pp. 93-112.
 73. *Ibidem*: p. 117. Véase pp. 112-117.
 74. *Ibidem*: p. 151.
 75. *Ibidem*: p. 153. (Las itálicas son nuestras).
 76. Atilio Borón: *Socialismo del siglo XX. ¿Hay vida después del neoliberalismo?*, Ediciones Luxemburg, Buenos Aires, 2008, p. 97.
 77. «...un socialismo renovado de cada al siglo XXI no puede quedar reducido a la construcción de una mera fórmula económica, por más resueltamente anticapitalista que esta sea.» *Ibidem*: pp. 102-103.
 78. *Ibidem*: p. 111.
 79. François Houtart: «Un socialismo para el siglo XXI. Cuadro sintético de reflexión», ponencia presentada en las Jornadas «El socialismo del siglo XXI », Caracas, junio de 2007.
 80. Entendido por Lebowitz como un lugar donde las decisiones se impongan desde arriba y toda iniciativa sea potestad de los funcionarios del gobierno o de funcionarios que se auto-reproducen.
 81. Entendido por Lebowitz como un estado que proveer los recursos y las soluciones a todos los problemas de la sociedad y, por tanto, no desarrolla las capacidades de los seres humanos de enfrentar y resolver sus propios problemas.
 82. Entendido por Lebowitz como incapacidad de reconocer y aceptar que todos los seres humanos son diferentes y que tienen diferentes necesidades y habilidades.
 83. Entendido por Lebowitz como el culto al crecimiento constante de la producción per se, la construcción de grandes empresas y granjas al precio de burocratizar el proceso de toma de decisiones, de desencantivar el protagonismo popular y de destruir el medio ambiente.
 84. Claudio Katz: *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, ob. cit., p. 23.

85. Fernando Huanacuni: *Buen Vivir / Vivir Bien. Filosofía, políticas, estrategias y experiencias regionales andinas*, Coordinadora Andina de Organizaciones Indígenas, Lima, 2010.
86. Véase la cita textual del presidente Evo Morales en *ibídem*, pp. 30-31.
87. Raúl Prada: «Balance y perspectiva de la Revolución Boliviana», *Contexto Latinoamericano* no. 13, México D.F., p. 107.
88. Hugo Moldiz: «Vivir bien. ¿Un proyecto alternativo al capitalismo?», *ob. cit.*, p. 2.
89. Claudio Katz: *Las disyuntivas de la izquierda en América Latina*, *ob. cit.*, p. 38.
90. Hugo Moldiz: «Vivir bien. ¿Un proyecto alternativo al capitalismo?», *op. cit.*, p. 1.

Consideraciones finales

1. La Coordinadora Guerrillera «Simón Bolívar» fue creada en 1987 por las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo, el Ejército de Liberación Nacional (ELN), el Movimiento 19 de Abril (M-19) y el Ejército Popular de Liberación (EPL), momento en que el auge de la lucha revolucionaria en Centroamérica y en la propia Colombia llevó a estos movimientos insurgentes a considerar que se iniciaba una nueva etapa de flujo ascendente de la vía armada. En la medida en que esa expectativa no se cumplió, esta experiencia se fragmentó. El M-19 y el sector mayoritario del EPL se desmovilizaron a inicios de la década de 1990, mientras que las FARC-EP y el ELN mantienen la lucha armada hasta el presente.
2. Ya antes se habían malogrado otros procesos de lucha armada revolucionaria, el gobierno de la Unidad Popular chilena, los gobiernos militares progresistas de Perú, Panamá, Bolivia y Ecuador, y la Revolución Granadina del Movimiento de la Nueva Joya.
3. Véase a Roberto Regalado: *América Latina entre siglos*, *ob. cit.*, pp. 195-196.
4. Rafael Cervantes y otros: *Transnacionalización y desnacionalización: ensayos sobre el capitalismo contemporáneo*, *ob. cit.*, p. 31.
5. Roberto Regalado: *América Latina entre siglos*, *ob. cit.*, pp. 12-13.



ocean sur

una nueva editorial latinoamericana
www.oceansur.com • info@oceansur.com

Ocean Sur es una casa editorial latinoamericana que ofrece a sus lectores las voces del pensamiento revolucionario de América Latina de todos los tiempos. Inspirada en la diversidad étnica, cultural y de género, las luchas por la soberanía nacional y el espíritu antimperialista, ha desarrollado durante cinco años múltiples líneas editoriales que divulgan las reivindicaciones y los proyectos de transformación social de Nuestra América.

Nuestro catálogo de publicaciones abarca textos sobre la teoría política y filosófica de la izquierda, la historia de nuestros pueblos, la trayectoria de los movimientos sociales y la coyuntura política internacional.

El público lector puede acceder a un amplio repertorio de libros y folletos que forman parte de colecciones como el Proyecto Editorial Che Guevara, Fidel Castro, Revolución Cubana, Contexto Latinoamericano, Biblioteca Marxista, Vidas Rebeldes, Historias desde abajo, Roque Dalton, Voces del Sur, La otra historia de América Latina y Pensamiento Socialista, que promueven el debate de ideas como paradigma emancipador de la humanidad.

Ocean Sur es un lugar de encuentros.

LA IZQUIERDA LATINOAMERICANA EN EL GOBIERNO

¿ALTERNATIVA O RECICLAJE?

Transcurridos trece años de la primera elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela y con más de una docena de gobiernos en Centro y Sudamérica considerados de izquierda o progresistas, ya no basta con hablar de «nuevos» movimientos sociales y de la «búsqueda» de alternativas de izquierda.

Hoy tenemos que preguntarnos en qué medida esos movimientos rebasaron la protesta social y desarrollaron la capacidad de luchar por una transformación revolucionaria; y cuáles son las probabilidades de que los gobiernos de izquierda se enrumben hacia la edificación de sociedades «alternativas» o se conviertan en un paréntesis que contribuya al reciclaje de la dominación del capital.

Ambas posibilidades coexisten y la balanza se inclinará, hacia una u otra dirección, en la medida en que las fuerzas de izquierda sean capaces de desarrollar la teoría de la revolución social, y de derivar de ella objetivos, estrategias y tácticas, librese esta lucha en la oposición o en el gobierno.

US\$18.95

www.oceansur.com

www.oceanbooks.com.au

ISBN 978-1-921700-45-3



9 781921 700453



colección
contexto
latinoamericano